
Los Dioses tienen Sed

Anatole France

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2803

Título: Los Dioses tienen Sed

Autor: Anatole France

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de mayo de 2017

Fecha de modificación: 26 de mayo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

I

Évariste Gamelin, pintor, discípulo de David, miembro de la Sección de Pont Neuf hasta entonces llamada «de Henri IV», fue muy de mañana a la antigua iglesia de los Barnabitas, que servía desde el 21 de mayo de 1790 —tres años atrás— de residencia a la Asamblea general de la Sección. La iglesia se alzaba en una plaza sombría y angosta, junto a la verja de la Audiencia; en su fachada, compuesta de dos órdenes clásicos, entristecida por la pesadumbre del tiempo y por las injurias de los hombres, habían sido mutilados los emblemas religiosos, y sobre la puerta estaba escrita con letras negruzcas la divisa republicana: LIBERTAD - IGUALDAD - FRATERNIDAD - O LA MUERTE. Évariste Gamelin entró en la nave; las bóvedas en donde habían resonado las voces de los clérigos de la Congregación de San Pablo, revestidos con los roquetes para loar al Señor, cobijaban a los patriotas con gorro frigio convocados para elegir a los magistrados municipales y deliberar acerca de los asuntos de la Sección. Las imágenes de los santos habían sido arrojadas de sus hornacinas, donde las reemplazaron los bustos de Bruto, de Jean-Jacques Rousseau y de Le Pelletier. La mesa de los Derechos del Hombre ocupaba el sitio del altar desmantelado.

Las asambleas públicas tenían lugar dos veces por semana en aquella nave, desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche; el púlpito, revestido con la bandera de los colores nacionales, servía de tribuna a los oradores; frente por frente, en el sitio de la Epístola, se alzaba un tosco tablado para las mujeres y los niños, que acudían en gran número a estas reuniones. Aquella mañana, junto al escritorio colocado al pie del púlpito se hallaba, con su gorro frigio y su carmañola, el ebanista de la plaza de Thionville, ciudadano Dupont mayor, uno de los doce del Comité de Vigilancia. Había sobre el escritorio una botella y algunos vasos, un tintero y una copia del documento en que se invitaba a la Convención a que se arrojase de su seno a los veintidós miembros indignos.

Évariste Gamelin cogió la pluma y firmó.

—Yo estaba seguro —dijo el magistrado artesano— de que no faltaría tu

firma, ciudadano Gamelin. Tú eres un hombre puro, y en esta Sección falta entusiasmo; no hay virtud en ella. Por eso propuse al Comité de Vigilancia que no expida ningún certificado de civismo a los que no firmen la petición.

—Estoy dispuesto a firmar con mi sangre la condena de los traidores federalistas —dijo Gamelin—. Ellos deseaban la muerte de Marat; ¡que mueran!

—Lo que nos pierde —replicó Dupont mayor— es la indiferencia. En una Sección a la que pertenecen novecientos ciudadanos con voto, no llegan a cincuenta los que asisten a las asambleas. Ayer sólo éramos veintiocho.

—Pues bien: hay que hacer obligatoria la asistencia bajo pena de multa —dijo Gamelin.

—¡Ta, ta! —replicó el ebanista frunciendo el entrecejo—; si acudieran todos los miembros de la Sección, los patriotas estaríamos en minoría... Ciudadano Gamelin, ¿quieres beber un vaso de vino a la salud de los leales?

En la pared de la iglesia, por la parte del Evangelio, habían pintado una mano negra cuyo índice señalaba el paso al claustro, y estos letreros: «Comité Civil», «Comité de Vigilancia», «Comité de Beneficencia»; algunos pasos más allá, sobre la puerta de la sacristía: «Comité Militar». Gamelin empujó la puerta y se acercó al secretario del Comité, que escribía sobre una mesa grande llena de libros, papeles, barras de acero, cartuchos y muestras de tierras salitrosas.

—Salud, ciudadano Trubert; ¿cómo estás?

—¿Yo? Perfectamente.

Fortuné Trubert, secretario del Comité Militar, contestaba siempre de igual modo a cuantos le preguntaban por su salud, más bien para evitar aquel motivo de conversación que para darles cuenta de su estado. Tenía veintiocho años, áspero el cutis, el cabello ralo, salientes los pómulos y encorvada la espalda. El 91 había cedido a un dependiente su establecimiento de aparatos de óptica, muy antiguo, situado en la calle de los Orfevres, para consagrarse libremente y por completo a sus funciones municipales. De su madre, mujer encantadora que murió a los veinte años, a la que recordaban aún con afecto algunos viejos de la vecindad, había

heredado los ojos bellos, dulces y ardientes, la palidez y la timidez; de su padre, constructor de aparatos ópticos, proveedor de la Real Casa, muerto muy joven también, conservaba el carácter justiciero y laborioso.

Sin dejar de escribir, preguntó:

—¿Y tú, ciudadano, cómo sigues?

—Bien. ¿Hay algo de nuevo?

—Nada, nada. Ya lo ves: todo está muy tranquilo aquí.

—Pero ¿la situación?

—Continúa la misma.

La situación era espantosa. El más lucido ejército de la República cercado en Maguncia, sitiada Valenciennes, presa Fontenay de los vendeanos, Lyon sublevada, los Cévennes amotinados, abierta la frontera a los españoles, las dos terceras partes de los departamentos invadidos o insurreccionados, París a merced de los cañones austríacos, sin dinero y sin pan.

Fortuné Trubert escribía tranquilamente. Las secciones, por mandato de la Comuna, debían llevar a cabo el reclutamiento de doce mil hombres destinados a la Vendée, y el secretario redactaba las instrucciones convenientes para que se alistara y proveyera de armas al contingente de Pont Neuf, antes «Henri IV». Todos los fusiles debían ser entregados a los agentes de la requisita, y la Guardia nacional de la Sección se armaría con escopetas y lanzas.

—Aquí traigo —le dijo Gamelin— una lista de las campanas que deben ser enviadas al Luxemburgo para fundir cañones.

Aunque no tenía dinero, Évariste Gamelin figuraba entre los miembros activos de la Sección. La ley sólo concedía estos honores a los ciudadanos suficientemente ricos para pagar una contribución equivalente a tres jornales, y exigía diez jornales a un elector para considerarlo elegible; pero la Sección de Pont Neuf, ansiosa de igualdad y satisfecha de su autonomía, consideraba elector y elegible a todo ciudadano que se pagara de su dinero el uniforme de guardia nacional; Gamelin se hallaba en este caso, y era ciudadano activo de la Sección y miembro del Comité

Militar.

Fortuné Trubert dejó la pluma.

—Ciudadano Évariste: vete a la Convención y pide instrucciones para excavar en los sótanos, colar la tierra y el cascote, recoger el salitre. No basta que tengamos cañones; también es preciso tener pólvora.

Un jorobadito entró en la que fue sacristía, con la pluma detrás de la oreja y unos papeles en la mano. Era el ciudadano Beauvisage, del Comité de Vigilancia.

—Ciudadanos —dijo—, el telégrafo óptico nos comunica malas noticias: Custine ha evacuado Landau.

—¡Custine es un traidor! —gritó Gamelin.

—Lo guillotinaremos —dijo Beauvisage.

Trubert, con la voz algo fatigada, se expresó, como de costumbre, serenamente:

—La Convención no ha creado un Comité de Salvación Pública para pequeñeces. Traidor o inepto, Custine será juzgado con arreglo a su conducta, sustituido por un general resuelto a vencer, y *Ça-ira!* —Mientras removía unos papeles clavó en ellos la mirada de sus ojos fatigados—: Para que nuestros soldados cumplan con su deber sin vacilaciones y sin desfallecimientos, necesitan estar persuadidos de que dejan asegurada la suerte de aquellos a quienes abandonan en su hogar. Si eres del mismo parecer, ciudadano Gamelin, solicitarás conmigo en la próxima asamblea que el Comité de Beneficencia se ponga de acuerdo con el Comité Militar para socorrer a las familias necesitadas que tengan un pariente en la guerra. —Y sonriente, canturreó—: *Ça-ira, Ça-ira!*

Sujeto a su mesa de pino sin barnizar durante doce o catorce horas al día, aquel humilde secretario de un Comité de Sección, que trabajaba para defender a su patria en peligro, no advertía la desproporción entre lo enorme de su empresa y la pequeñez de sus medios, porque se

identificaba en un común esfuerzo con todos los patriotas, porque su pensamiento se amalgamaba con el pensamiento de la Nación, porque su vida se fundía en la vida de un pueblo heroico. Era de los que, pacientes y entusiastas, después de cada derrota preparaban el triunfo inverosímil y seguro. Así llegarían a vencer aquellos hombres insignificantes que habían derribado la monarquía y destruido la sociedad vieja. Trubert, el humilde constructor de aparatos ópticos; Évariste Gamelin, el pintor sin fama, no podían prometerse un rasgo de piedad con sus enemigos; sólo se les brindaba la victoria o la muerte. Tal era la razón de su ardor y de su inquebrantable serenidad.

II

Al salir de los Barnabitas, Évariste Gamelin se encaminó hacia la plaza Dauphine, llamada plaza de Thionville para conmemorar el heroísmo de una fortaleza inexpugnable.

Situada en el barrio más frecuentado de París, aquella plaza había perdido desde el siglo anterior su ordenada y bella estructura. Los hoteles que formaban tres de sus lados en la época de Enrique IV, contruidos uniformemente para magistrados opulentos, con ladrillo rojo y manchones de piedra blanca, habían perdido sus nobles techumbres de pizarra o fueron derribados hasta los cimientos para convertirse en tres casas de tres o cuatro pisos, miserables, contruidas con ruines cascotes, mal enjalbegadas, que abrían sobre sus muros desiguales, pobres y sucios, numerosas ventanas irregulares y estrechas donde lucían tiestos de flores, jaulas de pájaros y ropa blanca puesta a secar. Allí se albergaba una muchedumbre de artesanos, plateros, cinceladores, relojeros, ópticos, impresores, costureras, modistas, lavanderas y viejos curiales que no habían sido arrastrados con la antigua Justicia por la borrasca revolucionaria.

Era una mañana primaveral. Juveniles rayos de sol, embriagadores como el vino dulce, alegraban los muros y se deslizaban juguetones y risueños en las buhardillas. En las ventanas abiertas aparecían las despeinadas cabezas de las mujeres. El escribano del Tribunal revolucionario, al ir desde su casa a la oficina, sin detenerse, acariciaba los rostros de los niños que le salían al encuentro mientras correteaban a la sombra de los árboles; en el Pont Neuf se oía pregonar la traición del infame Dumouriez.

Évariste Gamelin habitaba en aquella plaza, esquina a la calle de L'Horloge, una casa del tiempo de Enrique IV, que tendría buen aspecto aún si no la hubiesen afeado con la añadidura de un piso y una buhardilla cubierta de tejas. Para acomodar la morada de algún viejo parlamentario a las necesidades de familias burguesas y artesanas, habían multiplicado los tabiques y los desvanes; por esto era tan estrecha y ahogada la vivienda que tenía en el entresuelo el ciudadano Remacle, sastre y portero, quien

aparecía encogido tras la vidriera mientras cosía un uniforme de guardia nacional, con las piernas cruzadas sobre la mesa y tropezando en el techo con la nuca; la ciudadana Remacle, desde su cocina sin chimenea, envenenaba a los vecinos con el humo del aceite y el vaho de los guisotes; y en el quicio de la puerta su hija Joséphine, pringada siempre y hermosa como un sol, jugaba con *Mouton*, el perro del ebanista. La ciudadana Remacle, mujer de mucho corazón, de abultado pecho y sólidas caderas, daba que decir, porque la tildaban de complaciente con su vecino el ciudadano Dupont mayor, uno de los doce del Comité de Vigilancia; y su marido, soliviantado por aquella sospecha, suscitaba terribles altercados y ruidosas reconciliaciones que alborotaban sucesivamente la casa, en cuyos pisos altos vivían el ciudadano Chaperon, orífice que tenía la tienda en la calle de l'Horloge; un practicante de Sanidad, un legista, un batidor de oro y varios empleados de la Audiencia.

Évariste Gamelin subió por la vieja escalera hasta el último piso, donde tenía su estudio y el aposento de su madre. Allí terminaban los peldaños de baldosas con margen de madera, que sucedían a los anchos escalones de piedra de los primeros tramos. Una escalerilla arrimada al muro daba acceso al desván, de donde bajaba en aquel instante un viejo corpulento, de rostro agradable, sonrosado y risueño, que sostenía dificultosamente un voluminoso fardo y canturreaba: «Mi lacayo se perdió...».

Al ver a Gamelin lo saludó con mucha cortesía, y Gamelin lo ayudó amablemente a bajar el fardo; el viejo se lo agradeció con sinceras palabras.

—Aquí llevo —dijo al recobrar su carga— figuritas de cartón recortado que voy a entregar a un comerciante de juguetes de la calle de la Loi. Son mis criaturas: una muchedumbre que debe a mis manos un cuerpo mortal, pero sin goces ni sufrimientos; no las doté de imaginación porque soy un dios bondadoso.

Era el ciudadano Maurice Brotteaux, antiguo especulador y arrendatario de Contribuciones, de noble ascendencia, porque su padre, enriquecido en los negocios, había comprado una ejecutoria. En sus tiempos felices Maurice Brotteaux era llamado «el señor des llettes», y daba magníficas cenas en su hotel de la Chaise, iluminadas por los ojos de la señora de Rochemaure, esposa de un procurador, mujer perfecta cuya honrosa fidelidad no fue desmentida mientras la Revolución respetó a Maurice Brotteaux des llettes sus privilegios y sus rentas, con su hotel, sus fincas y

su ejecutoria. La Revolución lo despojó de todo al fin, y para procurarse el sustento pintó retratos bajo los dinteles de las puertas cocheras, hizo buñuelos y pestiños en el muelle de la Mégisserie, fraguó arengas y discursos para los representantes del pueblo, y dio lecciones de baile a ciudadanos mozos. Últimamente, metido en su desván, adonde se encaramaba por una escalerilla de barrotes, y en el cual no podía ponerse de pie, Maurice Brotteaux, provisto de un puchero de engrudo y un manojo de cordelitos, de una caja de colores a la aguada, y de muchas recortaduras de papel, fabricaba muñecos que vendía al por mayor a los almacenistas de juguetes que surtían a los vendedores ambulantes de los Campos Elíseos, quienes los llevaban colgados al extremo de una caña para provocar el deseo de los niños.

En medio de los disturbios nacionales que se sucedían sin cesar y de su enorme infortunio, que lo abrumaba constantemente, conservó la serenidad de su espíritu, y se recreaba con la lectura de su *Lucrecio*, cuyo volumen entreabría en sus andanzas el bolsillo de su casaca de color pulga.

Évariste Gamelin apoyó una mano en la puerta de su aposento y la puerta se abrió suavemente, porque sólo estaba entornada. Como no tenía en su poder objetos de valor, se hallaba libre de la preocupación de las cerraduras, y cuando su madre echaba el cerrojo, más por costumbre que por desconfianza, Évariste le decía: «¿Para qué? Los ladrones no estimarían mis telas más que las de las arañas, y nadie roba telarañas». Cubiertos de polvo y arrimados a la pared se amontonaban en su estudio los cuadros de sus comienzos, donde obediente a la moda, pintó escenas galantes y acarició con su pincel relamido y tímido Amores que agotaron sus flechas y pájaros que abandonaban sus jaulas, complacencias peligrosas, ensueños de dicha, pastorcitas delicadamente ataviadas que lucían en su corpiño un ramo de rosas.

Pero esta expresión del arte no armonizaba con su temperamento, y tales asuntos, plasmados sin malicia, descubrían la irremediable honestidad del pintor. Olfateándola desde luego los aficionados, ni estimaron sus obras ni le creyeron jamás artista erótico.

Al presente, aun cuando no había cumplido los treinta años, aquellos asuntos le parecían concebidos en una época lejana; descubría en ellos la depravación monárquica, las consecuencias vergonzosas de la corrupción cortesana, y se acusaba de haber cultivado un género despreciable, en el

que mostró un espíritu envilecido por la esclavitud. Ya ciudadano de un pueblo libre, dibujaba con trazos vigorosos Libertades, Derechos del Hombre, Constituciones francesas, Virtudes republicanas, Hércules populares que aplastaban la hidra del absolutismo, y ponía en estas composiciones todo su ardor patriótico; ¡ay!, pero su trabajo no bastaba para cubrir las necesidades de su vida; eran malos tiempos para el arte, y no por culpa de la Convención, que lanzaba en todas direcciones sus ejércitos contra los reyes, y orgullosa, impasible, arrogante frente a la Europa conjurada, pérfida y cruel consigo misma, desgarrándose con sus propias manos, puso el terror a la orden del día e instituyó, para castigar a los conspiradores, un tribunal implacable, dispuesto a devorarla, y, al mismo tiempo, tranquila, previsor, favorable a la ciencia y a la belleza, reformaba el calendario, creaba escuelas especiales, decretaba concursos de pintura y escultura, fundaba pensiones para estimular a los artistas, organizaba salones anuales, abría el museo y, tomando ejemplo de Atenas y de Roma, imprimía un carácter sublime a la celebración de fiestas y duelos públicos.

El arte francés, tan extendido hasta entonces por Inglaterra, por Alemania, Rusia y Polonia, ya no encontraba salida en los mercados extranjeros. Los entendidos en pintura, los aficionados a obras de arte, los aristócratas y los capitalistas poderosos estaban arruinados, emigrados o escondidos, y aquellos a quienes la Revolución enriqueció, acaparadores de bienes nacionales, agiotistas, abastecedores de los ejércitos en campaña, bolsistas, no se atrevían aún a dar señales de su opulencia ni se interesaban mucho por la pintura. Era indispensable tener la fama de Regnault o la habilidad del joven Gérard para vender un cuadro. Greuze, Fragonard, Houin vivían en la indigencia; Prud'hon apenas ganaba lo suficiente para mantener a su esposa y a sus hijos con dibujos que después reproducía el grabador Copia. Los pintores patriotas Hennequin, Wicar, Topino-Lebrun, pasaban hambre. Gamelin, falto de recursos para tener modelos y comprar colores, nunca trabajaba en su lienzo *El tirano perseguido en los Infiernos por las Furias*, que cubría la mitad de su estudio y lo poblaba de figuras borrosas, terribles, enormes, de multitud de serpientes verdes con dobles lenguas puntiagudas y retorcidas. Veíase a la izquierda, en primer término, un Carón terrible y escuálido en su barca, estudio vigoroso y bien dibujado, pero con resabios de escuela. Más dominio del arte revelaba un lienzo mucho menor, también sin acabar, colgado en el sitio donde había mejor luz: era un Orestes, a quien su hermana Electra incorporaba en su lecho de dolor, y con ademán de

conmovedora ternura le apartaba de los ojos los cabellos enmarañados. La cabeza de Orestes se destacaba trágica, hermosa, y ofrecía bastante semejanza con el rostro del pintor.

Gamelin contemplaba muchas veces, apenado, su obra interrumpida; ansioso de pintar, tendía los brazos anhelantes hacia la figura de Electra esbozada con brío, y sus brazos se desplomaban impotentes. El entusiasmo henchía su pecho, remontaba su espíritu hacia los más sublimes ideales, pero la necesidad lo obligaba a consumir su esfuerzo en obras de encargo, cuya ejecución siempre dejó mucho que desear, porque debía someterse a gustos vulgares y porque nunca supo imprimir un rasgo genial a esas pequeñeces. Dibujaba composiciones alegóricas que su camarada Desmahis grababa primorosamente en negro o en colores, y que un mercader de estampas del barrio Antoine, el ciudadano Blaise, les pagaba miserablemente. Pero el comercio de estampas iba de mal en peor, según Blaise, que ni a bajo precio adquiriría ya nada.

Sin embargo, impelido por la necesidad, que aguza los ingenios, Gamelin había imaginado una invención tan oportuna y nueva que, a su entender, bastaría para enriquecerlos a todos: mercader, grabador y dibujante. Se trataba de una baraja patriótica, en la cual los reyes, reinas y sotas del antiguo régimen serían reemplazados por Genios, Igualdades y Libertades. Había bosquejado ya todas las figuras, había terminado varias de ellas, y deseaba entregarle a Desmahis las que ya podían ser grabadas. La figura que más le satisfizo entre todas representaba un voluntario con su tricornio, el casacón azul adornado de rojo, los calzones amarillos y las polainas negras, sentado en un tambor con los pies sobre una pila de balas y el fúsil entre las piernas. Era el «ciudadano de corazón», que sustituiría a la «sota de corazón». Durante más de seis meses no había hecho Gamelin otra cosa que dibujar voluntarios. Vendió algunos en los días de alistamiento entusiasta; le quedaron bastantes colgados en las paredes del estudio, cinco o seis (a la acuarela, en lápiz de dos colores o al pastel) estaban tirados sobre la mesa y sobre las sillas. En julio del 92, cuando se alzaban sobre todas las plazas de París tablados para los alistamientos, cuando en todas las tabernas, adornadas con follaje, resonaban los gritos de «¡Viva la Nación! ¡Ser libres o morir!», al pasar por el Pont Neuf o frente al Ayuntamiento se sentía Gamelin impulsado hacia el pabellón de telas vistosas, donde los magistrados, investidos con sus bandas tricolores, alistaban a los voluntarios mientras resonaba en los aires *La Marsellesa*; pero incorporarse al ejército era dejar

a su madre sin comer.

Anunciada por el ronquido fatigoso de su respiración, la ciudadana viuda Gamelin entró en el estudio, sudorosa, palpitante, acalorada; la escarapela nacional, prendida sin esmero en su cofia, oscilaba como si fuese a caer; dejó su cesta sobre una silla, se irguió para respirar mejor y se lamentó del precio de los víveres.

Hasta la muerte de su esposo habían tenido en la calle de Grenelle-Saint-Germain un comercio de cuchillos con el rótulo «Ville de Châtellerault»; al quedar viuda se redujo a vivir en el estudio de su hijo el pintor, dedicada a los quehaceres domésticos. De su hija, de su Julie, que fue dependienta en un establecimiento de modas de la calle Honoré, valía más no hablar, pues no era prudente decir que había emigrado con un aristócrata.

—¡Dios mío! —suspiró la ciudadana, mientras presentaba a Évariste un pan amazacotado y negruzco—. El pan está muy caro, ¡y si al menos fuera de trigo! No se pueden comprar huevos, ni legumbres, ni quesos. A fuerza de comer castañas, nos volveremos castaños.

Después de un largo silencio, prosiguió:

—He visto en la calle a muchas mujeres que no saben cómo procurarse algún alimento para sus hijitos. La miseria de los pobres aumenta de día en día, todo andará de mal en peor hasta que se restablezca el orden.

—¡Madre! —dijo Gamelin con el entrecejo fruncido—; la escasez que nos abrumba la producen los acaparadores y los agiotistas, que nos condenan a pasar hambre de acuerdo con los enemigos de fuera, para que los ciudadanos odien la República y para destruir la libertad. ¡A esto conducen las intrigas de los Brissot, las traiciones de los Pétion y de los Roland! ¡Y menos mal que los federales, provistos de armas, no se precipitan sobre París para exterminar a los patriotas que aún resisten al hambre! No hay tiempo que perder; es preciso fijar el precio de la harina y guillotinar a cuantos negocien con los alimentos que necesita el pueblo, a cuantos fomenten la insurrección y a cuantos pacten con las naciones extranjeras. La Convención acaba de establecer un tribunal extraordinario para juzgar a los conspiradores. Está compuesto de patriotas; pero sus miembros ¿tendrán energía bastante para defender la Patria contra todos los enemigos? Confiemos en Robespierre; es honrado; pero sobre todo confiemos en Marat. ¡Ése sí que ama la libertad, conoce los intereses del

pueblo y los procura! Siempre alerta, desenmascaró a los traidores y deshizo las intrigas; es incorruptible y nada teme; sólo él es capaz de poner a salvo la República.

La ciudadana Gamelin meneó la cabeza y dejó caer la escarapela mal prendida en su cofia.

—No te apasiones, Évariste. Ese Marat, a quien supones incorruptible y salvador, es un hombre como los otros y no vale más que los otros. Tú eres joven, iluso, entusiasta. Lo que ahora dices de Marat, lo habías dicho ya de Mirabeau, de La Fayette, de Pétion, de Brissot.

—¡Nunca! —exclamó Gamelin, sinceramente desmemoriado.

Después de quitar de un extremo de la mesa de pino los papeles, cepillos, lápices y libros que allí se amontonaban, la ciudadana colocó la sopera de loza, dos escudillas de estaño, dos tenedores de hierro, el negruzco pan y un jarro de vinillo.

La madre y el hijo comieron en silencio la sopa y un poco de tocino; extendíalo ella sobre una rebanada de pan; cortaba luego un pedacito, lo pinchaba con la navajilla y se lo llevaba parsimoniosamente a la desdentada boca, para masticar despacio y con respeto los comestibles que tan caros costaban.

Había dejado lo mejor a su hijo, que estaba preocupado y abstraído.

—Évariste, come —repetía la madre de cuando en cuando—. Come.

Y estas palabras tenían en sus labios la importancia de un precepto religioso.

Luego prosiguió sus lamentaciones acerca de la carestía de los víveres, y Gamelin reclamó nuevamente la tasa del precio como único alivio posible.

Pero ella insistía:

—No hay dinero; se lo llevaron todos los emigrados. Tampoco hay esperanza posible; no podemos confiar en nada.

—¡Callaos, madre!, ¡callaos! —gritó Gamelin—. ¡Qué importan las privaciones, las angustias que sufrimos ahora si la Revolución ha de

realizar durante siglos y siglos la dicha del género humano!

La pobre señora mojó un poco de pan en un vaso de vinillo. Despertaba su memoria para recordar, sonriente, los tiempos de su juventud, cuando bailaba sobre la hierba el día del santo del rey. También recordaba el día en que Joseph Gamelin, de oficio cuchillero, la pidió en matrimonio. Y precisaba minuciosamente cómo había sucedido todo. Su madre le dijo: «Vístete; irás conmigo a la plaza de Gréve, para ver descuartizar a Damiens desde la tienda del orífice señor Bienassis». Les costó mucho esfuerzo abrirse camino entre la muchedumbre de curiosos. En el establecimiento del señor Bienassis, la muchacha encontró a Joseph Gamelin, muy lucido con su traje color de rosa, y enseguida comprendió de qué se trataba. Mientras ella, desde la ventana, vio al regicida atenazado, rociado con plomo derretido, descuartizado por cuatro caballos y echado en una hoguera, Joseph Gamelin, de pie, detrás de ella, no dejó de alabar la finura de su piel, su pelo, su talle.

Para sorber el vinillo que aún quedaba en el vaso hizo un paréntesis a sus pensamientos, y luego prosiguió en voz alta las memorias de su vida:

—Viniste al mundo, Évariste, antes de tiempo; y fue la causa un susto que recibí en el Pont Neuf, donde me arrollaron y a poco me derriban los curiosos que se apresuraban para presenciar la ejecución del señor Lally. Tan menudo eras al nacer que no te creyó el cirujano en condiciones para soportar la vida; pero yo estaba segura de que Dios me concedería la gracia de conservarte. Sin escatimar cuidados ni dinero, te crié lo mejor que pude. Justo es decir, Évariste, que desde la infancia supiste agradecerme y trataste de recompensármelo de mil maneras. Tu carácter fue siempre apacible, afectuoso, y, en cambio, tu hermana, sin tener mal corazón, era egoísta y violenta. Siempre te inspiraron piedad las desdichas. Cuando los pilluelos del barrio cogían los nidos en los árboles, tú luchabas para devolver la libertad a los pajarillos, y sólo a fuerza de puñadas y pateaduras te hacían desistir de tu propósito. A los siete años, en vez de corretear y alborotar con los camaradas, recitabas el Catecismo por la calle, y a todos los pobres que veías los llevabas a casa, deseoso de socorrerlos; alguna vez me obligaste a castigar con azotes y encierros tu excesiva ternura. No podías ver sufrir a nadie, y llorabas interesado en todas las penas. Ya mozo, y bello como un serafín, me sorprendió que no presumieras como otros mozos envanecidos por su gentileza.

No exageraba la buena señora; Évariste, a los veinte años, tenía el rostro

atractivo y grave a la vez; la femenina hermosura y el perfil austero de sus facciones le asemejaron a Minerva. Ya sus ojos tétricos y sus mejillas pálidas revelaban su espíritu ensombrecido y exaltado. Su mirada, al fijarse en su madre, recobró de pronto la ternura piadosa de su primera juventud.

La vieja proseguía:

—Pudiste aprovechar tus encantos para divertirte con las mozas, pero preferías acompañarme y quedarte conmigo en la tienda, tan pegado a mis faldas que algunas veces tuve que obligarte a salir con tus amigos para que tomases un poco el aire y estirases las piernas. Hasta el día de mi muerte repetiré sin cesar que fuiste siempre un hijo modelo... Cuando quedé viuda vine a vivir contigo, y a pesar de que la pintura produce muy poco, nunca me faltó lo necesario. No tienes la culpa de nuestra miseria presente; la culpa es de la Revolución.

Él hizo un gesto de reproche, pero la buena señora se encogió de hombros y prosiguió:

—No disculpo a los aristócratas; los conocí en todo su esplendor y puedo asegurar que abusaban de sus privilegios. He visto a tu padre apaleado por los lacayos del duque de Canaleilles, porque no se apartó con la exigida prontitud al pasar el soberbio señor. Tampoco me inspiraba ningún afecto la Austríaca, muy altiva y derrochadora; pero el rey me pareció siempre bondadoso, y sólo en vista de su proceso y sentencia pude cambiar de opinión. Comprende que no echo de menos el antiguo régimen, aun cuando he disfrutado en él muchas alegrías; pero no puedo creer que la Revolución establezca la igualdad entre los hombres, porque los hombres nunca serán iguales; no es posible; aunque lo pongan todo patas arriba, siempre habrá en el mundo altos y bajos, flacos y gordos.

Y mientras hablaba secaba los platos. El pintor ya no la oía; buscaba el perfil de un *sans-culotte* con gorro frigio y carmañola que reemplazaría en la baraja nueva la destituida sota de espadas.

Dieron unos golpecitos en la puerta y apareció una muchacha, una campesina desmesuradamente rechoncha, erisipelada, patosa; un lobanillo enorme casi le cubría el ojo izquierdo, y el derecho era de un azul tan pálido que resultaba desvanecido y blancuzco; sus labios eran muy gruesos, y los dientes sobresalían más aún que los labios.

Preguntó a Gamelin si pintaba y si podría hacerle un retrato de su novio, Jules Ferrand, voluntario en el ejército de las Ardenas.

Évariste respondió que haría el retrato con gusto en cuanto regresara el valeroso guerrero. La muchacha insistió en que lo hiciera enseguida, y el pintor, sonriendo a su pesar, dijo que no era posible hacer un retrato sin conocer a la persona.

La desdichada moza no había previsto aquella dificultad. Con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo y las manos enlazadas sobre el vientre, se quedó inmóvil y muda, víctima de una inmensa pesadumbre. Interesado y compadecido el pintor al ver tanta ingenuidad, para divertir a la dolorida moza puso a su alcance uno de los voluntarios pintados a la acuarela, y le preguntó si era parecido a su novio.

Ella dirigió hacia el papel una mirada triste, que lentamente se animó; ya brillaba su ojo izquierdo, y su abotagado rostro se alegró con una espléndida sonrisa.

—¡Está que no puede ser más parecido! —exclamó al fin—. Es el propio Jules Ferrand, sin faltarle ni sobrarle nada.

Y antes de que tendiera el pintor la mano para retirar su obra, la muchacha dobló el papel cuidadosamente con sus dedos amoratados; le hizo uno, dos, tres, cuatro dobleces, hasta reducirlo bastante para metérselo entre el corsé y la camisa, sobre el corazón; y después de entregar al pintor un asignado de cinco libras, se despidió de la «compañía», y salió del estudio vibrante y ligera.

III

Aquella misma tarde fue Gamelin a casa del ciudadano Jean Blaise, mercader de estampas, que, además, vendía también cajas, carpetas y toda clase de juegos en la calle Honoré, frente por frente del Oratoire, cerca de las Messageries, en *L'Amour peintre*. La tienda formaba parte de una casa vieja y le servía de entrada un portal abovedado, en cuya clave lucía un mascarón cornudo. Cubría el arco una pintura al óleo que representaba *El siciliano o el amor pintor*, copia de un estudio de Boucher, adquirida por el padre de Jean en 1770 y que la lluvia y el sol borrraban poco a poco. A cada lado de la puerta una ventana, con su cabeza de ninfa por clave de la redonda bóveda, permitía contemplar a través de los vidrios las estampas de moda y las últimas novedades del grabado en colores. Podían verse aquel día escenas galantes interpretadas un poco ásperamente por Boilly: *Lecciones de amor conyugal* y *Cariñosas negativas*, que tenían escandalizados a los jacobinos y que los puros denunciaban a la Sociedad de las Artes; *El paseo público*, de Debucourt, donde un «elegante» recostado sobre tres sillas lucía un calzón amarillo canario; caballos del joven Carie Vernet, globos aerostáticos, *El baño de Virginia* y figuras copiadas de la antigüedad.

Entre los ciudadanos que pasaban en grupos frente a la tienda, los más desarrapados eran los que se detenían más tiempo junto a los dos escaparates, decididos a divertirse y ansiosos de recibir, aunque sólo fuera por los ojos, la parte de goces mundanos que les correspondía; y admiraban con la boca abierta, mientras los aristócratas se limitaban a dar un vistazo y seguían adelante con las cejas fruncidas.

Desde muy lejos Évariste había fijado ya sus miradas en uno de los balcones que se abrían sobre el establecimiento, en el de la izquierda, donde había un tiesto de claveles rojos. Aquel balcón era el del aposento de Élodie, hija única de Jean Blaise. El mercader de estampas ocupaba con ella el primer piso de la casa. Después de pararse un momento frente a *L'Amour peintre*, como si estuviera fatigado, Gamelin tomó aliento y levantó el pestillo.

La ciudadana Élodie, que acababa de vender unos grabados —dos composiciones de Fragonard, hijo, y de Naigeon, cuidadosamente seleccionadas entre otras muchas—, antes de guardar en el cajón los asignados que recibió en pago de la mercancía, esforzaba sus hermosos ojos para examinar al trasluz los puntizones, el verjurado y la filigrana; intranquila porque circulaba con tanta abundancia el papel falso como el legítimo, y esto dificultaba mucho las ventas. Lo mismo que antes los falsificadores de la firma del rey, eran ya condenados a pena de muerte los falsificadores de la moneda nacional: pero había planchas de imprimir asignados en todas las bodegas; los suizos importaban millones y millones de asignados falsos, que arrojaban por paquetes en las posadas; los ingleses desembarcaban diariamente fardos enteros de asignados para desacreditar la República y reducir a los patriotas a la miseria. Élodie temía que le dieran papel falso, y temía bastante más volver a darlo ella y que la juzgasen cómplice de Pitt; pero confiaba en su buena suerte, segura de salir airosa de cualquier compromiso.

Gamelin la contemplaba con cierta inquietud triste que revela mejor que una sonrisa las amorosas ansias. Ella lo miró, entornados los ojos brillantes y negros, picaresca y burlonamente. Complacida y segura del amor de aquel hombre, lo provocaba para inducirlo a declararse.

Después de guardar los asignados cogió el canastillo de sus labores. Era trabajadora y presumida; instintivamente le preocupaba tanto el primor de su obra como el atractivo de sus movimientos; bordaba de manera diferente, según la persona que tenía delante: bordaba con abandono para inspirar una dulce languidez; bordaba juguetona para desazonar un poco a quien la contemplaba; se puso a bordar con mucho cuidado ante Gamelin, deseosa de inspirarle un afecto profundo.

Élodie no era muy joven ni muy bonita; de pronto, hasta pudiera parecer algo fea. Tenía el cutis moreno y pálido; un pañuelo de nívea blancura envolvía su cabeza y dejaba escapar algunos rizos de su cabello, negrísimo y brillante; sus ojos encendidos hacían destacar sus azuladas ojeras; en su carita redonda, con pómulos pronunciados, risueña, un tanto aplastada, montaraz y voluptuosa, el pintor encontraba la fisonomía picaresca del fauno de Borghese, cuya divina travesura le admiraba. Un ligero bozo acentuaba el atractivo de sus labios ardientes, y el pecho, acaso rebosante de ternura, henchía la pañoleta cruzada sobre su abultado contorno. Su esbeltez y su agilidad revestían todo su cuerpo de

una gracia salvaje y deliciosa. Su mirada, su aliento, las palpitaciones de su carne, todo en ella solicitaba un amor y ofrecía un goce soberano. En su tienda parecía una sílfide bailarina, una bacante de la ópera que se hubiera despojado allí de su piel de lince, de su tirso, de sus guirnaldas de hiedra, y por arte de magia se redujese a la envoltura modesta de una mujercita retirada y hacendosa como las de Chardin.

—Mi padre no está en casa —dijo al pintor—; aguardadle un momento; ya no puede tardar.

Sus menudas manos morenas se acercaban y apartaban del blanco lino, como si jugaran con la aguja.

—¿Os agrada este dibujo, señor Gamelin?

Évariste era incapaz de todo lo que fuese disimulo, y su amor inflamado exaltaba su franqueza:

—Bordáis primorosamente, ciudadana; pero si queréis que os diga la verdad, ese dibujo no es bastante sencillo, bastante claro; se resiente de la clase de afectación que durante demasiado tiempo estuvo de moda en Francia para decorar telas, muebles y artesones. Reparad cómo esos mundos y esas guirnaldas recuerdan el estilo ruin y miserable tan en boga mientras nos regía el tirano. El buen gusto renace y volvemos a lo antiguo. En tiempo de Luis XV se decoraba con gusto chinesco. Aquellas cómodas ventrudas con tiradores retorcidos y ridículas incrustaciones ya sólo sirven de leña, los patriotas las echan al fuego para calentarse. La sencillez es la única hermosura; la antigüedad revive. Para dibujar lechos y sillones, David toma por modelo vasos etruscos y pinturas de Herculano.

—He visto lechos y sillones de los que habláis —dijo Élodie—, y me gustan. Pronto nadie querrá otros muebles. Como vos, yo adoro lo antiguo.

—Bien, ciudadana —prosiguió Évariste—. Si hubierais adornado vuestra labor con una greca, hojas de hiedra, serpientes o flechas entrelazadas, fuera digna de una espartana... y de vos. Podéis aún aprovechar ese dibujo, simplificarlo y reducirlo a la línea recta.

Élodie le preguntó qué sería necesario suprimir.

El pintor inclinóse para indicárselo, y sintió rozar en sus mejillas los rizos

de Élodie. Uníanse sus manos sobre la blancura de la batista y se mezclaban sus alientos. Évariste gozó una ráfaga de inmensa dicha en aquel instante, pero al sentir cerca de sus labios los labios de Élodie, creyó haberla ofendido y se apartó con brusquedad.

La ciudadana Blaise amaba tiernamente a Évariste Gamelin; le entusiasmaban sus ojazos abrasadores, la palidez de su ovalado rostro, sus abundantes cabellos negros, que, partidos por una raya sobre la frente, caían hasta los hombros; el grave aspecto de su figura, su frialdad aparente y severa, su palabra firme y jamás aduladora. Como le amaba, le atribuía un poderoso genio artístico pronto a desbordarse cualquier día en obras maestras que ilustraran su nombre, y al pensar así le amaba más aún. La ciudadana Blaise no estimaba en mucho el pudor viril, no se ofendía su moralidad al ver a un hombre rendido a las pasiones, a los gustos, a los deseos. Enamorada de Évariste, prudente y casto, no le amaba por ser casto; pero semejante virtud ofrecía la ventaja de no infundir celos ni sospechas y de no atormentar con posibles rivalidades.

En aquella ocasión le creía excesivamente reservado. Enamorada de Hipólito, la Aricia de Racine admiraba la indómita virtud del joven héroe con la esperanza de rendirla; pero la hubiera humillado una rigidez tal de costumbres que no vacilase al influjo de sus femeninos encantos; y al ver la ocasión propicia, se insinuó lo posible para obligarle a que se declarase. Como la dulce Aricia, la ciudadana Blaise no estaba lejos de imaginar que la mujer debe anticiparse y servir de guía en los laberintos del amor. «Los más apasionados —pensaba— son los más tímidos; necesitan que se los ayude y se los anime. Su inocencia es tan grande que no advierten cuándo la mujer indefensa corre hacia ellos para despertar su brío, rendirse al ataque audaz y concederles toda la gloria de su conquista». Respecto al giro que pudiera tomar su asunto la tranquilizaba el saber con certeza (y seguramente hubo pruebas más que suficientes para que nadie lo pusiera en duda) que antes de que la Revolución exaltara su heroísmo, Gamelin estuvo en relaciones muy humanas con una mujer, humilde criatura: la porterita de la Academia.

Élodie, que distaba mucho de ser cándida, concebía diferentes clases de amor. El afecto que le inspiraba Évariste era bastante profundo para consagrarle por entero la vida. Ser su esposa era su deseo, pero temía que su padre no aprobara la unión de su hija única y única heredera con un artista oscuro y pobre. Gamelin carecía de bienes de fortuna; el

mercader de estampas manejaba un caudal; *L'Amour peintre* era lucrativo negocio, pero ganaba mucho más como agiotista, socio de un abastecedor que proveía de avena y de forraje al Ejército de la República. El hijo del cuchillero de la calle Saint-Dominique no era nadie comparado con el editor de estampas conocido en toda Europa y pariente de los Blaizot, de los Basan, de los Didot, amigo de los ciudadanos Saint-Pierre y Florian. Sin embargo, no era Élodie una hija obediente de las que juzgan el consentimiento paterno indispensable para resolver su porvenir. Viudo, sin ser viejo, ansioso de alegría y de goces fáciles, mujeriego, emprendedor, Blaise no se ocupó nunca de su hija; la dejó crecer libremente, sin consejos y sin intimidación, más cuidadoso de ignorar que de regir su conducta, seguro de que la muchacha tenía temperamento apasionado y atractivos más insinuantes y dominadores que los de una cara bonita. Demasiado generosa para eludirse, demasiado inteligente para deshonorarse, comedida en sus desvarios, los goces del amor no le hicieron olvidar nunca las conveniencias sociales. Su padre le agradecía tanta prudencia, y como Élodie tenía instintos mercantiles y le interesaban los negocios, no preocuparon a Blaise las desconocidas razones que libraban de noviazgos a una criatura tan hecha para el matrimonio, mientras la retenía en la casa, donde le servía de ama de llaves, y en la tienda, donde trabajaba ella sola como cuatro dependientes. A los veintisiete años se creía con bastante madurez y experiencia como para resolver los asuntos de su vida sin pedir consejo ni someterse a la imposición de un padre juvenil, distraído y complaciente; pero era preciso, para que se casara Élodie con Gamelin, que le diera el mercader participación en sus negocios, le asegurara un porvenir y lo protegiera, como lo hizo con otros artistas, creándole una fuente de ingresos de alguna manera. Y a pesar de la complacencia del uno y del amor del otro, era imposible que aquello fuese ofrecido ni aceptado; tan poco simpatizaban los dos hombres.

Prudente y amante, sentía Élodie inquietud por aquella dificultad, sin que le horrorizase la idea de unirse a su amigo en secreto, confiada en el Creador de la Naturaleza y en la fe de un amoroso porvenir compartido. Su moralidad no le recriminaba semejante unión, que la independencia de sus costumbres hacía posible y a la cual daría una formalidad tranquilizadora el carácter honrado y virtuoso de Gamelin; pero, a pesar de sus esfuerzos, el pintor apenas podía vivir y mantener a su anciana madre; y no parece que haya lugar para un delirio amoroso, ni aun reducido a su natural sencillez, en una existencia tan oprimida. Por añadidura, Évariste no había

declarado su afecto ni revelado sus propósitos; pero la ciudadana Blaise lo obligaría pronto a que hablara. Interrumpió a un tiempo su labor y sus meditaciones, para decirle:

—Ciudadano Évariste: esta labor no me agradará mientras no sea de vuestro gusto. Dibujadme un modelo, y entre tanto desharé, como Penélope, lo bordado sin vuestras lecciones.

Él respondió, melancólica y apasionadamente:

—Convenido, ciudadana; os dibujaré la espada de Harmodio envuelta en una guirnalda.

Sacó un lápiz y se puso a dibujar espadas y flores en el estilo sobrio y rígido tan de su gusto, mientras formulaba sus doctrinas:

—Los franceses regenerados deben repudiar todas las reminiscencias de la servidumbre: la mala forma, el mal dibujo, el mal estilo. Watteau, Boucher, Fragonard trabajaban para los tiranos y para los esclavos; en sus obras no resplandece un sentimiento clásico, ni la pureza de líneas, ni lo natural, ni lo verdadero. Máscaras, muñecas, adornos, monadas; la posteridad no puede ver con gusto sus frívolas obras. Cuando pase un siglo, todos los cuadros de Watteau se hallarán arrinconados en las buhardillas; en 1893, los discípulos pobres de la Academia recubrirán con sus bocetos las telas de Boucher. David nos encamina y se acerca mucho a lo clásico, pero no es bastante sencillo, bastante sereno, bastante grandioso. Nuestros artistas han de sorprender aún muchos secretos del arte antiguo en los frisos de Herculano, en los bajorrelieves romanos, en los jarrones etruscos...

Habló extensamente de la belleza clásica; después se cebó de nuevo en Fragonard, al que perseguía con odio inextinguible:

—¿Lo conocéis, ciudadana?

Élodie respondió afirmativamente.

—También conocéis a Greuze, que resulta ridículo en extremo con su traje colorado y su espada, pero junto a Fragonard parece un sabio de Grecia. Tropecé con ese miserable viejo días atrás, empolvado, galante, corretón, parlanchín, horrible. Estaba en los soportales del Palais Égalité y, al verlo,

deseaba yo que, si no Apolo, cualquier forzudo amigo de las artes lo colgara de un árbol y le arrancara la piel, nuevo Marsyas que sirviera de escarmiento a los malos pintores.

Élodie fijó en él una mirada brillante de sus ojos alegres y voluptuosos:

—Sabéis odiar, señor Gamelin; es posible que sepáis también a...

—¿Estáis aquí, Gamelin? —dijo en aquel instante una voz atenorada y firme, la voz del ciudadano Blaise, que venía con sus botas crujientes, dijes y cadenas resonantes, airoso, decidido y con un enorme sombrero negro, cuyos picos descendían sobre sus hombros. Élodie recogió la canastilla de sus labores y subió a su aposento.

—¡Bravo, Gamelin! —preguntó el ciudadano Blaise—; ¿me traéis algo nuevo?

—Es posible —dijo el pintor; y expuso inmediatamente su idea—: Nuestras barajas ofrecen un contraste singular con las costumbres. Llamar a la carta de más valor «el rey» ofende a los oídos patrióticos. Proyecté y dibujo la baraja nueva, revolucionaria, en la cual, rey, reina y sota serán sustituidos por Libertades, Igualdades, Fraternidades; los ases, rodeados por emblemas de Justicia, se llamarán «Leyes». Diréis: «Libertad de trébol; Igualdad de espadas; Fraternidad de oros; Ley de corazón...». Creo haber acertado en el dibujo; me propongo hacerlas grabar por Desmahis y pedir privilegio.

El artista sacó entonces de su carpeta varias figuras terminadas a la acuarela para presentárselas al mercader de estampas.

El ciudadano Blaise no se tomó la molestia de verlas, y le dijo:

—Muchacho: llevad esas obras a la Convención y recibiréis un elogio; pero no supongáis que os produzca más vuestro invento, pues ni siquiera es novedad. Os habéis retrasado mucho. Vuestra baraja es la tercera que me traen. Dugourc me la ofreció hace ocho días, con sus cuatro Genios, sus cuatro Libertades y sus cuatro Igualdades. Otro juego era de filósofos y caudillos: Catón, Rousseau, Aníbal... Y aquellos naipes tenían sobre los vuestros la ventaja de hallarse mal dibujados y mal grabados en madera. ¡Conocéis poco a los hombres, puesto que los juzgáis capaces de aceptar unos naipes dibujados al estilo de David y grabados a la manera de

Bartolozzi! Además, resulta ilusorio suponer que se necesitan esas complicaciones para conformar las barajas antiguas a las ideas nuevas. Sin que nadie los aleccione, los bravos *sans-culottes* corrigen la falta de civismo de sus naipes, llamándolos a su manera: «¡El tirano!», dicen del rey, cuando no «¡El mayor cochino!». Sus barajas grasientas les bastan, y no comprarían otras. El principal consumo de barajas lo hacen los garitos del Palais Égalité; ofreced a los banqueros y a los jugadores vuestras Libertades, vuestras Igualdades, vuestras... ¿cómo las llamáis...?, vuestras Leyes de corazón..., ¡y volved a contarme lo que os digan!

Sentado sobre el mostrador, el ciudadano Blaise, displicente, se daba capirotaños en los muslos para sacudir las partículas de tabaco adheridas a su calzón de nanquín, y prosiguió, mientras miraba compasivo al iluso revolucionario:

—Permitidme que os dé un consejo, ciudadano pintor: si queréis ganaros la vida, no insistáis en vuestra baraja patriótica ni en vuestros emblemas revolucionarios; olvidaos de vuestros Hércules, de vuestras Hidras, de vuestras Furias perseguidoras del crimen, de vuestros Genios de la Libertad, y pintadme figuras de mujeres jóvenes y encantadoras. El afán de regeneración va entibiándose con el tiempo entre los ciudadanos, y los hombres gustarán siempre de ver caras bonitas. Pintad mujeres de sonrosadas carnes, con las manos finas y los pies diminutos, y convenceos de que a nadie le interesa ya la Revolución, ¡que ya nadie quiere oír hablar de semejante cosa!

Al oír estas palabras, Évariste se encolerizó:

—¡Cómo! ¿Que nadie quiere oír hablar de Revolución...? ¡Pero la conquista de las libertades, las victorias de nuestros ejércitos, el castigo de los tiranos, admirarán a las generaciones venideras...! ¿Cómo es posible que no logren interesarnos? La secta del *sans-culotte* Jesús ha durado casi dieciocho siglos ¿y el culto de la Libertad puede abolirse a los cuatro años de su existencia?

Jean Blaise afirmó en tono magistral:

—Vivís soñando; yo vivo despierto. Creedme, amigo mío, la Revolución hastía; dura demasiado. Cinco años de alborotos entusiastas, de júbilos inauditos, de atropellos y degollinas, de discursos, de *Marsellesa*, de repiqueteos de campanas, de aristócratas ahorcados en los faroles, de

cabezas llevadas en la punta de un palo, de mujeres subidas en los cañones, de árboles de la Libertad con gorro frigio, de muchachitas y viejos revestidos con túnicas blancas en carros de flores, de encarcelamientos, de guillotina, de raciones, de pasquines, de escarapelas, de penachos, de sables, de carmañolas...; ¡ya hay de sobra! Y acabamos por no entender lo que sucede. Ya son muchos los ciudadanos que llevasteis al Capitolio triunfalmente para precipitarlos enseguida por la roca Tarpeya: ¡Necker, Mirabeau, La Fayette, Bailly, Pétion, Manuel y tantos más! ¿Quién asegura que no prepararéis la misma suerte a vuestros nuevos elegidos? No se sabe.

—Nombradlos, ciudadano Blaise; nombrad a esos elegidos que nos disponemos a sacrificar —dijo Gamelin con tanto brío que amansó la gallardía del mercader y lo obligó a discurrir con más prudencia.

—Soy republicano y patriota —y al decir esto, Blaise se ponía la mano sobre el corazón—; soy tan republicano y tan patriota como pueda serlo Évariste Gamelin, al cual no reprocho falta de civismo ni acuso de versatilidad. Mi civismo y mi afecto a la cosa pública están comprobados por numerosos hechos. Ved los principales: pongo mi confianza en todo individuo capaz de servir a la nación; me inclino ante los hombres que la voz pública designa para desempeñar el Poder legislativo, como Marat y Robespierre, y me hallarán siempre dispuesto a prestarles mi ayuda en la medida de mis pobres fuerzas; los comités, a los que ofrezco mi concurso como buen ciudadano, pueden atestiguar mi celo y mi adhesión; asociado con leales patriotas, he provisto de avena y de forraje a la intrépida caballería, y de zapatos a la tropa. Acabo de llevar 60 bueyes al ejército del Mediodía, y los he conducido desde Vernon a través de una comarca llena de ladrones y recorrida por los emisarios de Pitt y de Condé. Yo no discursé, trabajo y sirvo.

Gamelin guardó tranquilamente las acuarelas en su carpeta, cuyos cordones anudó, y se la puso debajo del brazo.

—Revela una extraña contradicción —dijo, apretando los dientes— favorecer la misión del soldado que derrama por todo el mundo la semilla de libertad, y traicionarla en sus hogares, atizando en ellos las inquietudes y la confusión... Salud, ciudadano Blaise.

Antes de hundirse en la callejuela del Oratoire con el corazón rebosante de amor y de cólera, Gamelin se volvió a mirar unos claveles rojos que

florecían entre los hierros de un balcón.

No desconfiaba del triunfo de las buenas ideas; a los conceptos nada cívicos de Jean Blaise oponía su fe revolucionaria; las afirmaciones del mercader tenían visos de verdad, porque realmente al pueblo de París le fatigaba ya el desarrollo de los acontecimientos. ¡Ay! Era indudable que al entusiasmo de los primeros días sucedió la indiferencia general, que no volverían a verse las multitudes unánimes del 89, que no volverían a verse los millones de almas armoniosas que se apretujaban en torno del altar de los federados el año 90. ¡Sí! Pero los buenos ciudadanos despertarían al pueblo aletargado, acrecentarían su celo y su audacia, le darían a escoger entre la libertad y la muerte.

Así reflexionaba Gamelin, animado por el recuerdo de Élodie.

Al llegar a los muelles vio cómo el sol trasponía el horizonte bajo densas nubes que parecían montañas de lava incandescente; las casas se sumergían entre dorados reflejos y resplandecían los cristales. Gamelin imaginó que los Titanes forjaban la ciudad de bronce con los restos abrasados de los antiguos mundos.

Sin tener un pedazo de pan para su madre ni para él, soñaba con sentarse a una inagotable mesa, donde hallaría fácil sustento la humanidad regenerada, y entre tanto esperaba que la nación, como una buena madre, cuidase de su hijo fiel. Refractario a las desdeñosas advertencias del mercader de estampas, quería convencerse de que su baraja revolucionaria era un acierto, una idea oportuna y nueva. Bien interpretadas, aquellas acuarelas podrían valerle una fortuna. «Desmahis las grabará —reflexionaba—; las editaremos por nuestra cuenta y seguramente ganaremos de quince a veinte mil sueldos cada uno en un mes».

Con la impaciencia de realizar aquel proyecto se dirigía a paso acelerado hacia la calle de la Ferraille, donde vivía Desmahis sobre la tienda del vidriero. Entró por la tienda. La mujer del vidriero le dijo a Gamelin que el ciudadano Desmahis no estaba en casa, y esto no pudo sorprender al pintor: conocía el carácter vagabundo y desordenado de su amigo y le admiraba que, a pesar de su inconstancia en el trabajo, grabase con tanta perfección. Decidió esperarle; la esposa del vidriero le ofreció una silla; era una mujer melancólica y se lamentaba de que los negocios iban mal, aun cuando se podía suponer que la Revolución se había propuesto enriquecer

a los vidrieros, según se afanaba en romper cristales.

Anocheecía. Gamelin renunció a esperar a su camarada y se fue. Cuando pasaba por el Pont Neuf, vio desembocar por la calle de los Morfondus algunos guardias nacionales a caballo que atropellaban a los transeúntes; provistos de antorchas encendidas escoltaban, con gran estrépito de sables, una carreta donde conducían a la guillotina a un hombre completamente desconocido de todos, un aristócrata desposeído, el primer sentenciado del nuevo Tribunal revolucionario. Su rostro apenas se veía confusamente entre los sombreros de los guardias; iba sentado y de espaldas, con las manos sujetas por detrás. El verdugo, de pie junto a él, se apoyaba en el adral. Las gentes, detenidas al paso, comentaban que tal vez fuera un explotador de los que fomentan el hambre del pueblo; pero lo miraban con indiferencia; Gamelin, al acercarse, reconoció entre los espectadores a Desmahis, quien luchaba en aquellas apreturas decidido a pasar delante del cortejo; lo llamó y le puso la mano en un hombro; Desmahis volvió la cabeza. Era un joven hermoso y varonil; en la Academia decían que, para formarle, pusieron la cabeza de Baco sobre el cuerpo de Hércules, y sus amigos lo llamaban «Barbaroux», por su parecido con este representante del pueblo.

—Ven —le dijo Gamelin—; hemos de hablar de un asunto importante.

—¡Déjame! —le respondió con viveza Desmahis.

Y mientras pronunciaba frases confusas no perdía ocasión de avanzar:

—Voy detrás de una mujer divina, empleada en una tienda de modas; un sombrero de paja cubre su cabeza y abundante cabellera rubia se mece sobre su espalda. Este demonio de carreta me ha detenido; la muchacha se adelantó, y anda ya por el otro lado del puente.

Gamelin quiso retenerlo, sujetarlo, y le aseguraba que le comunicaría un asunto de suma importancia; pero Desmahis se desasíó y aprovechó un resquicio para deslizarse y avanzar entre los caballos, los guardias, los sables y las antorchas en persecución de la señorita empleada en una tienda de modas.

IV

Eran las diez de la mañana. El sol de abril esmaltaba con su esplendor las hojitas nuevas de los árboles. Removido por la tormenta de la noche, ofrecía el aire una frescura suave y deliciosa. De vez en cuando un jinete, al cruzar el paseo de las Veuves, turbaba el silencio de la soledad. A un lado del paseo umbroso, junto a la cabaña de la *Belle Lilloise*, Évariste esperaba a Élodie sentado en un banco de madera. Desde aquel día en que sus dedos se acariciaban sobre un bordado, mientras la proximidad de sus rostros confundía los alientos, Évariste no volvió a *L'Amour peintre*. Durante una semana lo tuvieron alejado de Élodie su orgulloso estoicismo y su timidez, que lo hacían más y más huraño; le había escrito una carta seria, triste, ardiente, para detallar los agravios que le alejaban del ciudadano Blaise y, sin referirse a su amor, ocultaba su angustia, declaraba que no volvería jamás a la tienda; ponía en su resolución empeño bastante para desazonar a Élodie, la cual, propensa en todas las ocasiones a defender lo suyo, contrariada en sus deseos, se preocupó de conseguir que su amigo no se le escapase. Al pronto resolvió ir a su casa, buscarlo atrevida en el estudio de la plaza de Thionville; pero temerosa de su brusquedad y suponiéndolo muy exaltado contra el padre, receló que pudiera envolver en sus odios a la hija, y se resolviese a no cruzar palabra tampoco con ella, y estas reflexiones la condujeron a preferir una cita sentimental y novelesca; él acudiría, sin duda, mejor dispuesto, y ella tendría más recursos para persuadirlo y suavizarlo, pues la soledad conspiraría en su provecho para enardecerlo y vencerlo.

Había entonces en todos los jardincillos ingleses y en todos los paseos a la moda «cabañas» construidas por avisados arquitectos, que halagaban así los gustos agrestes de los ciudadanos. La cabaña de la *Belle Lilloise*, ocupada por un horchatero, apoyaba su fingida humildad sobre los restos, artísticamente imitados, de una torre antigua, y así unía el encanto rústico a la tristeza melancólica de las ruinas. Como si no bastasen la cabaña y la torre derruida para conmover los corazones sensibles, el horchatero mandó alzar, a la sombra de un sauce llorón, una columna funeraria con este letrero: «Cléonice a su fiel Azor».

Cabañas, ruinas, tumbas. En vísperas de perecer, la aristocracia pobló sus parques hereditarios con estos símbolos de humildad, abolición y muerte. Más adelante, los ciudadanos patriotas adquirieron también el gusto de bailar, beber y amar en fingidas cabañas, a la sombra de fingidos claustros fingidamente arruinados y entre fingidas tumbas, porque lo mismo éstos que aquéllos eran amantes de la naturaleza, discípulos de Jean-Jacques Rousseau, espíritus sensibles y filosóficos.

Llegado Évariste a la cita mucho antes de la hora fijada, medía el tiempo por los fuertes latidos de su corazón como pudiera medirlo por las oscilaciones de un péndulo. Pasó una patrulla que conducía detenidos. A los diez minutos, una mujer vestida de color de rosa y, según costumbre, con un ramito de flores en la mano, se acercó acompañada por un caballero de tricornio, casaca roja, chupa y calzón rayados. Entraron en la cabaña. Al verlos tan parecidos a los galanes del antiguo régimen, era forzoso creer, como lo creía el ciudadano Blaise, que estaban demasiado arraigados en el carácter de los hombres los vicios y las virtudes, como para que las revoluciones consiguieran modificarlos.

Pasados algunos instantes, una mujer, de Rueil o de Saint-Cloud, cargada con una caja cilíndrica de vivos colores, se sentó en el mismo banco donde aguardaba Gamelin. Dejó en el suelo la caja, en cuya tapa giraba una flecha sobre un círculo de números. La pobre mujer ofrecía en los jardines aquel entretenimiento a los chicuelos. Llevaba la caja llena de «hostias», que habían cambiado también de nombre, sin duda para no recordar los tiempos y los ritos pasados, y se llamaban barquillos.

La vieja enjugó el sudor de su frente con una punta de su delantal y exhaló lamentaciones, en las que acusaba de injusto a Dios por alargar con exceso la penosa existencia de las criaturas. Su marido vendía en Saint-Cloud, junto al río, y ella iba diariamente hasta los Campos Elíseos, donde castañeteaba unas tabletas y voceaba su mercancía, con lo cual, entre los dos viejos apenas reunían para malvivir.

El joven del banco parecía dispuesto a compadecerla y ella le expuso minuciosamente sus desgracias; de todo era culpable la República, porque al proponerse despojar a los ricos les quitaba el pan a los pobres. No había ya remedio posible; al contrario, había señales evidentes de que todo andaba de mal en peor. En Nanterre, una pobre mujer parió un hijo con cabeza de víbora; un rayo, al caer sobre la iglesia de Rueil, fundió la

cruz del campanario; un hechicero, convertido en lobo, recorría el bosque de Chaville. Hombres enmascarados envenenaban las fuentes y esparcían en el aire polvos maléficos...

Al ver a Élodie que se apeaba de un coche, corrió Évariste hacia ella. Los ojos de la mujer brillaron en la penumbra de su sombrero de paja; sonreían sus labios, tan rojos como los claveles que llevaba en la mano. Un chal de raso negro cruzaba su pecho para anudarse a su espalda; el vestido amarillo revelaba los movimientos rápidos de sus rodillas y descubría sus pies calzados con zapatitos bajos. No llevaba oprimido el talle, porque la Revolución había libertado las caderas de las ciudadanas; pero el vestido, abultado en su parte posterior, escondía la realidad bajo su misma forma amplificadora.

Évariste quiso hablar y no encontró frases oportunas; le abrumaba su torpeza, que Élodie prefería en aquel momento al saludo más cortés. Observó, y le pareció buena señal, que Gamelin se había hecho el lazo de la corbata más primorosamente que de costumbre. Le tendió la mano y le dijo:

—Quería veros; hablar con vos. No contesté a vuestra carta porque me desagradó mucho; nunca pude suponeros capaz de escribírmela. Pudisteis quejaros de mi padre sin decirme lo que decíais; no es propio de vuestro carácter y de vuestro talento afirmar que no volveréis a la tienda porque allí tuvisteis un ligero altercado con un hombre de mucha más edad que vos, ¡y por asuntos políticos! Puedo aseguraros que mi padre os recibirá muy bien cuando volváis a nuestra casa. No le conocéis; a las pocas horas había olvidado ya lo que os dijo y lo que vos le replicasteis. No diré que tenga para vos una simpatía profunda, pero tampoco puede guardaros rencor; os lo aseguro francamente: no se preocupa de vos... ni de mí; sólo piensa en sus negocios y en sus diversiones.

Élodie se encaminó hacia el bosquecillo de la cabaña y Évariste la siguió, bastante contrariado, por ser allí donde se refugiaban los amores efímeros y las complacencias vendidas. Ella eligió la masa más oculta.

—¡He de contaros tantas cosas, Évariste! ¿Me permitiréis que abuse de vuestra noble amistad? He de hablaros mucho de vos... y algo de mí.

Después de llevarles el mozo una botella y dos vasos, Élodie sirvió a Évariste con una encantadora delicadeza de ama de casa que sabe

cumplir sus deberes. Hizo el relato de su vida: su infancia; la hermosura de su madre, que recordaba siempre por cariño y como justificación de su propia hermosura; también alabó las energías de sus abuelos, orgullosa de su origen burgués; dijo que, ya muerta su adorada madre, desde los quince años vivió sin apoyo y sin ternura; se manifestó como era en realidad, sensible, ansiosa, decidida; y añadió:

—Sí, Évariste; mi juventud fue demasiado melancólica y solitaria para no enseñarme a estimar lo que vale un corazón como el vuestro; y nunca renunciaré por mi gusto y sin violencia, os lo digo con sinceridad, a una simpatía que supuse arraigada y en la cual tanto he confiado.

Évariste la miró apasionadamente:

—¿Será posible que sintáis por mí algo de afecto, Élodie? ¿Puedo suponer...?

Se detuvo temeroso de abusar de su amiga ingenua. Élodie le ofreció su mano, que apenas asomaba por la estrecha y larga manga guarnecida de encajes. Un suspiro muy hondo estremecía y abultaba su pecho:

—Évariste: suponed que soy para vos lo que vos deseáis que sea; mi corazón, ansioso de agradaros, no lo desmentirá.

—¡Élodie, Élodie! ¿Eso que acabáis de decirme lo repetiréis cuando sepáis...?

No se atrevió a concluir la frase. La mujer entornó sus ardientes ojos, y él, decidido, bajó la voz:

—¿... cuando sepáis que os amo?

Al oír estas palabras Élodie enrojeció de placer, y mientras en sus ojos brillaba una voluptuosa ternura, contraía sus labios, a su pesar, una tenue y burlona sonrisa, porque pensaba: «Teme que su declaración me disguste, sin reflexionar que yo me declaré antes». Y le dijo con bondadosa confianza:

—¿Nunca sospechasteis el amor que me inspiráis?

Para ellos no había nada más en el mundo que su exaltación amorosa; Évariste, extasiado y solemne, puso los ojos en el transparente azul del

firmamento radiante de sol, y murmuró:

—¡Ved cómo el cielo nos contempla! Es adorable y bondadoso como vos, ¡amada mía! Tiene vuestro encanto, vuestra ternura, vuestra sonrisa...

Sentíase ligado a toda la naturaleza y la amalgamaba con su goce y su triunfo. Creía que, para celebrar sus desposorios, las flores de los castaños se encendían como candelabros y los álamos se inflamaban como antorchas gigantescas.

Le enorgullecían su poder y su grandeza, mientras Élodie, más amorosa, más delicada, más flexible, más dúctil, se complacía en su debilidad, y después de conquistarlo se sometía humildemente; después de afirmar su dominio lo reconocía como dueño, lo recibía como a un héroe, como a un dios, ansiosa de obedecerle, de admirarlo, de servirlo. Al sentir un beso apasionado y ardiente, se abandonó a Évariste, que la oprimía entre sus brazos, y creyó que toda su carne se derretía como si fuese de cera.

Estuvieron aún mucho rato poseídos por su ternura y olvidados del universo. Évariste expresaba ideas puras y sutiles que arrobaban y enardecían a Élodie, y Élodie le decía frases cariñosas, útiles advertencias y particulares atenciones. Cuando consideró que ya no era conveniente retrasarse más, se levantó resuelta, entregó a su amigo los tres claveles rojos y subió al coche que la esperaba. Era un vehículo vulgar, de alquiler, pintado de amarillo, con altas ruedas como casi todos; pero Gamelin, que nunca iba en coche ni solía ver en coche a sus relaciones, al girar aquellas altas ruedas que se alejaban rápidamente, sintió el corazón encogido como si le acosara un doloroso presentimiento; su inteligencia, de pronto alucinada, le hizo suponer que aquel caballo matalón conducía a su Élodie más allá de las realidades presentes, hacia una residencia lujosa y rica, entre fausto y goces, donde un pobre artista como él no entraría jamás.

Cuando el coche hubo desaparecido a lo lejos, se disipó la fantasía de Gamelin, pero le quedó una indecible angustia, y comprendió que las horas de ternura y abandono que acababa de sentir nunca revivirían.

Atravesó los Campos Elíseos, donde algunas mujeres, vestidas con trajes claros, cosían o bordaban mientras sus hijos jugaban a la sombra de los árboles. Una vendedora de barquillos que llevaba una caja como un tambor le recordó a la vieja del paseo de las Veuves; llegó a imaginar que había transcurrido una época interesante de su vida entre uno y otro

encuentro. Cruzó la plaza de la Révolution. En el jardín de las Tullerías oyó rugir, como lejanos y poderosos ecos de las jornadas gloriosas, aquellas voces unánimes que los enemigos de la Revolución suponían enmudecidas para siempre. Apresuró el paso entre los clamores crecientes para llegar a la calle Honoré, donde una muchedumbre de hombres y mujeres vociferaba: «¡Viva la República! ¡Viva la Libertad!». Sobre las tapias de los jardines, en las ventanas de los balcones, en las cornisas de las casas, había otra muchedumbre de espectadores que agitaban los sombreros y los pañuelos.

Precedido por un zapador que abría paso al cortejo y rodeado de regidores, guardias nacionales, artilleros, gendarmes y húsares, avanzaba lentamente, llevado en hombros por algunos ciudadanos, un hombre de rostro bilioso, con la frente ceñida por una corona de roble y el cuerpo envuelto en una túnica verde con esclavina de armiño. Las mujeres le tiraban flores, y él envolvía en derredor la mirada penetrante de sus ojos amarillentos, como si entre aquella multitud entusiasta buscara aún enemigos del pueblo para denunciarlos, traidores para destruirlos. A su paso Gamelin, con el sombrero en la mano, mezcló su voz con las cien mil voces populares:

—¡Viva Marat!

El triunfador entraba en la Convención como el Destino, y mientras la muchedumbre se disgregaba lentamente, Gamelin, sentado en un poyo de la calle, contenía con sus manos los latidos de su pecho; lo que acababa de presenciar le hacía sentir una emoción sublime, un entusiasmo ardiente.

Veneraba y adoraba a Marat, que devorado por la fiebre, cubierto de úlceras, carcomido, consagraba sus fuerzas ya escasas al servicio de la República, lo recibía bondadoso en su pobre casa, para todos abierta siempre; le hablaba con fervor del bien público, y a veces le interrogaba acerca de las perversas intenciones de los malvados.

Se complacía Gamelin al imaginar que los conspiradores enemigos de aquel hombre, ansiosos de su perdición, realzaron su triunfo, y bendecía al Tribunal revolucionario que al absolver al Amigo del Pueblo había restituido a la Convención al más eficaz y más puro de sus legisladores. Evocaban sus ojos aquella cabeza glorificada por la corona cívica, el espíritu rebosante de orgullo virtuoso y de inexorable amor, el rostro estragado y firme, la crispada boca, el ancho pecho, toda la figura del

agonizante robusto, que desde la cumbre donde lo colocaban triunfalmente sus conciudadanos parecía decirles: «Imitad mi ejemplo, sed como yo: patriotas hasta morir».

La calle desierta se sumergía en la oscuridad nocturna; el farolero se acercaba con su linterna encendida, y Gamelin murmuró:

—¡Hasta morir!

V

A las nueve de la mañana, Évariste se reunió en el jardín de Luxemburgo con Élodie, que le aguardaba sentada en un banco.

Había pasado ya un mes desde que se confesaron mutuamente su apasionamiento, y se veían a diario en *L'Amour peintre* o en el estudio de la calle de Thionville, donde se prodigaban muchas ternuras con toda la reserva exigida en su voluptuosa intimidad por el carácter del amante grave y virtuoso, deísta y buen ciudadano, que resuelto a unirse con su amada ante Dios o al amparo de la Ley, según las circunstancias, no podía entre tanto descubrir públicamente sus relaciones. Élodie estimaba el honrado proceder de Évariste, pero segura de que su padre no había de consentir aquel matrimonio, y deseosa de no faltar a las conveniencias sociales, veía sólo posible un amancebamiento que su prudencia y su disimulo mantendrían secreto hasta que su duración lo hiciese respetable. Se prometía vencer los escrúpulos de un amante demasiado respetuoso y púdico, no sin confiarle primero revelaciones muy necesarias, para lo cual le había dado cita en el jardín solitario, cerca del convento de los Benedictinos.

Lo miró con franqueza y con ternura; le cogió una mano, lo hizo sentar, y le habló muy comedida, con cierta inquietud:

—Os estimo demasiado, Évariste, para consentir que ignoréis mi vida. Me considero digna de vuestro amor y obligada por lo tanto a mostrarme sincera. Oídme y juzgad. No tengo que reprocharme ninguna vileza; nunca realicé acciones ruines, ni siquiera interesadas; sólo fui débil y crédula... Recordad las difíciles circunstancias en que me colocaron; ya lo sabéis; desde niña me faltó la sombra de mi madre. Mi padre, muy joven aún, se preocupaba mucho de sus goces y muy poco de mí. Yo era sensible... La naturaleza me había dado un corazón rebosante de ternura, un alma generosa, y aun cuando no me negó un juicio sereno y sano, el sentimiento pudo más que la razón. ¡Ay! A pesar de mi experiencia, si ahora lucharan de nuevo, también la vencería; pero no luchan ya, porque unidos razón y sentimiento me consagran a vos para siempre.

Había preparado sus frases y se había decidido a confesarse de aquel modo porque no le gustaba fingir y porque imitaba la sinceridad de Jean-Jacques Rousseau, y porque se decía prudentemente: «Al fin lo sabrá; es imposible asegurar el secreto, y lo que descubierto por casualidad nos deshonra, confesado nos enaltece». Como era sentimental y dócil a la naturaleza, ni pudo sentirse muy culpable ni su confesión fue muy dolorosa; sólo se proponía decir lo necesario para sus propósitos.

—¡Ah! —suspiró—. ¿Por qué no llegasteis a mí, Évariste, en aquellos momentos, cuando me veía sola y abandonada...?

Gamelin, predispuesto por carácter o por educación literaria al ejercicio de la justicia doméstica, creyó buenamente que le requería Élodie como juez, y se dispuso a recibir declaraciones. La mujer se quedó algo turbada, pero al verlo afanoso de oírla dijo con sencillez:

—Un hombre que tenía entre muchas malas cualidades algunas buenas y supo siempre lucir las que más le pudieron favorecer, me encontró algún atractivo y me consagró asiduidades en él desacostumbradas. Estaba en su más florida juventud, arrogante y hermoso, rodeado siempre de mujeres encantadoras que no se ocultaban para quererle y disputárselo. No me sedujo su belleza ni tampoco su talento; me engañó su ternura y me desvanecieron sus muestras de amor... ¡Es posible que me amara de veras! Fue obstinado y cariñoso. Quise hacerme dueña de su corazón, y su corazón inconstante... Me confieso y me culpo, sin quejarme de su abandono... porque ya no es para mí aquel hombre. ¡Os lo juro, Évariste! ¡Nada! ¡Como si nunca hubiera existido!

Calló. Gamelin callaba también; se cruzó de brazos y la miró triste y fijamente.

Reflexionaba; pensaba a un tiempo en Élodie y en Julie. También su hermana Julie se dejó vencer por un amante; pero «muy distinta de la desventurada Élodie», Julie escapó con él, no impulsada por engañosas ansias de un corazón sensible, sino para buscar lejos de su familia placeres y lujos. Évariste no perdonó a su hermana y se hallaba inclinado a no perdonar tampoco a su amiga.

Élodie prosiguió con suaves entonaciones:

—Yo, dominada por las ideas filosóficas, creía que los hombres eran honrados por naturaleza. Mi desdicha consintió en tropezar con un amante que no se había educado en la escuela de la Naturaleza y de la Moral y a quien los prejuicios sociales, ambición, soberbia, falso pundonor, hicieron egoísta y pérfido.

Estas frases, muy estudiadas, produjeron el efecto deseado. Los ojos de Gamelin se dulcificaron. Preguntó:

—¿Quién es vuestro seductor? ¿Lo conozco?

—No lo conocéis.

—Decidme su nombre.

Había previsto ya semejante pregunta y estaba resuelta a no contestar; pero adujo razones:

—Compadecedme, os lo ruego; no me hagáis hablar más. Para lo que os interesa y para lo que me importa, ya dije bastante.

Él insistía, y ella prosiguió:

—El santo amor que nos une me impide poner una sombra importuna entre nosotros; no busquéis la forma de un fantasma, pues ese hombre para mí ya no existe; no me obliguéis a que lo recuerde con esfuerzo para dároslo a conocer.

Se obstinaba Gamelin en que le dijera el nombre del seductor; así lo llamaba, seguro de que Élodie fue seducida, engañada, fanatizada. No suponía siquiera que pudiese ocurrir de otro modo, que cediese la mujer al deseo, al irresistible deseo, que se dejase arrastrar por los impulsos amorosos de su carne, de sus nervios; no imaginaba que aquella criatura voluptuosa y sensible, aquella víctima ideal, se ofreciese al sacrificio; era indispensable, para satisfacer su comprensión, que la hubiera poseído el amante a viva fuerza, con engaño, violentamente, precipitándola en abismos abiertos a todas horas ante sus pasos. Hacía preguntas, veladas en la forma, pero precisas, apremiantes, molestas. Inquiría cómo empezaron aquellas relaciones y si fue mucha o poca su duración, si eran borrascosas o tranquilas y de qué modo se rompieron; pero sobre todo le obsesionaban las argucias que pudo emplear aquel hombre para

seducirla, seguro de que debieron ser inauditas y extrañas.

En vano hizo tantas preguntas; Élodie callaba con una obstinación cariñosa y suplicante, con los labios apretados y los ojos llenos de lágrimas. Y cuando Évariste preguntó dónde se hallaba en la actualidad aquel hombre, se decidió a decir:

—Salió del reino —y apresuradamente rectificó—: Se fue de Francia.

—¡Es un emigrado! —exclamó Gamelin.

Ella lo miró silenciosa, entristecida y satisfecha de pronto, al comprender que imaginaba una realidad conforme a sus pasiones políticas y daba gratuitamente a sus celos un color jacobino, cuando el amante a que se refería Élodie era un dependiente de procurador, muy bello, ilustre cagatintas de quien ella se había enamorado y cuyo recuerdo, aun después de tres años, la enardecía y la desazonaba. Las preferencias de aquel mozo lo inclinaban hacia señoras maduras y adineradas; dejó a Élodie para consagrarse a una vieja viciosa que supo recompensar sus méritos. Tuvo un empleo en la Alcaldía al suprimirse los Tribunales, y luego fue un dragón *sans-culotte*, favorito de una ex aristócrata.

—¡Un emigrado noble! —vociferaba Gamelin en el colmo de su exaltación; y Élodie no le desmentía, satisfecha de verlo muy lejos de suponer algo parecido a la verdad—. ¡Te abandonó cobardemente!

Tendió los brazos para estrecharla contra su pecho; Élodie inclinó la cabeza:

—¡Oh, mi adorada, víctima de la corrupción monárquica...! ¡Mi amor te vengará del infame! Acaso el cielo algún día lo ponga en mi camino... ¡Yo lo buscaré!

Élodie escondió el rostro, entristecida y sonriente a un tiempo; sobre todo algo desencantada. Hubiera querido verlo más práctico en asuntos de amor, a la vez ingenuo y brutal. Comprendió que la perdonaba fácilmente porque su imaginación menguada no descubría en aquellas confidencias ninguna de las imágenes que torturan a los voluptuosos, y que la seducción era solamente para él un hecho moral y social.

Se levantaron y dieron un paseo por el jardín. Évariste juraba pagarle con

amor la pena que el otro le impuso. Élodie no pedía tanto; lo amaba por ser como era y acaso porque le creía un artista sublime.

Al salir del Luxemburgo encontraron grupos tumultuosos en la calle de la Égalité y en torno del teatro de la Nation; esto no debía sorprenderles, pues desde algunos días antes se agitaban mucho las secciones más patrióticas, donde se denunciaba a los partidarios de Orléans y a los cómplices de Brissot que, al decir de las gentes, conspiraban y preparaban la destrucción de París y la degollina de los republicanos. El mismo Gamelin había firmado poco antes la propuesta de la Comuna que pedía la exclusión de los Veintiuno.

Muy cerca del arco que une el teatro a la casa próxima, tuvieron que pasar entre un grupo de ciudadanos a quienes arengaba desde la galería un joven militar, hermoso como el amor de Praxíteles, con su casco de piel de pantera. Aquel mozo seductor tachaba de indolente al Amigo del Pueblo, y decía:

—¡Marat: mientras tú duermes los federales forjan cadenas para oprimirnos!

Apenas hubo alzado los ojos para ver al que peroraba, Élodie sintió una inquietud repentina, y dijo suplicante:

—No te detengas, Évariste...

Y mientras se alejaba de aquel sitio, explicó el espanto que le producían las muchedumbres y su temor a desmayarse entre tantas apreturas.

Al despedirse en la plaza de la Nation se juraron un amor eterno...

Por la mañana temprano, el ciudadano Brotteaux había regalado a la ciudadana Gamelin un capón magnífico, sin cometer la indiscreción de referir su procedencia, porque se lo dio una vendedora del mercado a la que a veces ayudaba en sus negocios, le sumaba las cuentas o le escribía cartas, y era sabido que las vendedoras del mercado profesaban ideas monárquicas y mantenían correspondencia con los aristócratas proscritos. La ciudadana Gamelin agradeció mucho el regalo; no era fácil obtener tales piezas cuando los víveres encarecían más y más. El pueblo era víctima del hambre; se decía que los aristócratas la deseaban y los acaparadores la preparaban.

El ciudadano Brotteaux, invitado a participar de su obsequio, al entrar en el estudio felicitó a la buena señora por el perfume que allí respiraba. Ciertamente, la olla desprendía un apetitoso y suave olor.

—Sois muy amable, caballero —dijo la viuda—. Para preparar el estómago a recibir, como se merece, un capón bien cebado, hice una sopa de hierbas con la sustancia de un buen pedazo de tocino y un hermoso hueso de buey. No hay cosa que dé mejor gusto al caldo que un hueso con tuétano.

—Es indudable lo que habéis dicho, ciudadana —le respondió Brotteaux—, y obraríais cuerdaamente si dejarais en la olla el hueso, al sacar el caldo, para que mañana y pasado y el otro perfumase aún lo que se cociera. La sibila de Panzoust hizo algo semejante: preparaba una olla de coles verdes con una corteza de tocino y un hueso de tuétano; sacaba diariamente las coles cocidas, y el hueso y el tocino le duraban una semana.

—La señora de la que habláis, caballero —dijo la viuda Gamelin—, no era muy escrupulosa en sus condimentos.

—Vivía en mucha escasez —dijo Brotteaux—; fue pobre a pesar de ser profetisa.

Entró Évariste en el estudio, emocionado por las confesiones y promesas que acababa de oír y ansioso de reconocer al seductor de Élodie para vengar en él a un tiempo su amor y la República.

Después de cruzarse las acostumbradas fórmulas de saludo, el ciudadano Brotteaux anudó nuevamente la hebra de su discurso:

—Casi nunca los que predicen el porvenir logran enriquecerse; pronto se descubre la superchería del oficio, y su impostura los hace odiosos; pero fueran más aborrecibles aún si verdaderamente adivinaran el porvenir. La vida del hombre sería intolerable si le revelasen lo que ha de sucederle. Descubrir los males futuros le harían padecer por anticipado, y no podría gozar las felicidades presentes si no desconociera su próximo fin. La ignorancia es condición indispensable para la dicha de los hombres, y es preciso reconocer que solemos tenerla completa. Ignoramos casi todo lo nuestro y todo lo de los otros; nuestra ignorancia nos permite vivir

tranquilamente; la mentira nos procura la felicidad.

La ciudadana Gamelin sirvió la sopa, dijo el *benedicite*, invitó a su hijo y a su huésped a que tomaran asiento y se dispuso a comer de pie. Se negó a ocupar el sitio que le ofrecía el ciudadano Brotteaux a su lado, porque, según adujo, «no ignoraba los convenientes respetos».

VI

A las diez, ni un soplo de aire; la mañana de julio más calurosa que se ha conocido. En la estrecha calle de Jérusalem, un centenar de ciudadanos de la sección formaban cola para llegar por orden a la panadería, vigilados por cuatro guardias nacionales que fumaban su pipa sin soltar el fusil.

Al decretar la Convención nacional el *maximum*, habían desaparecido inmediatamente de la circulación los trigos y las harinas. Como los israelitas en el desierto para recoger el maná, tenían que madrugar los parisienses que no renunciaban a comer. Todas aquellas gentes, apretados unos contra otros, hombres, mujeres, niños, bajo un cielo de plomo derretido que, al caldear las podredumbres del arroyo, despedía toda clase de pestilencias, se empujaban, se increpaban, se miraban con la expresión de todos los sentimientos que pueden concebir los seres humanos hacia un semejante: antipatía, repugnancia, codicia, deseo, indiferencia. Seguros de que no había bastante pan para todos, los más atrevidos, aunque llegaran tarde, se colocaban junto a los primeros, y los perjudicados, al reclamar enfurecidos, invocaban inútilmente sus derechos hollados. Las mujeres avanzaban con furia los codos y metían las caderas para conservar su puesto y para mejorarlo cuando era posible. Al sentirse aplastados algunos gritaban: «¡No empujéis!»; pero nadie atendía las protestas y todos aumentaban el barullo en su provecho.

Para evitar los desórdenes constantes, discurrieron los comisarios delegados de la sección atar una cuerda a la puerta de la panadería y que sucesivamente se agarrasen a ella los que llegaran; pero las manos que se tropezaban al avanzar muy juntas se entregaban a violencias y abusos; la que se desprendía un instante, ya no recobraba su lugar, los perdidosos o los burlones cortaban la cuerda; y hubo que renunciar a semejante procedimiento.

Entre las apreturas de aquella cola muchos se quejaban del calor, otros pedían auxilio, algunos hacían frases chistosas, no faltaba quien dijera obscenidades y no eran pocos los que renegaban de los aristócratas y de los federales, causa de todo mal. Si pasaba un perro, los bromistas lo

llamaban «Pitt». A veces resonaba un bofetón aplicado en el rostro de un atrevido por la mano de una ciudadana, mientras otra mujer sensible, al sentirse oprimida, con los ojos entornados y la boca entreabierta suspiraba con languidez. A todas las palabras, a todas las burlas, a todas las actitudes capaces de provocar el humor picaresco de los franceses, un grupo de jóvenes disolutos respondía con el *Ça-ira*, y un anciano jacobino protestaba, indignado, de que se mezclara con groseros equívocos aquel símbolo de la fe republicana en un porvenir de justicia y de felicidad.

Se acercó un mozo con la escalera al hombro y fijó en la pared, frente a la panadería, un aviso de la Comuna que racionaba la carne fresca. Los transeúntes se detenían a leerlo. Al pasar una verdulera, con su cuévano a la espalda, dijo con voz enronquecida:

—Ya se llevaron las vacas bien cebadas; roeremos ahora los bueyes de las carretas.

De pronto salió de un sumidero un hedor tan sofocante que algunas personas se sintieron acometidas por fuertes náuseas; a una mujer que se desmayó la llevaron dos guardias nacionales a la fuente más próxima. Todos se taparon las narices, rezongando; se cruzaron apreciaciones rebosantes de angustia y de temor; se preguntaban unos a otros lo que aquello pudiera ser: un animal enterrado, un pescado podrido y puesto allí con mala intención, una víctima de septiembre, aristócrata o clérigo, abandonada en alguna bodega de la vecindad.

—¿Pero los traían aquí?

—Los llevaban a todas partes.

—Debe de ser uno de los del Châtelet; el día dos vi amontonados más de trescientos en el Pont au Change.

Los parisienses temían la venganza de aquellos nobles que después de muertos envenenaban el aire.

Gamelin se puso a la cola; había querido evitar a su anciana madre las molestias de un plantón. Su vecino, el ciudadano Brotteaux, lo acompañaba sonriente y apacible mientras el tomo de su *Lucrecio* entreabría el bolsillo de su casaca de color pulga; se alegró en presencia de aquel espectáculo que le parecía una bambochada digna de la paleta

de un moderno Téniers.

—Estos ganapanes y estas mujerucas —dijo— son más lucidos que los griegos y los romanos tan del gusto de nuestros pintores. Yo fui siempre partidario de la escuela flamenca.

Por prudencia y delicadeza callaba que tuvo en su casa una galería de cuadros holandeses con la cual sólo pudo competir, por el número y el mérito de las pinturas, la del señor Choiseul.

—Sólo es hermoso lo antiguo —respondió Gamelin—, y lo que lo recuerda. Pero desde luego estoy conforme con vos en que las bambochadas de Téniers, de Steen o de Ostade valen mucho más que las fruslerías de Watteau, de Boucher, de Van-Loo; en aquellas obras aparece la Humanidad afeada, pero no envilecida como en las de un Baudouin o de un Fragonard.

Los vendedores voceaban:

—¡El *Boletín del Tribunal Revolucionario*...! ¡La lista de los condenados!

—No basta con un Tribunal revolucionario —dijo Gamelin—. Es preciso que haya uno en cada ciudad; aún más, uno en cada pueblo; es preciso que todos los padres de familia, que todos los ciudadanos se conviertan en jueces. Cuando la nación se halla comprometida entre los cañones de los enemigos y los puñales de los traidores, la indulgencia es un parricidio. Lyon, Burdeos y Marsella están sublevadas; Córcega, en perpetuo motín; el fuego arrasa la Vendée; Maguncia y Valenciennes han caído en poder de los aliados; se extiende la traición por las ciudades, por las aldeas, por los campos; la traición se asienta en los escaños de la Convención nacional; la traición forma parte, con un mapa en la mano, de los Consejos de Guerra que juzgan a nuestros generales... ¡La única salvación de la Patria está en la guillotina!

—Nada tengo que objetar contra la guillotina —repuso el viejo Brotteaux—. La Naturaleza, mi única señora y mi única maestra, no me ha indicado nunca el precio que pueda tener la vida de un hombre, y en cambio me dice de mil maneras que no vale nada. En apariencia, los seres vivos no tienen más objeto que servir de pasto a otros seres vivos, los cuales a su vez están destinados al mismo fin. Como el asesinato es un derecho natural, será legitimada la pena de muerte cuando no se ejerza por virtud

ni por justicia, sino por necesidad o para obtener alguna ventaja. Es posible que yo tenga instintos perversos, ya que me repugna la sangre derramada, y toda mi filosofía no ha bastado para corregir en mí esa depravación.

—Los republicanos —insistió Évariste— son humanitarios y sensibles; solamente los déspotas aseguran que la pena de muerte sea un atributo necesario de la autoridad. El pueblo soberano acabará por abolirla; Robespierre la combate, y con él todos los patriotas; la ley que la suprima debe ser cuanto antes promulgada, pero su aplicación sólo ha de comenzar cuando haya perecido bajo la cuchilla de la ley el último enemigo de la República.

Otros rezagados habían ido colocándose detrás de Gamelin y de Brotteaux, y no pocas mujeres de la Sección, entre las cuales descollaban una hermosa y bravia revolucionaria con sable puesto en bandolera, una bonita rubia, desgredada y con la pañoleta sucia, una madre joven, flaca y descolorida, cuyo hijo le tiraba inútilmente del pecho y exteriorizaba su desesperación con voces débiles y lamentos apagados; era un ser canijo y menudo, con la piel amarillenta y manchada, con los ojos inflamados; su madre lo veía sufrir, y con solicitud dolorosa trataba de consolarle.

—Poco tiempo tendrá —dijo Gamelin, vuelto para ver a la criatura que lloriqueaba sobre su espalda entre los apretones de los recién llegados.

—¡Tiene seis meses el pobrecito! Su padre fue a la guerra; es de los que rechazaron a los austríacos en Condé; se llama Dumonteil y comerciaba en pañería. Se alistó en un teatro que pusieron ante la Casa Municipal. Mi pobre Michel quiso defender a su patria, ir por el mundo... Escribe que tengamos paciencia; pero ¿cómo he de mantener al niño si no me alimento?

—¡Ah! —exclamó la bonita muchacha rubia—. Dentro de una hora no habremos acabado aún; luego será preciso hacer cola otra vez en la tienda, y exponerse a morir aplastada para comprar tres huevos y un cuarterón de manteca.

—¿Manteca? —suspiró la ciudadana Dumonteil—; hace tres meses que ni la veo.

El coro de mujeres se lamentó de la escasez y de la carestía de los

viveres; prodigaba sus maldiciones contra los emigrados y pedía que guillotinasen a los comisarios de Sección, los cuales daban a mujeres impúdicas, y a cambio de complacencias vergonzosas, panes de cuatro libras y capones cebados. Se oyeron historias alarmantes de bueyes hundidos en el Sena, de sacos de harina vaciados en las cloacas, de panes metidos en letrinas. Eran los exterminadores realistas, los partidarios de Roland y de Brissot que se proponían matar de hambre al pueblo de París.

La bonita muchacha rubia lanzó un grito agudo, como si viera encendida su falda, que sacudió violentamente; volvía sus bolsillos del revés y vociferaba que le habían robado el dinero. Ante la denuncia del robo se produjo una enorme indignación entre aquellas gentes que habían asaltado los hoteles aristocráticos de Saint-Germain y el palacio de las Tullerías sin llevarse nada, entre aquellas mujeres y aquellos artesanos capaces de arrasar Versalles con absoluta satisfacción, pero que se considerarían deshonorados por el solo hecho de guardarse un alfiler. Los jóvenes libertinos se atrevieron a glosar el suceso con bromas de mal gusto que los rumores de la muchedumbre acallaron. Se hablaba ya de ahorcar en un farol, para escarmiento, al desconocido criminal; se improvisó una indagatoria absurda, y la hermosa bravía del sable señaló a un viejo con facha de fraile exclaustado, y juraba haber sorprendido al «capuchino» en el momento de realizar el robo.

Sin más averiguaciones la muchedumbre prorrumpió en gritos de muerte. Aquél viejo denunciado a la vindicta pública de un modo inaudito se hallaba delante del ciudadano Brotteaux; a juzgar por las apariencias era un fraile exclaustado, de aspecto venerable, conmovido por la turbación que le producían las audacias de aquellos energúmenos y el recuerdo imborrable de las jornadas de septiembre. El temor que sentía lo hizo sospechoso al populacho, el cual juzgaba culpables a los temerosos de su improvisada justicia, como si la precipitación de los enjuiciamientos no bastase para espantar a los inocentes.

Tenía Brotteaux el decidido propósito de no contrariar nunca las opiniones populares, y más aún cuando se mostraban feroces y absurdas, «porque —según decía— en tales casos la voz del pueblo era la voz de Dios». Pero entonces fue inconsecuente con sus decisiones, y declaró que aquel hombre, fuera o no fuera capuchino, mal pudo robar el dinero a la muchacha sin haberse acercado a ella ni un momento.

Acordó la muchedumbre que a un ladrón sólo su cómplice lo defiende; se habló de castigar con rigor a los dos malhechores, y cuando Gamelin salió garante de Brotteaux decidieron los más prudentes enviarlo con los otros a la Sección.

Pero la bonita muchacha rubia volvió a gritar, esta vez con júbilo, que había encontrado su dinero, por lo cual fue objeto de una ruidosa rechifla, y la amenazaron con azotarla públicamente como a una monja.

—Caballero —dijo el religioso a Brotteaux—, agradezco la defensa que hicisteis de mí. Poco importa mi nombre, pero estoy obligado a decíroslo, aun cuando nunca os pueda valer. Me llamo Louis de Longuemare; soy, en efecto, un fraile, pero no un capuchino como dicen esas mujeres con lamentable ignorancia; pertenezco a la Orden de los Barnabitas, que dio muchos doctores y santos a la Iglesia. No es bastante pretender que remonta su origen hasta San Carlos Borromeo; debe considerarse como su verdadero fundador al apóstol San Pablo, cuyo monograma lleva en sus blasones. Tuve que salir del convento, porque instalaron allí la Sección de Pont Neuf, y desde entonces visto de seglar.

—Reverendo padre —dijo Brotteaux, atento al humilde atavío del señor de Longuemare—, vuestra manera de vestir declara que no renegasteis de vuestra condición; al veros pudiera creerse que habíais reformado vuestra Orden, pero no que la abandonarais, y os exponéis, benévolamente, con vuestro aspecto austero, a las injurias de un populacho impío.

—Comprended que yo no puedo usar una casaca azul como un bailarín —repuso el fraile.

—Lo que dije de vuestras vestiduras —añadió Brotteaux— no tuvo más objeto que probaros la veneración que vuestro carácter me inspira y preveniros contra los riesgos que afrontáis.

—Más conveniente sería, caballero, que me animarais a provocar las iras de los impíos declarando mi condición, pues me siento de sobra inclinado a huir los peligros. Abandoné mis hábitos, y esto es ya una especie de apostasía; yo hubiera querido, al menos, permanecer en la Casa donde Dios me concedió durante muchos años un retiro ignorado y apacible. Lo conseguí al pronto; me permitieron habitar mi celda mientras la iglesia y el claustro se convertían en una especie de casa municipal en pequeño, a la

que los revolucionarios llamaban «la Sección». Vi con estos ojos, caballero, cómo los bárbaros martillos mutilaban los emblemas de la santa Verdad; vi el nombre del Apóstol cubierto por un gorro de presidiario. Algunas veces asistí a los conciliábulos de la Sección, donde se decían enormes dislates. Abandoné al fin aquella residencia profanada, para vivir en adelante con la pensión de cien doblones que me concedía la Asamblea. Me alojo en una cuadra, cuyos caballos fueron requisados para el ejército, y allí digo misa con asistencia de algunos fieles que acuden a testimoniar la eternidad de la Iglesia de Jesucristo.

—Sabed, reverendo padre, si mi nombre y mi condición os interesan, que me llamo Brotteaux y que fui publicano en otro tiempo.

—San Mateo nos prueba que un publicano puede hacer buenas acciones.

—Reverendo padre, sois muy bondadoso.

—Ciudadano Brotteaux —dijo Gamelin—, ved al honrado pueblo más hambriento de justicia que de pan. Se hallaban todos animados a perder su puesto para castigar a un ladrón. Estos hombres y estas mujeres que viven miserables y sometidos a tantas privaciones, conservan una honradez severa y no pueden tolerar un acto ruin.

—Convengamos —respondió Brotteaux— en que todas estas honradas gentes, con el ansia de perseguir a un ladrón, estuvieron a punto de cometer un atropello, sacrificar a un inocente, a su defensor y al defensor de su defensor. Los impulsa el instinto avariento, el propósito egoísta de conservar para sí lo que les pertenece. Cuando un ladrón hace presa en uno, los amenaza a todos, y el castigo los previene contra posibles daños. Esto no es decir que la mayor parte de los braceros y comadres aquí reunidos no sean honrados y respetuosos de los bienes ajenos. Su padre y su madre les inculcaron desde la infancia esa moralidad, y los castigaron con bastante rigor para que no la olvidaran...

Gamelin dijo francamente al viejo Brotteaux que tales razonamientos eran indignos de un filósofo.

—La virtud —añadió— es innata en el hombre. Dios ha depositado un germen de virtud en el corazón de los mortales.

El viejo Brotteaux encontraba en su ateísmo una fuente inagotable de

goces.

—Observo, ciudadano Gamelin, que sois revolucionario por lo que a la tierra toca, y muy conservador, hasta reaccionario para lo referente al cielo. En este punto se os asemejan Robespierre y Marat; pero yo encuentro muy extraño que los franceses, tan decididos a librarse de un rey mortal, no se resignen a perder uno inmortal, mucho más tiránico y feroz. ¿Qué son la Bastilla y la hoguera comparadas con el Infierno? La Humanidad formó sus dioses a imagen y semejanza de sus tiranos; ahora rechazáis con desprecio el original y pretendéis conservar la copia.

—¡Oh, ciudadano! —exclamó Gamelin—. ¿Es posible que habléis así? ¿No os avergüenza confundir las oscuras divinidades concebidas por la ignorancia y el miedo, con el Creador de la Naturaleza? Toda moral se funda en la existencia de un Dios piadoso. El Ser Supremo es manantial de todas las virtudes, y no es posible que un republicano sincero niegue a Dios. Robespierre lo sabía cuando mandó retirar de la sala de los jacobinos el busto del filósofo Helvétius, culpable de predisponer a los franceses para la servidumbre por haberles inculcado el ateísmo. Espero, ciudadano Brotteaux, que al implantar la República el culto de la Razón no dejaréis de adheriros a un acierto de tal naturaleza.

—Profeso el culto de la razón sin dejarme fanatizar por ella —repuso Brotteaux—. La razón guía y alumbra, pero si la divinizáis, acaso ciegue y sea instigadora de crímenes...

Y Brotteaux, con los pies en el arroyo, razonaba lo mismo que años atrás desde uno de los dorados sillones del barón de Holbach, de los cuales él mismo dijo que servían de fundamento a la filosofía natural.

—Jean-Jacques Rousseau no carecía de inteligencia, sobre todo para la música; pero fue un perezoso, que pretendía sacar su moral de la Naturaleza, y la sacaba en realidad de los preceptos de Calvino. La Naturaleza nos induce a devorarnos los unos a los otros y nos presenta a cada instante los crímenes y los vicios que la sociedad corrige o encubre. Debemos amar la virtud, pero es bueno saber que se trata de un sencillo recurso imaginado por los hombres para vivir unidos cómodamente. Lo que llamamos la Moral es un desesperado empeño de nuestros semejantes contra el orden del universo que produce luchas, matanzas y ciegos choques de fuerzas opuestas; constantemente se destruye, y cuanto más lo reflexiono me convenzo más de la universal locura. Los

teólogos y los filósofos, que suponen a Dios creador y arquitecto de la Naturaleza, nos lo describen absurdo y malvado; exaltan su misericordia porque le temen; confiesen que su proceder es atroz y le atribuyen una perversidad que no es frecuente ni entre los hombres. Y por tales medios le conquistan adoraciones, convencidos con razón de que nuestra miserable raza no consagraría un culto a dioses justicieros y bondadosos de los cuales nada hubiera que temer. Sin el miedo al castigo nadie se molesta en agradar; sin el Infierno y el Purgatorio nadie se preocuparía de Dios.

—Caballero —dijo Longuemare—, habláis de la Naturaleza y la desconocéis por completo.

—La conozco tanto como vos, reverendo padre.

—No es posible que la conozcáis, falto de religión, porque solamente la religión explica lo que la Naturaleza es, lo que hay en ella de bueno y cómo se deprava. Pero no supongáis que voy a replicaros; Dios no me concedió una elocuencia fogosa ni un talento luminoso para refutar vuestros errores; temo que mis pocas luces ofreciesen motivos de blasfemia y exaltaran vuestra irreligiosidad empedernida; temo que mi caridad indiscreta no alcanzase más fruto...

Lo interrumpió un inmenso clamor producido entre los que se hallaban más cercanos a la panadería, cuya puerta se abrió en aquel instante. Un guardia nacional de servicio hacía entrar a los compradores de uno en uno, y avanzaba la columna con paciente lentitud. El panadero, su mujer y un mozo cumplían las órdenes de los dos comisarios civiles —cuya autoridad simbolizaba una cinta tricolor en el brazo izquierdo— que investigaban si el consumidor pertenecía a la Sección, y la cantidad de pan que podía corresponderle con arreglo a la familia que tuviera en su casa.

El ciudadano Brotteaux pensaba que la vida sólo tiene por objeto la rebusca del goce, y suponía que la inteligencia y los sentidos, únicos jueces a falta de los dioses, no conciben otra finalidad. Al advertir que las afirmaciones del pintor eran de un fanatismo excesivo y las del religioso de una excesiva simplicidad para que ni unas ni otros le sirvieran de satisfacción, dispuesto a acomodar su conducta a su doctrina en el caso presente y endulzar aquella larga espera, sacó del entreabierto bolsillo de su casaca de color pulga el ejemplar de *Lucrecio*, cuya lectura le proporcionaba sus más acendradas delicias y su mayor contento. Las

tapas, de piel roja, se hallaban un tanto deslucidas por el uso, y el ciudadano Brotteaux había tenido la precaución de raspar en ellas el escudo (tres islotes de oro, pagados por su padre a buen precio y en muy buena moneda ganada con los arriendos de contribuciones). Abrió su libro, y se ofreció a sus ojos el pasaje donde el poeta filósofo —que pretendía librar a los hombres de los vanos disturbios del amor— sorprende a una mujer en el secreto de su atavío. El ciudadano Brotteaux leía, sin dejar de sentir entre verso y verso el voluptuoso encanto de la bonita muchacha rubia; contemplaba su nuca dorada y absorbía el perfume de su carne fresca. El poeta Lucrecio tuvo una sola fuente de conocimiento: Brotteaux, su discípulo, tenía otras además.

Mientras leía, cada cuarto de hora avanzaba dos pasos. En sus oídos acariciados por las cadencias graves y numerosas de los versos no resonaba la gritería de las comadres acerca del encarecimiento del pan, del azúcar, del café, de las velas de sebo y del jabón. Así, poco a poco, se acercaba tranquilamente a la puerta de la panadería, donde al fin pudo entrar. Évariste Gamelin, que lo seguía, contemplaba sobre su cabeza el haz dorado. Cuando le tocó el turno a Évariste se hallaban ya vacíos todos los canastos, y el panadero le hizo entrega del único pan que había en el mostrador. Sobre su espalda se cerró la reja para que la muchedumbre tumultuosa no asaltara el establecimiento, pero fue una excesiva previsión; las pobres gentes, adiestradas en la obediencia por sus antiguos tiranos y por sus recientes libertadores, se alejaron de allí cabizbajas, arrastrando los pies.

Cuando Gamelin llegó a la esquina de la calle, vio sentada en un poyo a la ciudadana Dumonteil con su hijito entre los brazos. Le pareció una figura inerte, sin movimiento, sin color, sin lágrimas y sin luz en los ojos; el niño se chupaba un dedo con avidez. Gamelin se detuvo indeciso, impresionado; se acercó a ella, que ni lo veía ni lo oía, balbució algunas palabras; luego sacó su navajita con mango de asta para cortar el pan en dos mitades, y dejó una sobre las rodillas de la infeliz mujer, que alzó entonces la cabeza, sorprendida; pero Gamelin ya no estaba junto a ella; se encaminaba precipitadamente hacia su casa.

Su madre zurcía medias; y al poner sobre las rodillas de la anciana el medio pan, dijo:

—Perdonadme la impaciencia, madre mía; fatigado en tan larga espera, rendido por tanto calor, comí por la calle; bocado tras bocado me zampé

medio pan; apenas traigo vuestra ración; yo satisface ya mi hambre...

Y sacudió su chupa con la punta de los dedos, como para desprender algunas migajas.

VII

La ciudadana Gamelin lo había expresado con una vieja frase: «A fuerza de comer castañas nos volveremos castaños». Aquel día, 13 de julio, ella y su hijo sólo comieron castañas cocidas. Al acabar su almuerzo frugal vieron aparecer a una señora que, al abrir la puerta, infestó el ambiente del estudio con sus perfumes. Era la ciudadana Rochemaure, a la cual Évariste conocía, y seguro de que iba en busca del ciudadano Brotteaux, su amigo de otros tiempos, para evitar a una mujer tan elegante que subiera la escalerilla de madera pensó llamar al vecino; pero sin darle tiempo de realizar tales propósitos, la recién llegada puso en claro la situación, y dijo a Gamelin que se felicitaba de hallarlo tan oportunamente.

Se habían encontrado algunas veces en el estudio del pintor David; además, también estuvieron juntos en una tribuna de la Asamblea, en los Jacobinos, y en el comedor del fondista Vénua; la señora se fijó siempre mucho en la belleza, en la gallardía, en el aspecto interesante del joven artista.

Bajo un sombrero con más cintas que un pito de feria y más empenachado que un tricornio de representante del pueblo en misión, bajo la peluca y los afeites, bajo los postizos lunares y los almizclados perfumes, asomaba el rostro lozano y atractivo aún de la ciudadana Rochemaure. Las artificiosas violencias de la moda revelaban el ansioso vivir, la fiebre de aquellos días terribles en que nada podía suponerse durable ni seguro. Enormes botones de acero, solapas inmensas y faldones amplios adornaban su traje rojo vivo, y su aspecto aristocrático y revolucionario a la vez no permitía discernir si ostentaba los colores de las víctimas o los del verdugo. Un joven militar, un dragón, la escoltaba.

Apoyada en un alto bastón de nácar, esbelta, hermosa, maciza, con el busto erguido y el pecho saliente, recorría el estudio; y acercando a sus bellos ojos grises los lentes montados en armadura de oro, examinaba las telas, entusiasmada, risueña; para admirar las obras se exaltaba con el goce de verse junto al artista, y lo lisonjeaba para obligarlo a la lisonja.

—¿Qué representa —preguntó la ciudadana— ese cuadro de asunto noble y conmovedor, esa mujer encantadora y delicada junto a un joven enfermo?

Gamelin respondió que aquellas dos figuras eran Orestes y su hermana Electra, y que si aquella obra pudiera terminarse tal vez tuviera algún mérito.

—El asunto —añadió— está inspirado en el *Orestes*, de Eurípides. Hace algún tiempo leí una traducción antigua de la tragedia, y me impresionó mucho el momento en que Electra incorpora a su hermano en el lecho del dolor, le limpia los labios, le aparta de los ojos los mechones de cabello que lo ciegan, y le ruega que oiga con atención lo que le dirá mientras las Furias callan... Leía y releía la escena; sentí las formas clásicas desvanecidas entre una bruma que me fue imposible disipar; imaginaba el texto griego más nervioso y expresivo. Para formarme una idea exacta supliqué al señor Gail, profesor de griego en el Collège de France —era el año 91—, que me tradujese aquella escena palabra por palabra. Satisfizo mi deseo, y advertí que los antiguos debieron de ser mucho más ingenuos y familiares de lo que suponemos. Electra dice a Orestes: «Querido hermano: ¡qué gusto me dio verte dormir! ¿Quieres que te ayude a levantarte?». Y Orestes contesta: «Sí, ayúdame, sostenme, y quítame las babas de los labios y las legañas de los ojos; apoya en tu pecho mi cabeza y aparta de mi frente los mechones de pelo que me impiden ver...». Apasionado por aquella poesía juvenil y vibrante, de sencilla y profunda expresión, esbocé luego el cuadro que veis, ciudadana.

El pintor, que de ordinario hablaba muy discretamente de sus obras, no quedó satisfecho con lo dicho y, animado al ver fijos en él aquellos ojos grises, prosiguió:

—Hennequin ha interpretado magistralmente los furores de Orestes, pero acaso nos conmueve más Orestes en su tristeza que en sus furores. ¡Qué destino el suyo! Por piedad filial, obediente a órdenes sagradas, ha cometido un crimen del cual deben absolverlo los dioses, pero que los hombres nunca le perdonarán. Para vengar la ultrajada justicia reniega de la Naturaleza, se vuelve inhumano, se arranca las entrañas... Y bajo el peso de su horrible y virtuoso crimen, permanece soberbio... Esto es lo que yo quisiera representar en el grupo del hermano y la hermana.

Y acercándose al lienzo lo miró complacido:

—Ciertas partes ya están casi terminadas; por ejemplo: el brazo y la cabeza de Orestes.

—Es un fragmento admirable —dijo la señora de Roche-maure—, y el rostro de Orestes recuerda el vuestro, ciudadano Gamelin.

—¿Se me parece? —dijo el pintor, satisfecho.

La señora tomó la silla que adelantaba Évariste. El joven militar permaneció de pie junto a su amiga y apoyó una mano en el respaldo de la silla donde se hallaba sentada; esto era bastante para comprender que la Revolución había triunfado por completo, porque bajo el régimen antiguo, en presencia de otras personas, en visita, ningún hombre se atreviera jamás a tocar ni con la punta de un dedo la silla en que se hallaba sentada una señora. La educación imponía estas atenciones excesivamente rigurosas, tal vez porque un exagerado comedimiento en sociedad aumentaba el atractivo de las íntimas complacencias y porque para perder el respeto es preciso que lo haya.

Louise Masché de Rochemaure, hija de un montero del rey, viuda de un magistrado, y durante veinte años amiga fiel del adinerado Brotteaux des llettes, se había dejado arrastrar por las corrientes nuevas. En julio de 1790 removi6 la tierra con un azadoncillo en el Campo de Marte. Su decidida inclinación hacia los poderosos la condujo fácilmente desde los realistas hasta los girondinos y hasta los exaltados montañeses, mientras un espíritu conciliador, un deseo de conservarlo todo y un afán de intriga la unían aún a los aristócratas y a los contrarrevolucionarios. Era una figura muy conocida; frecuentaba los ventorrillos, los teatros, las fondas en moda, los juegos, los salones, los periódicos, los Comités. La Revolución tuvo para ella novedades, alegrías, diversiones, negocios, sonrisas, empeños fructíferos. Enlazaba intrigas políticas y galantes, tocaba el arpa, dibujaba paisajes, cantaba romanzas, bailaba danzas griegas, organizaba banquetes nocturnos, reunía en su casa mujeres bonitas y elegantes como la condesa de Beaufort y la actriz Descoings, arreglaba partidas de treinta y una y de bisbís, hacía rodar el negro y el rojo de la ruleta, y aún le quedaba bastante tiempo para ser complaciente con sus amigos. Curiosa, intrigante, servicial y frívola, conocedora de las flaquezas de los hombres, ignoraba los afanes de las muchedumbres y se mantenía tan lejos de las opiniones compartidas como de las repudiadas; sin explicarse los sucesos desarrollados en Francia, se mostraba atrevida, emprendedora y audaz,

por desconocimiento del peligro y por absoluta confianza en el poder de sus encantos.

El militar, su acompañante, guapo mozo en la flor de su juventud, cubría su cabeza con un casco de piel de pantera que sombreaba su lindo rostro y extendía sobre su espalda una larga y terrible cola de crin. Su chaquetilla roja, que le llegaba escasamente a la cadera, no encubría su elegante contorno; colgaba de su cintura un enorme sable con resplandeciente empuñadura en pico de águila; moldeaba sus piernas un calzón de punto azul pálido, con aplicaciones de azul oscuro que dibujaban complicados arabescos en su parte exterior; parecía un bailarín vestido para una pantomima galante y marcial por un discípulo de David cuidadoso de perfilar las formas.

Gamelin recordó vagamente haberlo visto alguna otra vez. En efecto: era el militar que quince días antes arengaba al pueblo desde las galerías del teatro de la Nation.

La ciudadana Rochemaure lo presentó:

—El ciudadano Henry, miembro del Comité revolucionario de la Sección de los Derechos del Hombre.

Ella lo llevaba siempre agarrado a sus faldas; era su espejo de amor y certificado viviente de su civismo.

La ciudadana felicitó a Gamelin por su talento, y le preguntó si tendría inconveniente en dibujar una tarjeta para un almacén de modas cuya dueña merecía ser atendida. Podía servirle de asunto una señora que se probara un chal frente a un espejo, una obrera con una caja de sombreros, o algo por el estilo. Le habían indicado como capaces de salir airoso en una obrita de aquel género, al hijo de Fragonard, al joven Ducis y también a otro pintor llamado Prud'hon; pero ella prefería desde luego dirigirse al ciudadano Évariste Gamelin.

Después de tantos rodeos no precisó nada, y no fue difícil comprender que su encargo era sólo una excusa para entablar conversación. Efectivamente, había ido a otra cosa: esperaba del ciudadano Gamelin un buen servicio; segura de que el pintor visitaba con alguna frecuencia al ciudadano Marat, le rogó que la introdujera en casa del Amigo del Pueblo, con quien deseaba tener una entrevista.

Gamelin respondió que se consideraba muy humilde para servir de introductor y, por añadidura, que Marat no era el hombre invisible que suponían las gentes; por el contrario, a pesar de las muchas ocupaciones que lo abrumaban se hallaba dispuesto a recibir a cuantos infelices querían acercarse a él. Y añadió:

—Si necesitáis amparo del Amigo, estad segura de que os recibirá, ciudadana, porque su generoso corazón le hace accesible a todos los infortunios y compasivo para toda clase de sufrimientos. También os recibirá si podéis hacerle alguna revelación interesante para la salvación pública; se desvive por desenmascarar traidores.

La ciudadana Rochemaure le dijo que se consideraría dichosa cuando lograra visitar a Marat, un ciudadano ilustre que tanto había hecho en beneficio del país y que aún haría, seguramente, mucho más. Ella deseaba poner al legislador en relación con hombres bondadosos, filántropos favorecidos por la fortuna y capaces de ofrecerle recursos nuevos para satisfacer su ardiente amor de humanidad. Y añadió:

—Es preciso que los afortunados contribuyan con sus riquezas a la prosperidad pública.

Lo cierto era que la ciudadana Rochemaure tenía ofrecido al banquero Morhardt sentarlo a su mesa junto al Amigo del Pueblo.

Suizo, como el propio Marat, el banquero había entablado relaciones con varios individuos de la Convención: Julien (de Toulouse), Delaunay (de Angers) y el ex capuchino Chabot, para especular con las acciones de la Compañía de las Indias. El juego, sencillísimo, consistía en presentar fórmulas expoliadoras para que bajaran las acciones a 650 libras, y después de haber adquirido el mayor número posible, presentar otras fórmulas tranquilizadoras para promover un alza que las hiciera valer 4.000 ó 5.000 libras. Pero Delaunay, Julien y Chabot inspiraban recelos; Lacroix, Fabre d'Eglantine y hasta Danton tampoco eran de confianza; el barón de Batz, el gigantesco agiotista, que buscaba nuevos cómplices en la Convención, aconsejó al banquero Morhardt que viese a Marat.

Este propósito de los agiotistas contrarrevolucionarios no era tan absurdo como desde luego parecía. Aquellas gentes procuraban estar en relaciones constantes con los poderosos de última hora, y, por su

popularidad, por su pluma, por su carácter, Marat era una potencia formidable, la única reputación sin tacha, la única figura que se mantenía en pie. Los girondinos zozobraban; los dantonianos, combatidos por la tormenta, perdían el rumbo; la fortuna de Robespierre, como su genio, distaba mucho de ser brillante y arrebatadora; su honradez se mostraba despierta y exagerada; nada se lograría de un hombre así. Lo práctico era estrechar el cerco en torno a Marat, seducirlo, asegurar su benevolencia para el día en que fuese dictador, y ese día no estaba lejano: lo presagiaban su popularidad, su ambición, sus preferencias por las determinaciones gigantescas y extremadas. Era posible que por fin aquel hombre restableciera el orden, fomentara los negocios, asegurase la prosperidad. Varias veces se había alzado contra los energúmenos que desfiguraban y encarecían su patriotismo; últimamente sus denuncias se referían casi en igual número a los demagogos que a los moderados. Después de haber excitado al pueblo para que ahorcase a los acaparadores y saqueara sus tiendas, en sus exhortaciones a los ciudadanos aconsejaba calma y prudencia: se convertía en un hombre de gobierno.

A pesar de ciertos rumores que lo denigraban, como denigraron a todas las figuras de la Revolución la desconfianza y la impaciencia de las gentes, los agiotistas no le creyeron corruptible, pero lo consideraban crédulo, vanidoso; se proponían seducirlo con adulaciones, y sobre todo con una familiaridad condescendiente que les parecía la más insinuante adulación. Luego, a su sombra, enfriarían o caldearían con un soplo aquellos valores que les conviniera comprar o vender, y se valdrían del tribuno para sus negocios particulares cuando el Amigo del Pueblo creyera que solamente fomentaba el interés del público.

Singular zurcidora de voluntades, aun cuando se hallara todavía en pleno dominio de sus amores, la ciudadana Rochemaure se comprometió a reunir al periodista legislador y al banquero, imaginando al hombre de las degollinas de septiembre, con las manos ensangrentadas aún, sumergido en las cábalas de los negocios, lanzado por su candorosa sensiblería en pleno agio, víctima del grupo que le confiaba sus planes y del cual era secreto agente aquella mujer satisfecha y dichosa entre los acaparadores, abastecedores del ejército, emisarios de las potencias extranjeras, jugadores, tahúres y damas galantes.

Insistió para que Gamelin se decidiese a presentarla en casa del Amigo

del Pueblo, que habitaba no lejos de allí, en la calle de los Cordeliers, cerca de la iglesia; y después de resistirse a complacerla, el pintor accedió a las pretensiones de la ciudadana.

Invitado también el dragón, alegó como excusa el firme propósito de no comprometer su independencia en lo más mínimo, ni siquiera respecto al ciudadano Marat, que indudablemente había prestado servicios a la República, pero que ya se debilitaba hasta el punto de aconsejar en su periódico al pueblo de París que tuviese resignación.

Y el gallardo Henry deploró con voz melodiosa y suspiros profundos que la República se viese comprometida por los mismos en quienes más confiaba: Danton, al rechazar la idea de un impuesto sobre la riqueza; Robespierre, al oponerse a la permanencia de las Secciones, y Marat, que amortiguaba con sus pusilánimes consejos los bríos de los ciudadanos.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué débiles resultan esos hombres comparados con Leclerc y con Jacques Roux! ¡Roux! ¡Leclerc! ¡Ahí tenéis a los verdaderos amigos del pueblo!

Gamelin, que se había ido a otra habitación para ponerse la casaca azul, no pudo atender semejantes afirmaciones, que sin duda le hubieran indignado.

—Estaréis orgullosa de tener un hijo cuyo talento es tan poderoso como firme su carácter —dijo la ciudadana Rochemaure a la ciudadana Gamelin.

La viuda Gamelin habló con ternura de su hijo, pero sin elogiarlo ni enorgullecerlo ante una dama principal, porque le enseñaron en su niñez que los plebeyos deben mostrarse humildes en presencia de los nobles. Tenía cierta propensión a lamentarse, ya por fundados motivos, ya por consolar algo sus penas con sus lamentaciones. Descubría fácilmente sus desdichas a cuantos consideraba capaces de remediarlas; incluyó en este número a la señora de Rochemaure y aprovechó el momento favorable para referirle de un tirón los motivos de su indigencia y la escasez de recursos. No se vendía ningún cuadro; la Revolución había matado el comercio como se mata una gallina con un cuchillo; escaseaban los víveres y tenían ya precios elevadísimos...

La buena mujer lanzaba sus lamentaciones con prisa y sin tomar apenas aliento, para decirlo todo antes de que su hijo compareciera. Segura de

que la soberbia del mozo desaprobaba tales confidencias, quiso conmover lo más pronto posible a la señora, por suponerla rica y bien relacionada, con el propósito de que le interesara su bienestar; comprendía que la belleza de Évariste era un aliado para enternecer el corazón de una dama.

Así ocurrió. La ciudadana Rochemaure se sintió conmovida y buscaba una manera de remediar la situación de Évariste y de su madre; tal vez lograra que algunos de sus amigos, hombres acaudalados, comprasen obras del artista.

—Porque —añadió sonriente— aún hay dinero en Francia, pero se oculta.

Sin embargo, acaso fuera mejor, ya que nadie se preocupaba del arte, ofrecer a Évariste un empleo en casa de Morhardt, en casa de los hermanos Perregaux o en las oficinas de un abastecedor del ejército.

Luego rectificó. Tampoco eran ocupaciones propias de un hombre de su carácter; y después de reflexionar breves instantes, se le ocurrió una idea salvadora:

—Quedan por nombrar algunos jurados del Tribunal revolucionario. Jurado; magistrado: esto es lo que a vuestro hijo conviene. Me hallo bien relacionada con los miembros del Comité de Salvación Pública; conozco a Robespierre, y su hermano menor suele cenar en mi casa. Le hablaré del asunto, y por encargo mío le recomendarán a Montané, a Dumas y a Fouquier.

La ciudadana Gamelin, emocionada y agradecida, levantó hasta sus labios el índice de la mano derecha; su hijo entraba en el estudio.

La ciudadana Rochemaure bajó la escalera oscura (cuyos peldaños de madera y baldosas se hallaban recubiertos de mugre), acompañada por Évariste.

En el Pont Neuf, donde el sol poniente alargaba la sombra del pedestal que había sostenido el Caballo de Bronce y donde lucían los colores nacionales, numerosos grupos de hombres y mujeres del pueblo oían a varios ciudadanos que hablaban en voz baja. La muchedumbre consternada permanecía en silencio, sólo de vez en cuando interrumpido por lamentaciones y gritos coléricos. Muchos se iban apresurados por la calle de Thionville, antes calle Dauphine. En uno de los grupos Gamelin

oyó decir que habían asesinado a Marat.

Poco a poco se confirmaba y se detallaba la noticia. Estaba en el baño y lo asesinó una mujer venida ex profeso de Caen para realizar el crimen. Unos decían que desapareció y otros que había sido encarcelada; pero allí estaban todos como un rebaño sin pastor. Las mismas ideas, las mismas frases se repetían de boca en boca: «Marat, sensible, humanitario y bondadoso; Marat ya no existe para guiarnos. Él no se había equivocado nunca; lo adivinaba todo y todo lo descubría; denunciaba sin miedo. ¿Qué hacer, qué pensar, adónde ir sin el apoyo de aquel hombre? Lo perdían todo a un tiempo: al consejero, al defensor, al amigo...». Al imaginar el móvil del crimen sospecharon quién había guiado el brazo de aquella mujer; lloraban y gemían:

—Marat ha sido víctima de los malvados que se proponen acabar con el pueblo; su muerte anuncia el exterminio de los patriotas. Pronto comenzará la degollina.

Se revestía de muy diversas circunstancias la noticia del asesinato; se relataban con diferentes variantes la tragedia y las últimas palabras de la víctima; se hacían muchos comentarios en torno del asesino, acerca del cual sólo pudo saberse que obedecía órdenes de los traidores federales y que era una mujer en la flor de la juventud. Las ciudadanas pedían para la criminal un suplicio: querían desgarrar su carne con las uñas y con los dientes; la guillotina era poco; se le debían aplicar el látigo y la rueda; semejante monstruo merecía ser descuartizado. Locas de furor, inventaban torturas.

Algunos guardias nacionales con fusiles llevaban a la Sección a un hombre altivo y resuelto. Apenas le cubría su traje hecho jirones; hilillos de sangre surcaban su rostro pálido. Había dicho que Marat merecía su terrible fin por haber aconsejado muchas veces el robo y el asesinato. A duras penas consiguieron los milicianos librarlo del furor popular. Todos lo señalaban como a un cómplice del asesino y se alzaban a su paso amenazas de muerte.

Gamelin se quedó paralizado, estúpido, abatido por el dolor. La fiebre de sus ojos abrasaba sus lagrimales; ni llorar podía. A su cariño filial se unían, para desgarrar su alma, la compasión que le inspiraba el pueblo y sus temores patrióticos.

Reflexionaba: «Primero ¡Le Pelletier!, luego Bourdon, ¡ahora Marat! ¡Es el triste destino de los patriotas! Acuchillados en el Campo de Marte, en Nancy, en París; siempre perseguidos; ¡morirán todos!».

Y recordaba el intento del traidor Wimpfen, que últimamente, seguido por «una horda» de sesenta mil realistas, avanzaba sobre París para destruir a sangre y fuego la capital heroica y sentenciada. Por fortuna los bravos patriotas lograron detenerlo en Vernon.

¡Cuántos peligros amenazaban aún! ¡Cuántos proyectos criminales, cuántas viles traiciones que solamente la sabiduría y la vigilancia de Marat pudieron sorprender y destruir! ¡Quién si no él denunció a Custine ocioso en el campamento de César y sin levantar el bloqueo de Valenciennes, a Biron inactivo en la Basse-Vendée sin impedir la toma de Saumur y el sitio de Nantes, a Dillon que traicionó a la patria en la Argonne!

Creciente, avasallador, resonaba en torno suyo el clamor siniestro: «¡Ha muerto Marat; los aristócratas lo han asesinado!».

Cuando con el corazón rebosante de pena, de odio y de ternura, iba a ofrecer un homenaje fúnebre al mártir de la Libertad, una vieja campesina le salió al encuentro para preguntarle si aquel señor Marat a quien habían asesinado era el señor cura Mara párroco de Saint-Pierre-de-Queyroix.

VIII

La víspera del festejo, y en el atardecer transparente y tranquilo, apoyada en el brazo de Évariste paseaba Élodie por el campo de la Federación. Los obreros terminaban afanosos la colocación de columnas, estatuas, templos, un montículo, un altar. Símbolos gigantescos (el Hércules popular empuñando su maza, la Naturaleza abrevando al mundo en sus pechos inagotables) se alzaban de pronto en la capital amenazada por el hambre y por el terror, mientras aguardaba con inquietud que resonaran en el camino de Meaux los primeros disparos de los cañones austríacos. La Vendée se reponía con audaces victorias del descalabro sufrido a las puertas de Nantes; un círculo de hierro, de llamas y de odios estrechaba la ciudad revolucionaria, que a pesar de todo recibía magnánima, como señora de un dilatado imperio, a los diputados de las Asambleas constituyentes que aceptaron la Constitución. El federalismo estaba derrotado; la República, una, indivisible, se libraría de todos sus enemigos.

Gamelin extendió el brazo hacia la llanura populosa, y dijo:

—Allí, el 17 de julio del 91, aquel infame Bailly mandó fusilar al pueblo al pie del altar de la Patria. El granadero Passavant, que había presenciado la horrible matanza, desgarró sus vestiduras: «Juré morir por la libertad; ya no hay libertad, moriré con ella», y después de pronunciar tan heroicas palabras se pegó un tiro.

Los artistas y los apacibles burgueses curioseaban los preparativos del festejo, y se advertía en sus rostros un ansia de vivir tan abrumadora como su vida presente; los acontecimientos más culminantes, reflejados en su imaginación se reducían y se ajustaban a la mezquindad y a la insipidez de sus almas. Las mujeres llevaban en brazos, arrastraban de la mano, dejaban correr sin perderlos de vista, a los niños, que no eran más hermosos que sus padres ni podían prometerse llegar a ser más felices; crecerían, sufrirían, y después de algunos años lanzarían al mundo nuevas criaturas tan faltas como ellos de alegría y de belleza. Tampoco escaseaban las hembras núbiles, risueñas y hermosas, que al pasar inspiraban a los jóvenes generosas voluptuosidades y a los viejos

nostalgias de juventud.

Cerca de la Escuela Militar, Évariste enseñó a Élodie las estatuas egipcias dibujadas por David con modelos de la época de Augusto; y oyeron decir a un parisiense de casta:

—¡Parece que nos trasladamos a las orillas del Nilo!

Durante los tres días que pasó Élodie sin ver a su amigo se habían desarrollado sucesos importantes en *L'Amour peintre*. Al ciudadano Blaise lo acusaron ante el Comité de Seguridad General por fraudes en las provisiones. Gracias a ser muy conocido el mercader de estampas en la Sección, el Comité de Vigilancia de los Derechos del Hombre pudo garantizar su civismo y justificarlo plenamente ante el Comité de Seguridad General.

Después de referírselo a su amante muy emocionada, Élodie concluyó:

—Ahora ya hemos recobrado la tranquilidad, pero nuestra inquietud fue inmensa. Poco faltó para que mi padre se viera encarcelado. Yo estuve a punto de ir a veros para que intercedierais en favor de mi padre con vuestros amigos influyentes.

Évariste nada respondió; Élodie estaba muy lejos de interpretar la significación de aquel silencio.

Cogidos de la mano, al recorrer la orilla del Sena, exaltaron su recíproca ternura con frases que la coloreaban y la embellecían, inspiradas tal vez por la *Julie* de Jean-Jacques Rousseau.

El Municipio había hecho el milagro de procurar un día de abundancia en la ciudad hambrienta. Se instaló una feria en la plaza de los Invalides, cerca del río. Los comerciantes vendían, en sus barracas, chorizos y salchichones, embuchados y jamón cubierto de laurel, tortas de Nanterre, bizcochos, pastelillos, buñuelos, panes de cuatro libras, limonada y vino. Tampoco faltaban puestos donde se vendían canciones patrióticas, cintas tricolor, escarapelas, monederos, cadenas de metal dorado y toda clase de baratijas. Évariste se detuvo en el tenderete de un humilde platero, eligió una sortija de plata, cuyo relieve reproducía la cabeza de Marat, y se la puso a Élodie.

Aquella noche se dirigía Gamelin hacia la calle del Arbre-Sec en busca de la ciudadana Rochemaure, que lo había citado en su casa para tratar de un asunto urgente. La señora lo recibió en un aposento íntimo, recostada en un diván, vestida con galante abandono.

Mientras la ciudadana descubría en su actitud una voluptuosa languidez, en torno suyo todo pregonaba sus encantos, sus diversiones y sus talentos: un arpa junto al clavicordio entreabierto, una guitarra sobre un sillón, un bastidor en el que se veía sin concluir un bordado en sedas; sobre la mesa una miniatura esbozada, papeles y cuadernos; una biblioteca en el más completo desorden, como si hubiera deshojado sus libros un ansia delicada y femenina de conocer y de sentir.

Ella le dio a besar la mano, y le dijo:

—Salud, ¡ciudadano jurado...! Esta mañana he recibido una carta de Robespierre para el presidente Herman; una carta muy afectuosa en la que, interesándose por vos, dice poco más o menos estas palabras: «Os indico al ciudadano Gamelin, recomendable por sus talentos y por su patriotismo. Me complace que por mí conozcáis a un patriota cuyos principios y cuyo proceder le colocan entre los más puros revolucionarios. No desaprovecharéis la ocasión de ser útil a un republicano...». Inmediatamente salí para visitar al presidente Herman y entregarle la carta; me ha recibido con exquisita delicadeza, y en el acto ha firmado vuestro nombramiento. Ya no queda nada que hacer.

Gamelin estuvo silencioso un instante, y después dijo:

—Ciudadana: carezco hasta de un mendrugo para el sustento de mi madre, pero juro por mi honor que sólo acepto el cargo de jurado con el propósito de servir a la República y vengarla de sus enemigos.

Le pareció a la ciudadana poco expansivo el agradecimiento de Gamelin, y juzgó excesivamente seria su actitud en aquel instante; desde luego advertía que se hallaba junto a un hombre falto de ingenio y desenvoltura, pero amaba demasiado la juventud para no perdonarle su rudeza. Las perfecciones físicas de Gamelin la habían emocionado. «Ya lo cambiaremos», pensaba, y lo invitó a sus cenas. Recibía todas las noches a sus amigos al salir del teatro.

—Encontraréis en mi casa personas de mucho mérito: Elleviou, Talma, el

ciudadano Vigée, que hace versos de pie forzado con sorprendente habilidad. El ciudadano François nos ha leído su *Pamela*, que ahora ensayan en el teatro de la Nation; su estilo es elegante y puro; el argumento es conmovedor; nos hizo derramar abundantes lágrimas. La joven Lange representa el papel de Pamela.

—Respeto vuestras opiniones, ciudadana —respondió Gamelin—; pero el teatro de la Nation me parece poco nacional. Y es muy triste para el ciudadano François que se representen sus obras en el mismo escenario envilecido por los miserables versos de Laya; no se ha olvidado aún el escándalo que produjo con *El amigo de las leyes*...

—Ciudadano Gamelin, podéis pensar y decir de Laya todas las abominaciones: Laya no es amigo mío.

No sólo por bondad puso empeño la ciudadana Rochemaure en que designasen a Gamelin para un cargo muy apetecido; con lo que hizo en su provecho y lo que pudiera en adelante hacer, pensaba ganarse la estimación de aquel hombre, atraerlo, asegurarse un apoyo cerca de una justicia con la cual no sería difícil que tuviese algo que ver algún día, porque su correspondencia era muy abundante, y para infundir sospechas bastaba entonces escribir muchas cartas.

—¿Frecuentáis el teatro, ciudadano?

En aquel instante entró en el aposento el dragón Henry, más infantil y seductor que Bathylle. Llevaba sujetas a la cintura dos enormes pistolas. Besó la mano de la bella ciudadana y ella le dijo:

—Aquí tenéis al ciudadano Gamelin, por quien he pasado toda la mañana en el Comité de Seguridad General, y no sabe agradecérmelo. Reprendedle por su tibieza.

—¡Oh, ciudadana! —exclamó el militar—; habéis visto a nuestros legisladores en las Tullerías. ¡Qué aflictivo espectáculo! ¿Es justo que los representantes de un pueblo libre se reúnan bajo el techo de un déspota? Las mismas arañas que alumbraron ayer las cábalas de Capeto y las orgías de Antonieta, hoy alumbran los desvelos de nuestros legisladores. ¡Hay motivo para que la Naturaleza se desquicie!

—Amigo mío —repuso la señora—, felicidad al ciudadano Gamelin; desde

hoy es jurado en el Tribunal revolucionario.

—Me complace tu nombramiento, ciudadano —dijo Henry—; me alegra que a un hombre de tu carácter se le invista con el cargo de juzgador. Pero, a decir verdad, no confío en esa justicia metódica inventada por los moderados de la Convención, en esa Némesis bonachona que respeta a los conspiradores y excusa la traición, que apenas hiere a los federales y no se decide a procesar a la Austríaca. No; no puede ser así el Tribunal revolucionario que salve a la República. ¡Son culpables todos los que, a pesar de vernos en una situación desesperada, contienen el ímpetu de la justicia popular!

—Henry —dijo la ciudadana Rochemaure—, ¿queréis darme aquel frasco de sales?

De regreso en su casa Gamelin encontró a su madre y al viejo Brotteaux que jugaban a los cientos con una baraja vieja y a la luz de una vela humeante. La ciudadana dijo sin reprimirse: «Tercera de rey».

Al enterarse de que su hijo sería jurado lo abrazó rebosante de júbilo; imaginaba el nombramiento como un honor, y por añadidura lo creía lucrativo.

—Me siento satisfecha y orgullosa de ser la madre de un jurado —exclamó—. La justicia es algo majestuoso y grande. También es necesario. Si no hubiese justicia, los débiles padecerían constantes vejaciones; y supongo que tú juzgarás bien, Évariste, porque desde la infancia te vi siempre justo y bondadoso; no podías tolerar la iniquidad y te oponías con todas tus fuerzas a la violencia; los desdichados te inspiraban compasión... y ésta es la más hermosa cualidad en los jueces. Dime: ¿cómo vais vestidos en ese alto Tribunal?

Évariste explicó a su madre que los jueces llevaban un sombrero con plumas, pero que los jurados no tenían uniforme.

—Sería mejor —objetó la ciudadana Gamelin— que llevarais toga y peluca; inspiraríais más respeto. Aun cuando te vistes con algún descuido, como eres un buen mozo, luces el traje que llevas; pero la mayoría de los hombres necesitan la ostentación de los ornamentos si han de parecer algo. Mejor sería que los jurados llevarais toga y peluca.

Sabedora de que las funciones de jurado en el Tribunal eran retribuidas, preguntó si daban lo suficiente para vivir con decoro, y supuso que no sería poco lo que produjeran, pues a su juicio «un jurado siempre ha de hacer buen papel en sociedad». Se alegró al oír que los jurados recibían dieciocho libras por sesión y que la multitud de crímenes contra la seguridad del Estado los obligaba a reunirse muy a menudo.

El viejo Brotteaux se levantó, recogió la baraja, y dijo a Gamelin:

—Ciudadano: ahora os halláis revestido de una magistratura soberana y temible; os felicito al veros en ocasión de contribuir con las luces de vuestra conciencia a los aciertos de un Tribunal más firme y menos propenso a errores que otro alguno, porque no busca el bien y el mal en sí mismos y en su esencia, sino sólo en relación con intereses tangibles y con sentimientos indudables. Tendréis que decidiros entre el amor y el odio, lo cual se hace naturalmente, no entre la verdad y el error, cuyo discernimiento es imposible para la débil inteligencia de los hombres. Si juzgáis por los impulsos de vuestro corazón no podréis equivocaros, y el veredicto será justo siempre que satisfaga las pasiones, que son vuestra ley sagrada. Pero al fin es lo mismo proceder de un modo que de otro; si yo fuera vuestro presidente, imitando a Bridoie encomendaría todas las decisiones a un juego de dados. En asuntos de justicia, hoy por hoy el azar es aún lo menos erróneo.

IX

Évariste debía entrar en funciones el 14 de septiembre, cuando se reorganizara el Tribunal, dividido en cuatro Secciones con quince jurados en cada una. Estaban los detenidos amontonados en las cárceles, el acusador público trabajaba dieciocho horas diarias. A los descalabros de los ejércitos, a los motines de provincias, a las conspiraciones, a las intrigas, a las traiciones, la Convención opuso el terror. Los dioses tenían sed.

Lo primero que hizo Gamelin después de su nombramiento fue visitar al presidente Herman, que le subyugó con su mucha cortesía, su amena conversación y su cariñoso trato. Compatriota y amigo de Robespierre, cuyas ideas compartía, le descubrió un alma sensible y virtuosa. Estaba poseído por sentimientos humanitarios (durante una larga época extirpados en el corazón de los jueces), que serían la gloria inmarcesible de un Beccaria y de un Duparty. Le complacía el mejoramiento de costumbres, manifestado en el orden judicial por la supresión de la tortura y de los suplicios ignominiosos o crueles. Le colmaba de satisfacción ver que la pena de muerte (prodigada en otros tiempos y aun aplicada poco antes a la represión de fútiles delitos), ya sólo se dictaba para sentenciar horrendos crímenes contra la patria. Por su parte, y conforme al criterio de Robespierre, juzgaba conveniente suprimirla en todos los procesos que no se relacionaran con la seguridad pública, pero se consideraría traidor al Estado si no castigara con pena de muerte los crímenes cometidos contra la soberanía nacional.

Todos sus colegas discurrían de aquel modo; la vieja idea monárquica de «la razón de Estado» inspiraba al Tribunal revolucionario. Ocho siglos de poder absoluto pesaban sobre la inteligencia de sus magistrados, los cuales, inconscientemente, juzgaban a los enemigos de la libertad con arreglo a los principios del derecho divino.

Aquel mismo día se presentó Évariste Gamelin al acusador público, el ciudadano Fouquier, en el despacho donde trabajaba éste con su escribano. Era el acusador un hombre recio, de voz ruda y ojos gatunos;

su ancho rostro virulento y de color plomizo revelaba los estragos que una existencia sedentaria y recluida produce en los hombres vigorosos, formados para sufrir las inclemencias del aire y los ejercicios violentos. Lo rodeaban montones de procesos, entre los que vivía enterrado, y su gozo mayor era verse allí, entre las pilas de papeles que amenazaban ahogarlo. Sus palabras eran propias de un magistrado laborioso reducido a sus deberes y cuya inteligencia no traspuso jamás el círculo de sus funciones. Trascendía en su aliento el aguardiente, que tomaba para no rendirse al cansancio, pero que nunca perturbó su mecanismo cerebral; constantemente vulgar, su razonamiento era firme y claro.

Ocupaba Fouquier un exiguo departamento de la Audiencia, con su joven esposa que le había dado dos hijos gemelos, con su tía Henriette y con Pélagie, la criada. Tenía para las tres respetos y atenciones. En familia, como en su cargo oficial, era un hombre con ideas muy limitadas y sin pizca de imaginación.

No pudo Gamelin ver sin disgusto la mucha semejanza que había entre los modales y las ideas de aquellos magistrados pertenecientes al nuevo Estado y los del antiguo régimen. No eran pocos los que procedían de los tribunales suprimidos: Herman había desempeñado funciones de fiscal en el Consejo de Artois; Fouquier era un procurador del Châtelet. Ambos conservaban su carácter, pero Évariste Gamelin creía en la regeneración revolucionaria.

Al salir del despacho del acusador público, atravesó la galería del Palacio de Justicia y se detuvo ante las tiendas donde se ofrecían a la vista del público toda clase de objetos, presentados con arte para cautivar. Junto al escaparate de la librería de la ciudadana Ténor hojeó libros históricos, políticos y filosóficos: *Las cadenas del esclavo*, *Estudios acerca del despotismo* y *Los crímenes de las reinas*. «¡Al fin vemos libros republicanos!», pensó con júbilo; y preguntó a la librera si vendía muchas de aquellas obras. Ella meneó la cabeza con disgusto antes de responder:

—No se venden más que canciones y novelas. Pero tengo algo nuevo que tal vez os agrade.

Sacó del cajón un librito y se lo puso delante de los ojos. Se titulaba *La monja en camisa*.

En la tienda inmediata encontró a Philippe Desmahis, quien, arrogante y

amoroso, entre las aguas olorosas, los jabones de tocador y los polvos perfumados de la hermosa ciudadana Saint-Jorre, al declararle un amor inextinguible le prometía pintar su retrato y le rogaba que le concediera un momento de conversación en el jardín de las Tullerías, por la noche. Desmahis era un guapo mozo; la persuasión brotaba de sus labios y resplandecía en sus ojos. La ciudadana Saint-Jorre, sin atreverse a mirarlo ni a decirle una palabra, lo oía con gusto y con deseos de creerle.

Para familiarizarse con las terribles funciones de que se hallaba investido, el nuevo jurado quiso asistir a una sesión del Tribunal desde el público. Subió por la escalinata, donde una muchedumbre se había sentado como en un anfiteatro, y entró en la antigua sala del Parlamento de París.

Se apiñaban los curiosos con ansia de ver sentenciado a un general. Según decía el viejo Brotteaux, «la Convención, como el Gobierno de Su Majestad británica, instruía procesos contra los generales vencidos a falta de generales traidores, porque los generales traidores no daban ocasión para ser juzgados...». Y añadía: «Esto no quiere decir que un general vencido sea un delincuente, pues en cada batalla resulta vencido el contrario del que triunfa; pero basta condenar a muerte a un general para dar ánimos a los otros...».

Habían ocupado ya el sillón de los acusados muchos militares testarudos y ligeros, de los que tienen cerebro de pájaro en cráneo de buey. El que se hallaba en aquel momento ante los magistrados ignoraba casi tanto como ellos lo que ocurrió en las batallas que había dirigido; la acusación y la defensa se confundían y se descaminaban entre los «efectivos, los objetivos, las municiones, las marchas y las contramarchas», y la muchedumbre de ciudadanos que presenciaba las deliberaciones incomprensibles y farragosas veía, tras el militar imbécil, a la patria indefensa y desgarrada que sufría millares de muertes. Las miradas y las voces del público excitaban a los jurados, tranquilos en su banco, para que descargasen su veredicto como un mazazo sobre los enemigos de la República.

Évariste comprendía la necesidad de herir en aquel desdichado a los dos monstruos repugnantes que destruían la República: la insurrección y la derrota. El general procesado convencería o no a los jueces de su culpa o de su inocencia; pero cuando la Vendée cobraba mayores bríos, cuando Toulon se entregaba al enemigo, cuando el ejército del Rin retrocedía al empuje de los vencedores de Maguncia, cuando el ejército del Norte

retirado al campamento de César podía ser destrozado en un instante por los imperialistas, los ingleses y los holandeses, dueños ya de Valenciennes, lo importante, lo urgente, lo preciso, era que los generales aprendiesen a vencer o morir.

Mientras el general, enfermo y embrutecido, se confundía y se equivocaba al revolver sus planos y sus mapas en la Audiencia, como se confundió y se equivocó en las llanuras del Norte, Gamelin, para no gritar con el público exaltado, «¡que muera!», salió precipitadamente de la sala.

En la asamblea de la Sección recibió el nuevo jurado las felicitaciones del presidente Olivier, quien ante el altar mayor de los Barnabitas, convertido en altar de la Patria, le hizo jurar por el sagrado nombre de la Humanidad que ahogaría en su corazón toda flaqueza humana.

Gamelin tendió el brazo y puso por testigos de su juramento los venerandos manes de Marat, mártir de la Libertad, cuyo busto acababa de ser colocado en una columna de la antigua iglesia, frente al busto de Le Pelletier.

Resonaron algunos aplausos y bastantes murmullos; era una asamblea turbulenta. A la entrada de la nave vociferaba un grupo de individuos de la Sección armados con picas.

—Es antirrepublicano —dijo el presidente— asistir con armas a una reunión de hombres libres.

Y ordenó que se depositaran inmediatamente los fusiles y las picas en la sacristía.

Un jorobado, con los ojos brillantes y los labios gruesos y lacios, el ciudadano Beauvisage, del Comité de Vigilancia, se encaramó al púlpito convertido en tribuna sobre cuyo tornavoz lucía un gorro frigio.

—¡Nos traicionan los generales! —gritaba el orador—; rinden nuestros ejércitos al enemigo. Los imperialistas pasean sus caballos en torno de Péronne y de Saint-Quentin. Toulon ha sido entregado a los ingleses, que desembarcaron catorce mil hombres; los enemigos de la República conspiran hasta en el seno de la Convención; en la capital se urden constantes intrigas para poner en libertad a la Austriaca, y en este momento se susurra que, fugado al fin del Temple, el hijo de Capeto es

conducido en triunfo a Saint-Cloud para restablecer la tiranía del trono. El encarecimiento de los víveres y la depreciación de los asignados, nuestra moneda, son consecuencia de las maniobras realizadas en nuestros hogares y a la vista de nuestros ojos por los agentes del extranjero. En aras de la salvación pública requiero al ciudadano jurado para que se muestre implacable con los conspiradores y los traidores.

Mientras el jorobado bajaba de la tribuna se caldeaba con destempladas voces la asamblea: «¡Abajo el Tribunal revolucionario! ¡Abajo los moderados! ¡Mueran!».

Un hombre gordo y coloradote, el ciudadano Dupont mayor, ebanista en la plaza de Thionville, subió a la tribuna y manifestó que deseaba formular una pregunta dirigida al ciudadano jurado. Encarándose a Gamelin, lo interrogó acerca de su actitud en el asunto de los brissotinos y de la viuda Capeto.

Évariste era tímido y no tenía costumbre de hablar en público, pero la indignación lo inspiró. Se levantó pálido, y dijo con voz enronquecida:

—Soy magistrado; mi conciencia guiará mis propósitos; ligarme a vosotros con alguna promesa sería contrario a mi deber. Sólo en el Tribunal han de oírse mis opiniones, y en cualquier otro sitio he de callarlas. A nadie prefiero; soy juez; no reconozco amigos ni enemigos.

La asamblea, desarticulada, insegura, fluctuante como todas las asambleas, aprobó tales palabras; pero el ciudadano Dupont mayor, que había pretendido inútilmente ser jurado, insistió en su pregunta, furioso contra Gamelin porque tuvo la suerte o el acierto de que lo eligieran.

—Comprendo y apruebo —dijo— los escrúpulos del ciudadano jurado, y como lo considero muy patriota confío en que medite si le consiente su conciencia formar parte de un tribunal destinado a destruir a los enemigos de la República, y resuelto a excusarlos. Hay complicidades de las que debe huir un buen ciudadano. ¿No es cierto que algunos jurados de ese Tribunal se dejaron corromper por el oro de los acusados, y que el presidente Montané perpetró una falsedad para poner a salvo la vida de Charlotte Corday?

Al oír estas frases la sala prorrumpió en aplausos vigorosos, cuyos últimos ecos resonaban aún en las bóvedas cuando subió a la tribuna Fortuné

Trubert. Había enflaquecido mucho durante los últimos meses; los pómulos encendidos agujereaban la piel de su rostro pálido; tenía irritados los párpados y las pupilas vidriadas.

—Ciudadanos —dijo con voz débil, jadeante y emocionada, que atrajo desde luego el interés de todos—. No podemos dudar del Tribunal revolucionario sin dudar al mismo tiempo de la Convención y del Comité de Salvación pública, de donde emana. El ciudadano Dupont quiere alarmarnos con la conducta indigna del presidente Montané que falseaba los procedimientos en favor de un culpable. ¿Por qué no ha dicho también, para devolvernos la tranquilidad, que ante la denuncia del acusador público, Montané ha sido destituido y encarcelado? ¿No es posible interesarse por la salvación pública sin sembrar la sospecha en todas partes? ¿No hay talento ni virtud en la Convención? Robespierre, Couthon, Saint-Just, ¿no son hombres honrados? Es digno de observar que las opiniones más violentas las formulan siempre individuos a los cuales no se los vio jamás combatir por la República. No hablarían de otro modo si quisieran hacerla odiosa... ¡Ciudadanos: menos ruido y más resolución! Francia no puede salvarse con gritos. La mitad de las bodegas de la Sección no han sido registradas aún. Muchos ciudadanos ocultan cantidades considerables de bronce, ¡y nos faltan cañones! Recordemos a los ricos de cuánta utilidad puede ser a la Patria su dinero; socorramos a las hijas y a las mujeres de los que luchan por la República en la frontera y en el Loira, uno de los cuales, el húsar Agustin Pommier, que había sido pinche de cocina en una casa de la calle de Jérusalem, el día 10 del mes pasado en Condé, al conducir caballos al abrevadero fue sorprendido por seis jinetes austríacos, mató a dos e hizo prisioneros a los otros. Pido que la Sección declare que Agustin Pommier supo cumplir sus deberes.

Este discurso fue muy aplaudido, y los individuos de la Sección se dispersaron al grito de «¡Viva la República!».

Al quedar solos en la nave, Gamelin se acercó a Trubert para estrecharle la mano.

—Gracias, amigo. ¿Cómo sigues?

—¿Yo? Muy bien, muy bien —respondió Trubert, al tiempo que hipaba y escupía sangre en su pañuelo—. La República tiene muchos enemigos, dentro y fuera, y nuestra Sección abunda en ellos... Pero con hierro y leyes prosperan las naciones... Buenas tardes Gamelin; voy a escribir

unas cartas.

Y se metió en la sacristía mientras se frotaba los labios con el pañuelo.

La ciudadana viuda Gamelin llevaba ya su escarapela mejor prendida en su cofia; de la noche a la mañana se revistió de cierta dignidad burguesa, de orgullo patriótico y del aspecto grave que corresponde a la madre de un ciudadano jurado. El respeto a la justicia en el cual había sido educada, el temor y la cortedad que desde la niñez le imponía una toga, el miedo que siempre había sentido en presencia de aquellos hombres a los cuales Dios transmite sobre la Tierra su derecho de vida y muerte contribuyeron a que supusiera venerable, augusto y santo a aquel hijo, al cual miraba poco antes como si fuese niño aún. Su sencillez concebía la continuidad de la justicia a través de la Revolución, tan absolutamente como los legisladores de la Convención imaginaban la continuidad del Estado en el cambio absoluto de régimen; y el Tribunal revolucionario se le aparecía tan majestuoso como todas las jurisdicciones antiguas que desde la infancia reverenció.

El ciudadano Brotteaux, interesado y sorprendido por aquella designación inesperada, tuvo para el joven magistrado una deferencia fingida. Lo mismo que la ciudadana viuda Gamelin, el ciudadano Brotteaux consideraba la continuidad en la justicia de un régimen a otro, pero al contrario que la buena señora, despreciaba los tribunales revolucionarios, como había despreciado los tribunales antiguos. No se atrevió a expresar francamente sus ideas ni se resignó a permanecer en silencio, y le divertía formular paradojas, suficientemente interpretadas luego por Gamelin como para acusarlo de falta de civismo.

—El soberano Tribunal donde tomaréis asiento muy pronto —le dijo una vez— ha sido instituido por el Senado francés para la salvación de la República, y seguramente fue una idea virtuosa de nuestros legisladores la de darles jueces a sus enemigos. Estimo lo que hay en ello de generosidad, pero me parece poco política esa idea. A mi entender hubiera sido mucho más hábil herir en secreto a sus más irreconciliables adversarios y atraerse a los otros con dádivas o promesas. Un tribunal castiga con parsimoniosa lentitud y produce menos daño que temor; sobre todo, es ejemplar. El inconveniente del vuestro consiste en que reconcilia a todos los atemorizados y forma con un hacinamiento de intereses diversos y de pasiones contrarias un partido numeroso y fuerte, capaz de acciones comunes y poderosas. Sembráis el miedo, y engendra más heroísmos el

miedo que el valor. No quisiera, ciudadano Gamelin, que os vieseis acorralado alguna vez por los prodigios del miedo.

El grabador Desmahis, enamorado aquella semana de una mocita del Palais Egalité, la morena Flora, de formas gigantescas, procuró tener cinco minutos libres para felicitar a su camarada y decirle que aquel nombramiento honraba las bellas artes.

Hasta Élodie, que sin proponérselo detestaba todo lo revolucionario y veía en las funciones públicas las más terribles rivales que le pudieran disputar el corazón de su amante, hasta la sentimental Élodie se sentía atraída y subyugada por el triunfo de Gamelin, llamado a intervenir en los asuntos patrióticos. Además, el nombramiento de jurado producía en torno suyo afectos muy satisfactorios y alentadores para ella: el ciudadano Jean Blaise fue al estudio de la plaza de Thionville y abrazó al jurado en un desbordamiento de varonil ternura.

Como todos los contrarrevolucionarios, consideraba mucho a los poderosos de la República, y desde que se vio denunciado por fraude en las provisiones del Ejército le inspiraba un respetuoso temor el Tribunal revolucionario. Comprendía que sus múltiples negocios y la desenvoltura de sus costumbres, rayana en la ostentación, eran obstáculo para vivir en seguridad completa, y consideró oportuno atraerse la estimación de Gamelin. Era un buen ciudadano, cumplidor de las leyes.

Tendió la mano al pintor juez; se mostró cordial y patriota, muy amigo de las artes y de la libertad. Gamelin, generoso, estrechó aquella mano que se le ofrecía francamente.

—Ciudadano Évariste Gamelin —dijo Blaise—, reclamo de vuestra amistad, de vuestra inteligencia, de vuestro arte, que me acompañéis al campo un par de días; vos dibujaréis, y hablaremos.

Varias veces al año el mercader de estampas realizaba una excursión de dos o tres días acompañado por algunos pintores que le dibujaban paisajes y ruinas a su gusto. Su intuición le revelaba lo que podía ser del agrado del público, se procuraba por este medio esbozos que, terminados en el estudio y grabados con primor, se convertían en estampas tiradas al rojo-sangre o en varios colores, y que solían producirle buenas ganancias. También con algunos de aquellos apuntes hacía pintar sobrepuestas y entrepapeños vendidos con frecuencia más ventajosamente que los trabajos

decorativos de Hubert Robert.

El nombramiento de jurado encarecía de tal modo los talentos del pintor a los ojos de Blaise, que decidió llevárselo aquella vez para diseñar casitas del natural. Le acompañaban además otros dos artistas: el grabador Desmahis, que dibujaba muy bien, y el oscurecido Philippe Dubois, que hacía maravillas en el género de Robert. Según costumbre, la ciudadana Élodie Blaise y su amiga la ciudadana Hasard irían con ellos. Jean Blaise, que sabía unir y armonizar el provecho y el goce, había invitado también a la ciudadana Thévenin, actriz del Vaudeville con la cual parecía tener intimidades amorosas.

X

El sábado, a las siete de la mañana, el ciudadano Blaise con su negro bicornio, chaleco escarlata, calzón de ante y botas de campana, se acercó a la puerta del estudio y dio en ella unos golpecitos con la empuñadura de su látigo. La ciudadana Gamelin hablaba en aquel momento con el ciudadano Brotteaux, mientras Évariste se anudaba la escarolada corbata blanca.

—Deseo que os divirtáis mucho, señor Blaise —dijo la ciudadana—; y, puesto que vais a dibujar paisajes, podríais llevaros al señor Brotteaux, que también es pintor.

—¡Perfectamente! —dijo Blaise—. Ciudadano Brotteaux, sed de la partida.

Después de cerciorarse discretamente de que su presencia no resultaría inoportuna, el ciudadano Brotteaux, muy sociable y amigo de recreos y diversiones, aceptó el ofrecimiento.

La ciudadana Élodie había subido la fatigosa escalera para dar un beso a la ciudadana Gamelin, a la que llamó «su madrecita». Era blanco todo su traje y olía a espliego.

En el viejo coche de camino que debía conducirlos, tirado por dos caballos y con la capota baja, se hallaban Rose Thévenin y Julienne Hasard. Élodie se sentó a la izquierda de la actriz y pusieron entre las dos a la delgadísima Julienne. Brotteaux se colocó en el otro asiento frente a la ciudadana Thévenin; a su lado Philippe Dubois frente a la ciudadana Hasard, y Évariste frente a Élodie. Philippe Desmahis lucía su torso atlético en el pescante a la izquierda del cochero, al cual dejaba estupefacto con la descripción de cierta comarca de América donde hay bosques en cuyos árboles florecen, fructifican y maduran salchichones y chorizos.

El ciudadano Blaise, muy buen jinete, hacía la excursión a caballo, y se adelantó para no recibir el polvo del coche.

A medida que las ruedas giraban con mayor velocidad, se desprendían los viajeros de sus preocupaciones, y al ver los campos, los árboles, el horizonte lejano y azul, sus pensamientos eran ya risueños y dichosos. Imaginaba Élodie que había nacido para criar gallinas y para vivir con Évariste; que sería juez municipal de un pueblo a la orilla de un río, cerca de un bosque. Los olmos del camino iban quedando atrás; al cruzar los villorrios, los mastines se lanzaban al sesgo contra el coche y ladraban entre las patas de los caballos, mientras algún enorme sabueso echado en mitad de la carretera se levantaba perezosamente; corrían de un lado a otro las gallinas al huir azoradas y dispersas; las ocas se agrupaban más estrechamente, y en apretado pelotón se alejaban con lentitud; los niños, mugrientos, se detenían para curiosear; el cielo transparente dejaba sentir bastante calor, y la tierra, agrietada por su excesiva sequedad, pedía lluvia.

Se apearon en Villejuif y atravesaron el caserío. Desmahis entró en una frutería para comprar cerezas con que refrescarles el gaznate a sus amigas. Como la vendedora era bonita mujer, el grabador se detuvo más de lo regular en la tienda, y extrañado por su tardanza, Philippe Dubois le dio voces:

—¡Eh! ¡Barbaroux! ¡Barbaroux...!

Al oír el execrado nombre los transeúntes volvieron la cabeza y asomaron algunos rostros a las ventanas. Cuando el arrogante mozo salió de la frutería con la chupa desabrochada, la chorrera flotante sobre su pecho atlético, un cesto de cerezas al hombro y la casaca pendiente de la punta de un palo, algunos *sans-culottes* lo asieron violentamente, seguros de haber cazado a un girondino proscrito. Desatendían sus indignadas protestas, y lo habrían conducido a la Casa Municipal si las prudentes razones de Brotteaux, Gamelin y las tres mujeres no les revelaran el verdadero nombre y profesión de aquel perfecto jacobino; pero fue indispensable que mostrara su certificado de civismo, que afortunadamente llevaba en el bolsillo, a pesar de ser muy descuidado. Así evitó las iras de los aldeanos patriotas, sin más detrimento que la desgarradura de uno de sus puños de encaje, y en justa recompensa le dieron explicaciones los guardias nacionales que lo habían zarandeado cuando hablaban de llevarlo triunfalmente al Ayuntamiento.

Ya libre y rodeado de las ciudadanas Élodie, Rose y Julienne, Desmahis miraba con desprecio a Philippe Dubois y le suponía malintencionado en

aquel incidente; sonrió con amargura y le dijo:

—Oye, Dubois; si vuelves a llamarme Barbaroux te llamaré Brissot. Ya sabes que Brissot es un hombrecillo rechoncho y mal fachado, con los cabellos relucientes, la piel grasienta y las manos pringosas. Al oír ese nombre odioso nadie pondrá en duda que seas el infame Brissot, enemigo del pueblo, y los republicanos, horrorizados y asqueados al verte, caerán sobre ti para colgarte de un farol... ¿Comprendiste?

El ciudadano Blaise, mientras daba de beber a su caballo, habló del suceso como si se le debiera su afortunada solución, cuando estaba en la conciencia de todos que no intervino y que lo arreglaron sin él.

Volvieron a subir al coche, que se puso de nuevo en marcha. Mientras atravesaban la llanura de Longjumeau, Desmahis explicó al cochero que años antes habían caído allí algunos pobladores de la Luna, parecidos a las ranas por su forma y color, aun cuando eran mucho mayores. Philippe Dubois y Gamelin hablaban de su arte. Dubois, discípulo de Regnault, había estado en Roma, donde vio los tapices de Rafael, que admiraba sobre todas las cosas. Le agradaba el colorido de Correggio, la originalidad de Annibale Carracci y el dibujo de Domenichino, pero sin encontrar nada comparable, por su estilo, a los cuadros de pompeo Batoni. Había tratado en Roma al señor Ménageot y a la señora Lebrun, contrarios a la Revolución, por cuyo motivo no hablaba de ellos; pero hizo elogios de Angélica Kauffmann, que tenía un gusto depurado y era conocedora de lo antiguo.

Gamelin deploraba que al apogeo de la pintura francesa, ya tardío, puesto que lo manifiestan Lesueur, Claude y Poussin —al declinar las escuelas italiana y flamenca—, hubiera sucedido pronto una decadencia rápida y profunda. La consideraba producida por las malas costumbres y por la Academia, su expresión oficial; pero afortunadamente acababan de suprimir la Academia, y bajo la influencia de los nuevos principios sociales, David y sus discípulos creaban un arte digno de un pueblo libre. Entre los jóvenes ponía Gamelin en primera línea a Hennequin y a Topino-Lebrun. Philippe Dubois prefería su maestro Regnault a David y fundaba sus esperanzas en el joven Gérard.

Élodie dijo a la ciudadana Thévenin algunas amabilidades acerca de su toca de terciopelo rojo y de su vestido blanco. La cómica felicitó a sus dos compañeras por su elegante atavío, y les indicó la manera de conseguir

más aún con mucho menos adorno.

—Nunca va una mujer demasiado sencilla —opinaba—. Nosotras lo apreciamos bien en la escena, donde conviene que los trajes dejen traslucir nuestros movimientos y actitudes. El vestido ha de realzar la figura, no deformarla ni esconderla.

—Tenéis mucha razón —dijo Élodie—; pero en eso de vestidos nada es más caro que la sencillez. Muchas veces el adorno revela economía y no mal gusto.

Hablaron con interés de las modas para el otoño: faldas estrechas y talles cortos.

—¡Hay tantas mujeres que se afean por ajustarse a la moda! —expresó la Thévenin—. Para vestirse, cada cual debiera atender principalmente a sus formas.

—Lo más bello es la túnica, las telas amplias en torno del cuerpo —dijo Gamelin—. Todo lo que se porta, se cose y se ajusta, es horrible.

Tales ideas, más oportunas en un libro de Winckelmann que en los labios de un hombre que habla a parisienses, fueron oídas con la mayor indiferencia.

—Se hacen para el invierno —dijo Élodie— unos abrigos lapones de seda muy delgada, y casacas de anchos faldones al estilo de Zulime, con chaleco a la turca.

—Son tapamiserias —dijo la Thévenin—. Eso lo venden hecho. Yo puedo proporcionaros una modista que trabaja primorosamente y no resulta cara. Os la enviaré.

Las palabras revoloteaban ligeras, presurosas; nombres de telas, hechuras, novedades...

Y el viejo Brotteaux, entre aquellas conversaciones, imaginaba con melancólica voluptuosidad de qué modo las insinuantes vestiduras de cada estación recubren formas encantadoras poco duraderas, pero que renacen eternamente como las flores en los campos; y sus ojos, después de acariciar a las tres hembras, descansaron en las azulinas y en las amapolas del camino y se humedecieron con risueñas lágrimas.

Cerca de las nueve llegaron a Orangis, frente a la posada de la Cloche, donde el matrimonio Poitrini albergaba personas, caballos y carruajes. El ciudadano Blaise que, por haberse adelantado mucho tuvo tiempo de lavarse y cepillarse antes de que llegaran sus compañeros, se acercó al coche para ofrecer la mano a las ciudadanas. Después de encargarse de la comida y precedidos por las cajas de colores, las carteras, los caballetes, las sombrillas, llevado todo por un muchacho del pueblo, se encaminaron a pie y a través de los campos hacia la confluencia del Orge y del Yvette, encantador paraje desde donde se descubre París al carcelero todo limitada por el Sena y por los bosques de Sainte-Geneviève.

Jean Blaise, a quien seguía el pelotón de artistas y mujeres, recordaba con Brotteaux, el antiguo agiotista, graciosas ocurrencias, en las que se refería sin orden ni concierto a Verboquet el generoso, a Catherine Cuissot, la vendedora ambulante; a las señoritas Chaudron, a Galichet, el brujo, y a dos personajes más recientes: Cadet-Rousselle y madame Angot.

Évariste, emocionado por un vehemente amor a la naturaleza, al ver que los segadores ataban los haces, sintió sus ojos humedecidos por el llanto: ensueños de concordia y de amor invadían su pecho. Desmahis lanzaba de un soplo sobre la cabeza de sus amigas la voladora semilla del amargón, y ellas, aficionadas a las flores, cogían verbascos amarillos, campanillas azuladas, frágiles ramitas de verbena olorosa, menta, reseda, milenrama: toda la flora campestre de las postrimerías del verano; y como Jean-Jacques Rousseau había puesto de moda la botánica entre las jovencitas de las ciudades, las tres conocían los nombres y la fecundación de las flores.

Al ver que las corolas delicadas se marchitaban presto en su mano, se deshojaban y caían a sus pies, la ciudadana Élodie suspiró con profunda tristeza:

—¡Qué poco dura una flor!

Los artistas empezaron a trabajar; cada cual interpretaba la naturaleza según su estilo propio o conforme al estilo de un maestro. En poco rato Philippe Dubois enjaretó un cortijo abandonado, a la manera de Robert, con árboles tronchados y un cauce sin agua. Évariste encontró en las orillas del Yvette paisajes de Poussin. Desmahis, ante una casita solitaria, la poblaba con el gusto picaresco de Callot y de Duplessis. El viejo

Brotteaux, que presumía de conocer la escuela flamenca, dibujaba minuciosamente una vaca; Élodie bosquejaba una choza y su amiga Julienne (hija de un fabricante de colores), le preparaba la paleta. Varios niños, apiñados junto a ella, la veían pintar. Élodie los apartaba para que no la estorbasen, los llamaba «mocosines» y les repartía caramelos. Rose Thévenin elegía entre aquella caterva de criaturas a las más bonitas y, después de lavotearlas y limpiarlas un poco, las besaba y les ponía flores en el pelo; las acariciaba con ternura melancólica (porque nunca sintió la dicha de ser madre), y así realzaba su belleza con la expresión de un sentimiento elevado y ejercía su arte de actitudes y grupos.

Como era la única entre todos que no dibujaba ni pintaba, se entretenía repasando un papel, y con su cuaderno manuscrito en la mano iba de un lado a otro como un espíritu ligero y fascinador, ansiosa de agradar y lucir. «No tiene bonito el rostro, ni el cuerpo, ni la voz», decían las mujeres; y Rose llenaba el espacio de movimiento, de luz, de armonía. Marchita, graciosa, fatigada, incansable, hacía las delicias de todos; para todos era un encanto su presencia. De carácter desigual, pero siempre alegre, susceptible, violenta y, al mismo tiempo, acomodaticia y condescendiente, de frase atrevida y de maneras delicadas, vanidosa y humilde, falsa y veraz, incomparable: si la ciudadana Thévenin vivía sin fortuna y sin verse adorada como una diosa, era culpa de los malos tiempos que alcanzó, pues no existían en París altares ni devociones para las Gracias. Ni Élodie, que al hablar de Rose gesticulaba y la llamaba «suegra», podía sustraerse a tantos hechizos.

En el teatro Feydeau ensayaban *Les Visitandines*, y a Rose le agradaba mucho su papel rebotante de naturalidad. Siempre afanosa de naturalidad, la perseguía y la encontraba.

—¿Ya no veremos la *Pamela*? —preguntó el gallardo y hercúleo Desmahis.

El teatro de la Nation había sido cerrado y sus cómicos quedaron reclusos en las prisiones de las Madelonnettes y Pélagie.

—¿A esto se le llama libertad? —exclamó la Thévenin; y sus hermosos ojos indignados se alzaron al cielo.

—Los actores del teatro de la Nation —dijo Gamelin— son partidarios de los aristócratas, y la obra nueva del ciudadano François tiende a reivindicar los privilegios de la nobleza.

—Señores —repuso la Thévenin—: ¿vosotros no queréis oír más que adulaciones...?

A mediodía el hambre los movió a todos, y volvieron a la posada.

Junto a Élodie, Évariste, sonriente, recordaba sus primeras entrevistas:

—Dos pájaros cayeron del nido que tenían en el tejado y los cogisteis en vuestro balcón. Como aún no sabían comer, les metíais el alimento en la boca. Uno logró criarse, y cuando pudo volar, se fue; pero el otro murió en el nido que le habíais hecho con algodones; y decíais: «El que ha muerto era el que yo quería más». Aquella tarde llevabais un lazo rojo prendido en el cabello.

Rezagados Philippe Dubois y Brotteaux, hablaban de Roma, donde los dos estuvieron. Brotteaux el 72 y Dubois en los últimos tiempos de la Academia. Dubois refería, porque aún le interesaba el recuerdo, su amistad con la princesa Mondragone, a la que habría declarado su amor de no haberlo impedido con su presencia el conde Altiere, que la seguía como su propia sombra. Tampoco había olvidado una comida en casa del cardenal de Bernis, el anfitrión más obsequioso del mundo.

—Lo conocí también —dijo Brotteaux—, y puedo enorgullecerme, sin jactancia, de haber sido uno de sus más íntimos contertulios. Le agradaba tratarse con la canalla. Era muy afable, y aun cuando propalaba ficciones, fiel a su profesión, en su dedo meñique había más ideas filosóficas y sanas que en la cabeza de todos vuestros jacobinos, empeñados en hacernos virtuosos y deificarnos. Prefiero los cándidos teófagos, que no saben lo que dicen ni lo que hacen, a esos furiosos emborronadores de leyes que se dedican a guillotinarlos para exaltar nuestra virtud y nuestra prudencia, para conseguir que adoremos al Creador que los hizo a su imagen y semejanza. En otros tiempos yo mandaba decir misa en la capilla de mi finca de llettes, y el pobre diablo que, revestido con los hábitos sacerdotales, consagraba en la mesa del altar, sentado luego a mi mesa, decía: «No denostemos a los pecadores, ya que de ellos vivimos». Concededme, señor mío, que aquel mascullador de «oremus» tenía sanas máximas acerca del Gobierno. Es necesario volver al otro sistema y gobernar a los hombres conforme son, no como pretendemos que sean.

La Thévenin se había emparejado con Brotteaux; sabía perfectamente

cómo había vivido aquel viejo en otra época; su imaginación adornaba con el ostentoso pasado la pobreza actual del antiguo especulador, y la juzgaba menos humillante por ser común a todos y producida por la ruina pública. Su curiosidad se fijaba con respeto en los despojos de uno de aquellos ricos pródigos que vivían aún entre los recuerdos triunfales de las viejas actrices, y, por añadidura, eran muy de su gusto las maneras cortesanas de aquel buen señor, cuya casaca de color pulga estaba tan limpia como deslucida.

—Señor Brotteaux —le dijo—, ya sabemos que poseáis un parque precioso, con iluminaciones muy bellas en las noches oscuras, y que paseabais a la sombra de los mirtos con las bailarinas y comediantas al son de flautas y violines lejanos... Ay. ¿Es cierto que vuestras diosas de la Ópera y de la Comédie Française fueron más bellas que nosotras, pobres actrices nacionales?

—No lo creáis, encantadora señorita —le respondió Brotteaux—, y os aseguro que si alguna de las de mi tiempo fuese bella como vos, a poquito que lo hubiera deseado, habría paseado sola como soberana sin rival por mi parque, del que tenéis una idea tan lisonjera...

La posada de la Cloche era rústica. Una rama de acebo pendía sobre la puerta de dos anchas hojas que daban acceso al patio, siempre húmedo y donde picoteaban las gallinas. En el fondo se alzaba la vivienda que, además de la planta baja, tenía otro piso y el desván; su tejado musgoso era de caballete muy alto, y sus muros estaban cubiertos de rosales floridos; a la derecha, las picudas copas de los arbustos asomaban sobre las tapias del jardín; a la izquierda estaba la cuadra, con una pesebrera exterior y un troje arriba. Una escalera portátil se apoyaba en la pared. Algo más allá, bajo un cobertizo donde se amontonaban troncos de árbol y herramientas agrícolas, encaramado en un viejo carricoche, un gallo blanco vigilaba sus gallinas. Limitaban el patio por aquella parte los establos, ante los cuales se elevaba como un presuntuoso montículo un montón de estiércol, y lo removía y hacinaba con el horcón una moza desmesuradamente achaparrada y con el pelo pajizo. De sus zuecos, empapados en inmundicias, salían de vez en vez los talones de sus pies desnudos, color de azafrán; su falda recogida dejaba descubiertas las pantorrillas enormes y blandas. Mientras la contemplaba Desmahis, absorto y divertido ante aquella figura que parecía una creación burlesca, el posadero gritó:

—¡Eh!, ¡tú!, ¡la Tronche! Vete a buscar agua.

La moza volvió la cabeza y mostró su rostro enrojecido, cruzado por la inmensa boca falta de un diente.

La testuz de un buey había mellado su ciclópea dentadura. Iba reidora, con el horcón al hombro; casi del grosor de sus muslos eran sus brazos arremangados, relucientes al sol.

Habían puesto la mesa en la sala del piso bajo, donde acababan de asarse unos pollos bajo la campana del hogar. Enjalbegada y de más de veinte pies de anchura, sólo recibía luz a través de los verdosos cristales de la puerta y por una ventana florecida de rosas, junto a la cual hilaba el cáñamo la abuela, cuya cofia de encaje sería del tiempo de la Regencia. Entre sus dedos nudosos rodaba el huso; las moscas paseaban sobre sus párpados y no las ahuyentaba. No había olvidado aún que una vez, cuando era niña, vio a Luis XIV en carroza.

Con voz débil y musical refería a las tres mujeres, atentas a sus palabras y de pie frente a ella, que sesenta años atrás estuvo en París, donde vio la Casa del Municipio, las Tullerías, la Samaritaine; desde el Pont Royal vio una barca llena de manzanas con destino al mercado del muelle; de pronto reventó y, al caer su cargamento en el río, se enrojeció la superficie del agua. Se hallaba al tanto de las variaciones acaecidas en «el reino», de las discordias que había entre los curas que juraron y los que no juraron, y de que las guerras y el hambre asolaban la tierra mientras aparecían signos en el cielo. Negaba la muerte del rey, segura de que lo ayudaron a huir por un subterráneo después de haber entregado al verdugo un hombre cualquiera parecido al rey.

A los pies de la abuela, en su canastillo, Jeannot, el hijo menor de Poitrine, cuajaba sus dientes. Rose levantó la cunita de mimbre y sonrió al niño, que gemía extenuado por la fiebre y por las convulsiones. Habían mandado llamar al médico, el ciudadano Pelleport, diputado suplente de la Convención, hombre bondadoso que no cobraba las visitas.

Acostumbrada Rose Thévenin a rodar por el mundo, tomaba enseguida confianza, y al ver las limpiezas que hacía la Tronche, para conseguir alguna pulcritud se puso a frotar con un paño los platos, los vasos y los tenedores. Mientras la ciudadana Poitrine cocía la sopa y la probaba como

buena cocinera, Élodie cortaba en rebanadas un pan de cuatro libras recién sacado del horno. Gamelin se acercó a ella y le dijo:

—He leído hace algunos días un libro escrito por un joven alemán, cuyo nombre no recuerdo, y traducido en correcto francés. En ese libro aparece una hermosa joven llamada Charlotte, que también corta un pan en rebanadas y lo hace graciosamente como vos; con tanta gracia las corta que al verla el joven Werther se enamora de ella.

—¿Y eso acaba en matrimonio? —preguntó Élodie.

—No —respondió Évariste—. Acaba con el suicidio de Werther.

Comieron a gusto, porque tenían todos buen apetito; sólo Jean Blaise se mostró descontento; era meticuloso para la comida y erigía en sistema su gula, tal vez sin otra causa que la escasez general, cuando la Revolución volcaba los pucheros en la mayoría de las casas. Mientras casi todos los ciudadanos carecían de algo que llevarse a la boca, los hombres habilidosos como Jean Blaise, que negociaban y se enriquecían con las calamidades públicas, iban de fonda en fonda y se atracaban brutalmente. Brotteaux, que en el año II de la República se alimentaba con castañas y mendrugos de pan, recordaba que asistió en otros tiempos a los «almuerzos filosóficos» de Grimod de la Reynière, quiso merecer el calificativo de sibarita mientras saboreaba las coles con tocino de la ciudadana Poitrine, y entre sabios preceptos gastronómicos, dijo varias excelentes recetas de cocina. Cuando Gamelin afirmó que un republicano debe desdeñar los placeres de la gula, el viejo agiotista, coleccionador de antigüedades, le recordó irónicamente la verdadera fórmula espartana del caldo negro.

Acabada la comida, Jean Blaise, que no descuidaba jamás el negocio, puso en movimiento su academia campestre para obtener algunos bocetos de la posada, cuyo desmoronamiento le pareció interesante. Mientras Philippe Desmahis y Philippe Dubois dibujaban los establos, la Tronche fue a darles de comer a los cerdos. El ciudadano Pelleport, médico-practicante, al salir de la sala del piso bajo, donde había visitado al enfermito, se acercó a los artistas, les prodigó alabanzas y aseguró «que sus talentos honraban a la nación entera». Después les hizo reparar en las formas de la Tronche, que se hallaba entre los cerdos.

—¿Veis a esa criatura? —les decía—. No es una mujer como, sin duda,

imagináis; en su cuerpo se superponen dos mujeres, y no hablo en estilo figurado. Sorprendido por sus anchuras enormes y por su osamenta, examiné sus formas y advertí que tiene casi todos los huesos dobles. En cada muslo, dos fémures; en cada hombro, dos húmeros. También tiene los músculos por duplicado. A mi juicio, esta mujer se formó por la soldadura, miembro a miembro, de dos gemelas. El caso es muy extraño, le di al señor Saint-Hilaire muy detallada noticia, y me lo agradeció. Es un monstruo lo que tenéis delante, ciudadanos. Estas gentes la llaman «la Tronche» por su facha rechoncha, y debieran llamarla «el par de Tronches» por su doble contextura. La Naturaleza tiene caprichos... ¡Buenas tardes, ciudadanos pintores! Habrá tormenta esta noche...

Después de cenar a la luz de unos candiles, jugaron todos en el patio a la gallina ciega. El hijo y la hija mayores del matrimonio Poitrine alternaban ya con los huéspedes. Ellos y ellas ponían en el juego una impetuosidad propia de su juventud, más enardecida en tiempos de violencia y de incertidumbre. Cuando cerró por completo la noche, decidió Blaise que se recogieran en la sala del piso bajo; entonces propuso Élodie que jugaran a «la caza del corazón», y todos aceptaron. Philippe Desmahis dibujó con yeso en algunos muebles, puertas y paredes, siete corazones; es decir, uno menos del número de jugadores, puesto que el viejo Brotteaux formaba en la partida. Hicieron corro, cantaron, y a una señal de Élodie corrieron todos a poner la mano sobre un corazón. Gamelin, desmañado o distraído, fue de uno a otro inútilmente; pagó prenda: la navajita comprada en la feria de Saint-Germain. Repitióse la suerte y, a su vez, Blaise, la Thévenin, Élodie y Brotteaux pagaron prenda; una sortija, un brazalete, un bolsillo, un libro encuadernado en piel. Luego subastaron las prendas y cada cual, para rescatar la suya, hubo de lucir su ingenio: recitar un poema o cantar una canción.

Brotteaux declamó el discurso del patrono de Francia en el primer canto de *La doncella*:

«Soy Dionisio, profeso en santidad,
amo el país de Galia...».

El ciudadano Blaise, a pesar de no ser muy aficionado a lecturas, pudo recordar la respuesta de Richemond:

«¿Por qué bajas del cielo, señor santo?
Yo no veo motivo para tanto...».

Todo el mundo leía entonces con deleite «la obra maestra del Ariosto francés»; los hombres más graves y sesudos sonreían con los amores de Juana de Arco y Dunois, con las aventuras de Inés y de Monrose y con las proezas del burro alado. Todas las personas cultas aprendían de memoria los más bellos pasajes de aquel poema «divertido y filosófico». Hasta Évariste Gamelin, siempre adusto, al coger sobre las rodillas de Élodie su navajilla, recitó gustoso la entrada de Grisbourdon en los Infiernos. La ciudadana Thévenin cantó, sin acompañamiento, la romanza de *Nina*:

«¡Cuándo mi amado volverá...!».

Desmahis cantó, con música de *La Farindondaine*:

Cogieron de sopetón
al cerdo de San Antón,
le pusieron capuchón,
y hubo un fraile motilón
de más en la comunión...

Pero Desmahis andaba preocupado. Le gustaban con el mismo ardor las tres mujeres y entre las tres compartía sus amorosas miradas. Lo atraía Rose Thévenin por su gracia y desenvoltura, por la picardía de sus ojos y el encanto de su voz, que llegaban al alma; sentía en Élodie la naturaleza exuberante, ardiente y generosa; y le agradaba también Julienne Hasard, con sus cabellos descoloridos, blanquecinas las pestañas, pecoso el cutis y flaco el pecho; porque Desmahis, como el Dunois del que habla Voltaire en *La doncella*, estaba siempre dispuesto a dar una muestra de amor a toda clase de mujeres, y en aquella ocasión por ser Julienne la menos pretendida y, por consiguiente, la más accesible. Desprovisto en absoluto de vanidad, nunca pensaba ser favorecido, pero tampoco dejar de serlo, por lo cual se ofrecía siempre y en todas circunstancias. Aprovechando los incidentes del juego de prendas se había permitido algunas galanterías con la Thévenin, que no las rechazó, pero no pudo corresponderle perseguida por los ojos encelados de Jean Blaise; tuvo delicadas insinuaciones para Élodie, pues aun cuando conocía su intimidad con Évariste, nunca llegaron sus deseos a exigir un corazón para él solo, y Élodie no pudo contestarle, pero tampoco disimuló que la hermosura del hércules era muy de su gusto; por fin llegaron sus más fervientes ruegos a los oídos de Julienne Hasard, y la sobrecogieron de tal modo que lo mismo podía suponerse una rendición absoluta que una triste indiferencia;

Desmahis no creyó serle indiferente...

Sólo había en la posada dos alcobas, las dos en el piso alto, frente por frente. La de la izquierda, la mejor, estaba revestida de papel rameado y tenía un espejito cuyo marco dorado sufría las injurias de las moscas desde la niñez de Luis XV. Bajo colgaduras de indiana florida se alzaban dos lechos con almohadas de pluma, cubrepiés de plumón y cobertores acolchados. Allí se recogerían las tres ciudadanas.

A la hora de acostarse, Desmahis y Julienne Hasard, cada uno con su palmatoria en la mano, se dieron las buenas noches. El enamorado grabador entregó a la hija del fabricante de colores un papelito en el que le rogaba que subiese al desván, donde la esperaría cuando todos durmieran.

Previsor y experto, había explorado ya el desván lleno de ristras de cebollas, de frutas puestas a secar, de cajones y de baúles viejos. También había un catre de tijera, inservible y cojo al parecer, y un jergón reventado, en el que se veían saltar ejércitos de pulgas.

La alcoba de la derecha, mucho más reducida y peor alhajada que la otra, tenía tres camas, donde se acomodarían, como pudieran, los ciudadanos viajeros. Brotteaux hizo renuncia de su hospedaje y se fue a dormir al pajar, como un sibarita; Jean Blaise desapareció de pronto; Dubois y Gamelin no tardaron en dormirse; Desmahis también se acostó; pero cuando el silencio de la noche lo sumergía todo, se levantó y salió para subir de puntillas la escalera del desván, crujidora bajo sus pies descalzos. La puerta estaba entreabierta, y se mezclaba al calor sofocante la pestilencia de la fruta podrida. Echada en el catre dormía la Tronche con la boca abierta, y en aquella postura parecía enorme. Un rayo de luna bañaba de azul y plata su piel, que a trozos asomaba fresca y juvenil entre su propia mugre y las salpicaduras del estiércol. Se despertó con sobresalto y gritó asustada; pero al comprender lo que le exigían se tranquilizó y fingió hallarse aún dormida; sin expresar disgusto ni sorpresa, daba señales de no ser insensible...

Desmahis volvió a su alcoba y se durmió con mucha tranquilidad y reposo.

Al día siguiente, después de trabajar bastantes horas, la campestre

academia decidió el regreso a París. Al recibir en asignados el precio del hospedaje, el ciudadano Poitrine se lamentó de ver sólo papeles y prometió quemar un hermoso cirio a la intención del endemoniado que le llevase algunas monedas amarillas. Ofreció flores a las ciudadanas; la Tronche, subida en una escalera por su mandato, sin quitarse los zuecos ni bajarse las recogidas faldas, enseñó sus pantorras mugrientas y relucientes mientras despojaba de rosas los rosales que cubrían el muro. Caían las rosas desde sus manos anchas e infatigables a puñados, como una lluvia, como un torrente, como un alud, sobre las extendidas faldas de Élodie, de Julienne, de la Thévenin. Llenaron el coche. Cada viajero pudo llevar a su casa cuantas quiso. Durmieron y despertaron todos entre la fragancia de las rosas.

XI

En la mañana del 7 de septiembre, cuando iba la ciudadana Rochemaure al estudio de Gamelin, para conseguir que se interesara en favor de un sospechoso a quien ella conocía y deseaba salvar, encontró en el descansillo al viejo Brotteaux, antiguo señor des Ilettes, con el que había tenido relaciones amorosas en los tiempos felices. Iba el buen hombre a entregar doce docenas de polichinelas al comerciante de juguetes de la calle de la Loi, y para llevarlos con mayor comodidad se le había ocurrido suspenderlos en la punta de un palo, como lo hacían los vendedores ambulantes. Acostumbraba tratar a todas las mujeres con galantería, sin excluir a las que perdieron a sus ojos el atractivo por haberle prodigado con insistencia sus favores; y en este caso debió de hallarse la señora de Rochemaure, salvo que, sazónada por la traición, por la ausencia, por la infidelidad y por la madurez, le resultara de nuevo apetecible. Sea como sea, sobre las desiguales y desprendidas baldosas del descansillo la trató como en la escalinata de las Ilettes y le rogó que visitara su desván. Ella subió ligera por la escalerilla y se encontró bajo la armadura de madera, cuyas vigas inclinadas sostenían las tejas. Allí era forzoso andar encogido y sin otra claridad que la ofrecida por un tragaluz. La señora tomó asiento en la única silla que amueblaba la miserable vivienda, y después de contemplar las tejas desunidas, preguntó, asombrada y pesarosa:

—¿Ahora vivís aquí, Maurice? No temeréis que nadie, como no sea un demonio o un gato, pueda venir a sorprenderos.

—Aquí no hay amplitud —respondió el empobrecido señor—; en cambio, hay goteras en abundancia. Es un ligero inconveniente. Pero en las noches serenas veo la luna, imagen y testigo de los amores de los hombres; porque la luna, señora, fue en todos los tiempos contemplada por los enamorados, y en el plenilunio, pálida y redonda, recuerda al amante el objeto de sus deseos.

—Comprendo —dijo la ciudadana.

—En la época de sus amores —prosiguió Brotteaux—, los gatos me dan

lindas serenatas en el alero; pero podemos perdonarle al amor que maúlle y bufe sobre los tejados, puesto que llena de tormentos y de crímenes la vida de los hombres.

Una y otro tuvieron la delicadeza de tratarse como amigos que se hubieran separado la noche anterior, y aun cuando ya nada los unía, se hablaban con agrado y confianza.

Al presente, la señora de Rochemaure no estaba satisfecha. La Revolución, que había sido para ella durante largo tiempo fructífera y risueña, le imponía ya precauciones e inquietudes. Sus cenas eran cada vez menos brillantes y alegres; las notas de su arpa no animaban ya los rostros angustiados, y sus mesas de juego se veían abandonadas; muchos de sus contertulios tenían que ocultarse, porque se hicieron sospechosos; el banquero Morhardt estaba preso, y ésta era la causa de su visita al jurado Gamelin. Hasta contra ella misma hubo sospechas y delaciones. Los guardias nacionales habían hecho un registro en su casa: volcaron los cajones de las cómodas, arrancaron las maderas del suelo, clavaron las bayonetas en los colchones. Como no pudieron encontrar nada, se disculparon y se le bebieron unas cuantas botellas de vino. Poco faltó para que se apoderaran de la correspondencia de un emigrado: el señor de Expilly. Algunos amigos que tenía entre los jacobinos le dijeron que su fascinador Henry daba que sospechar por sus violencias, de sobra exageradas para ser sinceras.

Con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos, obsesionada, preguntó a su viejo amigo, que se había sentado sobre el colchón:

—¿Qué pensáis de todo esto, Maurice?

—Pienso que las gentes de ahora dan a un filósofo y a un espectador asunto para muchas reflexiones y entretenimiento; pienso que vos, amiga mía, viviríais más agradablemente lejos de Francia.

—Maurice, ¿dónde iremos a parar?

—La misma pregunta me hicisteis otra vez, Louise, cuando ibais conmigo en coche por el camino de llettes, a la orilla del Cher, mientras el caballo, que se había desbocado, nos arrastraba y galopaba locamente. ¡Sois muy curiosas las mujeres! ¡Ahora volvéis a preguntarme dónde iremos a parar!

Preguntádselo a una echadora de cartas; yo no soy adivino, señora, y la más sutil filosofía es un pobre recurso para el conocimiento del porvenir. Estas cosas acabarán, porque todo acaba. Pueden preverse varias soluciones: la victoria de la coalición y la entrada de los aliados en París. No están lejos, pero dudo que lleguen; los ejércitos de la República se dejan derrotar con un ardor que nada puede extinguir. Tal vez Robespierre se case con «la señora Royale» y se nombre protector del reino durante la minoría de Luis XVII.

—¿Lo consideráis posible? —prorrumpió la ciudadana con impaciencia, ya deseosa de intervenir en aquella intriga.

—Todo es posible —repuso Brotteaux—. También pudiera ser que triunfasen los vendeanos y restablecieran el dominio clerical sobre montones de ruinas y hacinamiento de cadáveres. No podéis imaginar, amiga mía, el poder que aún conserva el clero sobre los espíritus vulgares... Acaso el Tribunal revolucionario, en exceso amenazador, destruya por su causa el régimen que lo ha instituido. Tiene asustados a muchos; pudieran reunirse, y para destruir el Tribunal destruyan también el régimen. Supe que disteis a Gamelin un cargo en esa justicia, y como Gamelin es virtuoso, será terrible. Cuanto más lo reflexiono creo más firmemente que ese Tribunal, instituido para sostener la República, la derribará. La Convención ha querido tener, como la realeza, días memorables y tribunales pendientes de su voluntad; pero los esplendores de la Convención deslumbran menos que los de la Monarquía y su tribunal es menos político que el de Luis XIV. Domina en el Tribunal revolucionario un sentimiento de vulgar justicia y de monótona igualdad que a todos repugna y que lo hará por fin ridículo y odioso. Ese Tribunal, que debe juzgar a la reina de Francia y a veintiún legisladores, ¡condenó ayer a una sirvienta por haber gritado «¡Viva el rey!» con la dañina intención de derribar la República! Ya lo veis, Louise: nuestros jueces engalanados con plumas negras trabajan de un modo semejante a ese William Shakespeare tan admirado por los ingleses, que intercala groseras burlas en las escenas más trágicas de su teatro.

—Decidme ahora, Maurice —preguntó la ciudadana—: ¿sois aún afortunado en el amor?

—¡Ay! —respondió Brotteaux—. Las palomas vuelan sobre los blancos palomares, pero no se posan entre ruinas.

—No habéis cambiado... Hasta que volvamos a vernos, amigo mío.

Aquella misma noche, al visitar el húsar Henry a la señora de Rochemaure, que no lo esperaba, la sorprendió en el momento de cerrar una carta dirigida al ciudadano Rauline, en Vernon. Era una carta para Inglaterra; no lo ignoraba Henry. Rauline recibía la correspondencia de la señora de Rochemaure por un postillón de las mensajerías y la enviaba a Dieppe por una pescadera; un patrón de barca la conducía por la noche a un navío inglés que tocaba en la costa; un emigrado, el señor Expilly, la recibía en Londres, y todo lo que pudiera ser útil se lo comunicaba al Consejo de Saint-James.

Era Henry joven y hermoso; sin duda no tuvo Aquiles tanta gallardía y tanto vigor cuando revistió las armas que le presentaba Ulises; pero la ciudadana Rochemaure, tan sensible hasta entonces a los encantos del joven héroe de la Comuna, procuraba no fijar en él sus ojos ni su pensamiento, advertida ya de que, denunciado a los jacobinos por su extrema exaltación, aquel gallardo húsar podía comprometerla y arrastrarla. Estaba seguro Henry de que no sería un gran sacrificio para él prescindir de la señora de Rochemaure, pero le molestaba que no lo distinguiese ya, cuando contaba con ella para subvenir a ciertos gastos que le había ocasionado el servicio de la República; y reflexionando acerca de la inconsecuencia de las mujeres, de qué modo pasan del más ardoroso cariño a la más fría insensibilidad, cuán fácilmente sacrifican lo que han estimado y renuncian a lo que adoraban, sospechó que la encantadora Louise pudiera desear que lo encarcelasen para librarse de él. La prudencia le aconsejó reconquistar por todos los medios la situación perdida, y para esto se presentaba de pronto con sus mayores atractivos. Se acercó a ella, se apartó, volvió a acercarse, le hizo una leve caricia y se contuvo como si le costara violencia dominarse pero sin dejar de ser dueño de sí, conforme a las reglas de seducción empleadas en los bailables de la ópera, y, al fin, se desplomó sobre una butaca. Su voz invencible, aquella voz que sabía conmover las entrañas de las mujeres cuando ensalzaba la hermosura de la naturaleza y de la soledad, le propuso entre suspiros un paseo a Ermenonville.

Ella pulsaba su arpa con suaves acordes mientras lanzaba en torno miradas de impaciencia y de hastío. Henry se irguió triste, vibrante, resuelto y anunció su despedida, porque ya estaba incorporado al ejército en campaña y pronto lucharían en Maubeuge.

Sin dudarle ni sorprenderse, Louise hizo una señal de aprobación.

—¿Os place?

—Os felicito.

Henry era en aquel instante un estorbo para ella, que aguardaba la visita de un amigo nuevo que podría serle de mucha utilidad y le agradaba mucho; era todo lo contrario del húsar, algo así como un Mirabeau resucitado, como un Danton pulcro y convertido en abastecedor; era un elegante que hablaba de arrojar a todos los patriotas al Sena. Temerosa de verlo llegar a cada momento, Louise se estremecía.

Estuvo silenciosa para que Henry se fuese cuanto antes; bostezó, ojeó una partitura, bostezó por segunda vez; al fin dijo que tenía que vestirse para salir y pasó al tocador.

Henry declamó entonces con vibrante sentimentalismo:

—Adiós, Louise... ¿Cuándo podré veros?

Mientras ella le volvía la espalda, las manos del húsar curiosearon presurosas bajo la tapa del pupitre.

Ya en la calle, desdobló la carta dirigida por la señora de Rochemaure al ciudadano Rauline y la leyó con avidez. Contenía observaciones curiosas acerca del espíritu público en París; hablaba de la reina, de la Thénardin, del Tribunal revolucionario y hasta repetía las divagaciones filosóficas del viejo Brotteaux des Ilettes.

Acabada su lectura, dudó un momento al guardarse la carta en el bolsillo; pero resueltamente, seguro de que se libraría mejor cuanto antes lo decidiera, se fue hacia las Tullerías y entró en la antesala del Comité de Seguridad pública.

A las tres de la tarde, Évariste Gamelin se sentó aquel día por primera vez en el banco de los jurados con otros catorce colegas honrados, patriotas y sencillos a los que ya conocía: unos, científicos; otros, artistas, y los demás, artesanos; un pintor y un dibujante, ambos de talento; un cirujano, un zapatero, un antiguo marqués, recomendable por sus muchas pruebas de civismo; un impresor, varios tenderos; en una palabra, un muestrario

del pueblo de París. Allí estaban todos, con sus trajes de obreros o de burgueses, con el pelo cortado a la romana o recogido en la redecilla, con el bicornio hundido hasta las cejas o el sombrero redondo echado atrás los que no llevaban un gorro frigio que les cubría las orejas. Algunos vestían casaca, chupa y calzón como en la época pasada; otros embutían su cuerpo en una carmañola y sus piernas en un pantalón rayado, al estilo de los *sans-culottes*; calzaban botas altas, zapatos con hebillas o zuecos, y ofrecían en sus personas todas las variedades del vestir masculino entonces en uso. Envidiaba Gamelin la tranquilidad y la desenvoltura de los otros, acostumbrados a ocupar aquel puesto, y su corazón palpitaba, le zumbaban los oídos, se le nublaban los ojos y todo le parecía cubierto de una lividez extraña.

Cuando el ujier anunció el Tribunal, tres jueces tomaron asiento en el reducido estrado ante una mesa verde. Llevaban sombrero con escarapela y grandes plumas negras, la casaca francesa y una cinta tricolor, de donde pendía sobre el pecho una voluminosa medalla de plata. Frente a ellos, al pie del estrado, se sentaba el sustituto del acusador público con idénticos distintivos; el escribano se colocó entre el Tribunal y el sillón vacío del acusado. A Gamelin le parecieron aquellos hombres diferentes de como los vio hasta entonces: más lucidos, más severos, más terribles, aun cuando tomaran actitudes familiares al remover papeles, al llamar al ujier, al volver la cabeza para oír algo que les decía un jurado o un oficial de servicio.

Sobre el estrado de los jueces se hallaban las Tablas de los Derechos del Hombre; a uno y otro lado, apoyados en los viejos muros feudales, se veían bustos de Le Pelletier Saint-Fargeau y de Marat; frente al banco de los jurados, en el fondo de la sala, se alzaba la tribuna pública. Lucían en primera fila mujeres de cabellera rubia, negra o gris, tocadas con la cofia ligera y alta, cuyo vuelo plegado sombreaba sus mejillas; sobre su pecho, al que daba uniformemente la moda exuberancias de nodriza, se cruzaba la pañoleta blanca o se abarquillaba el pechero de un delantal azul. Apoyaban los brazos en la barandilla de la tribuna. Detrás aparecían, diseminados por las gradas, ciudadanos vestidos con la diversidad que daba entonces a las muchedumbres una expresión pintoresca y chocante. A la derecha, junto a la entrada y limitado por una barrera de tablones, había un espacio donde el público estaba de pie. Aquel día era poco numeroso; el asunto en que debía ocuparse aquella sección del Tribunal interesaba solamente a un reducido número de personas, y de seguro las

otras Secciones juzgaban a la misma hora procesos más emocionantes.

Con esto se tranquilizaba un poco Gamelin, cuyo corazón desmayado no hubiera podido soportar la atmósfera caldeada de las audiencias aparatosas. Advertían sus ojos los menores detalles; vio que el escribano llevaba un algodoncito en el oído, y vio también una mancha de tinta sobre los autos que ojeaba el fiscal; observaba minuciosamente los capiteles esculpidos en una época ignorante de todos los órdenes antiguos de arquitectura, en la cual se coronaban las columnas góticas con guirnaldas de ortigas y de acebo; pero sus miradas volvían sin cesar al sillón de forma desusada, tapizado de terciopelo de Utrech rojo, rozado en el asiento, ennegrecido sobre los brazos. En todas las puertas había guardias nacionales con fusiles.

Al fin compareció el acusado, entre granaderos, sin cuerdas ni grilletes que lo sujetaran y oprimieran, libre, como la ley ordena. Era un hombre cincuentón, flaco, enjuto, moreno, muy calvo, con las mejillas hundidas, los labios amoratados y estrechos, vestido a la antigua con una casaca de color sangre de buey. Sin duda tenía fiebre, porque, a pesar de su decaimiento, le brillaban mucho las pupilas y se le coloreaba el rostro. Se sentó, puso una pierna sobre la otra (de una delgadez inverosímil) y enlazó bajo la rodilla sus manos sarmentosas. Se llamaba Marie-Adolphe Guillergues y estaba detenido por dilapidación de los forrajes de la República; el acta de acusación le atribuía culpas numerosas graves, pero ninguna completamente probada. Guillergues, al ser interrogado, negó la mayoría de los hechos que se le imputaban y alegó muchos otros favorables; lo decía todo serena y claramente; muy hábil en sus razonamientos daba idea de un hombre con el cual sería difícil discutir: nunca le faltaban réplicas oportunas. Al hacerle el juez una pregunta abrumadora no se inmutaba su rostro ni perdía el aplomo su palabra, pero sus dos manos se crispaban con angustia sobre el pecho. Gamelin lo advirtió, y dijo al jurado más próximo, pintor como él:

—Fijaos en sus pulgares...

El primer testigo que se presentó hizo afirmaciones muy graves, fundamento de la acusación; todos los demás favorecían al acusado. El fiscal se mostró vehemente, pero impreciso y confuso; el defensor supo dar a sus palabras un tono de sinceridad que ganó para el acusado las simpatías que éste no había sabido conquistarse. Se suspendió la audiencia, y se reunieron los jurados en la Sala de deliberaciones.

Después de una discusión oscura y vaga se dividieron en dos bandos, casi por mitad. Se agrupaban de una parte los indiferentes, los tibios, los razonadores, a los cuales ninguna pasión anima; de la otra los que se dejan arrastrar por el sentimiento, los que no son accesibles a razones y juzgan por impresión. Éstos condenaban siempre; eran los buenos, los puros; preocupados en salvar la República no les interesaba lo demás. Su actitud impresionó fuertemente a Gamelin, que sentía como ellos.

«Ese Guillergues —reflexionaba— es un astuto bribón que ha especulado con el forraje de nuestra Caballería. Si lo absolviéramos, libertaríamos a un traidor, traicionaríamos a la Patria, hundiríamos al Ejército en la derrota». Y veía ya a los húsares de la República sobre caballos que flaqueaban, acuchillados por la Caballería enemiga... «Pero ¿y si fuera inocente...?»

De pronto recordó a Blaise, denunciado también por abusos cometidos en el aprovisionamiento. ¡Habría tantos como Blaise, como Guillergues, cuya codicia preparaba las derrotas del Ejército, la perdición de la República...! Era necesario escarmentarlos... Pero ¿si Guillergues fuera inocente...?

—¿No hay pruebas? —dijo Gamelin en alta voz.

—No hay pruebas nunca —respondió, encogiéndose de hombros, el presidente del Jurado, un hombre bueno y puro.

Al fin eran siete los que condenaban y ocho los que absolvían.

El Jurado volvió a ocupar su banco, y prosiguió la audiencia. Los jurados tenían obligación de fundamentar su veredicto; hablaron uno tras otro ante el sillón vacío. Los hubo que hablaron prolijamente, quien dijo una sola frase; algunos pronunciaban palabras ininteligibles. Cuando llegó su turno a Gamelin, se levantó y dijo:

—En presencia de un crimen tan enorme como privar a los defensores de la Patria de los medios indispensables para conseguir la victoria, se necesitan pruebas concluyentes de las que ahora carecemos.

Por mayoría de votos se declaró la inculpabilidad del acusado.

Al comparecer de nuevo Guillergues ante los jueces, un murmullo de benevolencia que se produjo entre los espectadores le anunció su

absolución. Fue un hombre muy distinto desde aquel momento; se animaron sus facciones y revivieron sus labios; en su rostro brillaba la inocencia y su aspecto era ya venerable. El presidente leyó el veredicto con la voz conmovida; la Sala estalló en ruidosos aplausos; el gendarme que había conducido a Guillergues lo abrazó, el presidente le dio un apretón de manos fraternal, los jurados lo besaron, Gamelin lloraba a lágrima viva...

En el patio del palacio, iluminado por los últimos resplandores del día, una muchedumbre vociferaba y se agitaba. Las cuatro Secciones del Tribunal habían decretado la víspera treinta penas de muerte, y agazapadas en los peldaños de la espaciosa escalinata, las calceteras revolucionarias aguardaban la salida de los sentenciados. Pero al bajar Gamelin entre un grupo de jurados y espectadores, gozoso de haber salvado a un inocente, supuso cuanto veía y oía relacionado sólo con su acto de justicia y de humanidad.

Vestida por completo de blanco, llorosa, risueña, se precipitó Élodie entre los brazos de Gamelin y estuvo como desmayada entre ellos; cuando su emoción le permitió hablar, dijo:

—¡Évariste! Sois inteligente, sois bueno, sois generoso. Mientras hablabais al Tribunal, vuestra voz suave y vibrante me tuvo cautiva, sus hondas magnéticas me conmovieron y electrizaron; os contemplaba, y en el banco de los jurados no vi más que vuestra figura; los otros no existían para mí; esclavizada por vuestro dominio, sólo vos llenabais mis ojos, mi pensamiento y mi voluntad. Pero, ¿no sentisteis, amigo mío, no adivinasteis mi presencia? ¿Nada os advirtió que me teníais extasiada en la tribuna? Estuve a la derecha, en segunda fila. ¡Dios mío!, ¡cómo satisface obrar bien! Salvasteis a un infeliz. Sin vuestra justicia hubiera perecido. Le disteis la vida; le volvéis al amor de su hogar. En este instante, sin duda, os bendice. ¡Cuán orgullosa me siento, Évariste, cuán orgullosa me siento de amaros!

Cogidos del brazo, muy juntos, iban por las calles tan ligeros que llegaron a imaginarse que volaban.

Se dirigían hacia *L'Amour peintre*; junto al Oratoire dijo Élodie:

—No entremos por la tienda.

Le guió por el portal, y en el descansillo sacó del bolso una llave muy grande.

—Parece la llave de un calabozo —dijo Élodie—. Évariste: vais a ser mi prisionero.

Atravesaron el comedor; al entrar en el aposento de la ciudadana, Évariste sintió sobre sus labios la frescura candente de los labios de Élodie, y la estrujó entre sus brazos. Con la cabeza desfallecida, los ojos agonizantes, el cabello destocado, la cintura en completo abandono, le huyó, casi desmayada, para correr el cerrojo...

Pasada la media noche, abrió Élodie la puerta de su aposento, y al despedir en la oscuridad a su amante, le dijo en voz muy queda:

—¡Adiós, amor mío! A esta hora suele retirarse mi padre. Si oyes algún ruido en la escalera sube al piso alto para ocultarte, y no vuelvas a bajar hasta que no haya peligro de que te vean. Para que te abran el portal da tres golpecitos en el ventanillo de la portería. ¡Adiós, vida mía! ¡Adiós, alma mía!

Ya en la calle, Gamelin vio que las maderas del balcón de Élodie se entreabrían; una mano de mujer se acercó a la clavellina, y un clavel rojo como una gota de sangre cayó a los pies del enamorado.

XII

Una tarde en la que el viejo Brotteaux llevaba doce docenas de polichinelas al ciudadano Caillou de la calle de la Loi, el comerciante de juguetes, comúnmente amable y afectuoso entre sus muñecas y sus caballitos, lo recibió con una sequedad extraña.

—Andad con tiento, ciudadano Brotteaux —le dijo—. ¡Andad con tiento! No hay que reírse de todo, ni siempre son tolerables las burlas. Un miembro del Comité de Seguridad que visitó ayer mi establecimiento, al ver los polichinelas que hacéis los juzgó antirrevolucionarios.

—¡Lo diría en broma! —repuso Brotteaux.

—De ningún modo, ciudadano, de ningún modo. Es un hombre que nunca bromea. Dijo que vuestros monigotes ridiculizan pérfidamente la representación nacional, y se llevó secuestradas las caricaturas de Couthon, de Saint-Just y de Robespierre, que había reconocido. Para mí, esto representa un perjuicio material y un riesgo de que me juzguen cómplice de vuestras intenciones.

—¿Cómo es posible que nadie lo crea? Esos polichinelas, esos arlequines, los payasos, los vejates, las mocitas de la comedia italiana que yo copio de los que pintó Boucher medio siglo atrás, ¿pueden suponerse caricaturas de Couthon y de Saint-Just? No creo que ningún hombre sensato lo diga.

—No dudo —replicó el ciudadano Caillou— que lo hayáis hecho sin malicia, aun cuando se debe desconfiar siempre de un hombre ingenioso y alegre como vos. Hay burlas peligrosas; ¿queréis un ejemplo reciente? Natoile, que tiene un pequeño teatro en los Campos Elíseos, anteayer fue encarcelado por incivismo; representaba la Convención en sus fantoches.

—¡Vamos a ver! —dijo Brotteaux, desprendiendo la tela que cubría sus figuritas de cartón recortado—. Mirad esos rostros y esas fachas. ¿Pueden ser otra cosa que personajes de comedia y de pastoral? ¿Cómo

consentisteis, ciudadano Caillou, que me atribuyesen en vuestra casa una burla contra la Convención?

Brotteaux no lo hubiera creído nunca; fue para él un asombro. Por muy enorme que imaginase la estupidez humana, jamás pudo suponer que fuesen denunciados aquellos juguetes. Insistió en declarar inofensivos los muñecos y las intenciones de su creador, pero Caillou no se dejaba convencer.

—Ciudadano Brotteaux —dijo al fin el comerciante—: volveos con vuestros polichinelas; no los puedo admitir. Os reconozco talento y honradez y laboriosidad, vuestro ingenio me admira; pero no quiero que me censuren y me persigan por culpa vuestra. Respeto la ley, soy buen ciudadano y aspiro a que me juzguen como tal. Buenas tardes, ciudadano Brotteaux; llevaos los polichinelas.

El viejo Brotteaux se encaminó hacia su casa cargado con el racimo de figuritas de cartón, entre las burlas de los chicuelos que lo confundían con el vendedor de «polvos para matar las ratas». Sus preocupaciones y sus tristezas iban en aumento. Además de aquellos juguetes que le ayudaban a vivir, también pintaba retratos a veinte sueldos bajo el dintel de alguna puerta cochera o en algún rincón del mercado, y tenía su parroquia principal entre los mozos que, al irse a la guerra, querían dejar un retrato a la novia; pero aquellas pinturas fueron causa de muchas desazones. También escribía cartas que le dictaban las vendedoras del mercado, y con esto se puso en grave peligro muchas veces, porque las vendedoras del mercado solían intervenir en todas las intrigas monárquicas. Recordó que había otro comerciante de juguetes, llamado Joly, en la calle Neuvedes-Petits-Champs, cerca de la antigua plaza de Vendôme, y fue a ofrecerle aquellas figuritas rechazadas por el pusilánime Caillou.

Lloviznaba; temeroso de que se despintaran sus muñecos, apresuró el paso hacia su casa. Pasado el Pont Neuf, solitario y oscuro, y al entrar en la plaza de Thionville, vio a la luz de un farol, sentado en un poyo, a un viejo macilento, sin duda extenuado por la fatiga y por el hambre, que a pesar de su mucha miseria y abandono parecía una persona de más de sesenta años y de bastante consideración; iba sin sombrero y llevaba la casaca hecha jirones. Se acercó a él y reconoció al reverendo exclaustro Louis de Longuemare, a quien salvó de las iras del populacho seis meses atrás mientras los dos formaban cola frente a la panadería de la calle de Jérusalem. Ligado al infeliz religioso por aquella

triste aventura, Brotteaux le dirigió la palabra, se dio a conocer como el publicano que en un día de gran penuria se halló junto a él entre la canalla, y le preguntó en qué podría servirle.

—Me parece que os encontráis muy extenuado, reverendo señor. Tomad una gotita de cordial. —Y después de sacar un frasquito de aguardiente, que se acoplaba con el tomo de *Lucrecio* en el bolsillo de la casaca de color pulga, insistió—: Bebed ahora, y os acompañaré luego a vuestro domicilio.

El señor de Longuemare rechazó el frasquito; hizo esfuerzos para levantarse, pero parecía clavado en el poyo.

—Caballero —dijo con voz débil y firme—: los tres últimos meses viví en la calle de Picpus; advertido ayer de que irían a prenderme, a las cinco de la madrugada abandoné mi domicilio y ando errante por las calles; estoy fatigado.

—Me parece oportuno, reverendo señor —dijo Brotteaux afectuosamente—, que aceptéis un refugio en mi desván.

—Caballero —repuso el barnabita—, sin duda no entendisteis que soy un sospechoso.

—Yo también lo soy —dijo Brotteaux—, y hasta mis inocentes figurillas pintarrajeadas infunden sospechas, lo cual es más triste aún, porque me daban de comer. De publicano que fui, vine a parar en fabricante de los humildes juguetes que traigo, me veo perseguido por la justicia de los hombres y por la inclemencia del cielo: esta lluvia menuda que nos penetra los despinta.

El señor de Longuemare se apoyó en la mano que le ofrecía el antiguo especulador y aceptó su hospitalidad.

Cuando llegaron arriba, el viejo Brotteaux le ofreció pan, queso y vino puesto a refrescar en el tejado, porque Brotteaux era un sibarita.

Después de calmar su hambre:

—Caballero —dijo Longuemare—: debo informaros de las circunstancias que dieron ocasión a mi desgracia, que me obligaron a huir de mi vivienda y a detenerme, casi moribundo, en ese poyo donde me encontrasteis.

Arrojado del convento, viví de la pequeña pensión que me concedió la Asamblea, daba lecciones de latín y de matemáticas y escribía folletos acerca de las persecuciones que sufre la Iglesia en Francia; llegué a preparar un libro en donde se demuestra que el juramento constitucional de los clérigos es contrario a la disciplina eclesiástica. Los progresos de la Revolución me privaron de mis discípulos, y no pude cobrar la pensión por carecer del certificado de civismo que ahora exige la ley. Fui a la Casa Municipal para pedir ese certificado, seguro de merecerlo. Formo parte de una Orden instituida por el apóstol San Pablo, que no vaciló en escudarse con el título de ciudadano romano, y me satisfacía seguir su ejemplo, como buen ciudadano francés respetuoso de las leyes humanas mientras no se opongan al cumplimiento de las leyes divinas. Presenté mi instancia al señor Colin, salchichero y oficial del Municipio, encargado del despacho de aquellos documentos. Me preguntó cuál era mi profesión. «Sacerdote», le respondí; me preguntó si estaba casado, y al contestarle negativamente, me dijo: «Peor para vos». En fin, después de otras varias informaciones, me preguntó si di pruebas de civismo el 10 de agosto, el 2 de septiembre y el 31 de mayo. «Sólo podemos expedir certificaciones —añadió— a los que probaron su civismo con su conducta en esas tres fechas». No me fue posible darle una respuesta satisfactoria; sin embargo, anotó mi nombre y mi domicilio y me prometió hacer enseguida la información de mi caso. Cumplió su ofrecimiento; y a consecuencia de su información, dos comisarios del Comité de Seguridad general de Picpus, auxiliados por fuerza armada, se presentaron en mi domicilio para encarcelarme. Yo había salido; ignoro aún de qué crimen se me acusa; pero convengamos en que es digno de compasión el señor Colin, cuya inteligencia está lo bastante perturbada para reprochar a un eclesiástico su falta de civismo en las jornadas del 10 de agosto, 2 de septiembre y 31 de mayo. Un hombre capaz de discurrir así es irresponsable y merece que se le juzgue piadosamente.

—También carezco del certificado —dijo Brotteaux—. Somos igualmente sospechosos. Ahora estáis rendido; acostaos, reverendo señor; mañana trataremos de vuestra seguridad.

Le dio el colchón para que descansara y se quedó para sí el jergón, pero el religioso reclamó con tanta insistencia su derecho a la humildad, resuelto, si no se lo reconocían, a dormir sobre las baldosas, que Brotteaux se creyó obligado a ceder el jergón; luego apagó la luz, por economía y por prudencia.

—Caballero —dijo entonces el religioso—, agradezco el sacrificio que hacéis por mí, y me duele que de nada pueda serviros mi agradecimiento. ¡Ay! ¡Si os lo tomara Dios en cuenta! Pero Dios toma tan sólo en cuenta lo que hacemos por su gloria, y vuestra piedad conmigo es efecto de una virtud natural; por esta causa, caballero, me atrevo a suplicaros que le dediquéis humildemente cuanto quisierais hacer por mí.

—Reverendo señor mío —le respondió Brotteaux muy amablemente desde su cama—, no debéis preocuparos de agradecerme ni de pagarme un servicio cuya importancia exageráis; no lo hice por afecto, porque os conozco poco para estimaros mucho; tampoco lo hice por amor a la Humanidad, pues no soy tan simple como don Juan para suponer que la Humanidad nos impone deberes, lamentable yerro de un espíritu libre como el suyo. Hice lo que hice por el egoísmo, que aconseja estos actos de generosidad y agradecimiento cuando reconoce nuestra miseria en cada miserable: al compadecer a los demás nos compadecemos a nosotros mismos. También lo hice para distraer mis ocios; nuestra existencia es tan insípida que resulta indispensable distraerla con algo, de algún modo. Los actos benéficos no son muy divertidos, pero se realizan a falta de otros más gratos. Lo hice también por soberbia, y para sentirme superior a vos. Lo hice tal vez por malicia, para demostraros que un ateo puede mixtificar la virtud.

—Os calumniáis, caballero —respondió Longuemare—. Dios me hizo muchas mercedes y me colmó de beneficios; pero reconozco valer menos que vos; me superáis en méritos naturales. Permitidme, sin embargo, que me reconozca una ventaja. Vos no me podéis amar sin conocerme, y un cristiano puede amar sin conocer porque Dios le ordena que ame a su prójimo como a sí mismo.

Tras estas palabras, el reverendo Longuemare se arrodilló sobre las baldosas, y después de rezar sus oraciones, echado en el jergón durmió tranquilamente.

XIII

Évariste Gamelin actuaba en el Tribunal por segunda vez. Antes de abrirse la audiencia comentaba con sus colegas del Jurado las noticias llegadas aquella mañana, dudosas algunas y falsas otras; pero lo que se podía tener por cierto era terrible. Los ejércitos coligados avanzaban unidos, ya dueños del territorio; la Vendée victoriosa, Lyon sublevada, Toulon en poder de los ingleses, que desembarcaban catorce mil hombres.

Aquellos magistrados juzgaban de igual modo sus asuntos domésticos y las complicaciones en que se revolvía el mundo entero. Seguros de morir al perecer la Patria, la salvación pública tomaba en sus conciencias un carácter de intimidad; los intereses de la nación se confundían con sus intereses particulares y marcaban su conducta, sus pasiones y sentimientos.

Después de sentarse en el banco recibió Gamelin una carta de Trubert, secretario del Comité de Defensa, en la que le comunicaba su nombramiento de comisario de pólvora y salitres:

«Excavarás todas las bodegas y subterráneos de la Sección para extraer las sustancias que requiere la fabricación de la pólvora. Acaso mañana el enemigo llegue a las puertas de París; el suelo de la Patria debe ofrecernos recursos para rechazar a los opresores. Te adjunto el informe de la Convención que te instruirá en las condiciones del salitre. Salud y fraternidad».

El acusado entró en la Sala. Era uno de los últimos generales vencidos, el más oscuro de todos, cuyo proceder sometía la Convención al fallo del Tribunal. Se estremeció Gamelin al advertir que aquel hombre había sido juzgado y condenado a la guillotina tres semanas antes. Era el mismo proceso, era el mismo procesado cuya brusquedad y socarronería desvirtuaban sus más oportunas respuestas. Las argucias sutiles y las acusaciones que formulaba contra sus subordinados hacían olvidar lo respetable de su empeño en defensa de su honor y de su vida. En aquel proceso todo era inseguro, discutible —posición de los dos ejércitos,

número de los efectivos, municiones, órdenes dadas, órdenes recibidas, movimientos de las tropas—, nada se sabía de cierto. Nadie comprendía nada en aquellas operaciones confusas, absurdas, sin objeto, rematadas por un desastre; nadie; ni el defensor, ni el acusado, ni el acusador, ni los jueces, ni los jurados, y —cosa extraña— nadie confesaba a otro, ni a sí mismo, que no comprendía nada en todo aquello. A los jueces les complacía disertar acerca de la táctica y la estrategia por ellos ignorada, y hacer planes; mostraba el acusado aptitudes excelentes de leguleyo embrollón.

Las discusiones degeneraban en inacabables disputas; y entretanto Gamelin imaginaba sobre las escabrosas carreteras del norte los furgones atascados, inutilizadas las piezas de artillería, las columnas a la desbandada, vencidas, mientras la caballería enemiga se adueñaba de los desfiladeros abandonados... Resonaba en los oídos de Gamelin el clamor desesperado y doloroso de aquel ejército en derrota que acusaba de inepto, de traidor o de cobarde a su general. Anochecía, y se destacaba como un fantasma el busto de Marat sobre la cabeza del presidente. Las opiniones del Jurado estaban divididas. Gamelin, con voz ahogada, pero con ademán resuelto, declaró al acusado culpable, traidor a la República, y un murmullo aprobador que se alzaba entre la muchedumbre le hizo sentir ensalzada su virtud por la caricia de la gloria. Se sentenció a la luz de las antorchas, cuyos lívidos reflejos palpitaban sobre la mejilla sudorosa del condenado. A la salida, en la espaciosa escalera donde vociferaba la turba de comadres belicosas, Gamelin oyó murmurar su nombre, que los concurrentes asiduos empezaban a conocer, y se vio rodeado por las calceteras, que alzaban los puños y reclamaban la cabeza de la Austríaca.

Al día siguiente intervino Évariste en el proceso de una infeliz mujer, la viuda Meyrion, vendedora de pan que empujaba por las calles su carrito y llevaba pendiente de la cintura una tablita de pino en la que hacía señales con la punta de su navajilla para recordar el importe del pan fiado. Su comercio le producía ocho sueldos diarios. El fiscal se mostró implacable con ella, porque se había dicho que la oyeron gritar varias veces «¡Viva el rey!», porque suscitaba conversaciones contrarrevolucionarias entre su parroquia, y porque se había metido en una conspiración para libertar a «la reina». Interrogada por el juez, reconoció los hechos que se la imputaban, y sea por simplicidad, sea por fanatismo, confesó ideas realistas muy exaltadas.

Para poner en práctica el principio de igualdad, el Tribunal revolucionario se mostraba tan severo con los ganapanes y las sirvientas como con los aristócratas y los agiotistas. Gamelin creía imposible que pudiera ser de otro modo un régimen popular; parecería despreciativo, insolente con el pueblo, si se le librara del suplicio; reservada solamente a los aristócratas, la guillotina sería un inicuo privilegio. Empezaba Gamelin a concebir una idea religiosa y mística del castigo, y le atribuía virtudes y méritos propios. Pensaba que al delincuente se le debe la pena y que se le defrauda si no se le aplica.

Al declarar culpable y digna del castigo supremo a la viuda Meyrion, solamente lamentaba que los fanáticos inductores que la pervirtieron, más culpables que la infeliz, no estuvieran a su lado para compartir su destino.

Évariste iba casi todas las tardes al club jacobino, que se reunía en la antigua capilla dominica de la calle Honoré. Se alzaba un árbol de la Libertad en el patio, un álamo, cuyas hojas constantemente agitadas por el aire producían un continuo murmullo. La capilla, de pobre y áspero estilo, cubierta con pesadas tejas, presentaba su frontispicio sin adorno, con una ventana oval y una puerta abovedada en cuyo dintel se extendía la bandera tricolor con un gorro frigio al extremo. Los jacobinos, como los franciscanos y los bernardos, al ocupar una morada monacal habían tomado el nombre de los monjes que hubo en ella. Gamelin, asiduo antes a las reuniones de los franciscanos, advertía en los jacobinos la falta de zuecos, de carmañolas y del vocerío dantonista. En el club de Robespierre dominaban la prudencia administrativa y la seriedad burguesa. Desde que faltó el Amigo del Pueblo, Évariste se ajustaba a las ideas de Maximilien, muy arraigadas entre los jacobinos y que desde allí se extendían por toda Francia entre las mil sociedades afiliadas. Durante la lectura de la información sumaria recorrían sus ojos las tristes y desnudas paredes que, después de cobijar a los hijos espirituales del terrible inquisidor de la herejía, veían reunidos a su sombra a los apasionados inquisidores de crímenes contra la patria.

Allí se asentaba sin pompa y ejercía por la palabra el mayor de los poderes del Estado; gobernaba la ciudad, el imperio; dictaba sus decretos a la Convención. Aquellos organizadores del nuevo régimen, tan respetuosos con la ley, que en 1791 actuaban como realistas y se proponían actuar de igual modo al regreso de Varennes, por un obstinado acatamiento a la Constitución, respetuosos con el orden establecido, aun

después de las matanzas del Campo de Marte, nunca revolucionarios contra la Revolución y siempre ajenos a los levantamientos populares, abrigaban en su alma sombría y poderosa un amor a la patria que organizó catorce ejércitos y erigió la guillotina. Évariste admiraba en ellos el espíritu vigilante y receloso, la idea dogmática, el amor a la regla, el arte de dominar: una imperial previsión.

El público de la sala, prudente, callado, se manifestaba apenas con un estremecimiento unánime y rumoroso como el murmullo tenue del árbol de la Libertad que se alzaba en el patio.

Aquel día, 11 vendimiario, un hombre joven, con la frente despejada, los ojos penetrantes, la nariz larga, la barbilla puntiaguda, el rostro violento y la expresión fría, subió lentamente a la tribuna. Llevaba la cabeza ligeramente empolvada y vestía una casaca azul muy ceñida al talle. Por su andar acompasado y por su airoso porte algunos burlones le suponían parecido a un maestro de baile, y otras gentes lo llamaban «Orfeo francés».

Robespierre pronunció con voz clara un discurso elocuente contra los enemigos de la República, hirió con argumentos metafísicos y terribles a Brissot y a sus cómplices; habló mucho, con variedad y armonía; se remontó a las celestes esferas filosóficas y descargó el rayo sobre los conspiradores que se arrastran por el suelo.

Évariste lo oyó y lo comprendió. Hasta entonces había supuesto que la Gironda procuraba la restauración de la Monarquía o el triunfo de los parciales de Orléans, con la ruina de la heroica ciudad que había salvado a Francia y que derramaría la libertad por todo el universo; pero aquella voz serena le descubrió verdades más puras y sutiles; concibió una metafísica revolucionaria que elevaba su espíritu sobre groseras contingencias y lo protegía contra los errores de los sentidos en regiones de certidumbres inquebrantables. Todas las cosas se ofrecen por sí mismas alteradas y confusas, presentan los acontecimientos tanta complejidad que nos desorientamos al juzgarlos. Robespierre lo significaba todo; sutilizaba el bien y el mal en fórmulas claras y sencillas. Federalismo. Indivisibilidad. En la unidad y la indivisibilidad estaba la salvación; en el federalismo la condenación. Gamelin sentía el profundo goce de un creyente que descubre la palabra redentora y la palabra execrable. En lo sucesivo el Tribunal revolucionario —como el eclesiástico de otros tiempos— juzgaría el crimen absoluto y el crimen verbal. Como su

espíritu era religioso, aquellas revelaciones produjeron en Évariste un tético entusiasmo; se exaltaba y se regocijaba de todo corazón, seguro de que poseía ya un símbolo para diferenciar el crimen de la inocencia. ¡Oh, tesoros de la fe! ¡Cuántas formas tomáis!

El sabio Maximilien le instruyó también acerca de las pérfidas intenciones de los que pretendían igualar los bienes y repartir las tierras para que no hubiese ricos ni pobres, para vivir todos en una moderación dichosa. Seducido por tales máximas, Évariste había juzgado saludables aquellos propósitos, que le parecieron armonizar con las ideas de un verdadero republicano, pero Robespierre le revelaba en sus discursos a los jacobinos las intenciones dañosas que bajo apariencias puras turbaban la paz republicana, pues alarmados los poseedores de la riqueza se convertían en implacables enemigos de la autoridad legítima. En efecto: apenas amenazaron la propiedad, la población entera, tanto más afanosa de conservar sus bienes cuanto menos poseía, se revolvió bruscamente contra la República. Producir alarma en los intereses equivale a conspirar. Al decir que preparaban la dicha universal y el imperio de la Justicia, los que proponían la igualdad y la comunidad de la riqueza como una reforma digna del esfuerzo de los ciudadanos eran traidores y monstruos más dañinos que los federales.

Pero la más importante revelación que le proporcionó la sabiduría de Robespierre se cifraba en los crímenes y los excesos del ateísmo. Gamelin jamás había negado la existencia de Dios; era deísta, creía en una providencia que protege y conduce al hombre; sin embargo, seguro de que sólo vagamente podía concebir al Ser Supremo, y partidario absoluto de la libertad de conciencia, le parecía bien admitir que honradas gentes, inducidas por Lamettrie, por Boulanger, por el barón de Holbach, Lalande, Helvétius y el ciudadano Dupuis, negaran la existencia de Dios a cambio de una moral natural emanada en ellos mismos de los manantiales de justicia y las ordenanzas de una existencia virtuosa. Al verlos injuriados y perseguidos había llegado a simpatizar con los ateos, pero Maximilien le aclaraba las ideas y le abría los ojos; con su elocuencia virtuosa le revelaba la verdadera significación del ateísmo, su naturaleza, sus intenciones y sus efectos; le había probado, además, que semejante doctrina, formada en los salones y en las tertulias de los aristócratas, era la más pérfida invención que los enemigos del pueblo pudieron imaginar para destruirlo y esclavizarlo. Arrancar del corazón de los infelices la consoladora creencia en un Ser providente y remunerador era entregarlos

sin guía y sin freno a las pasiones que degradan al hombre y lo convierten en un vil esclavo; era un crimen. Y, en fin, que el epicureísmo monárquico de un Helvétius conducía a la inmoralidad, a la crueldad, a todos los excesos. Instruido así por las prudentes lecciones de un insigne ciudadano, Gamelin execró a los ateos, principalmente a los que tenían el carácter expansivo y alegre como el viejo Brotteaux.

En días consecutivos Gamelin tuvo que juzgar, uno tras otro, a un aristócrata convicto de haber inutilizado una porción de trigo con el propósito de aumentar la carestía y el hambre del pueblo, a tres emigrados repatriados para fomentar la guerra civil, a dos mozas del Palais Égalité, a catorce conspiradores bretones: mujeres, ancianos, adolescentes, amos y criados; el crimen estaba probado, y entre los culpables había una mujer en su más lozana juventud, hermosura encantadora de veinte años; un lazo azul sujetaba sus cabellos de oro; su pañoleta blanca descubría un cuello sonrosado y flexible.

Évariste repetía sin cesar la misma opinión: «Pena de muerte»; y todos los procesados, menos un jardinero viejo, fueron al patíbulo...

En la semana siguiente Gamelin y sus compañeros de sección condenaron a la guillotina a cuarenta y cinco hombres y dieciocho mujeres.

Los jueces del Tribunal revolucionario no hacían distinción entre hombres y mujeres, guiados por una regla tan antigua como la imposición de castigos. El ejemplo de Montané, que alteró el procedimiento compadecido por el ánimo y la hermosura de Charlotte Corday, no había encontrado imitadores, y las mujeres eran ya interrogadas sin benevolencia y con arreglo a las fórmulas comunes de todos los tribunales. Los jurados las temían, recelaban de sus astucias, de sus acostumbrados fingimientos, de sus facilidades para seducir. Puesto que se igualaron a los hombres en arrogancia, indujeron al Tribunal a tratarlas como a los hombres. La mayor parte de los que las juzgaban, poco sensuales o solamente sensuales en determinadas ocasiones, no sentían la menor inquietud al condenar o absolver a las mujeres conforme a su conciencia, sus prejuicios, su celo, su amor ardiente o tibio por la República. Ellas acostumbraban a presentarse cuidadosamente vestidas y usaban en su tocado y atavío todos los recursos que les permitía su desdichada situación; las procesadas no solían ser jóvenes, atractivas ni hermosas; la cárcel y las preocupaciones las desfiguraban, y la claridad penetrante de la sala descubría su agotamiento y sus angustias, acentuaba el cansancio de sus

párpados, la marchitez de sus labios contraídos, las manchas y asperezas de su cutis; pero algunas veces descansó en el sillón de los acusados una belleza juvenil, pálida y encantadora, que anegó sus ojos en una sombra fúnebre semejante a un desvanecimiento voluptuoso. Al verla se irritaban o se conmovían los jurados, y en lo recóndito de su carnal depravación alguno desfloraba con lúbrico pensamiento los íntimos secretos de aquella criatura, se la representaba en vida y en muerte, removía imágenes voluptuosas y sangrientas y hasta se concedía el espantoso placer de entregar al verdugo la belleza deseada... Para decir si esto es posible, basta conocer a los hombres. Évariste Gamelin, artista frío y culto, sólo admitía la belleza del mundo antiguo y le inspiraba más respeto que turbación. Su clasicismo era tan severo que rara vez encontraba una mujer a su gusto; insensible a los encantos de una cara bonita como al colorido de Fragonard y al dibujo de Boucher, sólo se le había revelado el deseo en el amor profundo.

Como la mayoría de sus colegas del Tribunal, opinaba que las mujeres eran más dañinas que los hombres, odiaba a las princesas destituidas y las veía en sus ensueños horribles morder cartuchos con Isabel y la Austríaca para asesinar a los patriotas; odiaba también a las hermosas amigas de los banqueros, de los filósofos y de los literatos, culpables de haber gozado los placeres de los sentidos y de la inteligencia, porque vivieron cuando aún era risueña la vida. Las odiaba sin confesarse aquellos odios, y al presentársele ocasión de juzgarlas condenaba rencorosamente, seguro de hacerlo con justicia en aras de la tranquilidad pública.

Y su honradez, su pudor viril, su frío criterio, su fidelidad al Estado, todas sus virtudes ponían bajo la cuchilla cabezas adorables.

¿Pero a qué obedece, qué significa ese prodigio extraño? Poco antes era preciso buscar a los culpables, valerse de mil recursos para descubrir escondrijos y para arrancarles la confesión de su crimen; una muchedumbre de soplones, un ejército de espías se afanaba en el acoso de cualquier presa huida o acobardada; y de pronto surgen de todas partes víctimas que se ofrecen: aristócratas, vírgenes, soldados, prostitutas corren hacia el Tribunal y arrancan a los jueces una sentencia, piden la muerte, la reclaman como un derecho, ansiosas de sentirla. No basta ya que el acusador público y sus acólitos se apresuren a ofrecer al Tribunal el sinnúmero de víctimas que amontonó en las cárceles el celo de

los delatores; hay que disponer con urgencia el suplicio de los impacientes que se acusan, que desean morir en la guillotina. Y aún los hay más impetuosos, que juzgan lentos a los jueces y al verdugo y se suicidan. Al ansia de matar ha respondido el ansia de morir. Ved en la Conserjería un joven militar, gallardo, hermoso, fuerte; dejó en la cárcel a su amada, que le dijo: «¡Vive para mí!» pero no se resigna a vivir para ella, ni para el amor, ni para la gloria; enciende su pipa con el acta de acusación, y aun cuando transpira libertad por todos los poros, como un buen republicano, sólo por ansia de morir dice que se convertirá en realista. El Tribunal se propone absolverlo, pero el reo es tenaz: jueces y jurados han de rendirse y ceder.

La inteligencia de Gamelin, por naturaleza impaciente y escrupulosa, con las lecciones de los jacobinos y el espectáculo de la vida se poblaba de inquietudes y de alarmas. Cuando iba de noche a casa de su amada Élodie por calles oscuras, en cada tragaluz de bodega creía vislumbrar un molde para imprimir asignados falsos; en el fondo de cada tienda vacía imaginaba ocultos almacenes de víveres acaparados; a través de las vidrieras de los figones le parecía oír las cábalas de los agiotistas que decretaban la ruina de la patria mientras bebían unas botellas de vino de Beaune o de Chablis; en las callejuelas apestosas, las humildes prostitutas le parecían siempre dispuestas a pisotear la escarapela nacional entre los aplausos de un grupo de jóvenes elegantes. Veía a un traidor en cada hombre, una conspiración en cada casa, y meditaba: «¡República! Entre tantos enemigos declarados o secretos, ¿cómo te defenderás? ¡Oh, santa guillotina, salva a la Patria...!».

Élodie lo aguardaba en su aposento azul, sobre la tienda. Para indicarle que podía entrar ponía en el balcón, junto a la clavellina, su regadera verde. Las ideas de su amante la horrorizaban; lo sentía monstruoso, le temía con espanto y lo adoraba con locura. Unidos por la noche se oprimían, se estrujaban apasionados, delirantes; el hombre sanguinario y la mujer voluptuosa se daban en silencio furiosos besos.

XIV

El reverendo Longuemare se levantó con el alba, y después de barrer el desván, se fue a decir misa en una capilla de la calle del Enfer, servida por un cura de los que no juraron. Había en París millares de retiros como aquél, donde los curas refractarios reunían clandestinamente pequeños grupos de fieles. La policía de las Secciones, vigilante y recelosa en todo lo demás, cerraba los ojos ante aquellos rediles ocultos, por temor a las ovejas irascibles y por un resto de veneración hacia lo sagrado. El barnabita se despidió, y su huésped sólo pudo arrancarle la promesa de que volvería a comer cuando le aseguró que la comida no era esmerada ni abundante.

Luego, Brotteaux encendió unos carbones en una hornilla de barro, y mientras preparaba la refacción del religioso y del epicúreo, releía su *Lucrecio* y meditaba acerca del carácter de los hombres.

No le sorprendía ver a seres desdichados, juguetes de las fuerzas naturales, en situaciones absurdas y lastimosas con frecuencia; pero tenía la debilidad de creer a los republicanos más perversos que al resto de los hombres, en lo cual pecó de imaginativo; sin embargo, no era pesimista ni pensaba que la vida fuese una condenación; admiraba la naturaleza en varias de sus manifestaciones, en la mecánica celeste y en el amor físico sobre todo, y soportaba los trabajos de la vida en espera de la hora que nos libra para siempre de temores y deseos.

Coloreó primorosamente algunos muñecos, en particular una Zerlina, con el decidido propósito de que recordase a la Thévenin, que le agradaba mucho, y su epicureísmo se complacía en el orden de los átomos que la formaban.

Así entretuvo sus ocios hasta el regreso del barnabita.

—Reverendo señor —le dijo al abrir la puerta—, ya os advertí que nuestro almuerzo sería poco sustancioso. Comeremos castañas, y menos mal si acerté a cocerlas y a condimentarlas.

—¿Castañas? —exclamó el reverendo Longuemare sonriente—. No hay manjar más delicioso. Era mi padre un pobre hidalgo lemosín, que sólo poseía una casita ruinosa, un huerto agreste y un bosquecillo de castaños. Él, su esposa y sus doce hijos nos alimentábamos de castañas, tan sustanciosas, que nos hicieron fuertes y robustos. Fui el menor y el más revoltoso. Mi padre decía, en broma, que yo había nacido para filibustero... ¡Ah, señor mío! Esta sopa de castañas tiene un grato perfume, y me recuerda la mesa rodeada de niños, entre los que sonreía mi madre...

Terminado su almuerzo, se fue Brotteaux a casa de Joly, vendedor de juguetes en la calle Neuve-des-Petits-Champs, quien tomó todos los muñecos rechazados por Caillou y le encargó inmediatamente veinticuatro decenas más.

En la calle que se había llamado Royale, Brotteaux vio brillar un triángulo de acero entre dos pilastras de madera: la guillotina. Una multitud enorme de curiosos apiñada en torno del patíbulo esperaba las carretas. Algunas vendedoras, con el cesto apoyado en el vientre, voceaban las tortas de Nanterre; los vendedores de bebidas hacían sonar una campanilla; al pie de la estatua de la Libertad, un viejo había instalado un cosmorama portátil, sobre cuya caja se mecía una mona en un trapecio.

Debajo del cadalso los perros lamían la sangre de la víspera...

El fabricante de polichinelas retrocedió hacia la calle Honoré; ya de regreso en su desván, donde el barnabita leía su breviario, limpió cuidadosamente la mesa y puso en ella la caja de colores y los materiales de su oficio.

—Reverendo señor —dijo—: si no lo juzgarais ocupación indigna del sagrado ministerio de que os halláis revestido, ¿me ayudaríais a fabricar estos muñecos? Un mercader, llamado Joly, me ha pedido una cantidad considerable. Mientras yo pinto las figuras ya montadas, os agradecería que recortarais cabezas, brazos, piernas y cuerpos con los patrones que ahí tenéis; no los encontraríais más perfectos en parte alguna: están copiados de Watteau y de Boucher.

—Ciertamente creo, señor mío —le respondió Longuemare—, que Watteau y Boucher eran los indicados para crear estas baratijas, y no

habría nada que reprocharles si se limitaran a pintar inocentes figuras como éstas. Me complace mucho ayudaros, pero temo que me falte habilidad.

El reverendo Longuemare no se calumnió al dudar de su maña; después de varias probaturas infructuosas, fue preciso reconocer que no era su fuerte recortar contornos agradables en un cartón delgado con la punta de una navajilla; pero cuando, a instancia suya, Brotteaux le dio unos cordelitos y un pasador, reveló aptitudes para dotar de movimientos a las pequeñas criaturas que no supo formar, y para instruirlas en la danza. Tampoco le faltaba ingenio para probarlas; una por una les hacía bailar algunos compases de gavota, y al ver que respondían bien a sus tirones, alegraba una sonrisa sus labios severos.

Ante aquella figura que vestía un traje negro:

—Señor mío —dijo Longuemare—, esta figura hace revivir en mi memoria un recuerdo singular. Era en 1746; yo acababa mi noviciado bajo la dirección del padre Magitot, ya maduro y hombre de profundo saber, de costumbres austeras. Acaso vos recordáis también que por aquel tiempo los polichinelas destinados desde un principio a los niños divertían de una manera extraordinaria a las mujeres y a los hombres, jóvenes y viejos. Hicieron furor en París. En las tiendas más afamadas había montones de estos muñequitos; los había en las casas más ilustres, y no era extraño ver en el paseo o en la calle a un grave señor que le tiraba del cordelito a un polichinela. La edad, el carácter, la profesión del padre Magitot no bastaron para librarle del contagio. Al ver a tantas personas entretenidas en bailar sus polichinelas, las manos de mi superior sentían unos hormigueos que pronto llegaron a ser inconvenientes. Un día que para tratar un asunto de mucha importancia relacionado con nuestra Orden visitó al señor Chauvel, abogado en el Parlamento, al ver colgada sobre la chimenea una de esas figuras sintió la terrible tentación de tirarle del cordelito. Hizo esfuerzos para reprimirse y lo consiguió, pero aquel frívolo deseo le perseguía sin dejarle punto de reposo. En sus estudios, en sus meditaciones, en sus rezos, en la iglesia, en el capítulo, en el confesionario, en el púlpito, aquello le obsesionaba. Pasados algunos días de tribulación espantosa consultó el caso, verdaderamente inconcebible, con el general de la Orden, que se hallaba de tránsito en París... Era un doctor insigne y uno de los príncipes de la Iglesia de Milán. Aquel varón sabio y prudentísimo aconsejó al padre Magitot que se diera el gusto que

apetecía, para que un deseo, tan inocente por su causa como importuno por sus consecuencias, no llegase a producir graves desórdenes en un espíritu de semejante modo torturado. Atento al consejo, y mejor dicho, al mandato de nuestro general, volvió el padre Magitot a casa del señor Chauvel, quien lo recibió como la primera vez en su despacho. El muñequito de cartón seguía colgado sobre la chimenea. El padre Magitot pidió licencia para tirar del cordelito, y al dársela complaciente, el abogado le confesó que algunas veces hacía bailar aquel muñeco mientras meditaba sus discursos, y que la noche anterior había ordenado con la danza del monigote la defensa de una mujer acusada injustamente como envenenadora de su marido. El padre Magitot se acercó precipitadamente a la figurita, la cogió con ansia, y su mano temblorosa tiró del cordelito. Vio al muñeco agitarse como un poseído exorcizado, y cuando hubo satisfecho su capricho se sintió libre de la obsesión.

—Vuestro relato no me sorprende —repuso Brotteaux—. No son raras tales obsesiones, pero no siempre son de cartón las figuras que las motivan.

El religioso Longuemare evitaba prudentemente hablar de religión, y Brotteaux no hablaba de otra cosa. Le inspiraba mucha simpatía el barnabita y le complacía turbar su reposo, ponerle en aprietos con objeciones a varios artículos de la doctrina cristiana. Una vez, mientras fabricaban juntos los polichinelas, le dijo:

—Cuando reflexiono sobre los acontecimientos que nos han traído a la difícil situación en que nos encontramos, dudo qué partido fue más loco en este universal trastorno, y me inclino a creer que la locura mayor se debe a la corte.

—Caballero —respondió el religioso—: todos los hombres se vuelven insensatos, como Nabucodonosor, cuando Dios los abandona, pero ningún hombre de nuestro tiempo se hundió tanto en la ignorancia y el error como el abate Fauchet; ningún hombre fue tan funesto al reino. Francia debía de tener muy descontento a Dios para que decidiese castigarla con semejante azote.

—Me parece que tenemos otras calamidades mayores. Fauchet es un desventurado.

—También el abate Grégoire ha probado tener mucha perversidad.

—Y de Brissot, de Danton, de Marat, de otros cien, ¿qué decís, reverendo señor?

—Caballero, yo no hablo de los laicos. Los laicos no incurren en las mismas responsabilidades que los religiosos, no hieren desde tanta altura; sus crímenes no son universales.

—Y vuestro Dios, reverendo padre, ¿cómo se ha portado en la Revolución presente?

—No comprendo a qué podéis referiros, caballero.

—Epicuro decía: «Dios quiere impedir el mal y no puede, o puede y no quiere, o no puede ni quiere, o puede y quiere. Si quiere y no puede, es impotente; si puede y no quiere, es perverso; si ni puede ni quiere, es impotente y perverso, y si puede y quiere, ¿por qué no lo hace?». ».

Brotteaux miraba irónico a su huésped.

—Caballero —respondió el religioso—: nada más nimio que las dificultades propuestas por vos. Cuando examino las razones de la incredulidad, me parece ver a unas pobres hormigas que amañan con briznas de hierba un dique para contener el torrente que se precipita desde la cumbre. Permitidme que no dispute con vos ni os contradiga; me sobran razones, pero me faltaría ingenio; en el abate Guenée y en otros varios autores hallaríais la refutación conveniente. Yo me limito a deciros que la frase de vuestro Epicuro es una tontería, pues juzga el proceder divino como si Dios fuera un hombre y obrara con la moral del hombre. Los incrédulos, desde Celso hasta Bayle y Voltaire, abusaron de semejantes paradojas para engañar a los tontos.

—Ved, señor mío —dijo Brotteaux—, hasta qué punto vuestra fe os arrastra. No solamente suponéis verdadero cuanto dice vuestra teología, sino que no admitís que se contenga verdad alguna en las obras de tantos preclaros varones que discurren de otra manera.

—Os engañáis de todo en todo, caballero —replicó Longuemare—. Al contrario de lo que suponéis, creo que nada es absolutamente falso en las ideas de los hombres. Los ateos ocupan el escalón más bajo del conocimiento, pero no dejan de percibir algunos resplandores de la

verdad; y aun cuando se hunda en las tinieblas, el hombre alza la frente, donde le puso Dios la inteligencia. Es el destino de Lucifer.

—Muy bien, caballero —dijo Brotteaux—; me concedéis más de lo que yo esperaba, y me duele no poder mostrarme tan generoso como vos, porque no hallo en todas las obras de teología ni un átomo de sentido común.

Sin embargo, proclamaba su respeto a la religión y la creía necesaria para el buen orden; sólo exigía que sus ministros fueran filósofos y no sermoneadores; deploraba que los jacobinos tratasen de sustituir la religión antigua por otra nueva más nociva: la religión de la Libertad, de la Igualdad, de la República, de la Patria. Seguro de que las religiones en su vigorosa juventud son furiosas, crueles, y que se dulcifican al envejecer, deseaba conservar el catolicismo, que había devorado muchas víctimas en la plenitud de su fuerza, pero que al disminuir su apetito bajo la pesadumbre de los años se contentaba con tres o cuatro asados heréticos en todo un siglo.

—Yo os aseguro —añadió— que siempre viví en buena correspondencia con teófagos y cristícolos. En mis posesiones de llettes había capilla, cura y misa dominguera oída por mis huéspedes; los filósofos y las bailarinas de la ópera eran los que mostraban más recogimiento y fervor; yo vivía entonces en la opulencia y contaba con amigos numerosos.

—¡Amigos! —exclamó Longuemare—, ¡amigos...! ¡Ah, caballero! ¿Suponéis que os estimaban los filósofos y las mujeres que degradaron vuestra alma hasta el punto de que Dios mismo apenas la reconocería como uno de los templos edificadas para su gloria?

Ocho días más vivió el religioso en casa del publicano sin la menor inquietud. Seguía, en lo posible, la regla de su comunidad, y se levantaba de su jergón para recitar, arrodillado sobre las baldosas, los oficios nocturnos. Aun cuando todo su alimento se reducía a mendrugos y castañas, encontró manera de observar abstinencias y ayunos.

Afligido al verlo aumentar sus privaciones y sonriente a sus austeridades, el filósofo le preguntó un día:

—¿Suponéis que a Dios le agrada veros padecer hambre y frío?

—Él padeció por nosotros para enseñarnos a sufrir —respondió el

barnabita.

Al oscurecer del noveno día de su hospedaje vio salir al filósofo cargado con sus veinticuatro docenas de muñecos para Joly, comerciante de juguetes en la calle Neuve-des-Petits-Champs.

Regresaba el viejo Brotteaux satisfecho de la venta de sus muñecos, y en la plaza que se había llamado del Carroussel se le acercó dolorida y presurosa una muchacha envuelta en un abrigo de raso azul con adornos de armiño, que se arrojó en sus brazos. Temblaba; se advertían las palpitaciones violentas de su corazón. Al sentirla patética en su vulgaridad, el antiguo aficionado a las comedias y a las cómicas pensó que la señorita Raucourt observaría con aprovechamiento aquellas improvisadas actitudes. Hablaba jadeante y bajaba mucho la voz para que no la oyesen los transeúntes:

—Socorredme, ciudadano, ¡socorredme! Ocultadme, ¡por piedad! Están en mi casa, calle de Fromenteau. Cuando subían por la escalera pasé al cuarto de Flora, mi vecina, y al saltar por la ventana me torcí un pie... Me persiguen; quieren encarcelarme, condenarme a muerte. Hace pocos días mataron a Virginie.

Brotteaux comprendía claramente que le hablaba de los delegados del Comité revolucionario de la Sección, o de los comisarios del Comité de Seguridad general. Tenía entonces la Comuna un procurador virtuoso, el ciudadano Chaumette, obstinado en perseguir a las mujeres galantes porque las creía funestos enemigos de la República, obstinado en regenerar las costumbres. Ciertamente, las asiduas al Palais Égalité no pecaban de patriotas, y al advertir que sus ganancias eran menores desde que se estableció el nuevo régimen, suspiraban por el antiguo. Muchas habían sido ya guillotinas por conspiradoras, y su trágica suerte sirvió de estímulo a sus compañeras.

El ciudadano preguntó a la mujer dolorida por qué falta se había ordenado su arresto. Ella le respondió que lo ignoraba, pues no hizo nada punible.

—En ese caso —dijo Brotteaux—, no eres sospechosa; no temas. Vete a dormir y déjame tranquilo. Entonces ella confesó:

—Me arranqué la escarapela y grité «¡Viva el rey!». Brotteaux la cogió del brazo y la condujo por los muelles solitarios.

—No me interesa la causa del rey —dijo la moza—, ni me interesa el rey, que probablemente será un hombre como todos; pero los que ahora mandan son malos, terribles para nosotras; me atormentan, me humillan, me injurian de mil maneras; quieren privarme de mi oficio, y nunca tuve otro. Ya supondréis que si yo tuviese un oficio no haría lo que hago... ¿Qué se proponen? Los vemos encarnizarse contra los humildes, contra los débiles; carboneros, aguadores, lecheros, lavanderas, planchadoras. No cejarán hasta que todo el mundo los aborrezca.

El viejo la miró. Tenía cara de niña. Pasado el susto se mostraba vivaracha, sonriente; apenas cojeaba ya. Dijo que se llamaba Athénaïs y que acababa de cumplir dieciséis años.

Se ofreció Brotteaux a llevarla donde le indicara, pero la muchacha no conocía en París a nadie, y su parienta más próxima, que la recibiría con gusto, servía en una casa de Palaiseau.

El ciudadano filósofo se resolvió y dijo:

—Ven, hija mía.

Y apoyado en el brazo de Athénaïs, la guió.

Llegaron al desván, donde Longuemare leía su breviario.

—Ahí tenéis —le dijo Brotteaux al entrar— a una mozuela de la calle Fromenteau que da vivas al rey. La persiguen y no tiene dónde ocultarse. ¿Permitiréis que pase aquí la noche?

Longuemare cerró su breviario para decir:

—Creo haber comprendido que me preguntáis, caballero, si esta muchacha, sometida como yo a una orden de arresto, puede acogerse también a este refugio para su salvación temporal.

—Eso es, reverendo señor.

—¿Con qué razones pudiera yo impedirlo? ¿Acaso estoy seguro de ser más digno ante Dios, para que me deshonor su presencia?

Quiso pasar la noche sentado en un sillón roto, y aseguró que dormiría

perfectamente.

La moza se acostó en el colchón; se acomodó Brotteaux en el jergón y apagó la luz.

Las horas y las medias sonaban en los campanarios: Brotteaux, desvelado a su pesar, oía la respiración acompasada y fuerte del religioso y de la prostituta. La luna, testigo de sus amores en los tiempos felices, filtró en el desván un rayo de plata que iluminó la cabellera rubia, las pestañas doradas, la bella nariz, la boquita roja y fresca de Athénaïs, dormida con los puños cerrados.

«¡Ahí está —reflexionó el filósofo— un terrible y devastador enemigo de la República...!»

Cuando Athénaïs despertó ya era entrado el día; el religioso había salido; Brotteaux, bajo el tragaluz, leía su *Lucrecio* y perfeccionaba con las advertencias de su musa latina el goce de vivir sin deseos ni temor... Sin embargo, lo devoraban sus afanes perdidos y sus inquietudes recelosas.

Al abrir los ojos Athénaïs, estupefacta, vio sobre su cabeza las vigas de un desván, y al recordar lo sucedido sus miradas buscaron al protector; le sonrió; sus manos, pequeñas y sucias, se tendieron hacia él para acariciarlo. Sentada en el colchón señalaba con un dedo el mueble desvencijado donde pasó la noche Longuemare:

—¿Ha salido? ¿Me denunciará?

—No, hija mía. Ese viejo loco es el hombre más honrado y más bueno del mundo.

Athénaïs preguntó cuál era la locura del ausente, y al contestarle Brotteaux que la religión, ella le reprochó que hablara de aquel modo, segura de que los hombres sin religión son peores que las bestias, y le dijo que ella rezaba todos los días para que Dios le perdonase los pecados y la recibiera en su santa misericordia.

Al ver el *Lucrecio* que tenía Brotteaux en la mano, creyó que era un libro de misa, y dijo:

—Veo que leéis un devocionario: él os recompensará de todo el bien que me hicisteis.

Brotteaux le explicó que su libro no era de oraciones; que lo escribieron mucho antes de que nuestras ideas religiosas invadieran el mundo. Entonces la moza dedujo que era *La clave de los sueños*, y preguntó si contendría la explicación de un sueño extraordinario que había tenido. No le enseñaron a leer y sólo de referencia conocía esas dos clases de libros.

Le dijo Brotteaux que su libro explicaba el sueño de la vida. La moza renunció a interpretar el significado misterioso de semejante respuesta y hundió la cara en el barreño que sustituía en el ajuar de Brotteaux a las jofainas y jarros de plata de otros tiempos. Ante un espejito puso en orden sus cabellos con todo el primor posible. Levantaba y doblaba sobre su cabeza los blanquísimos brazos, y de vez en cuando traslucía su pensamiento en alguna frase:

—Vos erais rico antes de la Revolución.

—¿Por qué lo supones?

—Me lo figuro; no sé por qué. Vos erais rico y aristócrata. Estoy segura.

Sacó de su bolsillo una virgencita de plata, un terrón de azúcar, una hebra de hilo, tijeras, un eslabón, varias cajitas, y empezó a recoser y zurcir su vestido roto por varias partes.

—Para vuestra seguridad, hija mía, cosed esto en la cofia —dijo Brotteaux, dándole una escarapela tricolor.

—Sí; lo haré con mucho gusto, caballero —respondió ella—; pero no por amor a la patria, sino por serviros.

Ya vestida y ataviada lo mejor que pudo, se recogió la falda con las dos manos, hizo una reverencia y, como se lo enseñaron en su pueblo, dijo a Brotteaux:

—Caballero, soy vuestra humilde servidora.

Deseaba complacer en todo a su protector, pero creía conveniente no solicitar nada ni ofrecer nada; consideró muy divertido que se despidieran así, con la mayor delicadeza.

Brotteaux le puso en la mano algunos asignados para que pudiera tomar la

diligencia de Palaiseau: le entregaba la mitad de su fortuna; y aun cuando tuvo fama de pródigo con las mujeres, nunca hizo tanto.

Ella le preguntó su nombre.

—Me llamo Maurice.

Entristecido al pensar que la perdía, le abrió la puerta del desván.

—Adiós, Athénaïs.

La muchacha lo besó.

—Caballero: si alguna vez os acordáis de mí, llamadme Marthe; es mi nombre de bautismo; así me llamaban mis padres y las gentes de mi pueblo... Adiós, y ¡gracias...! Soy vuestra servidora... Nunca os olvidaré... Adiós, caballero.

XV

Era preciso vaciar los calabozos rebosantes; era preciso juzgar, juzgar sin descanso ni tregua. De espaldas a los muros, salpicados de haces y gorros frigos como antes lo estuvieron de flores de lis, los jueces conservaban la gravedad, la tranquilidad terrible de sus predecesores monárquicos. El acusador público y los fiscales, agotados por la fatiga, extenuados por el insomnio y el aguardiente, sólo con un violento esfuerzo lograban sacudir su postración, y su aniquilada salud les daba un trágico aspecto. Los jurados, tan diferentes unos de otros por su origen y por su carácter, instruidos o ignorantes, ruines o generosos, violentos o tranquilos, hipócritas o sinceros, ante los peligros de la Patria y de la República todos fingían sentir, o sentían en realidad, las mismas angustias; ardían en el mismo fuego; todos, crueles por virtud o por espanto, formaban un solo ser, una sola cabeza sorda, irritada, un solo espíritu, un alma sola, una mística bestia que por el ejercicio natural de sus funciones producía con abundancia la muerte. Bondadosos o irascibles por sensibilidad, sacudidos a veces por una excitación piadosa, se enternecían y absolvían a un acusado que dos horas antes hubieran condenado entre sarcasmos. A medida que avanzaban en su tarea seguían más impetuosamente los impulsos de su corazón.

Juzgaban, con la fiebre y la somnolencia que les producía su labor abrumadora, bajo el peso de las excitaciones exteriores y las órdenes soberanas, bajo las amenazas de los *sans-culottes* y de las viejas arpías revolucionarias que se apiñaban en las tribunas y en el recinto público; se atenían a testimonios insensatos y a requerimientos frenéticos, en una atmósfera pestilente que abrumaba las inteligencias, bajo cuya pesadez se encogían doloridos los cerebros, zumbaban los oídos y un velo de sangre cubría los ojos... Circulaban rumores maliciosos acerca de jurados corrompidos por el oro de los delincuentes, y a estos rumores el Jurado respondía en masa con protestas indignadas y con veredictos implacables; al cabo eran hombres, ni mejores ni peores que los demás. Con frecuencia la honradez más que una virtud es una condición de carácter; cualquiera, en su lugar, desempeñaría torpe y oscuramente, como ellos, la espantosa

labor que se les había encomendado.

Antonieta, con tanto afán esperada, se sentó al fin en aquel sillón aciago, vestida de negro y envuelta en tal círculo de odios, que solamente la certeza del resultado hizo que se respetaran las fórmulas del proceso. A las preguntas mortales que le dirigían, contestaba unas veces por instinto de conservación y otras con orgullo; gracias a la infamia de uno de sus acusadores pudo responder a una pregunta con la majestad de una madre. Los ultrajes y las calumnias encontraban ecos bárbaros; la defensa fue glacial. Se redujeron todos a mantener la fórmula, seguros de arrojar al fin la cabeza de la Austríaca a la cabeza de Europa.

Tres días después de la ejecución de María Antonieta, Gamelin visitó al ciudadano Trubert, que a treinta pasos de la oficina militar donde agotó su pobre salud agonizaba sobre un catre de tijera en la celda de un barnabita expulsado. Su cabeza lívida se hundía en la almohada; sus ojos ya sin luz, vidriados, buscaban ansiosos a Évariste; su mano seca oprimía la mano del amigo con una fuerza incomprensible...

En dos días tuvo tres vómitos de sangre. Se esforzaba para hablar; su voz, al principio débil y velada como un murmullo, se engrosó y enronqueció.

—¡Wattignies...! ¡Wattignies...! Jourdan ha vencido a los austríacos en su campamento... Levantado el bloqueo de Maubeuge... Recobrado Marchiennes... *Ça-ira... Ça-ira...*

Sonreía.

No eran delirios: era una visión clara de la realidad que iluminó la inteligencia del enfermo cuando se hundía en una lobreguez sin límites. La invasión estaba contenida; los generales, aterrorizados, comprendían que su destino era vencer. Lo que no pudieron conseguir los alistamientos voluntarios lo conseguía el servicio forzoso, que armaba ejércitos nutridos y disciplinados. Un esfuerzo más y se aseguraba la salvación de la República.

Después de media hora de anonadamiento, el semblante de Fortuné Trubert se reanimó; sus manos accionaban. Con el dedo señaló a su amigo el único mueble que había en la celda, un escritorio de nogal, y con voz jadeante y débil, guiada por una inteligencia clara, le dijo:

—Amigo mío, como Eudamidas, yo te lego mis deudas: trescientas veinte libras, que hallarás apuntadas... en ese cuaderno rojo... ¡Salud, Gamelin...! ¡Salud...! No te duermas... Vive..., trabaja para la República..., *Ça-ira*...

La oscuridad nocturna invadía la celda. Se oía la respiración fatigosa del moribundo; sus manos arañaban la ropa.

En el silencio, a media noche, alzó débilmente la voz:

—Raspad los muros... Bastante salitre... Que nos entreguen las armas... ¿De salud? ¡Perfectamente...! Fundid las campanas...

Expiró a las cinco.

Por mandato de la Sección depositaron su cuerpo en la nave de la que fue iglesia de los barnabitas, al pie del altar de la Patria, sobre un lecho de campaña, con el cuerpo envuelto en una bandera tricolor y la frente ceñida por una corona de roble.

Doce ancianos vestidos con túnicas latinas y otras tantas doncellas, que arrastraban sus velos y lo cubrían de flores, rodeaban su lecho mortuario. A los pies del cadáver había dos niñas con antorchas funerarias. Évariste reconoció en una de ellas a la hija de su portero, Joséphine, que por su gravedad infantil y por su belleza encantadora le recordaba los genios del Amor o de la Muerte que los romanos esculpían en sus sarcófagos.

El cortejo se dirigió al cementerio llamado antes de Saint-André-des-Arts. Cantaban *La Marsellesa* y *Ça-ira*.

Al poner un beso de amistosa despedida en la frente de Fortuné, Évariste lloró. Lloraba por sí mismo, envidioso del que pudo al cabo descansar después de cumplir su misión.

En su casa encontró el nombramiento de miembro del Consejo general de la Comuna. Candidato durante cuatro meses, lo eligieron a la postre sin competidor y después de varios escrutinios, por unos treinta votos.

Nadie iba a votar; las Secciones estaban desiertas; ricos y pobres hacían todo lo posible para huir de los cargos públicos. Los más importantes acontecimientos ya no producían entusiasmo ni curiosidad; nadie leía periódicos. Dudaba Évariste si entre los setecientos mil habitantes de la

capital habría tres o cuatro mil que aún conservaran espíritu republicano.

Aquel día comparecieron los Veintiuno.

Inocentes o culpables de las desdichas y de los crímenes de la República, vanos, imprudentes, ambiciosos y ligeros, a la vez moderados y violentos, débiles en el terror y en la clemencia, prontos a declarar la guerra y pausados en su prosecución, conducidos al Tribunal por el ejemplo que habían dado, a pesar de todo no dejaban de ser la juventud magnífica y el más lucido cortejo de la Revolución. El juez, dispuesto a interrogarlos con una parcialidad estudiada; el pálido acusador, que prepara su muerte y su deshonor; los jurados, que desean ahogar su defensa; el público de las tribunas, que los denigra y los agravia, todos, los mismos que poco antes aplaudían su elocuencia y alababan sus talentos y sus virtudes: juez, jurados, pueblo ¡han perdido la memoria!

Évariste había hecho de Vergniaud su dios, y de Brissot su oráculo. Ya no lo recordaba; pero si se le ofreciese un vestigio de sus antiguas admiraciones, le serviría para odiar más a los monstruos que sedujeron a inocentes ciudadanos.

Al entrar en el portal de su casa, después de la Audiencia, Gamelin oyó gritos desgarradores. Los arrancaban a la hermosa niña del portero, entre lágrimas como puños, los latigazos que le daba su madre porque al jugar en la plaza con unos pilletes se había ensuciado la túnica blanca, el precioso traje lucido en las honras fúnebres del ciudadano Trubert.

XVI

Después de sacrificar diariamente a la Patria víctimas ilustres o humildes durante tres meses, Évariste puso toda su atención en un proceso; hizo de un acusado su acusado.

Desde que intervenía en las resoluciones del Tribunal, entre la muchedumbre de los acusados que se sucedían ante sus ojos buscaba con avidez al seductor de Élodie, cuya figura, imaginada laboriosamente, le ofrecía ya rasgos muy precisos. Lo supuso joven, hermoso, altivo, y estaba seguro de que se refugiaba en Inglaterra. Creyó verlo aparecer al encararse con un emigrado detenido en una venta de Passy por denuncia del ventero. Se llamaba Maubel, y su proceso correspondía, entre innumerables procesos, a la Sala de Fouquier-Tinville. Se le habían encontrado cartas que la acusación consideraba pruebas de una intriga tramada entre Maubel y los agentes de Pitt, pero que sólo eran, en realidad, cartas de los banqueros de Londres en cuyas oficinas tenía depositado su capital. Joven, arrogante y hermoso, parecía principalmente interesado en amoríos. También se dedujo que mantenía relaciones con España, entonces enemiga de Francia; pero las cartas eran de carácter íntimo nada comprometedor. Pudo la Sala devolverle su libertad, y no lo hizo tal vez por lo reacia que anda siempre la justicia en reconocer la inocencia de un preso.

Gamelin tuvo noticia del primer interrogatorio sufrido por Maubel, y el carácter del joven aristócrata coincidió en su criterio con el atribuido al seductor de Élodie. Desde entonces pasaba muchas horas en el despacho del escribano para estudiar ansiosamente aquel proceso. Aumentaron sus aprensiones al aparecer en una vieja cartera del emigrado la dirección de *L'Amour peintre*, si bien es cierto que se hallaba con la del *Singe vert*, la de *Portrait* de la antes llamada *Dauphine* y otras del comercio de cuadros y estampas. Pero al enterarse de que se habían conservado en la misma cartera unos pétalos de claveles rojos cuidadosamente envueltos en papel fino, como los claveles rojos eran las flores preferidas por Élodie, que los cultivaba en su balcón, adornaba con ellos su cabeza y los ofrecía en

testimonio de su amor, Évariste no dudó ya.

Y ante la certeza de sus deducciones resolvió interrogar a Élodie, pero sin darle a conocer las circunstancias que le permitieron descubrir al criminal.

Mientras subía la escalera olisqueaba un perfume a membrillo, cada vez más intenso, y al entrar en el estudio encontró a Élodie con la ciudadana Gamelin, muy atareadas; la vieja encendía lumbre y meditaba la manera de ahorrar carbón y azúcar sin que desmereciese la calidad del dulce; la ciudadana Blaise, cubierto su vestido con un delantal de tela gruesa y sentada en una silla de anea, mondaba los membrillos, los partía en cuatro pedazos y los dejaba en una vasija de cobre. Los vuelos de su cofia estaban sujetos por atrás; sus ricitos negros se mecían con abandono sobre la frente sudorosa; de todo su ser emanaba un encanto doméstico, una gracia familiar inspiradora de suaves pensamientos y de tranquilas voluptuosidades.

Sin moverse alzó los ojos para fijar en su amante una mirada esplendorosa, y le dijo:

—Ved cómo trabajamos para vos. Comeréis en invierno una deliciosa gelatina de membrillo, que os fortalecerá el estómago después de haberla saboreado con placer.

Gamelin se acercó a Élodie y pronunció junto a su oído este nombre:

—Jacques Maubel...

En aquel instante el zapatero Combalot asomó su nariz colorada por la puerta entreabierta. Entregó unos zapatos, a los que había puesto tacones, y la nota de varias composturas.

Por temor a que le creyeran falto de civismo se valía del nuevo almanaque, y la ciudadana Gamelin al examinar la cuenta divagaba entre los «fructidor» y los «vendimiario», sin poder enterarse con la claridad apetecida.

—¡Jesús!, ¡todo lo mudan! —suspiró—: ¡Los días, los meses, las estaciones, el sol y la luna...! ¡Dios mío! ¿Qué significa, señor Combalot, ese par de chanclos del 8 vendimiario?

—Ciudadana, vedlo en el almanaque y os convenceréis.

La viuda Gamelin cogió el almanaque, lo recorrió detenidamente, y luego dijo, contrariada:

—¡No parece cristiano!

—Como que no lo es, ciudadana —adujo el zapatero—; y ¡si todo quedase en llamar de otro modo los días y suprimir un domingo de cada cuatro! Pero tenemos que aprender a contar y a medir, porque suprimen los ochavos y los maravedises, las pulgadas y las libras; todo lo arreglan con agua destilada.

La viuda Gamelin levantó los ojos hacia el techo y dijo con voz temblorosa, irritable:

—¡Nada respetan!

Y mientras sus lamentaciones le daban cierto parecido a las santas mujeres de los calvarios rústicos, un tizón humeante infectaba el estudio.

Élodie pidió que abrieran la ventana porque se le agarraba el tufo a las fauces; y en cuanto el ciudadano zapatero se fue y la ciudadana Gamelin atendió nuevamente a la hornilla, Évariste repitió al oído de la ciudadana Blaise aquel nombre:

—Jacques Maubel...

Ella lo miró un poco extrañada, y sin dejar su tarea le dijo tranquilamente:

—¿Qué significa...? ¿Por qué pronuncias ese nombre?

—¡Es él!

—¿Quién? ¿Qué dices?

—Tú le diste un clavel rojo.

Élodie confesó que no le comprendía, y le rogó que hablase más claro.

—¡Un aristócrata! ¡Un emigrado! ¡Un infame! —dijo Gamelin violento.

Ella se encogió de hombros; negaba con la mayor naturalidad haber conocido nunca a ningún hombre que se llamase Jacques Maubel; y era

cierto lo que decía.

También aseguraba que solamente a Évariste le dio un clavel rojo; pero tal vez en esto flaqueaba su memoria.

Évariste, ignorante de la naturaleza femenina, no pudo comprender el carácter de Élodie; sin embargo la creía capaz de mentir y engañar hábilmente, por lo cual no le convencieron sus negativas ni su absoluta serenidad.

—¿A qué negármelo? —dijo el amante—, ¿si lo sé todo?

Afirmó de nuevo Élodie que no había conocido jamás a nadie que se llamara Maubel, y cuando acabó de mondar y partir membrillos quiso lavarse las manos.

Gamelin le llevó una jofaina; mientras Élodie se lavaba insistió en sus negativas; nada sabía de aquel hombre cuyo nombre no había oído nunca. Gamelin, obstinado, insistía en la certeza de sus averiguaciones. Élodie no le replicó.

Como se hallaba muy distante de suponer que Jacques Maubel fuera un acusado, no se pudo explicar los motivos de la obsesiva sospecha; y segura de que le sería difícil disiparla no puso gran empeño en conseguirlo; no volvió a contradecir a Évariste, ni a defenderse, ni a negar que hubiera conocido a Jacques Maubel, gozosa de ver al celoso perdido en una pista falsa, cuando a cualquier hora cualquier incidente podría revelarles indicios verdaderos. Cuando su cagatintas convertido en patriota señoril y galante, a la sazón en pugna con su aristocrática manceba, se cruzaba en la calle con Élodie, parecía decirle al fijar en ella sus ojos provocadores: «Aún puedo arrepentirme y amarte otra vez».

Como a Élodie no le interesaba librar a Gamelin de su antojo, él se convenció más y más de que Jacques Maubel era el seductor.

Durante algunos días el Tribunal se ocupó sin descanso en aniquilar el federalismo que había amenazado, como una hidra, devorar la libertad. Fueron jornadas muy trabajosas para los jurados, que ya rendidos a la fatiga se libraron lo más rápidamente posible de la ciudadana Roland, cuyas palabras, dignas de una matrona romana, conmovieron a una parte del público.

Entretanto, Gamelin iba diariamente al despacho del acusador para que se activara el proceso de Maubel. Estaban en Burdeos los documentos más precisos, y logró que un comisionado especial fuera a buscarlos. Después de leerlos, el fiscal le dijo a Gamelin:

—Estos documentos no son convincentes; no hay en ellos nada interesante; ni siquiera resulta probado que el desposeído conde Maubel emigrara...

Pero Gamelin consiguió lo que se proponía. Se extendió un acta de acusación y Maubel compareció ante el Tribunal el 19 brumario.

Apenas comenzada la audiencia, los asiduos repararon advirtieron una perplejidad extraña en el Tribunal. Mostraba el presidente la faz torva y terrible que tenía costumbre de adoptar para los procesos mal instruidos; el fiscal se acariciaba la cara con las barbillas de su pluma; el escribano leyó el acta de acusación; hasta entonces ninguna fue tan vaga y tan hueca.

El presidente preguntó al acusado si tenía noticia de las leyes dictadas contra los emigrados.

—Las conozco y las respeto —respondió Maubel—. Salí de Francia provisto de pasaportes en toda regla.

Explicó satisfactoriamente, sin dejar ningún punto dudoso, su viaje a Inglaterra y su regreso a Francia. Era un hombre agradable; cautivaban su gallardía y su sinceridad; las mujeres de las tribunas lo miraban con simpatía; el fiscal supuso que había residido en España cuando esta nación estaba en guerra con Francia; Maubel aseguró que por aquella época vivía en Bayona. Sólo un punto quedaba nebuloso: en los papeles que arrojó a la chimenea cuando fue arrestado, no destruidos por completo, se leían palabras españolas y el nombre «Nieves».

Jacques Maubel se negó a dar explicaciones acerca de semejante cuestión, y cuando el presidente le dijo que se le pedían en su propio interés, respondió que no siempre debemos aconsejarnos en el interés propio.

Gamelin ansiaba que se le probase un crimen. Tres veces requirió al

presidente para que preguntara la significación de los pétalos de clavel rojo, tan cuidadosamente guardados.

Maubel dijo que no se creía obligado a contestar una pregunta sin importancia para la justicia, puesto que no se halló ningún papel escondido entre aquellas hojitas.

El jurado se retiró a deliberar favorablemente prevenido, pues en todo aquello sólo se adivinaba la existencia de unos amores misteriosos, de un empeño galante. Hasta los más honrados y los más puros deseaban absolver. Un antiguo aristócrata, muy afecto a las ideas revolucionarias, dijo:

—¿Vamos a reprocharle su nacimiento? Si es una desgracia que no merece piedad, condenadme también.

—Es muy distinto —replicó Gamelin—. Tú renunciaste voluntariamente a lo que fuiste, y él se obstina en seguir siendo lo que fue.

Habló con tanta vehemencia de aquel supuesto conspirador, emisario de Pitt, cómplice de Cobourg, que había cruzado las montañas y los mares para fortalecer a los dispersos enemigos de la libertad, que su ardimiento al pedir una sentencia condenatoria despertó en sus compañeros la inquietud severa, entonces algo adormecida.

Uno dijo cínicamente:

—Hay servicios que no se le niegan a un colega.

Acordaron la muerte por mayoría de un voto.

Maubel oyó el veredicto sereno y sonriente. Sin inmutarse recorrió la Sala con los ojos, y al fijarlos un momento en Gamelin expresaron un indecible desprecio.

Nadie aplaudió la sentencia. En la Conserjería escribió el procesado una carta, mientras llegaba la hora de la ejecución que debía realizarse aquella misma noche a la luz de las antorchas:

Querida hermana: El Tribunal me ha condenado a morir en la guillotina; me proporciona el único goce que yo podía esperar después de la muerte de mi adorada Nieves. Pero me han arrebatado la reliquia de mi amor: una

florecita de granado que los jueces llaman clavel. No me lo explico.

Siempre tuve afición a las artes. En París, y en lugar seguro, dejo una colección de grabados y pinturas de mérito adquiridos en los tiempos felices. Ya te los enviarán en cuanto sea oportuno, y te ruego que los conserves como recuerdo mío.

Se cortó un mechón de pelo que metió en la carta; la plegó y puso el sobrescrito: «A la ciudadana Clémence Dezeimeries, de la familia Maubel. La Réole».

Dio al carcelero todo el dinero que llevaba y le rogó encarecidamente que hiciera llegar aquel papel a su destino; pidió una botella de vino, y mientras aguardaba la carreta bebía de cuando en cuando un sorbo...

Después de cenar, Gamelin fue apresuradamente hacia *L'Amour peintre* y subió a saltos la escalera para llegar lo antes posible al aposento donde le aguardaba Élodie cada noche.

—Ya estás vengada —le dijo—; Jacques Maubel ha pagado su crimen con su vida. La carreta que lo condujo al patíbulo ha pasado entre antorchas por debajo de tus balcones.

De pronto ella comprendió lo que ocurría.

—¡Miserable! Ha muerto un hombre por tu culpa y no era mi seductor. Yo no lo conocía, no lo vi jamás. ¿Quién era? Joven, agradable... inocente, y lo has matado tú; ¡miserable!, ¡miserable!

Se desmayó. El misterio de aquella muerte la sumergía en abismos de horror y de voluptuosidad. Se reanimó a medias. Ponía los ojos en blanco, se alzaba el pecho y sus manos febriles buscaban a su amante. Lo oprimió entre sus brazos de tal modo que lo ahogaba; le clavó las uñas en la carne, y sus labios ensangrentados le dieron el más fuerte, el más largo, el más silencioso, el más doloroso, el más delicioso beso.

Lo amaba con toda la exaltación de su deseo, bestialmente; y cuando más

terrible, más cruel y sanguinario se le aparecía, más voraz era su apetito de goces carnales.

XVII

El 24 frimario, a las diez de la mañana, bajo un cielo sonrosado y luminoso que derretía la escarcha, los ciudadanos Guénot y Delourmel, delegados del Comité de Seguridad general, entraron en los Barnabitas y se hicieron conducir al Comité de Vigilancia de la Sección, instalado en la sala capitular, donde se hallaba el ciudadano Beauvisage ocupado en echar unos leños en la chimenea.

Con su cascada voz de jorobado les invitó a tomar asiento y se dispuso a oírlos y atenderlos.

Le preguntó Guénot si tenía referencias del que fue señor des llettes, que habitaba cerca del Pont Neuf, y añadió:

—Es un individuo a quien debo detener.

Al decir esto exhibió la orden del Comité de Seguridad general.

El jorobado Beauvisage rebuscaba pacientemente en su memoria algunos datos, y al fin respondió que no conocía a ningún individuo que se llamase así, ni era seguro que habitara en aquella Sección el sujeto así designado, ya que las del Museo, de la Unidad y de Marat Marsella tenían todas una parte próxima a Pont Neuf; que si vivía en la Sección, sin duda se ocultaba con otro nombre distinto del expresado en la orden del Comité, y en ese caso no tardaría en descubrirlo.

—¡No perdamos tiempo! —dijo Guénot—. Ha sido señalado a vuestra vigilancia por una carta de uno de sus cómplices, interceptada y remitida al Comité hace más de quince días, pero de la que no tuvo conocimiento el ciudadano Lacroix hasta ayer tarde. Nos abruma; llegan las denuncias con abundancia tal que no sabemos adonde acudir.

—También las denuncias afluyen al Comité de Vigilancia de la Sección —respondió Beauvisage engallado—. Unos las traen por civismo; los hay que buscan la recompensa de su delación; muchos hijos denuncian a sus

padres para disfrutar de la herencia.

—Esta carta —insistió Guénot— ha sido escrita por una tal Rochemaure, mujer galante; lleva el sobrescrito a nombre de un ciudadano Rauline, pero va dirigida realmente a un emigrado cómplice de Pitt. La cogí para comunicaros lo que dice del individuo des Ilettes. Principia con largas indicaciones acerca de los miembros de la Convención que probablemente cederían al soborno, unos por dinero y otros con la promesa de un cargo de importancia en el nuevo Gobierno, más durable a su juicio que el actual. Y a continuación dice lo que oiréis.

Guénot leyó en el papel que había sacado del bolsillo:

Salgo de casa del señor des Ilettes, que cerca de Pont Neuf habita un desván donde sólo pudieran encaramarse los gatos o los diablillos. Vive con lo que le producen los polichinelas que fabrica; tiene muy buen criterio, y sin duda me agradeceréis que os repita lo esencial de sus opiniones. Considera insostenible la situación actual; no supone probable que los coligados triunfen, y los acontecimientos recientes lo comprueban porque ya sabréis que las noticias de la guerra no son satisfactorias; cree más fácil que inutilicen la República las gentes humildes y las mujeres del pueblo, muy apegadas aún a la Iglesia, y estima que los terrores producidos por el Tribunal revolucionario servirán de lazo de unión contra los jacobinos entre los franceses de todas las castas. Dice graciosamente del Tribunal que, al juzgar a la reina de Francia junto a una panadera, se asemeja mucho a ese William Shakespeare tan admirado por los ingleses, que mezcla lo trágico y lo cómico. No considera un absurdo el casamiento de Robespierre con la señora Royale y espera verlo titulado «protector del reino».

Os agradecería, por los medios acostumbrados, el envío de las cantidades que se me adeudan: ascienden a mil libras esterlinas; pero no escribáis a Morhardt, que se halla preso...

—¿El señor des Ilettes fabrica polichinelas? Ahí tenéis un indicio precioso —dijo Beauvisage—, aun cuando abundan en la Sección las gentes industriales.

—Esto me recuerda —interrumpió Delourmel— que le he prometido llevarle una muñeca a mi Nathalie, enferma con fiebre escarlatina. Las

manchas aparecieron ayer; no es una enfermedad peligrosa, pero requiere muchos cuidados, y Nathalie, demasiado inteligente para su edad, no goza de buena salud.

—Yo —dijo Guénot— sólo tengo un chico. Rueda los aros de las cubas y sopla los talegos, que supone globos Montgolfier.

—Con frecuencia —observó Beauvisage— a los niños les gusta mucho jugar con objetos que no son juguetes. Mi sobrino Émile, que acaba de cumplir siete años y es inteligente como pocos, durante horas y más horas construye casitas con unos tacos de madera...

Después de ofrecer a los delegados un polvo de rapé, les preguntó:

—¿Lo tomáis?

—Por el momento lo que interesa es echar mano a ese tunante —dijo Delourmel, cuyos largos bigotes y cuyos ojos iracundos le daban un aspecto ridículo y terrible a la vez—. Esta mañana me apetece comer unos hígados de aristócrata rociados con una botella de vino blanco.

Beauvisage se ofreció a ir con los delegados a la plaza Dauphine, donde tenía el taller su colega Dupont mayor, quien seguramente conocía al señor des llettes.

Allá se fueron seguidos por cuatro granaderos de la Sección. Hacía mucho frío.

—¿Visteis *El juicio final de los reyes*? —preguntó Delourmel a sus compañeros—. Es una comedia que merece ser vista. Presenta el autor a todos los reyes de Europa refugiados en una isla desierta junto a un volcán que se los traga. Es un asunto patriótico.

Delourmel divisó en la esquina de la calle de Harlay un cochecillo, resplandeciente como una capilla, empujado por una vieja que llevaba sobre la cofia un sombrero de hule.

—¿Qué vende aquella vieja? —preguntó a sus amigos.

Al acercarse con su mercancía la mujer dio la respuesta:

—Elegid, señores. Llevo rosarios, cruces, imágenes de San Antonio,

sudarios santos, pañuelos de la Verónica, *Ecce Homo*, *Agnus Dei* y otros objetos devotos.

—¡Un arsenal de fanatismo! —exclamó Delourmel, y procedió inmediatamente a un interrogatorio sumario; la vendedora ambulante respondió a todas las preguntas con estas palabras:

—Hijo mío, hace cuarenta años que me dedico a la venta de objetos devotos.

El delegado del Comité de Seguridad general ordenó a un guardia que llevase a aquella mujer a la Conserjería.

El ciudadano Beauvisage advirtió a Delourmel que sería en todo caso más natural detenerla por mandato del Comité de Vigilancia y conducirla a la Sección, aun cuando para complacer al Gobierno en sus intenciones era difícil ajustarse a una conducta precisa en lo referente al culto antiguo, por ser muy difícil averiguar si se toleraba o se prohibía.

Los delegados y el comisario oyeron en el taller del ebanista clamores iracundos que se mezclaban con el rechinar de la sierra y el ronquido de la garlopa. Se había suscitado una disputa entre el ebanista Dupont mayor y su vecino el portero Remacle, motivado por el comportamiento de la ciudadana Remacle, que mostraba una invencible afición a meterse en la trastienda, de donde salía siempre con virutas aplastadas y motas de aserrín adheridas a la espalda. Enardecido el portero había dado un puntapié a *Mouton*, el perro del ebanista, que se hallaba muy a gusto en brazos de Joséphine. Ésta se rebelaba contra su padre sin contener su indignación, y le decía infantiles desvergüenzas. El ebanista vociferaba iracundo:

—¡Miserable! Te prohíbo que pegues al perro.

—Pues yo te prohíbo —replicó el portero, y amenazador levantaba la escoba—, yo te prohíbo...

No le dejó acabar su frase la garlopa del ebanista que, lanzada con brío a la altura de su cabeza, lo obligó a encogerse para librarse del golpe.

Al ver llegar al ciudadano Beauvisage con los delegados, dijo el portero:

—Ciudadano comisario: tú eres testigo de que me quería matar este

malvado.

El ciudadano Beauvisage, que llevaba como insignia de sus funciones el gorro frigio, extendió sus largos brazos en actitud pacificadora, y dijo al portero y al ebanista:

—Cien sueldos al que me indique dónde habita un sospechoso, reclamado por el Comité, antiguo señor des llettes y actual fabricante de polichinelas.

Los dos a la vez designaron la casa de Brotteaux, y desde aquel instante sólo se disputaron ya los cien sueldos ofrecidos al delator.

Delourmel, Guénot y Beauvisage, seguidos por los cuatro granaderos, el portero Remacle, el ebanista Dupont y una docena de pelafustanes del barrio, enfilaron escaleras arriba y se encaramaron después al desván.

Brotteaux recortaba muñecos mientras el reverendo Longuemare pasaba y anudaba los hilos que servían de articulaciones a los brazos y a las piernas, alegre y sonriente al ver formarse entre sus dedos el ritmo y la armonía. El choque de las culatas de los fusiles en el suelo hizo palidecer y temblar al religioso, porque la dignidad humana no le impuso la costumbre de cubrir las apariencias, mientras Brotteaux permanecía impasible. Las preguntas del ciudadano Delourmel indicaron a Brotteaux de dónde venía el golpe, y lo convencieron, tarde ya, de que yerra quien se confía en las mujeres. Invitado por el ciudadano comisario a que lo siguiera, cogió su *Lucrecio* y sus tres camisas.

—Este otro ciudadano —dijo por Longuemare— también está domiciliado aquí. Es un ayudante que tomé para la fabricación de mis juguetes.

Pero como no pudo presentar certificación de civismo, el religioso fue conducido con Brotteaux.

Al pasar el cortejo por delante de la portería, la ciudadana Remacle, apoyada en su escoba, miró al vecino del desván como puede la Virtud mirar al Crimen sujeto a las garras de la Ley; Joséphine, bella y desdeñosa, retuvo por el collar al perro *Mouton*, que hacía esfuerzos para desasirse y acercarse a lamer la mano amiga que tantas veces le dio un terroncito de azúcar. Una muchedumbre de curiosos llenaba la plaza de Thionville.

En el portal se encontró Brotteaux con una joven aldeana que llevaba al brazo un cestito de huevos y en la mano una torta envuelta en un lienzo; era Athénaïs; desde Palaiseau acudía para ofrecer a su protector una prueba de agradecimiento. Al observar que su amigo iba entre magistrados y granaderos, se quedó como estúpida, preguntó si era cierto que iba detenido, y con voz muy amable y grata dijo al comisario:

—No lo lleváis preso, ¿verdad? No es posible... Es que no lo conocéis bastante. No hay en el mundo un hombre más bueno.

El ciudadano Delourmel la apartó sin contestarle, y dijo a los granaderos que abrieran la marcha. Entonces aquella humilde y hermosa mujer vomitó las más torpes injurias, los insultos más obscenos, las palabras más denigrantes, hasta el punto de que los magistrados y los granaderos creían que se volcaban sobre sus cabezas todas las bacinillas de los alrededores del Palais Royal y de la calle Fromenteau. Luego, con voz potente, que resonaba en los ámbitos de la plaza de Thionville y que hizo estremecer a la muchedumbre de curiosos, gritó:

—¡Viva el rey...! ¡Viva el rey...!

XVIII

La ciudadana Gamelin profesaba mucho afecto al viejo Brotteaux y le creía el hombre más educado, más amable y de más talento que había conocido en su vida. No le dijo «adiós» cuando lo prendieron, temerosa de afrontar el rigor de las autoridades; en su condición modesta consideraba como un deber la cobardía, pero aquel disgusto le causó un abatimiento del que no se rehízo ya.

No tenía ganas de comer, y deploraba que le faltase apetito precisamente cuando podía satisfacerlo. Para no disminuir su admiración hacia el hijo evitaba pensar en la espantosa labor del Jurado; se complacía en ser una vieja ignorante, y con esta humilde opinión de sí misma evitaba opiniones y juicios acerca de los demás.

La infeliz madre había encontrado un rosario en el fondo de un baúl; no recordaba ya los misterios, pero recorría las cuentas y las acariciaba entre sus manos temblorosas. Después de vivir hasta la vejez sin practicar su religión, se hizo devota. Sin apartarse de la lumbre en todo el día, rogaba a Dios por la salud de su hijo y del amable señor Brotteaux. Con frecuencia la visitaba Élodie, pero solas allí las dos no se atrevían a mirarse por no descubrir sus pensamientos, y procuraban hablar de cosas indiferentes.

Un día de lluvioso, mientras caían enormes copos de nieve que oscurecían el cielo y apagaban los rumores de la ciudad, la vieja Gamelin, como de costumbre sola, al oír llamar a su puerta se estremeció. Desde los últimos sucesos todo la sobresaltaba y la hacía temblar. Abrió la puerta y entró un joven de dieciocho a veinte años con el sombrero echado a la cara; vestía carric de color verde botella, los vuelos de la esclavina ocultaban unas botas de campana de corte inglés; le caían por la espalda los bucles de sus cabellos castaños. Avanzó hasta el centro del estudio con aparente propósito de buscar el sitio donde hubiera más luz; permaneció allí unos instantes inmóvil y en silencio, y mientras la ciudadana Gamelin se asombraba más y más de su actitud, al cabo le dijo:

—¿No reconoces a tu hija?

La vieja cruzó las manos y alzó los ojos en súplica:

—¡Tú...! ¡Julie! ¿Es posible, Dios mío...?

—Soy Julie... ¡Dame un beso, madre!

La ciudadana viuda Gamelin oprimió a su hija entre los brazos, y sus lágrimas caían sobre la esclavina del carric. Luego adujo, inquieta:

—¡Pero, tú en París, Julie!

—¡Lo peor es que no vine sola! Con este abrigo nadie me reconocerá.

Efectivamente, con el carric no se diferenciaba de los muchos jóvenes que llevaban también como ella el pelo rizado y largo con raya en medio; las facciones de su rostro, delicadas y encantadoras, pero curtidas por el cansancio y las preocupaciones, tenían una expresión audaz y masculina. Era delgada y esbelta; se movía y accionaba con desenvoltura; solamente su voz seductora podía traicionarla.

Cuando le preguntó su madre si quería comer, dijo que sí. Tomó pan, vino y jamón; apoyaba un codo en la mesa y comía glotonamente, como Ceres en la cabaña de la vieja Baubo. Después de beber, con el vaso aún cerca de los labios, dijo:

—Madre, ¿a qué hora vuelve mi hermano? He de hablar con él.

La vieja señora miró a su hija compasivamente, sin contestar.

—Quiero verlo pronto; lo antes posible... Han detenido a mi esposo esta mañana y lo han llevado a la cárcel.

Julie llamaba esposo a Fortuné de Chassagne, antiguo aristócrata y oficial en el regimiento de Bouillé. Se había enamorado de Julie cuando ella trabajaba en el obrador de modas de la calle de los Lombards, tuvieron relaciones íntimas, y al emigrar después del 10 de agosto se la llevó a Londres.

No se habían casado, pero Julie creía más decente llamarlo esposo al hablar con su madre; le parecía también que la miseria los igualaba como pudo hacerlo el matrimonio, y que la desgracia compartida es un

sacramento. Habían pasado juntos muchas noches al raso en los parques de la ciudad británica, y juntos habían recogido pan de limosna en las mesas de las tabernas de Picadilly.

Su madre la miraba tristemente y en silencio.

—¿No me oyes, madre? Urge que yo hable con Évariste; sólo él puede salvar a Fortuné.

—Julie —dijo al fin la madre—: Mejor será que no le digas nada.

—Cómo. ¿No es mi hermano?

—Sí; es tu hermano, pero ¡no le hables del señor de Chassagne!

—No hay otro remedio, madre.

—Hija mía: Évariste no ha perdonado aún al señor de Chassagne que te llevase contigo. Aquella resolución le produjo una cólera terrible; no puedes imaginar lo que dijo de vosotros, cómo le llamaba...

—Sí; le llamaría «corruptor» —dijo la joven; y sonriente, acentuaba mucho aquel vocablo al tiempo que se encogía de hombros con desdén.

—Tu hermano está ofendido mortalmente, y ni tolera que le nombren al señor de Chassagne. Hace dos años que no habla de vosotros, ni siquiera de ti; su odio es inextinguible. Ya conoces a Évariste: ¡no perdona!

—Pero madre, siendo ya mi esposo el señor de Chassagne, pues nos hemos casado en Londres...

La pobre señora levantó los ojos y extendió los brazos:

—¡Basta que sea un aristócrata, un emigrado, para que lo trate como enemigo!

—¿De manera que no le supones dispuesto a realizar las gestiones convenientes cerca del acusador público y del Comité de Seguridad general? Madre: ¡sería un monstruo si no me ayudara!

—Julie: tu hermano es un hombre virtuoso y un buen hijo..., ¡pero no le pidas que se interese por el señor de Chassagne...! Óyeme, hija mía;

ignoro lo que piensa tu hermano, porque no me lo dice, y si me lo dijera yo no lo comprendería..., pero ¡es juez!; tiene sus convicciones; obra con arreglo a su conciencia... ¡No le pidas nada, Julie!

—¡Veo que empiezas a conocerlo! Frío, insensible..., ¡perverso...! Tiene sólo ambición, vanidad... ¡y tú, madre mía, siempre le preferiste a mí! Cuando vivíamos juntos los tres, hubieras querido que yo lo tomara por modelo. Sus pausadas maneras y su conversación sentenciosa te subyugaban, ¡le atribuíais todas las virtudes! En cambio, te mostrabas rigurosa conmigo, desaprobabas mis resoluciones, me achacabas todos los vicios..., ¡porque siempre fui sincera y porque me encaramaba a los árboles como un rapaz! Tu cariño para él, tus reproches para mí... ¡Lo odio! ¡Évariste es un hipócrita!

—¡Cállate, Julie! Yo he sido buena madre para los dos; te di un oficio; no es mía la culpa si fuiste desgraciada en vez de casarte con un hombre de condición humilde..., porque no debías tener aspiraciones. Te quise y te quiero. Te perdoné... y te acojo con toda mi alma; pero no hables mal de tu hermano, que siempre me atendió. Cuando tú me abandonaste para irte con el señor de Chassagne, sin el apoyo que me dio Évariste, yo hubiera muerto de hambre, de miseria...

—No lo digas, madre, porque no ignoras que Fortuné y yo te hubiéramos rodeado de atenciones si al principio no hubieras renegado de nosotros inducida por Évariste. No lo defiendas, ¡lo conozco mucho!; cuidaba de ti para que yo te fuese cada vez más odiosa. ¡Dices que te quiere tanto!; ¿acaso es capaz de querer a nadie? No tiene talento ni corazón; le falta sensibilidad. Para ser bueno y artista es necesario que nos ayude la Naturaleza, ¡y la suya es árida!

Al recorrer con los ojos las telas del estudio las encontraba como las dejó al irse.

—Contempla su alma en sus obras: ¡fría!, ¡oscura! Su Orestes, con la mirada estúpida, la boca de mal hombre, y esa rigidez espetada... ¡Parece su retrato! Y tú, madre, ¿no comprendes que has de poner los medios..., que has de prestarme ayuda..., que no debo abandonar a Fortuné en la cárcel? Ya conoces a los jacobinos, a los patriotas, a la pandilla de Évariste... ¡Lo matarán...! ¡Madre! ¡Madre adorada! ¡Madrecita mía! ¡Tú puedes ayudarme a pedir, a suplicar para que no muera...! ¡No es posible que muera...! ¡Lo amo, lo adoro!, ¡siempre fue bueno para mí!; ¡juntos

hemos pasado muchas amarguras...! Mira este carric: es el suyo. Apenas teníamos ya ropa que ponernos. Un amigo me regaló una chupa, y pude servir de mozo a un horchatero mientras Fortuné trabajaba en una barbería. No ignorábamos que regresar a Francia era poner en riesgo nuestra vida; nos preguntaron si queríamos venir a París con una misión importante... y aceptamos. ¡Habríamos aceptado de igual modo una misión para el Infierno! Nos pagaron el viaje y nos dieron una letra de cambio para un banquero de París. Encontramos las oficinas cerradas y supimos que guillotinaban al banquero. No teníamos ni un ochavo; todas las personas que podían socorrernos habían huido de París o estaban en las cárceles. Dormíamos en una cuadra de la calle de la Femme-sans-tête, y un limpiabotas caritativo que se albergaba también allí prestó a Fortuné una de sus cajas, cepillos y betún. Durante quince días Fortuné limpió botas en la plaza de Gréve, y así pudo ganar lo suficiente para mantenernos los dos; pero el lunes un miembro de la Comuna se detuvo junto a él para que le limpiara las botas; era un antiguo carnicero a quien Fortuné dio en otro tiempo un puntapié porque vendía carne falta de peso. Cuando Fortuné levantó la cabeza para recibir los dos sueldos que había ganado con su trabajo, el carnicero lo reconoció, le llamó con desprecio «¡aristócrata!», y dijo que le mandaría detener. Se arremolinó una muchedumbre de honradas gentes y algunos desalmados que gritaban: «¡Muera el emigrado!». Todos pedían la intervención de los gendarmes. En aquel momento llegaba yo con la comida. Lo condujeron a la Sección y lo encerraron en la iglesia Saint-Jean. Quise abrazarlo y me lo impidieron con violencia. Pasé la noche sentada en un escalón del atrio, como un perro en vela... Por la mañana se lo llevaron.

Julie no pudo proseguir; los sollozos entrecortaban y ahogaban su voz.

Tiró el sombrero que la cubría los ojos, y se puso de rodillas a los pies de su madre.

—Por la mañana lo llevaron a las prisiones del Luxemburgo... ¡Madre!, ¡madre...! ¡Salvémoslo! ¡Ten piedad de tu hija!

Y deshecha en llanto se desabrochó el abrigo, se agarró a las manos de la pobre mujer y las retuvo sobre su pecho palpitante.

—¡Hija mía...! ¡Julie! ¡Julie de mi corazón...! —suspiró la viuda Gamelin.

Acercó su rostro humedecido por tristes y silenciosas lágrimas a la mejilla

de la joven y desventurada mujer.

Callaron durante unos momentos. La pobre vieja esforzaba su imaginación en busca de un recurso para salvar a su hija, y ésta pretendía sorprender en los ojos fatigados y febriles de la madre acongojada el giro de sus cavilaciones recelosas.

«Tal vez... Tal vez... —pensaba la viuda Gamelin—. Si le hablase yo... Si comprendiera mi angustia se dejaría convencer... Es bueno, es cariñoso conmigo... Si la política no le trastornara, si no le perturbase la influencia de los jacobinos, él por sí no tendría la severidad que ahora me asusta... Que me asusta porque no la comprendo...»

Cogió entre sus manos la cabeza de Julie, y dijo en alta voz:

—Oye: hablaré a Évariste, le prepararé para que te vea sin perder la serenidad, para que te oiga cariñoso. De pronto podría irritarlo tu presencia... Lo conozco bien: ese traje le desagradaría. Es muy severo en todo lo que se relaciona con las costumbres y el decoro. Yo misma sentí una impresión extraña al verte con traje de hombre.

—¡Oh, madre! La emigración y los horribles desórdenes del reino obligan a estos engaños con frecuencia. Muchas mujeres visten de hombre y algunos hombres de mujer para trabajar en un oficio, para que no los conozcan, para servirse de un pasaporte o de un certificado de otra persona. He visto en Londres al joven Girey con traje de mujer; parecía una hermosa muchacha; y no dudarás, madre, que su transformación es bastante más escabrosa que la mía.

—¡Criatura de mi alma! No es necesario que te justifiques a mis ojos, ni en esto ni en otra cosa. Soy tu madre; siempre me parecerás una chiquilla. Yo hablaré a Évariste, le diré...

Se detuvo al pensar cómo era su hijo; lo pensaba sin querer; lo comprendía contra su voluntad. Se negaba a creerlo, a saberlo:

—Es cariñoso conmigo; lo hará por mí..., por ti, cuando yo se lo pida.

Callaron abatidas; Julie se adormeció en el regazo de su madre, como cuando era niña; y con su rosario entre los dedos la buena señora, sin poder consolarse, lloraba males que presentía, que se acercaban

sigilosamente, amenazadores, en la calma de aquel día nevado y frío en que todo era silencioso: las gentes, las calles, el cielo.

De pronto su oído, aguzado por la inquietud, adivinó las pisadas de Évariste que subía la escalera.

—¡Lo oigo subir! ¡Escóndete!

Se levantó precipitada y metió a Julie en su alcoba.

—¿Cómo estáis, madre mía? —dijo Évariste al entrar.

Dejó el sombrero en la percha, se quitó la casaca azul, se puso el ropón de trabajo y se sentó ante su caballete. Hacía ya ocho días que bosquejaba una Victoria inclinada sobre la frente de un soldado muerto por la Patria para coronarlo, y se habría consagrado por completo a este asunto si el Tribunal no le ocupase con sumo interés todos los días. Por añadidura, casi había perdido la costumbre de dibujar; su mano estaba torpe y perezosa. Évariste canturreó el *Ça-ira*.

—Cantas, hijo mío —dijo la ciudadana Gamelin—; estás alegre.

—Debemos alegrarnos todos, madre: hay muy buenas noticias. La Vendée abatida, los austríacos derrotados; el ejército del Rin ha roto las líneas de Lautern y de Wissembourg. Ya se acerca el día en que la República triunfante ostentará su clemencia. Pero la audacia de los conspiradores se agiganta a medida que aumenta el poder de la República, y los enemigos de la Patria la hieren con más traidores y tenebrosos disimulos cuanto con más lealtad y cara a cara los castiga y los destruye. ¡No es comprensible!

La ciudadana Gamelin, sin dejar su calceta lo miraba por encima de las gafas.

—Berzélius, tu antiguo modelo, ha venido a pedir las diez libras que le debías, y se las he dado. Joséphine, la niña de los porteros, ha tenido mucho dolor de vientre por comer demasiadas golosinas que le compra el ebanista. Le he preparado una tisana... Desmahis vino a verte y sintió no encontrarte; dice que desea grabar un asunto dibujado por ti. Alaba mucho tu talento. Es un buen mozo: contempló tus bocetos, y todos le agradaban.

—Cuando se ahogue la conspiración y se pacifiquen los ánimos —dijo el pintor— volveré a trabajar en mi Orestes. No lo digo por vanagloria, pero

en ese lienzo hay una cabeza digna de David.

Perfiló con una línea majestuosa el brazo de su Victoria:

—Ofrece unas palmas... Y sería mucho más hermoso que sus brazos fueran dos palmas...

—¿Évariste?

—¿Madre...?

—Hoy he tenido noticias... Adivina de quién...

—Decídmelo... No se me ocurre...

—De Julie, tu hermana. ¡La pobre no es dichosa!

—Sería un escándalo su felicidad; más vale así.

—¡Cómo hablas, hijo mío! Es tu hermana, y es buena. La desgracia la hizo aún mejor. Es cariñosa y te quiere... Puedo asegurarte que aspira sólo a una vida laboriosa, ejemplar, cerca de nosotros... Nada impide ya que la veas, Évariste, ¡está casada con Fortuné Chassagne!

—¿Os ha escrito?

—No.

—¿Cómo recibisteis las noticias que me dais?

—No ha sido por carta; es que...

Évariste la interrumpió con un gruñido iracundo, y se irguió.

—¡Callad, madre! No me digáis que han regresado a Francia... Puesto que han de perecer, ¡que yo no ponga las manos en su sentencia...! Por vos, por ellos, por mí: procurad que lo ignore, si vinieron; no me obliguéis a saberlo..., a indagarlo...

—¿Qué dices, hijo mío? ¿Te atreverías...?

—Madre, oídme: si yo supiera que mi hermana Julie estuvo en ese cuarto —y señalaba con el dedo a la puerta cerrada—, la denunciaría

inmediatamente al Comité de Vigilancia de la Sección.

La desventurada madre palideció, tembló, soltó la calceta que tenía entre las manos, y con voz más débil que un débil murmullo, suspiró:

«Yo no quisiera pensarlo... y él mismo se goza en hacérmelo ver... ¡Es un monstruo!».

Tan pálido como su madre, con la boca espumeante, Évariste se fue bruscamente para buscar en las caricias de Élodie descanso y olvido..., una visión deliciosa de la nada...

XIX

Mientras en la Sección eran interrogados el reverendo Longuemare y Marthe, Brotteaux fue conducido entre dos gendarmes al Luxemburgo, y allí se negó el portero a recibirlo porque, según dijo, no había sitio donde meterlo. El viejo especulador fue llevado entonces a la Conserjería y lo introdujeron en el reducido despacho del escribano, donde había una puerta vidriera. Mientras apuntaban su nombre en los registros vio a través de los vidrios a dos hombres que, yacente cada uno en su colchón, con los ojos fijos y sin luz, parecían difuntos. En el suelo había platos, botellas, residuos de comida: eran dos condenados a muerte que aguardaban la carreta.

El antiguo señor des Ilettes fue llevado a un calabozo, donde al resplandor de una linterna vio a dos hombres echados: uno huraño, mutilado y horrible; otro, suave y atractivo. Ambos presos le ofrecieron parte de la paja podrida en la que descansaban para que no se acostara en el suelo cubierto de inmundicias. Brotteaux se desplomó rendido sobre un banco; en aquella oscuridad pestilente se mantuvo con la cabeza apoyada en la pared, silencioso, inmóvil. Su dolor era tan intenso que de haber tenido fuerzas se habría estrellado el cráneo contra la piedra. Respiraba con angustia; se le velaron los ojos; un rumor constante, grato como el silencio, ensordeció sus oídos; y su pobre ser cayó en un desmayo profundo; todo fue armonía, claridad, serenidad, perfume, dulzura durante un momento; después llegó a no darse cuenta de nada, como si ya no existiera.

Cuando recobró el sentido, su primera reflexión fue para lamentar que hubiera terminado el desmayo, y siempre filósofo, hasta en el estupor de su desgracia desesperante, pensó que le había sido preciso hundirse en la hediondez de un calabozo subterráneo, antesala del cadalso, para percibir la sensación voluptuosa más intensa que gozó en su vida. Hizo todo lo posible para repetir el desvanecimiento, pero no pudo conseguirlo y, al revés de lo que deseaba, sintió que poco a poco el aire infecto de aquella mazmorra le ofrecía con el calor de la vida la conciencia de su intolerable miseria.

Sus dos compañeros interpretaban el silencio de Brotteaux como una cruel injuria; Brotteaux, espíritu sociable, se resignó a satisfacer su curiosidad; pero en cuanto averiguaron que se trataba de «un político», de uno de esos hombres cuyo crimen consistía en hablar o pensar ligeramente, no sintieron por él ninguna estimación; los hechos imputados a los dos presos eran de mayor solidez: el viejo estaba recluido por asesinato, el joven era un falsificador de moneda, y ambos se mostraban muy satisfechos de su condición.

Brotteaux se puso a discurrir de pronto que todo estaba en movimiento sobre su cabeza: ruido, luz, vitalidad, y que las hermosas tenderas del palacio, detrás de su escaparate de perfumería o de mercería sonreirían a los transeúntes dichosos y libres. Con esta idea monumentalizaba su desesperación.

Llegó la noche, inadvertida en la oscuridad y el silencio del calabozo, pero siempre lúgubre y fastidiosa. Brotteaux se durmió con una pierna tendida sobre el banco y el cuerpo apoyado en la pared. Soñó estar al pie de una haya frondosa donde cantaban los pájaros; el sol poniente cubría el río con sus resplandores y las nubes se ribeteaban de púrpura. Ya despierto y devorado por una fiebre ardorosa, bebió con avidez un trago de agua, que aumentó su malestar.

Al entrarles el rancho al día siguiente el carcelero le prometió a Brotteaux que, mediante unas monedas y en cuanto hubiese posibilidad, le mejoraría de celda. En efecto, al otro día lo sacaron de la mazmorra, y a cada escalón que subía sentía renacer en su pecho la fuerza y la esperanza. Cuando vio sobre los rojos ladrillos de su aposento un catre de tijera con manta de lana, lloró de alegría; el dorado lecho en cuya cabeza se picoteaban dos palomas y donde tantas veces lo acompañaron las más hermosas bailarinas de la ópera, nunca le había parecido tan agradable ni le prometió nunca tantas delicias.

Aquel catre de tijera se hallaba colocado en un espacioso aposento donde había diecisiete más, aislados unos de otros por mamparas de madera; y allí estaban recluidos banqueros y ex nobles, comerciantes y artesanos, cuya variedad agradó al viejo especulador, que se acomodaba con toda clase de personas. Le extrañó que todos aquellos hombres, privados como él de libertad y expuestos a morir a manos del verdugo, viviesen gozosos con ganas de burla. Poco inclinado a reconocer acendradas virtudes entre

los hombres, atribuyó el buen humor de sus compañeros a su razonar irreflexivo que no les permitía darse cuenta exacta de su situación, y le confirmó en este supuesto la tristeza invencible de los más inteligentes. Observó luego que algunos buscaban en el vino y en el aguardiente un placer que tomaba caracteres de violencia y hasta de locura. No todos eran arrogantes, pero todos alardeaban de serlo; y Brotteaux razonaba este prurito, seguro de que los hombres confiesen fácilmente su crueldad, su cólera, su avaricia, pero nunca su cobardía, temerosos de que semejante confesión les acarrearía peligros enormes, no sólo entre salvajes, sino también entre personas corteses.

Más que sus libaciones constantes de bebidas alcohólicas, emborrachaban a los presos y les ocasionaban delirios y furores el crujir de las armas, el rechinar de las cerraduras, las voces de los centinelas y el pataleo de los ciudadanos que acudían al Tribunal, hasta el punto de que se degollaban a veces con su navaja de afeitar o se arrojaban por una ventana.

Supo Brotteaux por el llavero, al tercer día de hospedarse allí, que el exclaustro Longuemare yacía entre ladrones y asesinos sobre la paja hedionda, criadero de miseria, y consiguió que lo trasladasen a su aposento, donde quedaba un catre vacío. Comprometido a pagar por el religioso, el viejo publicano, que tenía muy poco dinero, se ingenió para retratar sin lápices ni pinturas, y en unos marquitos negros que le procuraba un guardián, ponía unas labores hechas de pelo con suma destreza que le valían un escudo. Dichas obras fueron muy solicitadas, porque todos aquellos hombres hubieran querido perpetuar de algún modo su memoria.

El reverendo Longuemare, sereno y digno, preparaba su defensa para cuando hubiese de comparecer ante el Tribunal. Enlazaba su proceso con el de la Iglesia, y se prometía enterar a los jueces de los desórdenes y los escándalos ocasionados a la Esposa de Cristo por la organización civil del clero; intentaba presentar a la hija predilecta de la Iglesia en lucha sacrilega con el Papa, al clero francés despojado, violentado, sometido a los laicos odiosamente; y las congregaciones religiosas, fiel milicia de Dios, expoliadas o dispersas. Citaría oportunamente a San Gregorio el Grande y a Santa Irene; citaría también artículos del Derecho canónico y párrafos de las Decretales.

Aprovechaba plumas desechadas por los demás presos, tinta, hollín o

posos de café para garrapatear sobre sus rodillas, a los pies de su catre, y cubrir de letras ilegibles papeles de estraza, periódicos, forros de libros, cartas, facturas, naipes; y si al fin se le agotaban las maneras de procurarse papel, estaba resuelto a escribir en su camisa, previamente almidonada. Mientras ordenaba sus indescifrables anotaciones, decía:

Cuando me presente a los jueces voy a inundarlos de luz.

Y un día, satisfecho al contemplar su defensa, cada vez más voluminosa y abundante, pensó en los magistrados a quienes ansiaba confundir, y dijo:

—¡No quisiera yo verme en su lugar!

Los presos a los que la casualidad había reunido en aquel calabozo eran realistas o moderados, y tampoco faltaban jacobinos; diferían de opiniones acerca de la manera de conducir los negocios del Estado, pero ninguno de ellos conservaba un resto de creencias católicas. Los franciscanos, los constitucionales y los girondinos opinaban, como Brotteaux, «que Dios era malo para ellos y excelente para el populacho». Los jacobinos colocaban un dios jacobino en el puesto de Jehová, para hacer así provenir desde mayor altura el jacobinismo sobre el mundo; y como no admitían la posibilidad remota de una religión revelada, seguros de que el exclaustro era un hombre inteligente, le creyeron farsante, y cuanto más confesaba su fe, dispuesto al martirio, cuanto más resplandecía su inocente sinceridad, más impostor le juzgaban.

En vano Brotteaux defendía la crédula honradez del religioso; a juicio de todos, Brotteaux los engañaba en esto como en otras muchas cosas; eran demasiado singulares sus ideas para no parecer afectadas. Hablaba de Rousseau como de un pícaro sin gracia; en cambio, ponía entre los hombres divinos a Voltaire, pero sin que le mereciese la consideración de un Helvétius, de un Diderot o de un Holbach. Opinaba que Boulanger sería entre todos el mayor talento del siglo, y también estimaba mucho al astrónomo Lalande y a Dupuis, autor de *Memoria sobre el origen de las constelaciones*. Los hombres de algún ingenio, entre los que allí se reunían, acosaban al pobre barnabita con burlas que no le hirieron jamás, porque su mismo candor inutilizaba sin darse cuenta las chistosas argucias enemigas.

Para librarse de las preocupaciones abrumadoras y esquivar las torturas del ocio, los presos jugaban a las damas, a los naipes y al chaquete.

Estaban prohibidos los instrumentos de música. Después de cenar se cantaba y se recitaba. *La doncella*, de Voltaire, alegraba el espíritu de aquellos desdichados, que repetían sin cesar los fragmentos más deliciosos; y como no lograban sustraerse a la obsesión espantosa incrustada en su espíritu, algunas veces resolvían divertirse con ella en el aposento de los dieciocho catres, y «jugaban al Tribunal revolucionario». Se distribuían los papeles conforme a las aptitudes de cada cual. Unos representaban a los jueces y al acusador; otros, a los acusados y a los testigos; otros, al verdugo y a su ayudante. Los procesos terminaban, inevitablemente, con la ejecución del acusado; le echaban en un catre y le ponían una tabla de canto sobre el cuello. La escena se trasladaba después a los infiernos, y envueltos en sábanas los más ágiles eran espectros. Un joven abogado de Burdeos que se llamaba Dubosc, bajito, negruzco, tuerto, jorobado, patizambo, el Diablo Cojuelo en persona con su cornamenta y todo, tiraba de los pies al exclaustrado Longuemare, lo sacaba de la cama y le decía que se había condenado a las llamas eternas por convertir al Creador del Universo en un ser envidioso, torpe y malvado, enemigo del placer y del amor.

—¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! —gritaba dando voces terribles aquel diablo—. Tú predicabas, infame budista, que Dios gozaba con el sufrimiento de sus criaturas devoradas por la penitencia y abstenidas en absoluto de goces. ¡Impostor, hipócrita, carcoma...! ¡Siéntate sobre clavos de punta y come cáscaras de huevo por toda la eternidad!

El reverendo Longuemare sólo replicaba que traslucía en los discursos de aquel diablo a un filósofo, y que sin duda el diablillo más tonto del infierno dijera menos bestialidades, porque no le faltara sentido teológico y sería, por consiguiente, menos ignorante que un enciclopedista.

Pero cuando el abogado lo llamaba «capuchino» se enfadaba Longuemare y le decía que un hombre capaz de confundir a un barnabita con un franciscano es tan ciego como el que no ve una mosca en un vaso de leche.

El Tribunal revolucionario vaciaba las prisiones que los Comités volvían a llenar sin tregua; en tres meses, el aposento de los dieciocho catres renovó la mitad de sus moradores. El reverendo Longuemare perdió a su diablillo. Juzgado por el Tribunal revolucionario, el abogado bordelés fue condenado a muerte como federal y por haber conspirado contra la unidad de la República.

Al salir de la sala del Tribunal, tuvo que hacerlo, como todos los demás condenados, por el pasillo que atravesaba la cárcel y al que tenía salida el aposento de los dieciocho que animó Dubosc durante más de tres meses con expansiva jovialidad. Al despedirse de sus compañeros conservó en su voz y en sus palabras la ligereza y el donaire de costumbre.

—Perdonadme, señor —dijo al reverendo Longuemare—, las molestias que os he ocasionado con mis bromas, y os prometo no repetirlas.

Encarándose al viejo Brotteaux le dijo:

—¡Salud! Os precedo en la nada; entrego muy gustoso a la naturaleza los elementos que me componen, y le pido que haga en lo por venir mejor uso de ellos, porque, sin denigrarla, debo reconocer que no anduvo muy lucida en mi persona.

Siguió adelante hasta llegar a la escribanía; Brotteaux se quedó muy afligido, y el reverendo Longuemare, tembloroso y horrorizado al ver cómo el impío todavía chanceaba a las puertas de la muerte.

Cuando volvieron con germinal los días espléndidos, Brotteaux, que aún era voluptuoso, bajaba mañana, tarde y noche al patio que ponía en comunicación su cárcel con la de mujeres, y se acercaba a la fuente donde las presas lavaban su ropa. Una verja separaba los dos patios, pero los barrotes, a bastante distancia unos de otros, no impedían que las manos se oprimieran y los labios se besaran. En la oscuridad indulgente de la noche las parejas se agarraban a los hierros, y entonces Brotteaux, recogido en la escalera, sentado en un peldaño, sacaba del bolsillo de su casaca de color pulga el pequeño ejemplar de *Lucrecio*, y a la luz de un farol leía algunas máximas severamente consoladoras: «*Sic ubi non erimus...* Cuando cese nuestra vida nada podrá conmovernos, aunque la tierra, el cielo y el mar estremecidos confundan sus despojos...»; pero al gozar aquella elevada sabiduría envidiaba Brotteaux al exclaustro la piadosa locura que le ocultaba el universo.

El terror aumentaba. Cada noche los carceleros, borrachos y seguidos por sus perros guardianes, repartían de calabozo en calabozo citaciones acusadoras, vociferaban y deformaban los nombres, despertaban a los presos, y por cada veinte víctimas designadas horrorizaban a doscientas. Por aquellos pasillos poblados de sombras enemigas, pasaban

diariamente, sin exhalar una queja, veinte, treinta, cincuenta condenados: viejos, mujeres, adolescentes, de tan varia condición, carácter y sentimientos como si los hubieran elegido al azar entre todos los ciudadanos.

Y allí se jugaba a los naipes, se bebía borgoña, se fantaseaban proyectos, se daban citas de noche en la verja. La concurrencia, casi por completo renovada, ya era en su mayor parte revolucionaria y patriota. El aposento de los dieciocho catres no dejaba de ser la residencia de la elegancia y la distinción. Aparte de dos individuos recientemente trasladados allí desde el Luxemburgo y a quienes los demás creyeron espías —los ciudadanos Navette y Bellier—, todos eran honradísimas personas que se trataban con absoluta confianza. Se festejaban allí, con las copas en alto, las victorias de la República, y como en toda reunión de hombres ociosos, no faltaban poetas. Los más hábiles componían odas a los triunfos del ejército del Rin, las recitaban con énfasis y eran calurosamente aplaudidos. Solamente Brotteaux solía regatear sus alabanzas a los héroes y a sus cantores.

—Desde Homero, los poetas han tenido la manía de enaltecer a los militares —dijo en una ocasión—. La guerra no es un arte, porque la casualidad decide las batallas. Entre dos generales cobardes y estúpidos puestos frente a frente, uno ha de salir victorioso. Esperad el no lejano día en que os devore alguno de los espadones que divinizáis, como la grulla de la fábula se tragó a las ranas. ¡Entonces sí que habréis de llamarlo dios, porque a los dioses los caracteriza el buen apetito!

Brotteaux no se había entusiasmado jamás con las glorias de los ejércitos y tampoco le conmovían los triunfos de la República; desdeñaba el nuevo régimen cimentado en la victoria de las armas; aquello no podía satisfacerle.

Una mañana se corrió la voz de que los comisarios del Comité de Seguridad general harían registros en los calabozos para secuestrar asignados, objetos de oro y de plata, navajas y tijeras; en la cárcel del Luxemburgo habían recogido también los papeles, las cartas y los libros.

Cada cual aguzaba su ingenio para procurarse un escondite donde meter lo que tuviera en mayor estima. El reverendo Longuemare puso en un alero los fajos de apuntes de su defensa. Brotteaux escondió su *Lucrecio* entre la ceniza de la chimenea.

Cuando los comisarios, con la cinta tricolor al cuello, realizaron sus pesquisas, sólo pudieron incautarse de lo que les habían dejado intencionadamente. Después del registro, el reverendo Longuemare recogió del alero la parte de su defensa que no se había llevado el aire, y Brotteaux sacó de la chimenea su *Lucrecio* ennegrecido.

«Gocemos de la hora presente —pensó—, porque hay señales que me permiten suponer próximo el fin...»

En una tranquila noche de pradiel, mientras la luna extendía por el patio la suave claridad de sus cuernos de plata, Brotteaux, que leía, como de costumbre, su *Lucrecio* sentado en la escalera, oyó su nombre repetido por una voz de mujer, una deliciosa voz desconocida. Se acercó a la verja, y una forma femenina tan desconocida como la voz aquella le recordó con sus contornos vagos y seductores a todas las mujeres cuyo amor había gozado. El cielo la vestía de plata y azul... Y al fin pudo reconocer el filósofo a la divina cómica de la calle Feydeau, a Rose Thévenin.

—¿Vos en este lugar, criatura? Me desconsuela el goce de veros. ¿Desde cuándo y por qué?

—Desde ayer —y añadió en voz baja—: Me han denunciado como realista; se me acusa de haber conspirado para libertar a la reina. Supe que os hallabais aquí... y he deseado veros. Oídmme, amigo...; puedo llamaros amigo, ¿verdad? Conozco personas influyentes. No me faltan simpatías hasta en el Comité de Salvación pública. Pondré a mis amigos en juego y me salvarán, estoy segura; entonces... trabajaré para salvaros.

Pero Brotteaux la contemplaba cariñosamente y le dijo con voz serena, que poco a poco tomaba un tono suplicante:

—Por lo que más queráis en el mundo, hija mía, dejadlo todo así. No escribáis a nadie; a nadie pidáis nada; dejadlo todo así; procurad que os olviden.

Ella no le comprendía y él prosiguió, cada vez más obstinado:

—Vivid en silencio, Rose; procurad que os olviden: en ello está la salvación. Todo lo que inventaran vuestros amigos apresuraría vuestro proceso y vuestra desgracia. Ganad tiempo; no hace falta mucho para que os veáis en salvo. Sobre todo no tratéis de interesar a los jueces, a los

jurados, a Gamelin. Ya no son hombres; actúan maquinalmente, y es difícil convencer a una máquina. Procurad que os olviden. Si aprovecháis mi consejo, moriré con la satisfacción de haberos salvado la vida.

Ella respondió:

—No habléis de morir... y pensad que os obedeceré.

Brotteaux se encogió de hombros:

—Mi fin se aproxima, criatura. Vivid vos y sed muy dichosa.

La mujer le acarició las manos y se las puso en el pecho:

—Escuchadme, amigo mío. Sólo un día os vi... Me interesasteis aquel día... Y si lo que voy a deciros puede animaros a vivir..., ¡creedlo, porque mi corazón os lo dice! ¡Seré para vos... lo que vos queráis que sea!

Y se besaron en la boca, porque la verja de hierro lo consentía.

XX

Durante una interminable audiencia del Tribunal, sumergido en el ambiente caluroso de la sala, Évariste Gamelin cierra los ojos y reflexiona:

«Los malvados que obligaban a Marat a ocultarse en los rincones lo convirtieron en un búho, el ave de Minerva, cuyos ojos traspasaban la oscuridad y sorprendían a los conspiradores en sus escondrijos. Ahora es una mirada fría, suave, transparente, la que descubre a los enemigos del Estado y denuncia a los traidores con una sutileza desconocida hasta por el Amigo del pueblo que duerme para siempre en el jardín de los franciscanos. El nuevo salvador, tan celoso como el primero y más perspicaz, ve lo que nadie ha visto, y con su índice levantado siembra el terror. Distingue las tenues, las imperceptibles variantes que diferencian el mal del bien, el vicio de la virtud, y que sin él se confundían en detrimento de la Patria y de la Libertad; su proceder marca la línea sutil, invariable, fuera de la cual, a derecha y a izquierda todo es error, crimen, perversidad. El Incorruptible desentraña de qué modo se favorecen los planes del extranjero por exageración o por debilidad; cuándo se persiguen los cultos en nombre de la Razón y cuándo en nombre de la religión se vulneran las leyes de la República. Son tan dañosos como los que inmolaron a Le Pelletier y a Marat, los que divinizan su memoria con exageradas consagraciones que la comprometen. Son agentes del extranjero cuantos desacatan las ideas del orden, medida, prudencia, oportunidad; son agentes del extranjero cuantos ultrajan las costumbres, ofenden la virtud, y en su desatinado sentimentalismo niegan a Dios. Los curas fanáticos merecen la muerte, pero hay una manera contrarrevolucionaria de combatir el fanatismo: ciertas abjuraciones resultan criminales. Una moderación excesiva pierde a la República; una violencia exaltada la pierde también.

»¡Oh temibles deberes del juez, dictados por el más inteligente y oportuno de los hombres! No sólo es necesario castigar a los aristócratas, a los federales, a los perversos facciosos de Orléans, a los enemigos declarados de la Patria; el conspirador, el agente del extranjero, es un

Proteo que reviste muchas formas distintas y adquiere las apariencias de un patriota, de un revolucionario, de un enemigo de los reyes; finge bien la osadía de un corazón que sólo alienta para la Libertad; su poderosa voz estremece a los enemigos de la República; es Danton; su violencia oculta malamente su odioso espíritu de moderado, y su corrupción se descubre al fin... También es un conspirador y un auxiliar del extranjero el tartamudo elocuente que lució en su sombrero la primera escarapela revolucionaria, el irónico libelista que daba pruebas de un civismo cruel, Camille Desmoulins; al cabo se desenmascaró en la defensa de los generales traidores y cuando se propuso imponer un perdón criminal, intempestivo... Son agentes del extranjero Philippeaux, Hérault y el miserable Lacroix... Conspirador y agente del extranjero es Duchesne al envilecer la libertad con su canallesca demagogia y cuando inventaba soeces calumnias que hicieron interesante a María Antonieta... Lo es Chaumette, a quien vimos amable, popular, moderado, bueno y virtuoso en la administración de la Comuna, ¡pero ateo...! Son conspiradores, auxiliares del extranjero, los *sans-culottes* de gorro frigio, carmañola y zuecos, al exagerar con locos entusiasmos el patriotismo de los jacobinos... Conspirador, agente del extranjero es Anacharsis Cloots, el orador de la humanidad condenado a muerte por todas las monarquías del mundo y del que todo podría temerse por su origen prusiano...

»Ya los exaltados y los moderados, todos los malvados, todos los traidores: Danton, Desmoulins, Hébert, Chaumette perecieron a manos del verdugo. ¡Salva la República!; un concierto de alabanzas y elogios llega desde todos los Comités y desde todas las Asambleas populares dirigido a Maximilien y a la Montaña. Los buenos ciudadanos dicen: “Dignos representantes de un pueblo libre: vanamente los hijos de los Titanes alzaron su altiva cabeza. Montaña bienhechora, Sinaí protector: en tu seno ardiente se fraguó el rayo salutífero...”.

»En ese concierto corresponden al Tribunal parte de las alabanzas. ¡Qué grata es al hombre la virtud, y qué recompensado se siente un juez íntegro al advertir el público agradecimiento!

»Sin embargo, ¡cuántas sorpresas y cuántas inquietudes ha de sentir un verdadero patriota! ¿No es bastante que traicionaran al pueblo un

Mirabeau, un Lafayette, un Bailly, un Pétion, un Brissot? Quiso la fatalidad que fueran también traidores los que denunciaron a esos traidores. ¡Parece imposible! ¡Todos los que intervinieron en la Revolución deseaban el fracaso de la Revolución! Esos ciudadanos ilustres, héroes de las brillantes jornadas, prepararon con Pitt y Cobourg el advenimiento de Orléans o la tutela de Luis XVII. ¡Parece imposible! Danton era Monk. ¡Parece imposible! Chaumette y los hebertistas, más pérfidos que los federales condenados por ellos, deseaban la ruina de la República. Pero, de entre los que preparan la muerte de los pérfidos Danton y los pérfidos Chaumette, ¿no descubrirán mañana los ojos azules de Robespierre a otros hombres más pérfidos aún? ¿Hasta dónde llegará el encadenamiento execrable de traidores traicionados y la perspicacia del Incorruptible...?».

XXI

Disfrazada con su carric verde botella iba Julie diariamente al jardín del Luxemburgo, y en un banco del paseo aguardaba la hora en que asomaría su amante por una de las buhardillas del palacio. Por señas se comunicaban sus pensamientos, y así pudo Julie saber que su Fortuné se hallaba cómodamente aposentado y en muy agradable compañía, que necesitaba una manta y una baraja, y que su amor era inextinguible.

Como ella, otras infelices tenían puestos los ojos en el palacio convertido en cárcel. Una mujer, en su más florida juventud, con un niño de pecho entre los brazos, lo alzaba sobre su cabeza al entreabrirse la ventana desde donde su marido los veía. Sentada en una silla de tijera, día tras día, una señora de alguna edad, cubierta de ricos encajes, aguardaba inútilmente que se asomara su hijo, quien para no enternecerse al verla jugaba al chito en el patio de la cárcel hasta que cerraban el jardín.

Durante aquellas largas esperas, bajo un cielo gris o azul, un hombre de edad madura, bastante grueso y vestido con mucha corrección, en un banco próximo jugueteaba con su tabaquera y con los colgantes de su reloj, o desdoblaba una gaceta que nunca leía. Llevaba, conforme a la vieja moda burguesa, un tricornio galoneado de oro, una casaca de terciopelo morado y un chaleco de seda azul bordado en plata. Tenía aspecto de persona decente y era músico, a juzgar por la flauta cuyo extremo asomaba en su bolsillo interior. Ni un momento apartaba la vista del fingido joven ni dejaba de sonreírle, y cuando lo veía levantarse también se levantaba para seguirlo a cierta distancia. Eran tan grandes el abatimiento y la soledad de Julie que llegó a conmoverse ante la presencia de aquel hombre afectuoso. Un día empezó a llover cuando Julie abandonaba el jardín, y aquel hombre se acercó bondadosamente, abrió su ancho paraguas y rogó que le permitiera cobijarla; ella le respondió con amabilidad, agradecida. Sin duda la voz suave y clara o el sutil perfume femenino le advirtieron, y se alejó de pronto y sin importarle que la empapara la lluvia tormentosa. Entonces dedujo la condición de aquel hombre, y, a pesar de sus muchas preocupaciones, no pudo contener una

sonrisa.

Julie se hospedaba en una buhardilla de la calle de Cherche-Midi como supuesto dependiente de pañería que buscaba colocación. Segura la ciudadana viuda Gamelin de que su hija correría menos peligro cuanto más alejada estuviera de la plaza de Thionville y de la sección del Pont Neuf, le hizo buscar aquel hospedaje y le procuró ropas y víveres conforme a sus recursos. Julie preparaba su comida; se encaminaba luego al jardín del Luxemburgo para ver a su adorado amante y regresaba triste a su desván; aquel ir y venir monótono la distraía, y como era joven y robusta pasaba en un sueño toda la noche. De resuelto carácter, sin temer los peligros por haberse familiarizado con ellos, tal vez envalentonada por el traje que vestía, se decidió a ir de cuando en cuando a La Croix-Rouge, establecimiento de bebidas frecuentado por hombres de varia condición y por mujeres galantes. Allí leía las gacetas y jugaba al chaquete con algún hortera o con algún militar que la obligaba a respirar el humo pestilente de su pipa. Allí se jugaba, se bebía, se galanteaba y eran frecuentes las disputas.

Una tarde, al oír el ruido de caballos en la calle, alzó un bebedor la cortinilla y reconoció al jefe de la Guardia Nacional, el ciudadano Hanriot, que pasaba al galope con su Estado Mayor; entonces murmuró entre dientes:

—Ahí va el burro de carga de Robespierre.

Al oír esta frase, Julie soltó una carcajada; pero un patriota bigotudo comentó agriamente:

—Quien habla de tal modo debe ser un maldito aristócrata, y me complacería verlo estornudar en el cesto del verdugo. Sabed que el general Hanriot es un buen patriota y que defenderá cuando sea preciso al pueblo de París y a la Convención. Los realistas no se lo perdonan.

Y el patriota bigotudo, al ver que Julie no dejaba de reír, añadió:

—Oye, mocoso: ¡a ver si te doy un puntapié, para que aprendas el respeto que merecen los patriotas!

Varias voces repitieron:

—¡Hanriot es un borracho y un imbécil!

—¡Hanriot es un jacobino! ¡Viva Hanriot!

Se formaron dos bandos y los puños amenazadores cayeron sobre los sombreros, rodaron las mesas, volaron los vasos, se apagaron los quinqués, las mujeres lanzaron gritos estridentes. Acosada por varios patriotas, Julie enarboló una banqueta; la derribaron; mordió y arañó a sus agresores; su carric desabrochado y su chorrera desgarrada dejaron al descubierto su pecho de mujer. Atraída por el ruido acudió una patrulla, y al huir, la joven aristócrata pasó entre las piernas de los gendarmes.

Cada día se llenaban de condenados las carretas.

—¡Yo no puedo abandonar a mi amante! —decía Julie; y su madre no sabía qué responderle.

Se decidió a pedir, a suplicar, a gestionar, a visitar Comités, oficinas, domicilios de los representantes, de los magistrados; todo lo que fuese preciso; pero no tenía traje de mujer. Su madre pidió a la ciudadana Blaise una falda rayada, una pañoleta y una cofia de encaje; y Julie, vestida de patriota, se presentó al juez Renaudin, que vivía en una húmeda y oscura casa de la calle Mazarme.

Temblaba al subir los escalones de madera y baldosas, y fue recibida por el juez en su estancia miserable, donde sólo había una mesa de pino y dos sillas de anea. Colgaban de las paredes jirones del papel despegado. Renaudin, con el cabello negro y muy liso, adusta la mirada, el labio caído, la barbilla saliente, la invitó a que hablara y se dispuso a oírla en silencio.

Se presentó como hermana del ciudadano Chassagne, preso en el Luxemburgo; le dio cuenta, con la mayor habilidad posible, de todas las circunstancias que rodearon el arresto; le dijo que su hermano era inocente y desventurado; se mostró persuasiva.

El ciudadano Renaudin permanecía insensible, indiferente.

Julie, suplicante, se arrodilló a sus pies y lloró.

Ante aquellas lágrimas hubo un cambio en el rostro del juez; se inflamaron sus pupilas, de un negro rojizo, y sus enormes mandíbulas azuladas se removieron como si trabajasen para remojar con saliva la garganta seca.

—Ciudadana: se hará lo conveniente. No desconfiéis; tranquilizaos.

Abrió una puerta y pasaron a un saloncito rosa donde había entrepaños pintados, grupos de figuras en porcelana, un reloj de pared, candelabros dorados, poltronas y un canapé de tapicería decorada con una pastoraje Boucher. Julie se había decidido a soportarlo todo para salvar a su amante.

Renaudin se mostró brutal y rápido. Cuando ella, incorporada ya, se abrochaba el hermoso vestido de la ciudadana Élodie, tropezaron sus ojos en la mirada cruel y burlona de aquel hombre. Julie comprendió que había hecho un sacrificio inútil, y se atrevió a decir:

—Me prometisteis libertar a mi hermano.

Él sonreía malicioso.

—Ciudadana: te dije que se haría lo conveniente, y lo conveniente, ciudadana, es aplicar la ley; ni más ni menos. Añadí que te sosegaras y no desconfiases; no debes desconfiar, porque el Tribunal revolucionario siempre es justo.

Le dieron tentaciones de arrojarse como una fiera sobre aquel hombre, arañarlo, morderlo, arrancarle los ojos; pero al reflexionar que acabaría de comprometer a Fortuné corrió hacia su zaquizamí para despojarse de las ropas de Élodie. En su triste y miserable soledad, furiosa y dolorida, rugió toda la noche.

Al día siguiente halló los jardines del Luxemburgo guardados por gendarmes que arrojaban de allí a las mujeres y a los niños; los centinelas, apostados en los paseos, impedían que los transeúntes hablaran con los presos. La joven madre que iba diariamente con su hijo en brazos enteró a Julie de lo sucedido: se temía que los presos conspiraran, y se reprochaba a las mujeres que se reunieran en el jardín para interesar al pueblo en favor de los aristócratas o de los traidores.

XXII

Se había levantado súbitamente una montaña en el jardín de las Tullerías; brillaba el cielo sin que lo empañase ni una sola nube; Maximilien se adelantaba seguido por sus colegas; vestía casaca azul y calzón amarillo; en la mano llevaba un ramito de espigas, de azulinas y de amapolas; subía la montaña y anunciaba al dios de Jean-Jacques Rousseau a la República enternecida. ¡Oh, pureza!, ¡oh, dulzura!, ¡oh, fe! ¡Sencillez antigua!, ¡lágrimas piadosas!, ¡rocío fecundante! ¡Oh, clemencia!, ¡oh, fraternidad humana!

En vano el ateísmo pretende levantar aún su asquerosa cabeza: Maximilien empuña la encendida y crepitante antorcha; las llamas devoran al monstruo, y aparece la Sabiduría que señala con una mano al cielo y sostiene con la otra una corona de estrellas.

Sobre el estrado que se alza por la parte del palacio de las Tullerías, loa Évariste a Dios y derrama dulce llanto entre la muchedumbre al ver que se abre una era de felicidad. Suspira:

—Seremos, al fin, dichosos; viviremos en la inocencia si no lo impiden los malvados...

¡Ay!, los malvados lo impiden. Hace falta que sigan los sacrificios; es necesario aún derramar torrentes de sangre impura. Y a los tres días de haber celebrado con festejos la nueva alianza que reconcilia cielo y tierra, la Convención promulga la ley terrible de pradiol que suprime, con sencillez aterradora, todas las formas tradicionales de la ley; todo lo que se había imaginado desde la época más equitativa de Roma para defender a los inocentes contra la sospecha.

No más diligencias, no más interrogatorios, no más testigos, no más defensores; el amor a la patria puede suplirlo todo. El acusado que oculta dentro de sí la inocencia o el crimen pasa mudo ante los jurados patriotas; y en aquel instante hay que reconocer la justicia de su proceso, complicado tal vez, frecuentemente farragoso y oscuro. ¿Cómo juzgarlo de

pronto? ¿Cómo distinguir en un instante al canalla del honrado y al patriota del enemigo de la patria...?

Pasada la primera turbación, Évariste comprendió sus nuevos deberes y se amoldó a sus nuevas funciones. Reconocía en la brevedad del procedimiento los naturales caracteres de la verdadera justicia, saludable y terrible, cuyos ministros no eran ya rutinarios legistas que pesaran tranquilamente los contras en sus vetustas balanzas; eran *sans-culottes* que juzgaban por inspiración patriótica y veían como el resplandor de un relámpago la brillantez de la verdad. Cuando las garantías y las precauciones pudieron comprometerlo todo, los impulsos de un corazón leal todo lo salvaban. Había que imitar a la naturaleza, nuestra madre, que no yerra jamás; había que poner el sentimiento en los juicios. Gamelin invocaba los manes de Rousseau:

«¡Hombre virtuoso! —decía enternecido a la sombra venerada—. ¡Inspírame con el amor de los hombres el ansia de regenerarlos!».

Compartía con sus colegas los convencimientos. Casi todos eran gente sencilla, y al simplificarse las formas las aplicaron con mayor facilidad. Les agradaba la condición de la justicia; cuanto más se apresuraba menos perturbaciones les imponía. Les bastaba conocer las opiniones del acusado, seguros de que sólo un criminal puede tener ideas contrarias a las de sus juzgadores. Convencidos de que poseían la verdad, la prudencia, el soberano bien, atribuyeron a sus adversarias el error y el mal. Se sentían fuertes y glorificaban a Dios.

Glorificaban a Dios aquellos jurados del Tribunal revolucionario; el Ser Supremo reconocido por Robespierre los inundaba con sus resplandores; eran sensibles y creyentes.

Al sillón del acusado reemplazaba una tarima fuerte y capaz donde cabían cincuenta individuos; iban a hornadas. El acusador público reunía en el mismo proceso e inculpaba como cómplices a personas que ni siquiera se conocieron antes de verse en el Tribunal, y éste juzgaba con las facilidades terribles de la ley de pradial aquellas imaginarias conspiraciones de las cárceles que sucedieron a las proscripciones de los dantonistas y de la Comuna y se ligaban a ellas con una simetría ingeniosa por los artificios de un propósito sutil. Para que apareciesen claros los dos caracteres esenciales en una intriga fomentada contra la República por el oro extranjero, por la moderación intempestiva y por la

exageración calculada; para que se traslucieran el crimen dantonista y el crimen hebertista, se recurrió a sacrificar dos cabezas de bandos opuestos, dos cabecitas de mujer: la viuda de Camille Desmoulins, la encantadora Lucille, y la viuda del hebertista Momoro, celebridad momentánea, bulliciosa y alegre. Por simetría fueron una y otra encerradas en la misma cárcel donde lloraron juntas sobre el mismo banco de piedra; por simetría las enviaron al patíbulo. Fue aquello un símbolo excesivamente ingenioso, una obra maestra del equilibrio, imaginada sin duda por un alma de procurador y atribuida, como todo, a Maximilien. A él se referían todos los acontecimientos, felices o desdichados, que interesaban a la República: las leyes, las costumbres, el clima, las cosechas, las enfermedades. Injusticia merecida, porque aquel hombrecillo atildado, ruin, con la cara gatuna, era poderoso entre el pueblo...

Despachaba el Tribunal aquel día una buena parte de la conspiración de los presos, como unos treinta de los llamados conspiradores del Luxemburgo, cautivos muy prudentes, pero realistas o federales muy acentuados. Se fundaban todas las acusaciones en el testimonio de un delator único. Los jurados no habían visto el proceso e ignoraban hasta los nombres de los conspiradores. Al recorrer con una mirada el banco de los acusados, Gamelin reconoció a Fortuné Chassagne. Enflaquecido por un largo cautiverio, pálido, con las facciones muy salientes y endurecidas por la radiante luz que inundaba la sala, el amante de Julie no había perdido su distinción y su altivez; sus ojos se cruzaron con los de Gamelin y respondieron al odio con el desprecio.

Poseído por un furor refrenado, Gamelin pidió la palabra, y de pie, con los ojos fijos en el busto de Bruto, el viejo que descansaba sobre el Tribunal, habló así:

—Ciudadano presidente: aun cuando existan entre uno de los acusados y yo vínculos que pudieran considerarse de alianza, no me recuso. Los dos Brutos no se recusaron cuando, para salvación de la República o para garantía de la libertad, les fue preciso condenar a un hijo, herir a un padre adoptivo.

Volvió a sentarse, y Chassagne murmuró entre dientes: «Nunca vi un canalla semejante».

El público no se impresionó, sea porque lo habían hartado ya de caracteres sublimes, sea por la facilidad mostrada por Gamelin para

sustraerse a los afectos naturales.

—Ciudadano Gamelin —dijo el presidente—: ordena la ley que se hagan por escrito las recusaciones veinticuatro horas antes de abrirse los debates; por lo demás, tampoco veo motivo para que te recusaras: un jurado patriota está muy por encima de toda clase de pasiones.

Los acusados hablaban tres o cuatro minutos cada uno. El informe fiscal solicitaba pena de muerte para todos. Los jurados la votaron con una palabra, con un movimiento de cabeza y por aclamación. Cuando le tocó a Gamelin opinar, dijo:

—Están convictos los acusados: la ley es terminante.

Al bajar la escalera del palacio le salió al encuentro un mozalbete que parecía tener unos dieciocho años y que iba envuelto en un carric de color verde botella; un sombrero ancho aumentaba la belleza de su pálido rostro como una especie de aureola negra. Frente a Gamelin, erguido, en actitud enérgica y amenazadora, con voz terrible y desesperada le gritó:

—¡Desalmado!, ¡monstruo!, ¡asesino...! ¿Por qué no me hieres? ¡Cobarde! Soy una mujer. ¡Manda que me detengan!, ¡que me guillotinen...! ¡Caín: soy tu hermana!

Y le escupió al rostro.

La muchedumbre de las arpías revolucionarias y de los *sans-culottes* no ejercía ya su irascible vigilancia; su ardor cívico se había entibiado mucho; sólo se produjeron en torno de Gamelin y de su agresora indecisos y vagos alardes. Julie se deslizó entre los que la rodeaban y pudo escapar velozmente, protegida por la penumbra del anochecer.

XXIII

Évariste Gamelin estaba fatigado; no podía descansar; se despertaba veinte veces cada noche con el sobresalto que produce la pesadilla. Solamente junto a Élodie, en el aposento azul, consiguió dormir algunas horas. Hablaba y vociferaba mientras dormía, pero ella jamás pudo entender sus palabras.

Una mañana, después de una triste y angustiosa noche durante la cual vio en sueños a las Euménides, lo despertó la luz de la aurora que atravesaba los cortinajes del aposento con sus flechas lívidas. Se hallaba quebrantado por el miedo y débil como una criatura enferma. Sus cabellos, caídos sobre la frente, le cubrían los ojos; Élodie, junto a la cabecera, separaba con ternura los rebeldes mechones; lo miraba con fraternal cariño y enjugaba con su pañuelo el sudor helado sobre aquella frente dolorida. Entonces recordó Gamelin la hermosa escena del Orestes, de Eurípides, cuyo asunto quiso aprovechar para un cuadro que tal vez hubiera sido famoso. Creía ver a Electra que limpiaba la boca de su hermano con un pañuelo; creía oír a Élodie que le decía con voz suave: «Óyeme ahora, hermano mío, mientras las Furias te consienten razonar...».

Aturdido, reflexionaba: «... No; no soy parricida. Muy al contrario... Por piedad filial derramé la sangre impura de los enemigos de la Patria».

XXIV

Era interminable la conspiración de los presos. Cuarenta y nueve acusados llenaban los bancos. Maurice Brotteaux ocupaba la derecha del último escalón: el puesto de honor; llevaba como siempre su casaca de color pulga, muy cuidadosamente cepillada y zurcida en la parte superior del bolsillo rozado y un poco desgarrado por el pequeño ejemplar de *Lucrecio*, que allí moraba. Junto a Brotteaux aparecía la ciudadana Rochemaure, pintarrajeada, empolvada, llamativa, horrible. Habían colocado al reverendo Longuemare entre ella y Marthe, que recobró en la cárcel su frescura juvenil.

Amontonaban los gendarmes en los bancos a gentes desconocidas, que a pesar de no haberse visto nunca eran supuestos cómplices de la misma trama: parlamentarios, jornaleros, ex nobles, burgueses y burguesas. La ciudadana Rochemaure vio a Gamelin en el banco de los jurados. Aun cuando no le contestó a ninguna de sus apremiantes cartas ni a sus recados insistentes, confiaba en él, y al dirigirle una mirada suplicante hizo un esfuerzo para que aún la creyese bella y conmovedora; pero los ojos fríos del joven magistrado destruyeron sus ilusiones.

El escribano leyó el informe fiscal, muy breve respecto a cada uno de los acusados, abrumador y farragoso por ser muchos. A grandes rasgos presentaba la intriga de los presos que se proponían sumergir la República en la sangre de los representantes de la nación y del pueblo de París. Luego particularizaba, y decía:

«Uno de los más perniciosos autores de la odiosa trama es el llamado Brotteaux, señor des llettes y recaudador de contribuciones al servicio del tirano. Este individuo, que hasta en los tiempos de la tiranía se hizo notar por su conducta inmoderada, es una prueba patente de que las viciosas costumbres y el libertinaje son los mayores enemigos de la Libertad y de la dicha de los pueblos. Después de haber dilapidado el Tesoro público y de consumir en galanterías buena parte de los sudores del pueblo, este individuo se asocia con su antigua concubina, la Rochemaure, y sostiene correspondencia con los emigrados para informar traidoramente a la

facción extranjera de todos nuestros asuntos, de las evoluciones de nuestros ejércitos, de los caracteres de la opinión pública.

»Brotteaux, que vivía en este período de su despreciable existencia amancebado con una prostituta recogida en el cieno de la calle Fromenteau, le inculca fácilmente sus propósitos y la emplea en fomentar la contrarrevolución hasta el punto de asombrar a las gentes con sus gritos impúdicos y sus excitaciones indecorosas.

»Para indicaros las ruines ideas que propaga este hombre y los perniciosos propósitos que alienta, bastarán sus conversaciones y sus escritos. Decía con insolencia y mofa del patriótico Tribunal que ahora lo juzga: “El Tribunal revolucionario se parece a una comedia de William Shakespeare, que intercala en las más patéticas escenas triviales y chistosas burlas”. Preconizaba el ateísmo a todas horas como el medio mejor para envilecer al pueblo y sumergirlo en la inmoralidad. En la Conserjería, donde se hallaba preso, deploraba como verdaderas calamidades las victorias de nuestros valientes ejércitos, y se complacía en infundir sospechas contra los generales más patriotas, a los que atribuía tiránicos designios: “Esperad el no lejano día...”, ¡ved que mi pluma se resiste a repetir sus palabras!, ¡tan atroz es lo que dijo! “Esperad el no lejano día en que os devore alguno de los espadones que divinizáis, como la grulla de la fábula se tragó a las ranas”».

El informe fiscal decía más adelante:

«La llamada Rochemaure, antes aristócrata y concubina de Brotteaux, no es menos culpable. Además de sostener correspondencia con el extranjero, sobornada por el propio Pitt; además de asociarse a hombres corrompidos como Julien, de Toulouse, y Chabot; en relaciones con el ex barón de Batz, de acuerdo con este desalmado inventó toda clase de artificios para conseguir la baja de las acciones de la Compañía de las Indias; era su propósito adquirirlas a vil precio y avalorarlas después nuevamente con artimañas nuevas, en perjuicio de la riqueza particular y de la riqueza pública. Encarcelada en la Bourbe y en Madelonnettes, no ha dejado nunca de conspirar, de negociar y de realizar toda clase de argucias para corromper a los jueces y a los jurados.

»Louis de Longuemare, que había sido noble y capuchino, se hallaba ya encenagado entre infamias y crímenes antes de realizar la traición de que ha de responder ahora. Vivía en vergonzosa promiscuidad con la prostituta

Gorcut, llamada Athénaïs, bajo el mismo techo que Brotteaux, y resulta cómplice de la prostituta y del ex noble especulador. Durante su cautividad en la Conserjería no ha dejado un momento de escribir libelos atentatorios a la Libertad y a la tranquilidad pública.

»Y respecto a Marthe Gorcut, llamada Athénaïs, justo es decir que son las prostitutas el más terrible azote de las buenas costumbres y el oprobio de la sociedad; su presencia es un insulto y su contacto mancha. Nos abstenemos de referir los crímenes repugnantes que la acusada confiesa impúdicamente».

Seguía el acusador público el capítulo de cargos contra los otros cincuenta y cuatro detenidos, entre los cuales, Brotteaux, Longuemare y la ciudadana Rochemaure conocían solamente a algunos por haberlos visto en la cárcel, y que se hallaban todos ellos relacionados por la supuesta conspiración «odiosa y execrable, que no tuvo igual entre las más extraordinarias conjuras de todas las naciones y de todas las épocas del mundo». Al final se pedía la pena de muerte para los procesados.

Le correspondió a Brotteaux hablar el primero.

—¿Tú has conspirado?

—No; no he conspirado. Todo es falso en el acta de acusación que acabo de oír.

—Ya lo ves: ahora mismo tus palabras conspiran contra el Tribunal.

El presidente pasó a interrogar a la Rochemaure, que hizo protestas desesperadas, lloró y quiso valerse de inútiles argucias.

Entregado Longuemare por completo a la voluntad de Dios, ni siquiera llevaba la defensa que había escrito. A las preguntas que le hicieron contestó resignado, con serena mansedumbre; pero cuando el presidente le supuso «capuchino», irguió la cabeza como si despertara y protestó:

—Nunca fui capuchino: soy religioso de la Orden de los Barnabitas.

—Es lo mismo —repuso el presidente con sencillez y sin propósito de agraviarlo.

Pero el reverendo Louis de Longuemare lo miró indignado y le dijo altanero:

—No se puede concebir un error semejante. ¿Llamar capuchino a un religioso de la Orden de los Barnabitas, que recibió sus constituciones del propio apóstol San Pablo?

La concurrencia prorrumpió en carcajadas, burlas y rechifla, y el reverendo Longuemare, seguro de que lo hacían para negar sus afirmaciones, proclamaba que moriría como religioso de la Orden de San Bernabé, cuyo hábito llevaba en el corazón.

—¿Confiesas —le preguntó el presidente— haber conspirado con la prostituta Gorcut, que te concedía sus despreciables favores?

Al oír esta pregunta, el reverendo Longuemare dirigió al cielo una mirada triste y dolorida. No quiso responder; revelaba la sorpresa de un alma candorosa y la gravedad de un religioso que teme pronunciar inútiles palabras.

—Marthe Gorcut —le preguntó el presidente a la joven Athénaïs—, ¿declaras haber conspirado con Brotteaux?

Y ella respondió suavemente:

—Sólo conozco buenas acciones del señor Brotteaux. No sería malo que hubiera muchos hombres como él, y mejores no los hay. Los que digan lo contrario no saben lo que dicen. Eso es todo.

Le preguntó el presidente si confesaba su concubinato con Brotteaux. Hubo que explicarle aquella palabra, cuya significación no comprendía, y entonces respondió que si él hubiese querido sería verdad, pero que no lo era por no haber manifestado ningún deseo el señor Brotteaux.

Hubo risas en las tribunas, y el presidente amenazó a Marthe Gorcut con expulsarla y prohibirle intervenir en los debates si persistía en expresarse tan cínicamente.

Entonces ella lo llamó hipócrita, cara de vinagre, cornudo, le vomitó al rostro, y dirigió también a los jueces y jurados todo género de groserías, desvergüenzas e injurias; y aún vociferaba cuando los gendarmes se la llevaron a viva fuerza.

Luego el presidente hizo algunas preguntas a los otros acusados, atendido

al orden en que se habían sentado en las gradas. Uno, llamado Navette, alegó que le hubiera sido imposible conspirar en una cárcel donde sólo estuvo cuatro días; el presidente dijo que su razonamiento merecía ser tomado en consideración, y rogó a los jurados que lo tuvieran en cuenta. Otro, llamado Bellier, se hallaba en el mismo caso; y el presidente repitió al jurado aquel ruego. Se interpretó la benevolencia del juez como una loable imparcialidad o como el pago debido a la delación.

Al pedir la palabra, el fiscal se limitó a mantener y amplificar su acusación, y formuló después la siguiente pregunta:

—¿Queda probado que Maurice Brotteaux, Louise Rochemaure, Louis de Longuemare, Marthe Gorcut, llamada Athénaïs; Eusébe Rocher, Pierre Guyton-Fabulet, Marcelline Descourtis, etc., etc., etc., etc., preparaban una conjura valiéndose del asesinato, el hambre, la falsificación de asignados y de moneda, la depravación de la moral y del espíritu público, la rebelión en las cárceles, con el propósito de promover la guerra civil, la derrota de la representación nacional y el restablecimiento de la monarquía?

Se retiraron los jurados para deliberar, y su afirmativa respuesta fue unánime respecto a todos los acusados, con dos excepciones, Bellier y Navette, a los cuales, primero el presidente y luego el fiscal, habían en cierto modo exculpado. Gamelin formuló su veredicto con estas palabras:

—La culpabilidad de los acusados es cierta: la ley es terminante.

Dictaron la sentencia sin que se hallaran presentes los acusados, como lo exige la ley; pero en los días terribles no se cumplía esta formalidad, sin duda por temor al efecto que pudiera producir la desesperación de un considerable número de personas; y, sin embargo, tan profundo y tan extendido era entonces el renunciamiento de las víctimas, que nada motivado por ellas podía temerse fundadamente. El escribano leyó el veredicto, escuchado por el público en silencio y con una tranquilidad completa, como si todas aquellas víctimas de pradiel no tuviesen más importancia que un número de árboles señalados para una corta.

La ciudadana Rochemaure declaró estar encinta. Un cirujano perteneciente al jurado se encargó de reconocerla, y la llevaron desmayada al calabozo.

—¡Oh! —suspiraba el reverendo Louis de Longuemare—. Son dignos de

piedad esos jurados. La confusión oscurece sus almas. Todo lo trastruecan y lo embarullan; todo lo ignoran y nada entienden; ¡llaman capuchino a un barnabita!

La ejecución debía verificarse inmediatamente en la «Barriere du Trône-Renversé». Los condenados, ya dispuestos para la guillotina, con el cabello cortado y la camisa escotada, esperaban al verdugo apretujados como un rebaño en la reducida estancia separada de la escribanía por una reducida vidriera.

Al presentarse el ejecutor de la ley seguido de sus ayudantes, Brotteaux, que leía tranquilamente su *Lucrecio*, después de poner una señal en la página cuya lectura interrumpía, cerró el librito, lo guardó en el bolsillo de su casaca y dijo al barnabita:

—Reverendo señor: sólo me contraría no poder convencerlos ahora, porque vamos a dormirnos para siempre y me será imposible despertarlos tirándoos de la manga para deciros: «Ya lo veis; llegasteis a no sentir ni conocer: sois inanimado. Lo que sigue a la vida es como lo que la precede».

Intentó sonreír, pero un dolor espantoso le oprimió el corazón y las entrañas; le faltó poco para desmayarse de angustia y, sin embargo, prosiguió:

—Ya veis cómo descubro mi flaqueza; para mí es amable la vida y no puedo abandonarla sin pesar.

—Caballero —le objetó el exclaustrado con dulzura—; tened presente que sois más valeroso que yo y, sin embargo, la muerte os turba más que a mí. ¿Qué significa esto, sino que yo veo la luz que vos no percibís todavía?

—También es posible —dijo Brotteaux— que me duela r.TM perder la vida porque gocé mucho en ella, y que vos no sintáis morir porque la hicisteis muy semejante a la muerte.

—Señor mío —repuso, descolorido, el exclaustrado—, estamos en un momento solemne: ¡que Dios nos asista! Sin duda porque otras veces recibí los sacramentos con tibieza de un corazón ingrato, no me los concede ahora el cielo, ¡cuando tan ansiosamente los recibiría! ¡Nos llevan a morir sin los auxilios de la religión!

Las carretas se llenaban de condenados con las manos atadas. Louise Rochemaure, cuyo supuesto embarazo no la salvó, en su terrible abatimiento concentraba sus energías desfallecientes con la remota esperanza de ver abalanzarse de pronto hacia ella a un salvador entre la turba de curiosos. Sus ojos imploraban. La concurrencia era escasa y no muy cruel. Sólo algunas mujeres gritaban: «¡Que mueran!», y se mofaban de los que iban a morir. Los hombres apartaban la vista, silenciosos, indiferentes, acaso por temor, acaso por respeto a las leyes.

Al salir Marthe sintieron un escalofrío los espectadores más próximos. Era casi una niña. Se acercó al exclaustro Longuemare, y con la cabeza inclinada, reverentemente, le dijo:

—Señor cura, dadme la absolución.

El barnabita pronunció entre dientes las palabras de ritual, y luego dijo:

—¡Pobre niña! Vuestra existencia fue desordenada y vergonzosa, pero me agradaría tener, para presentarme al Señor, un corazón tan sencillo como el vuestro.

Marthe subió a la carreta de un salto. Con el busto erguido y la cabeza infantil, graciosamente audaz, gritó:

—¡Viva el rey!

Hizo un signo a Brotteaux para rogarle que se colocara junto a ella; el viejo especulador ayudó a subir al barnabita, y luego se quedó entre el religioso y la inocente muchacha.

—Caballero —le dijo el exclaustro—, voy a pedirle una merced. Aun cuando no creáis en Dios todavía, rogad por mí. Es posible que vuestras virtudes os acerquen más a Él y sean más eficaces que mis buenos propósitos. Un instante, una palabra, fijan la eternidad. Para convertirlos en una criatura privilegiada, preferida por el Señor, os basta un segundo. Caballero, rogad por mí.

Las ruedas rechinaban, y el religioso recitaba con todo fervor de su alma el rezo de los agonizantes.

Brotteaux repetía los versos del poeta filósofo: *Sic ubi non erimus...*

Atado como estaba y sacudido por los balanceos de la carreta, procuró conservar su actitud reposada y las apariencias de una imperturbable satisfacción. A su lado, Marthe, orgullosa de morir como la reina de Francia, miraba con altivez a la muchedumbre; y el viejo especulador, tan amante de bellezas delicadas, con los ojos fijos en el delicioso cuello de la hembra núbil y hermosa, lamentó que palideciese la luz del día...

XXV

Mientras rodaban las carretas que, entre gendarmes, conducían a Brotteaux y a sus cómplices hacia la plaza del Trône-Renversé, donde estaba la guillotina, Évariste, meditabundo, sentado en el jardín de las Tullerías, esperaba a Élodie.

Los rayos del sol poniente inflamaban las tupidas copas de los frondosos castaños. En la verja del jardín, la Fama, sobre su caballo alado, estremecía el aire con el toque inmortal de su trompeta. Los vendedores de periódicos voceaban la victoria de Fleurus.

Gamelin reflexionaba: «Sí; la victoria premia por fin nuestro esfuerzo; ¡la merecíamos!».

Al ver alzarse del polvo, sobre aquella plaza de la Révolution, los espectros de los generales vencidos que murieron allí guillotinado, una sonrisa de orgullo lo animó, seguro de que sin la rigurosa justicia, en la cual intervino, ya los caballos austríacos morderían las cortezas de aquellos árboles. Y reflexionó:

«Terror saludable; ¡terror santo! Hace un año, por esta época, nos defendían heroicos vencidos andrajosos; sobre dos terceras partes del suelo patrio florecía la rebelión. Ahora nuestros ejércitos, bien instruidos, guiados por inteligentes generales, toman la ofensiva dispuestos a esparcir la Libertad por el mundo. La Paz se extiende por todo el territorio de la República... ¡Terror saludable y santo! Hace un año, por esta época, las facciones desgarraban la República y la hidra del federalismo se proponía devorarla; pero al fin la unidad jacobina extiende sobre el imperio su fuerza y su virtud...».

Sin embargo, y a pesar de aquellos motivos de satisfacción, estaba triste: su frente, cavilosa y arrugada; fruncida con amargura su boca, y repetía: «Decíamos erróneamente *vencer o morir* cuando era necesario que dijéramos *vencer y morir*».

Miró en torno. Los niños hacían montones de arena, las ciudadanas bordaban o cosían a la sombra de los árboles; los transeúntes, vestidos con casaca y calzón de una elegancia singular, preocupados por sus negocios o por sus placeres, se retiraban a sus casas. Gamelin se sentía aislado entre todos: no era su compatriota ni contemporáneo. ¿Qué pudo acontecer? ¿Cómo al entusiasmo de una época fecunda siguieron la indiferencia, la fatiga, y acaso la desilusión? Era indudable que todas aquellas gentes ya no querían oír hablar del Tribunal revolucionario ni saber siquiera dónde funcionaba la guillotina. Seguros de que se hizo molesta en la plaza de la Révolution, la instalaron más lejos, cerca de la muralla, al final del barrio Antoine. Pero también allí, al paso de las carretas, entre constantes murmuraciones y cuchicheos, se alzaron algunas voces para decir: «¡Ya es demasiado!».

¡Ya es demasiado!, ¡cuando quedaban aún traidores y conspiradores! ¡Demasiado!, ¡cuando había que renovar Comités, purificar la Convención! ¡Demasiado!, ¡cuando los criminales deshonraban la representación nacional! ¡Demasiado!, ¡cuando se meditaba en el mismo Tribunal revolucionario la muerte del Justo...! Porque, horrorizaba pensarlo y era una triste verdad, el propio Fouquier urdía tramas, y sólo para perder a Maximilien inmoló pomposamente cincuenta y siete víctimas arrastradas al patíbulo con la túnica roja de los parricidas... ¿Qué malvada compasión enternece el alma francesa? Era preciso insistir, salvar a Francia contra su voluntad, taparse los oídos cuando se alzaban ya en todas partes voces de misericordia. Los destinos lo habían resuelto; ¡ay, la Patria maldecía la obstinación de sus redentores!

«Que nos maldiga, pero ¡salvémosla!

»No es bastante inmolar víctimas ignoradas y oscuras, aristócratas, especuladores, publicistas, poetas, un Lavoisier, un Roucher, un André Chénier: hace falta que sufran el castigo los malvados poderosos que preparaban la ruina de la Montaña con sus manos envilecidas por el oro y la sangre: los Fouché, los Tallien, los Rovère, los Carrier, los Bourdon; es forzoso libertar al Estado de todos sus enemigos. Si Hébert hubiera triunfado, al quedar la Convención deshecha, la República se habría precipitado en un abismo; si Desmoulins y Danton hubiesen triunfado, debilitada la Convención, se entregaba la República a los aristócratas, a los agiotistas y a los generales. Si hubiesen triunfado los Tallien y los Fouché, monstruos insaciables de crímenes y de rapiñas, Francia se

ahogaría en la impureza y en la infamia. ¡Duermes, Robespierre, mientras los infames ebrios de odio y horror preparan tu muerte y los funerales de la Libertad! Couthon, Saint-Just: ¿por qué no denunciáis esas intrigas?

»Para mantener su autoridad, el antiguo Estado, el monstruo regio, encarcelaba cuatrocientos mil hombres al año, ahorcaba quince mil, condenaba tres mil a los martirios... ¡Y la República vacilaría, temerosa de sacrificar unos cientos de cabezas que impiden su arraigo y amenazan su poder! Que la sangre nos ahogue..., pero ¡salvemos la Patria...!».

Llegó Élodie, pálida y descompuesta.

—¡Évariste!, ¿qué ocurre? ¿Por qué me citas aquí? ¿Por qué no vas a *L'Amour peintre*? ¿Por qué no subes a mi casa? ¿Por qué no te veo en mi gabinete azul?

—Porque necesito despedirme de ti para siempre.

Sorprendida, Élodie murmuró que aquello era insensato, que no lo comprendía...

Évariste la detuvo con un gesto de su mano severa.

—Élodie: no puedo aceptar un amor como el tuyo.

—¡Calla, Évariste, cállate!

Propuso ella que se alejaran un poco, porque allí los miraban y los oían.

Gamelin, después de andar quince o veinte pasos, dijo tranquilamente:

—Hice a la Patria el sacrificio de mi vida y de mi honor. Moriré infamado, sin poder legarte, ¡infeliz!, más que una memoria execrada... ¡Nuestro amor...! ¿Por ventura se me puede amar..., ni puedo yo amar aún?

Élodie lo trató de loco; le dijo que lo amaba y que lo amaría siempre; se mostró apasionada y sincera... Tanto como él, mejor acaso, comprendía las razones de Gamelin; pero se rebelaba contra la evidencia.

Évariste prosiguió:

—Nada tengo que reprocharme y seguiré mi camino. Provoco el anatema

por servir a la Patria; seré para todos un réprobo, y sin poder mostrarme humanitario renuncio para siempre a formar parte de la Humanidad que solicita clemencia y perdón para los traidores. ¿Acaso los traidores tuvieron clemencia? ¿No merecen castigo? Aumenta sin cesar el número de los malvados; el parricidio brota del suelo y se filtra por la frontera: son jóvenes que pudieron alistarse y morir en los campos de batalla; son viejos, niños y mujeres, con máscaras de inocencia, de atractivo, de candor... Y apenas inmolados, se descubren otros y otros... Comprende que mi ansia de justicia me haga renunciar al amor, al goce, a las dulzuras de la vida... ¡y tal vez a la vida!

Calló. Creada Élodie para saborear los placeres tranquilos y humildes, le desconcertaban las caricias de su trágico amante, los estremecimientos voluptuosos de sus visiones patibularias, y no supo qué responder. Évariste apuró, como un cáliz amargo, el silencio de su amada.

—Ya lo ves, Élodie; nuestra obra nos consume, nos devora exigente, apremiante. Nuestros días parecen años; pronto habré vivido un siglo. Mira mi frente marchita. ¿Puede ser así la frente de un amante...?

—¡Évariste...! ¡No me separo de ti..., porque tú eres mío...! ¡No te devuelvo la libertad!

Se proponía infundir entusiasmo en sus palabras, y sus palabras desfallecían, reveladoras de un sacrificio, de un acabamiento inevitable... Lo comprendió Gamelin y ella lo comprendió también.

Élodie, ¿me amas lo bastante para defenderme, para decir algún día que mi corazón fue honrado y mi alma pura, que sólo me apasionó el bien público y que la Naturaleza me hizo sensible y cariñoso? ¿Me amas lo bastante para decir «cumplió con su deber...»? ¡No!, no lo dirás; y no te pido que lo digas. Perezca mi recuerdo; toda mi gloria está dentro de mí. El oprobio me rodea. Si me amas, Élodie, cubre mi nombre con el silencio impenetrable.

Un niño de ocho o nueve años corría tras un aro y tropezó en las piernas de Gamelin, que le sostuvo para que no cayera; luego lo alzó bruscamente y le dijo:

—Criatura: le deberás al infame Gamelin una vida libre y fácil; yo soy cruel para que tú seas dichoso; yo soy malo para que tú seas bueno; yo me

aíslo, implacable, para que mañana podáis uniros todos los franceses en un abrazo, entre lágrimas de alegría...

Lo oprimió contra su pecho.

—Criatura: cuando llegues a ser un hombre me deberás tu dicha, tu inocencia, y si alguno te hace presente mi recuerdo renegarás de mí.

Dejó en el suelo al niño, que, asustado, corrió a reunirse con su madre; la cual, hermosa, juvenil, aristocrática y vestida de batista blanca, cogió a su hijo de la mano y se alejó con altivez.

Gamelin fijó en Élodie sus ojos feroces.

—He besado al niño, y es posible que algún día mande guillotinar a la madre.

Se fue presuroso entre las dos filas de árboles; Élodie quedó un momento inmóvil, con los ojos bajos; pero de pronto corrió tras de Gamelin y, furiosa, despeinada, semejante a una Euménide, lo agarró como si quisiera despedazarlo, y con los ojos enrojecidos y lágrimas en la voz, gritó:

—¡Escúchame! ¡No te reprimas por ser mi amante! ¡Di que me guillotinen! ¡Manda que me corten la cabeza!

Y al imaginar el roce del acero en la nuca, toda su carne se sintió removida por un estremecimiento de horror y de voluptuosidad.

XXVI

Mientras el sol de termidor se ocultaba en su lecho de púrpura sangrienta, receloso y meditabundo vagaba Évariste por los jardines Marbeuf, convertidos en propiedad nacional y frecuentados por los parisienses ociosos. Allí se vendían refrescos y helados, había caballitos de madera y tiro al blanco para los jóvenes patriotas. Al pie de un árbol, un saboyano andrajoso hacía bailar una marmota que se movía perezosamente al son de la cascada vihuela.

Un hombre joven, esbelto, con la casaca azul y el cabello empolvado, seguido de un hermoso perro, se detuvo para oír aquella campestre música.

Évariste reconoció a Robespierre, más pálido, enflaquecido, con una expresión dura en su rostro precozmente arrugado; y reflexionó... «¿Cuántas fatigas y cuántos sufrimientos dejaron huella sobre su frente? ¡Es tan penoso trabajar para conseguir la dicha de los hombres! ¿Qué piensa en este instante? ¿El sonido de la vihuela rústica le distrae de sus preocupaciones? ¿Recuerda que hizo un pacto con la Muerte y que se acerca la hora de saldarlo? ¿Piensa entrar como salvador en el Comité de Salvación Pública, de donde se retiró cansado ya de sufrir, como Couthon y Saint-Just, los descalabros que le impuso una mayoría sediciosa? ¿Qué esperanzas y qué temores se agitan detrás de su rostro impenetrable...?»

Maximilien sonrió al chicuelo, y con voz afectuosa le hizo algunas preguntas acerca del valle, de la cabaña, de la familia de la que el pobrete se había separado; le dio una monedita de plata y continuó su paseo. Después de avanzar algunos pasos, volvió la cabeza para llamar a su perro, que olisqueaba a la marmota erizada.

—¡*Brount!* ¡*Brount!*

Y se alejó hasta perderse entre los árboles del paseo.

Por respeto no se había acercado Gamelin al paseante solitario, y al ver

desvanecerse a lo lejos su delgada figura le dirigió esta oración mental:

«He comprendido tu angustia, Maximilien; he adivinado tus ideas. Tu fatiga melancólica y el asombro que nubla tu mirada parecen decir: “¡Que acabe pronto el terror y comience la fraternidad! Franceses: uníos para ser virtuosos y buenos. Amaos los unos a los otros...”. ¡Te comprendo!, y te ayudaré a realizar tus propósitos. Para que tu sabiduría y tu bondad logren poner término a las discordias civiles, apaguen los odios fraticidas y conviertan al verdugo en jardinero que sólo corte coles y lechugas: ayudado por mis colegas del Tribunal revolucionario prepararé los caminos de tu clemencia con el exterminio de todos los traidores; redoblabamos nuestra vigilancia y nuestra severidad para que ningún culpable se libre, y cuando la guillotina corte la cabeza del último enemigo de la República podrás mostrarte indulgente sin flaqueza, porque sólo verás crecer en torno tuyo la inocencia y la virtud, ¡oh padre de la Patria!».

El incorruptible ya estaba lejos. Dos paseantes con sombrero redondo y calzón de nanquín, uno de los cuales, de aspecto huraño, alto y flaco, tenía una nube en la pupila y se asemejaba mucho a Tallien, al cruzarse con Robespierre en la revuelta de un paseo, después de mirarlo de reojo pasaron como si no lo reconocieran. Cuando se alejaron lo bastante para que no pudiese oírlos, dijeron:

—Ahí lo tienes: es el rey, el papa, el dios. Él es dios, y Catherine Théot su profetisa.

—¡Dictador! ¡Traidor! ¡Tirano! ¡Todavía quedan Brutos!

—¡Tiembla, malvado! La roca Tarpeya está cerca del Capitolio.

El perro *Brount* se acercó a olisquearlos, y entonces precipitaron su andar en silencio.

XXVII

¡Duermes, Robespierre! La hora pasa; el tiempo apremia...

Por fin el 8 de termidor el Incorruptible se levanta para hablar en la Convención. ¡Oh, sol del 31 de mayo! ¿Volverás a deslumbrarnos? Gamelin espera, confía. Robespierre arrancará de los bancos envilecidos por ellos, a esos legisladores más culpables que los federales y más peligrosos que Danton... Vacila, no se decide. «Quisiera desgarrar el velo que misteriosamente cubre tanta iniquidad». Sus frases amenazan y no acusan; el rayo chisporrotea y no hiere; los conjurados tiemblan, y no los delata. Eran sesenta los que no se atrevían a dormir en sus lechos aquellas noches. Marat señalaba con el dedo a los traidores, los nombraba; el Incorruptible duda, no se decide, y se convierte desde aquel momento en acusado...

Por la noche gran expectación en los Jacobinos, grandes apreturas en la sala y en los pasillos; hasta el patio está lleno.

Todos allí, los antiguos alborotados y los enemigos silenciosos...

Robespierre les notifica el discurso que la Convención oyó en silencio espantoso y que los jacobinos aplauden apasionadamente.

—Es mi testamento —les dice—; beberé la cicuta con serenidad.

—Yo la beberé contigo —afirma David.

—¡Todos! ¡Todos! —gritan los jacobinos.

Y se va cada uno por su lado sin haber decidido nada.

Mientras se preparaba la muerte del justo, Évariste dormía el sueño de los discípulos en el monte de los Olivos. Al día siguiente fue al Tribunal, donde actuaban dos secciones. Correspondía a la suya juzgar a veintiún cómplices de la conspiración de Lazare, y entretanto llegan las noticias: «La Convención, después de una sesión de seis horas, ha decretado la

acusación de Maximilien Robespierre, de Couthon y de Saint-Just; ha decretado también la de Augustin Robespierre y Lebas, que desean compartir la suerte de los acusados. Los cinco proscritos van a la barra».

Inmediatamente se sabe que el presidente de la sección que actúa en la sala próxima, el ciudadano Dumas, fue detenido mientras ejercía sus funciones, pero que la audiencia continúa. Se oyen los tambores; tocan generala. Las campanas tocan a rebato.

En su banco recibe Évariste una orden de la Comuna para que asista al Consejo general en el Ayuntamiento. Pronuncia con sus colegas el veredicto de aquel proceso entre campanadas y redobles, y corre a su estudio, para dar un beso a su madre y ponerse la banda.

La plaza de Thionville está desierta; la Sección no se decide a significarse ni en pro ni en contra de la Convención. Los que transitan por las calles van pegados a las paredes; algunos andan ocultos entre los árboles de los paseos; otros se retiran a sus casas. En la plaza de Thionville, al toque de rebato y al de generala responden los postigos que se cierran y los cerrojos que al correrse rechinan. El ciudadano Dupont mayor se ha escondido en su tienda; el portero Remacle se atrinchera en la portería; Joséphine, temerosa, retiene al perro entre los brazos. La ciudadana viuda Gamelin se desazona por la carestía de los alimentos, causa de todos los desórdenes. Al pie de la escalera, Évariste ve a Élodie, que llega fatigada; sus ricitos negros se aplastan sobre la nuca sudorosa.

—He ido al Tribunal para verte. Acababas de salir. ¿Adónde vas ahora?

—Voy al Ayuntamiento.

—¡No vayas! Desconfía; quédate aquí. Hanriot está detenido... Las Secciones no intervendrán. La Sección de Piques, la de Robespierre, no se mueve; lo sé porque mi padre pertenece a ella. Si vas al Ayuntamiento vas al sacrificio.

—¿Quieres que me porte como un cobarde?

—No es cobardía mostrarte partidario de la Convención y obediente a la ley.

—La ley no rige cuando los malvados triunfan.

—Évariste, atiende a tu Élodie; soy tu hermana; ven junto a mí para que yo tranquilice tu espíritu exaltado.

La miró; nunca le había parecido tan atractiva; jamás había acariciado sus oídos aquella voz tan impregnada en persuasión voluptuosa.

—¡Daremos un paseo muy corto...!

Y lo arrastró hacia el terraplén donde se alzaba el pedestal de la estatua derribada. En los bancos había muchas mujeres y muchos hombres. Una vendedora de chucherías, puntillas y encajes, salía al encuentro de los transeúntes; la vendedora de refrescos los pregonaba al son de una campanilla; los niños correteaban; junto al río, los pescadores, inmóviles, sostenían su caña en la mano. El cielo, cubierto de nubes, amenazaba tormenta. Gamelin, con los codos apoyados en el antepecho de piedra, dirigía sus miradas a la isla, picuda como una proa, y escuchaba los gemidos del viento que al sacudir los árboles sumergía su alma en un deseo infinito de soledad y de quietud.

Como un eco delicioso de su pensamiento suspiraba la voz de Élodie:

—¿Recuerdas cuando en el campo, una tarde conmigo, limitabas tus aspiraciones a ser juez de paz de un pueblo? ¡La dicha completa!

Entre los agitados murmullos de los árboles y las cadenciosas palabras de la mujer, oía incesantemente los toques de rebato y de generala, el estrépito lejano de la Caballería y el rodar de los cañones por las calles.

Muy cerca, un atildado y presuntuoso lechuguino, hablaba con una ciudadana elegante y decía:

—¿Conocéis las últimas novedades...? La Ópera se ha instalado en la calle de la Loi.

Corría de boca en boca el suceso y temblaban las gentes al murmurar el nombre de Robespierre, porque aún era temido.

Las mujeres ocultaban su gozo y se esforzaban para no sonreír, satisfechas al enterarse de la derrota del Incorruptible.

Évariste Gamelin estrechó una mano a Élodie, pero la soltó de pronto,

bruscamente, y dijo:

—¡Adiós! Te asocié a mi espantoso destino... Marchité para siempre tu vida. ¡Perdóname! ¡Adiós! ¡Ojalá me olvides!

—Te ruego —repuso ella— que no vayas a tu casa esta noche. Ven a *L'Amour peintre*. No llames: tira una piedrecita a mi balcón: yo misma te abriré la puerta. Puedo tenerte oculto en el desván.

—¡Me verás triunfante o no volverás a verme! ¡Adiós!

Al acercarse a la Casa Municipal sintió flotar en el ambiente los entusiasmos y la confusión de las gloriosas jornadas.

En la plaza de Gréve, tumulto de armas, deslumbramiento de bandas y uniformes, los cañones de Hanriot puestos en batería. Subió la escalera principal, y antes de entrar en la sala del Consejo firmó la hoja de asistencia.

El Consejo general de la Comuna, por unanimidad de los 491 miembros presentes, se declaró en favor de los proscritos. Después de pedir el alcalde la Tabla de los Derechos del Hombre, se leyó el artículo que dice: «Cuando el Gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para el pueblo el más santo y el más indispensable de los deberes»; y se declaró inmediatamente que al golpe de Estado de la Convención opondría la Comuna un levantamiento popular. Los miembros del Consejo general juran morir en su puesto; dos oficiales municipales reciben el encargo de ir a la plaza de Gréve y participar al pueblo de París la resolución de sus magistrados, para que se unan a ellos y salven juntos la Patria y la Libertad amenazadas.

Se buscan unos a otros; cambian impresiones y se transmiten avisos. Hay allí pocos artesanos; la Comuna representa la depuración jacobina: jueces y jurados del Tribunal revolucionario, artistas como Beauvallet y Gamelin, propietarios y profesores, burgueses ricos y poderosos comerciantes, cabezas empolvadas y vientres cubiertos de dijes; pocos zuecos, pocos pantalones, pocos gorros frigos y carmañolas, poco pueblo. Son hombres acomodados, instruidos, en bastante número y muy resueltos; si bien se reflexiona, son casi todos los verdaderos republicanos de París. Reunidos en la Casa Municipal como sobre un peñón, refugio de la Libertad, los rodea y los aísla un océano de indiferencia. Sin embargo, reciben noticias

de sucesos favorables.

Las prisiones donde se hallaban los proscritos abren sus puertas y renuncian a su detención. Augustin Robespierre sale de La Forcé y llega el primero al Ayuntamiento, donde lo aclaman. A las ocho se dice que Maximilien, después de resistirse mucho, va también a la Comuna. Le aguardan; llega: una formidable aclamación hace retemblar las bóvedas del antiguo palacio municipal. Entra en hombros de los que primero se le acercaron. Aquella figura delgada, correcta, primorosa, con su casaca azul y su calzón amarillo, es él. Se sienta y habla.

El Consejo ha ordenado que inmediatamente se pongan iluminaciones en la fachada del Ayuntamiento. Robespierre habla; la República reside en su verbo. Habla con voz suave, con elegancia, con delicadeza, con facilidad. Los que lo rodean, los que lo oyen, los que han comprometido su honra y su vida en torno de aquel hombre, advierten con espanto que no es más que un retórico, un orador de comités, de tribuna, incapaz de una resolución enérgica y de un acto revolucionario.

Se dirigen al Salón de Juntas. Ya están allí todos los ilustres proscritos: Lebas, Saint-Just, Couthon. Y Robespierre habla. Son las doce y media, y habla todavía.

En la sala del Consejo, aplastada la frente sobre un cristal, Gamelin mira con ojos inquietos lo que ocurre fuera. Apenas brillan en la oscuridad las humeantes luces de la fachada; los cañones de Hanriot se presentan en batería frente a la Casa Municipal; en la plaza, profundamente oscura, se agita una muchedumbre borrosa, callada, inquieta; por la esquina de la calle Vannerie desembocan, a las doce y media, unos hombres con antorchas que rodean a un delegado de la Convención revestido con sus insignias: desdobla un papel, y al rojizo fulgor que lo envuelve da lectura al decreto de la Convención, por el cual se hallan fuera de la ley los miembros de la Comuna sublevada, los individuos del Consejo general que aprueben sus actos y los ciudadanos que respondan a su llamamiento.

¡Fuera de la ley! ¡La muerte sin proceso! Al escucharlo palidecen los más decididos. Gamelin se queda petrificado; ve rebullir a la muchedumbre que abandona de pronto la plaza de Gréve, y al volver los ojos hacia la sala, donde momentos antes se apiñaban los consejeros, la ve casi vacía. Pero de nada les vale huir, porque han firmado al entrar.

Son las dos de la madrugada: en la sala próxima el Incorruptible delibera con la Comuna y con los representantes proscritos.

Gamelin quiere penetrar con miradas febriles el secreto que la oscuridad nocturna encubre, y a la menguada luz de los faroles ve removerse y entrechocar los cirios de palo de la muestra del abacero; los reverberos se balancean y vacilan; el huracán ruge y cae de repente un chubasco. La plaza queda en un instante desierta; el público escaso que resistió a un terrible decreto se dispersa por unas gotas de agua. Los cañones de Hanriot quedan abandonados, y al aparecer por la calle Antoine y por el muelle las tropas de la Convención, a la luz de los relámpagos, no hay un alma en los alrededores del Ayuntamiento.

Por fin se decidía Maximilien a protestar el decreto de la Convención en la Sección de Piques.

Los individuos del Consejo general se procuran sables, pistolas y fusiles... Pero un estrépito de armas, de vidrios rotos, invade el edificio. Las tropas de la Convención pasan como un remolino por el Salón de Juntas y se precipitan con violencia en la Sala del Consejo. Suena un disparo y se desploma Robespierre con la quijada rota.

Entonces Gamelin saca su navajita, la navajita que le había regalado Élodie en la feria de Saint-Germain; la navajita que había servido para compartir el pan con una madre hambrienta; la empuña decidido a herirse con ella en el corazón, pero la débil punta de hierro se embota en una costilla, la navajita se cierra bruscamente con el impulso y le corta dos dedos. Gamelin cae dolorido y ensangrentado; no puede moverse y le invade una frialdad cruel; se le hielan toda la carne, y en la confusión de una lucha espantosa, magullado, pisoteado, yacente, oye la voz clara del húsar Henry, que dice:

—¡Ya no existe el tirano, y sus satélites quedan para siempre destruidos! Ahora la Revolución emprenderá de nuevo su marcha solemne y terrible.

Gamelin había perdido mucha sangre y se desmayó...

A las siete de la mañana un cirujano le hizo la primera cura. La Convención atendía solícitamente a los cómplices de Robespierre, para que ninguno se librara de la guillotina.

Gamelin fue llevado a la Conserjería en unas parihuelas.

XXVIII

El día 10, mientras Évariste despertaba sobresaltado en un camastro del calabozo después de un sueño febril y preso de un invencible terror, sonreía París al sol espléndido que la alumbraba, renacía la esperanza en el corazón de los detenidos, los comerciantes abrían alegremente sus tiendas, los burgueses se creían más ricos, los jóvenes más felices, las mujeres más bellas: todo, porque había caído Robespierre.

Solamente un puñado de jacobinos, algunos curas constitucionales y algunas viejas temían que pasara el poder a manos de los infames y de los corrompidos. Una delegación del Tribunal revolucionario, compuesta por el acusador público y dos jueces, fue a la Convención y la felicitó por haber contenido las intrigas. Decidió la Asamblea que se alzara de nuevo el cadalso en la plaza de la Révolution; se trataba de que los ricos, los elegantes y las mujeres bonitas pudieran ver sin molestias el suplicio de Robespierre, que sería guillotinado aquel mismo día. Por hallarse fuera de la ley bastaba la identificación del dictador y sus cómplices hecha por dos oficiales municipales para que el Tribunal los entregase inmediatamente al verdugo; pero surgía una dificultad: como toda la Comuna se hallaba fuera de la ley, no era posible realizar las identificaciones con arreglo a lo mandado. El Tribunal quedó autorizado por la Asamblea para identificar a los proscritos con testimonios ordinarios.

Los triunviros y sus principales cómplices fueron arrastrados a la muerte entre gritos de júbilo y de odio, entre imprecaciones, risas y bailoteos...

Évariste, que recobraba sus fuerzas y casi podía tenerse en pie, al día siguiente fue sacado del calabozo, conducido ante el Tribunal y colocado en la gradería donde tantas veces vio amontonadas víctimas oscuras o ilustres cuya salvación dependía con frecuencia de su fallo. Gemía empujado y apretujado por setenta individuos, la mayor parte miembros de la Comuna y los demás, jurados como él, pero como él fuera de la ley. Vio su banco, el respaldo en que tenía costumbre de reclinarse y el sitio desde donde aterrorizó a tantos infelices, el sitio donde tuvo que sufrir las miradas altaneras, despreciativas o indiferentes de Jacques Maubel, de

Fortuné Chassagne, de Maurice Brotteaux, las angustiosas y suplicantes miradas de la ciudadana Rochemaure, a quien debía su nombramiento de jurado y a la que pagó con un veredicto de muerte. Vio en el estrado, sobre las cabezas de los jueces que ocupaban tres sillones de caoba tapizados de terciopelo de Utrech rojo, los bustos de Chalier y Marat y el busto de Bruto, al que tomó una vez por testigo. Nada cambiado: ni las hachas, ni los haces, ni los gorros frigos del papel que tapizaba la pared, ni los ultrajes que las arpías revolucionarias lanzaban desde las tribunas a los que iban a morir, ni el alma de Fouquier-Tinville, obstinado, laborioso, removedor constante de papeles homicidas, que entregaba al verdugo, como celoso magistrado, a sus amigos de ayer.

Los ciudadanos Remacle, portero y sastre, y Dupont mayor, ebanista, de la plaza de Thionville, identificaron la persona de Gamelin (Évariste), artista pintor, ex jurado del Tribunal revolucionario, ex miembro del Consejo general de la Comuna, y cobraron por su testimonio un asignado de cien sueldos que sufragaba la Sección. Como habían tenido relaciones de vecindad y amistad con el proscrito, era para ellos mortificante verlo, y como, por añadidura, el mucho calor que hacía excitaba la sed, se apresuraron a salir para tomar juntos un vaso de vino.

Gamelin subió sin ayuda a la carreta; le dolía horriblemente la mano lastimada y había perdido mucha sangre.

El carretero dio un latigazo al rocín, y se puso en marcha seguido por el escarnio popular.

Las mujeres que recordaban a Gamelin le decían a voces:

—¡Anda y púdrete!, ¡borracho de sangre!, ¡asesino con dieciocho francos de jornal!, ¡qué poco sonríes ahora...! ¡Vedle cómo palidece...! ¡Va descolorido! ¡Cobarde!

Eran las mismas que poco antes insultaban a los conspiradores y a los aristócratas, a los moderados y a los intransigentes enviados a la guillotina por Gamelin y sus colegas.

La carreta volvió lentamente la esquina del muelle de Morfondus, cruzó el Pont Neuf, la calle de la Monnaie, y llegó a la plaza de la Révolution, donde se alzaba el cadalso de Robespierre. Cojeaba el rocín, y a cada punto el carretero le sacudía las orejas con el látigo. La muchedumbre

callejera, gozosa y animada, interrumpía el paso de la escolta. El público felicitaba a los gendarmes que refrenaban sus caballos. En la esquina de la calle Honoré redoblaron los insultos. Algunos jóvenes de los que se hallaban en las fondas a la moda sentados en torno de las mesas del entresuelo gritaron desde los balcones:

—¡Caníbales! ¡Antropófagos! ¡Bebedores de sangre!

Se atascó la carreta en un montón de basuras, que nadie había cuidado de recoger en aquellos dos días turbulentos, y la juventud dorada prorrumpió jubilosa:

—¡El carro en un atolladero...! ¡Los jacobinos a la basura! Entretanto, Gamelin reflexionaba: «Muero porque lo merecí. Es justo que recibamos los ultrajes dirigidos a la República, ultrajes que debíamos evitar. Fuimos débiles, y la indulgencia nos convirtió en culpables. Por haber traicionado a la República merecemos castigo. Hasta Robespierre, puro y santo, pecó por benignidad, por indulgencia. Sólo su martirio puede borrar sus faltas. Al seguir su ejemplo hice traición a la República. La República perece, y es justo que yo perezca también. ¿Quise ahorrar sangre...? ¡Que mi sangre corra...! ¡Lo merecí! ¡Lo merezco...!».

Vio la muestra de *L'Amour peintre*, y tumultuosos, confusos, llenaron su corazón torrentes de tristeza y de ternura.

La tienda estaba cerrada, cerrados también los tres balcones del entresuelo; cuando la carreta pasó debajo del de la izquierda, el del gabinete azul se entreabrió y una mano que lucía en el dedo un anillo de plata tiró a la calle un clavel rojo que Gamelin quiso vanamente coger con sus manos atadas. Era un símbolo, una imagen de aquellos labios ardientes y perfumados que lo buscaban aún, y en cuyo fuego había refrescado su boca tantas veces... Asomaron a sus ojos gruesas lágrimas, y al ver en la plaza de la Révolution la sangrienta cuchilla, inundaba su alma el encanto de aquel adiós amoroso.

XXIX

Arrastraba el Sena los hielos de nivoso. Los estanques de las Tullerías, las fuentes y los arroyuelos tenían heladas sus aguas. El viento norte barría en las calles la escarcha. Los caballos echaban por las narices blanco y denso vapor; los ciudadanos miraban, sin detenerse, los termómetros colocados a las puertas de los ópticos. Un dependiente limpiaba los cristales de *L'Amour peintre*, empañados por el frío, y los curiosos daban un vistazo a las estampas de moda: *Maximilien estruja un corazón sobre un vaso para beber sangre*, y composiciones alegóricas, tales como *La tigrocracia de Robespierre*, donde abundaban las hidras, monstruos horribles y serpientes que desencadenaba el tirano sobre Francia. Y en otro género, *La tenebrosa conspiración de Robespierre*, *Arresto de Robespierre*, *Muerte de Robespierre*...

Después de comer, a primera hora de la tarde, Philippe Desmahis entró aquel día en *L'Amour peintre* con su cartera bajo el brazo para entregarle al ciudadano Blaise una plancha que acababa de grabar con el rótulo: *Suicidio de Robespierre*. El buril malicioso del grabador había hecho un Robespierre lo más repugnante posible. El pueblo francés no se había saciado aún de todos aquellos monumentos que consagraban el oprobio y el horror de un hombre cargado con todos los crímenes de la Revolución; pero el mercader de estampas, buen conocedor de su público, advirtió a Desmahis que le daría en lo sucesivo asuntos militares.

—Necesitamos a la mayor brevedad victorias y conquistas, generales, penachos y espadas. La gloria se apodera de nuestro corazón. Yo mismo siento ansias de gloria y mi corazón palpita gozoso al oír las hazañas de nuestros gloriosos ejércitos. Cuando yo siento una cosa, extraño sería que no la sintiera todo el mundo. Ahora necesitamos guerreros y mujeres, Marte y Venus.

—Ciudadano Blaise, aún tengo en casa dos o tres dibujos de Gamelin que me disteis para que los grabara. ¿Urgen?

—Cuando buenamente podáis y no haya nada que apremie.

—A propósito de Gamelin: al pasar ayer por el bulevar del Temple, vi en el tenderete de un cambalachero, frente a la casa de Beaumarchais, todas las telas de aquel desdichado. Allí estaba su *Orestes* y *Electra*. Os aseguro que la cabeza de Orestes recuerda bastante a la del pintor, y es hermosa; la cabeza y el brazo son dignos de consideración. El cambalachero confiaba en que algún pintor pobre adquiriría tal vez aquellos lienzos para cubrirlos nuevamente de colores. ¡Desdichado Gamelin! Tal vez hubiera llegado a pintar bien si no se hubiese metido nunca en política.

—Tenía el alma de criminal —replicó el ciudadano Blaise—. Aquí mismo pude comprenderlo, cuando no habían despertado aún sus instintos crueles. Me guardaba rencor desde aquel día... Sí, ¡era un perfecto canalla!

—¡Pobre muchacho, víctima de la sinceridad! Los fanáticos lo han perdido.

—Supongo, Desmahis, que no lo defenderéis. No tiene defensa posible.

—No, ciudadano Blaise, no tiene defensa.

Y el ciudadano Blaise dijo afectuosamente a Desmahis:

—Los tiempos han cambiado. Ya se os puede llamar «Barbaroux», ahora que la Convención levanta los destierros y atrae a los prosritos... ¡Una idea! Me parece oportuno que grabéis el retrato de Charlotte Corday.

Una mujer arrogante y bella, con el pelo negro y cubierta con un abrigo de pieles, entró en la tienda y sonrió a Jean Blaise con discreta confianza. Era Julie Gamelin; pero había trocado este nombre deshonroso por el de ciudadana viuda Chassagne. Vestía bajo su abrigo una túnica roja para honrar las camisas rojas de la época del terror.

Julie sintió al principio aversión hacia la amiga de su hermano; le era odioso cuanto se relacionaba con Évariste. Pero la ciudadana Blaise, después de la muerte de su amante, había recogido a la desventurada viuda Gamelin en los desvanes de *L'Amour peintre*, donde Julie se refugió con su madre al principio; después la tomaron como dependienta de modas en la calle de los Lombards. Sus cabellos cortados «al estilo víctima», su aristocrático aspecto y su luto atraieron pronto las simpatías

de la juventud dorada. Jean Blaise, cuyas relaciones con Rose Thévenin se habían entibiado, quiso protegerla y ella lo aceptó. Agradaba mucho a Julie llevar traje de hombre, como en los días terribles, y se mandó hacer uno al estilo de los que lucían los jóvenes más presuntuosos y perfumados.

Así vestida y con un enorme bastón en la mano, iba muchas noches a cenar a los figones de Sèvres o de Meudon en compañía de una dependienta del comercio de modas. Inconsolable por la muerte de su amante, cuyo nombre usaba, la varonil Julie sólo vencía su tristeza con su furor; al cruzarse con algún jacobino amotinaba contra él a los transeúntes y profería gritos de venganza. Le quedaba poco tiempo libre para acompañar a su madre, que sola en su habitación rezaba el rosario todo el día, tan abrumada por el trágico fin de su hijo, que apenas pudo comprender su dolor.

Rose Thévenin había intimado mucho con Élodie, la cual simpatizaba, por lo visto, con uno y otro género de suegras.

—¿Dónde está Élodie? —preguntó la ciudadana Chassagne.

Con un gesto indicó Jean Blaise que lo ignoraba; lo ignoraba siempre aunque lo supiera, porque resolvió no saberlo nunca. Era un propósito decidido.

Iba Julie a reunirse con Élodie para visitar a la Thévenin, que habitaba en Monceaux una casita a la inglesa.

En la Conserjería conoció Rose Thévenin a un acaudalado abastecedor del Ejército, el ciudadano Montfort. Por mediación de Jean Blaise se vio pronto en libertad y obtuvo la del ciudadano Montfort, que, ya libre, surtió de víveres a las tropas y negoció con los terrenos del barrio de la Pépinière. Los arquitectos Ledoux, Olivier y Wailly construyeron hermosas casas, y en tres meses aquellos solares triplicaron su valor. Desde que se conocieron en la cárcel, era Montfort el amante de Rose, a la que regaló un hotelito situado cerca del Tivoli, en la calle Rocher, que valía mucho y no le costaba nada, pues el hecho de construirlo y habitarlo hizo subir considerablemente los precios de los terrenos colindantes.

Era Jean Blaise muy prudente y pensaba que no debía dolerse de lo que no podía remediar; por esto renunció a la Thévenin cuando fue preciso, sin perder su amistoso trato.

A poco de llegar Julie a la tienda se presentó Élodie vestida y aviada para salir. Bajo el abrigo, y a pesar de lo riguroso del invierno, sólo llevaba su traje blanco, sin ropa interior de ninguna clase. Había palidecido su rostro y se le había adelgazado el talle; sus ojos, languidecientes y febriles, rebosaban encanto y voluptuosidad, como todo su ser, esbelto y atractivo.

Fueron las dos mujeres a casa de la Thévenin, que las aguardaba.

Desmahis las acompañó, y aprovechando su visita le consultó Rose los proyectos que tenía para decorar su hotel.

El grabador pretendía a Élodie, quien se hallaba casi resuelta en aquel momento a no dejarlo sufrir más. Cuando pasaban cerca de Monceaux, donde yacían bajo una capa de cal viva los guillotizados de la plaza de la Révolution, Julie dijo:

—Es bastante precaución para el invierno, pero cuando llegue la primavera las exhalaciones infestarán toda la ciudad...

La Thévenin recibió a sus dos amigas en un salón de estilo antiguo, cuyo canapé y sillones estaban dibujados por David. Copias de bajo-relieves romanos, imitadas con varios matices de un mismo color, adornaban las paredes por encima de las estatuas, los bustos, los candelabros bronceados. Llevaba Rose una peluca rizada, de un rubio pajizo. Las pelucas agradaban locamente: se ponían seis, o doce, o dieciocho en cada canastilla de boda. Un vestido «a la cipriana» oprimía sus formas y las dibujaba como una funda.

Se echó un abrigo sobre los hombros y salió con sus amigas y con Desmahis al jardincillo inglés trazado por Ledoux, donde no había casi nada concluido; a cada paso tropezaban con troncos de árbol, con montones de cascote; pero a toda costa quería que viesen la gruta de Fingal, una capillita gótica con su campana, un templete, un arroyuelo.

—Allí —dijo Rose, indicándoles un grupo de pinos— quiero levantar un cenotafio a la memoria del infeliz Brotteaux des Ilettes. Yo le inspiraba cierta predilección; él era muy galante. Los monstruos lo guillotinaron y le lloré... Desmahis, dibujadme una columna funeraria. —Y añadió enseguida—: ¡Es desesperante! Me proponía que bailásemos aquí esta semana, y los violinistas se hallan comprometidos con tres semanas de

anticipación. Todas las noches hay baile en los salones de la ciudadana Tallien.

Después de comer, el coche de la Thévenin los llevó a todos al teatro Feydeau, donde se reunía lo más elegante de París: las mujeres peinadas «a la antigua» o «a la víctima», todas con vestidos muy escotados, rojos o blancos y con dibujos de lentejuelas doradas; los hombres llevaban cuellos negros, muy altos, y su barba se hundía entre la enorme corbata blanca.

El cartel anunciaba *Fedra*, y a continuación *El perro del hortelano*. La concurrencia pedía un himno muy grato a los mozalbetes presuntuosos y a la juventud dorada: *El despertar del pueblo*.

Se levantó la cortina y apareció en la escena un hombrecito achaparrado: era el famoso Lays. Con su hermosa voz de tenor, empezó a cantar:

«Pueblo francés, pueblo de hermanos...».

Fueron tan frenéticos los aplausos que hasta la araña de cristal tintineaba estremecida; se oyeron después varios murmullos y se alzó resonante desde el patio la voz de un ciudadano, con sombrero redondo, que cantaba el *Himno de los marseleses*:

«¡Alzaos, hijos de la Patria...!».

La voz quedó ahogada entre ruidosas protestas.

—¡Que se callen los terroristas! ¡Mueran los jacobinos!

A instancias del público, Lays repitió el himno:

«Pueblo francés, pueblo de hermanos...».

En todas las salas de espectáculos se veía un busto de Marat, adosado a una columna o erigido en un pedestal; en el teatro Feydeau estaba sobre una ménsula junto a la boca del escenario.

Mientras la orquesta interpretaba la obertura de *Fedra e Hipólito*, un joven elegante señaló el busto con la punta de su garrote y dijo:

—¡Fuera Marat!

Mil voces repitieron:

—¡Fuera Marat! ¡Fuera Marat!

Entre aquel tumulto resonaban claramente algunas palabras agresivas:

—¡Ese busto ahí es una vergüenza!

—¡Aún se hace temible su memoria, y hay tantos bustos en lugares concurridos como cabezas pretendía cortar!

—¡Sapo venenoso!

—¡Tigre!

—¡Serpiente negra!

De pronto, un espectador elegante subido en la barandilla del palco dio un bastonazo al busto de yeso; los trozos cayeron sobre los músicos.

La concurrencia le aplaudió, y todos en pie cantaron a coro *El despertar del pueblo*:

«Pueblo francés, pueblo de hermanos...».

Entre los más entusiastas alborotadores reconoció Élodie, que no lo había olvidado por completo, al húsar gallardo, al hermoso escribiente, a Henry, su primer amante...

Acabada la representación, el hercúleo Desmahis alquiló un cochecillo para llevar a la ciudadana Blaise a *L'Amour peintre*. El artista oprimió una mano de la mujer y dijo:

—Élodie, ¿no comprendéis que os amo?

—Sí, me lo figuro, porque amáis a todas las mujeres...

—Ahora las amo a todas en vos.

Ella sonrió al decir:

—Sería en mí imperdonable atrevimiento, cuando hay tantas pelucas negras, rubias, doradas que os placen, pretender agradaros como cada

una de tan numerosas y distintas mujeres...

—Élodie, os juro que...

—¡Vaya! ¿Juramentos, ciudadano Desmahis? Por lo visto sois más inocente de lo que parecéis, o me juzgáis más inocente de lo que soy.

Desmahis no supo responder, y ella se alegró, como si aquel silencio representara su triunfo.

En la esquina de la calle de la Loi oyeron cánticos y gritos; varias personas bailoteaban en torno de algo que ardía: eran elegantes que, al salir del Théâtre Français, quemaban una contrafigura de Marat.

En la calle Honoré tropezó el bicornio del cochero en una efigie burlesca de Marat colgada de un farol, y le hizo mucha gracia; vuelto hacia la pareja refugiada en su cochecillo, refirió que la víspera el mondonguero de la calle Montorgueil ensangrentó un busto de Marat y dijo: «Esto es lo que le agradaba»; después, unos chicuelos tiraron el busto a una letrina y hubo ciudadanos que opinaron seriamente: «No merecía otro panteón».

En los figones y horchaterías se oía cantar:

«Pueblo francés, pueblo de hermanos...».

—¡Adiós! —dijo Élodie cuando el cochecillo se detuvo a la puerta de *L'Amour peintre*.

Se apearon. Élodie se despedía, pero Desmahis le suplicaba con tan amorosa ternura, se mostraba tan dolorido y tan humilde que la enterneció al fin.

—Sólo un momento —dijo Élodie—; es ya muy tarde...

En el gabinete azul se despojó del abrigo, y su traje blanco de corte antiguo descubrió el encanto suave de sus contornos y la fragancia de su piel.

—¿Tenéis frío? —preguntó Élodie—. Encenderé lumbre; todo está preparado.

Con el eslabón encendió una pajuela y prendió el fuego.

Al oprimirla entre sus brazos mostraba Philippe una timidez reveladora de pujanza reprimida que saboreaba Élodie como un goce nuevo; y cuando ya se desvanecía entre los brazos del hombre, que la besaba cariñosamente, de pronto le huyó:

—Dejadme...

Destocaba con lentitud su cabeza frente al espejo. Después contempló la sortija de plata que oprimía el anular de su mano izquierda, una sortija con el busto de Marat, borroso y abollado; la contempló hasta que se le nublaron con tristes lágrimas los ojos, se la quitó melancólicamente y la tiró a la lumbre.

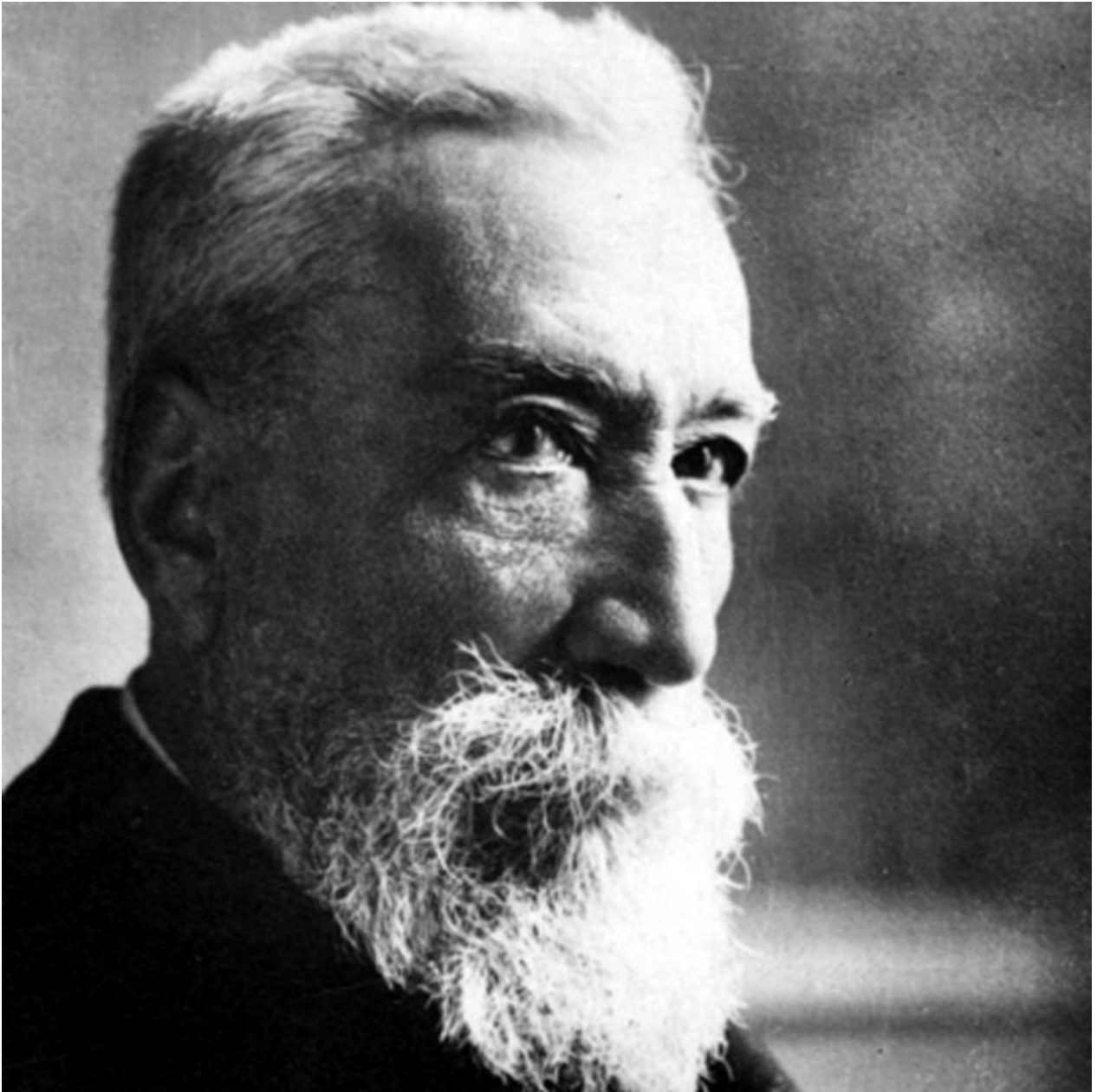
Entre lágrimas y sonrisas, radiante de belleza, de ternura y de amor, libre ya del pasado, se arrojó en los brazos de Philippe...

Cuando la ciudadana Blaise abrió la puerta para despedir a su amante, le dijo en voz baja:

—¡Adiós, amor mío! A esta hora suele retirarse mi padre. Si oyes algún ruido en la escalera sube al piso de arriba para ocultarte y no vuelvas a bajar hasta que no haya peligro de que te vean. Para que te abran el portal, da tres golpecitos en el ventanillo de la portería. ¡Adiós, vida mía! ¡Adiós, alma mía!

El rescoldo chisporroteaba en el hogar. Fatigada y feliz, Élodie hundió su hermosa cabeza en los almohadones.

Anatole France



Anatole François Thibault (16 de abril de 1844, París - 12 de octubre de 1924, Saint-Cyr-sur-Loire), conocido como Anatole France, fue un escritor francés, padre del también escritor Noël France. En 1921 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura.

Fue primero bibliotecario en el Senado, y fue elegido para la Academia Francesa en 1896. En 1921 recibió el Premio Nobel de Literatura por el conjunto de su obra.

Anatole France apoyó a Émile Zola en el caso Dreyfus; al día siguiente de la publicación del Yo acuso, firmó la petición que pedía la revisión del proceso. Devolvió su Legión de Honor cuando le fue retirada a Zola. Participó en la fundación de la Liga de los Derechos del Hombre.

También se comprometió en las causas de la separación de la Iglesia y el Estado, de los derechos sindicales, contra los presidios militares.

Fue colaborador del diario L'Humanité, y tomó partido en 1919 contra el Tratado de Versailles (Contra una paz injusta, que publicó L'Humanité el 22 de julio de 1919). Se presentó a diputado en las elecciones legislativas de 1914. Cercano a la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera, futuro Partido Socialista Francés), estuvo cerca del Partido Comunista Francés, aunque más adelante se mostró crítico.

Tras el 24 de mayo de 1924, en su 80º cumpleaños, al día siguiente de la victoria de la izquierda, asistió a una manifestación pública en su honor en el palacio del Trocadero.

De su padre heredó el interés por la Revolución Francesa. La familia era propietaria de una librería que vendía tanto libros como panfletos y otros materiales editados durante la Revolución. De ahí, el joven Anatole sacó parte de sus ideas y primeras lecturas. Años más tarde, en 1912, publicaría una novela acerca del período del Terror de la citada revolución, Los dioses tienen sed.

Anatole France en carta abierta a propósito de la ejecución de Francisco Ferrer Guardia.